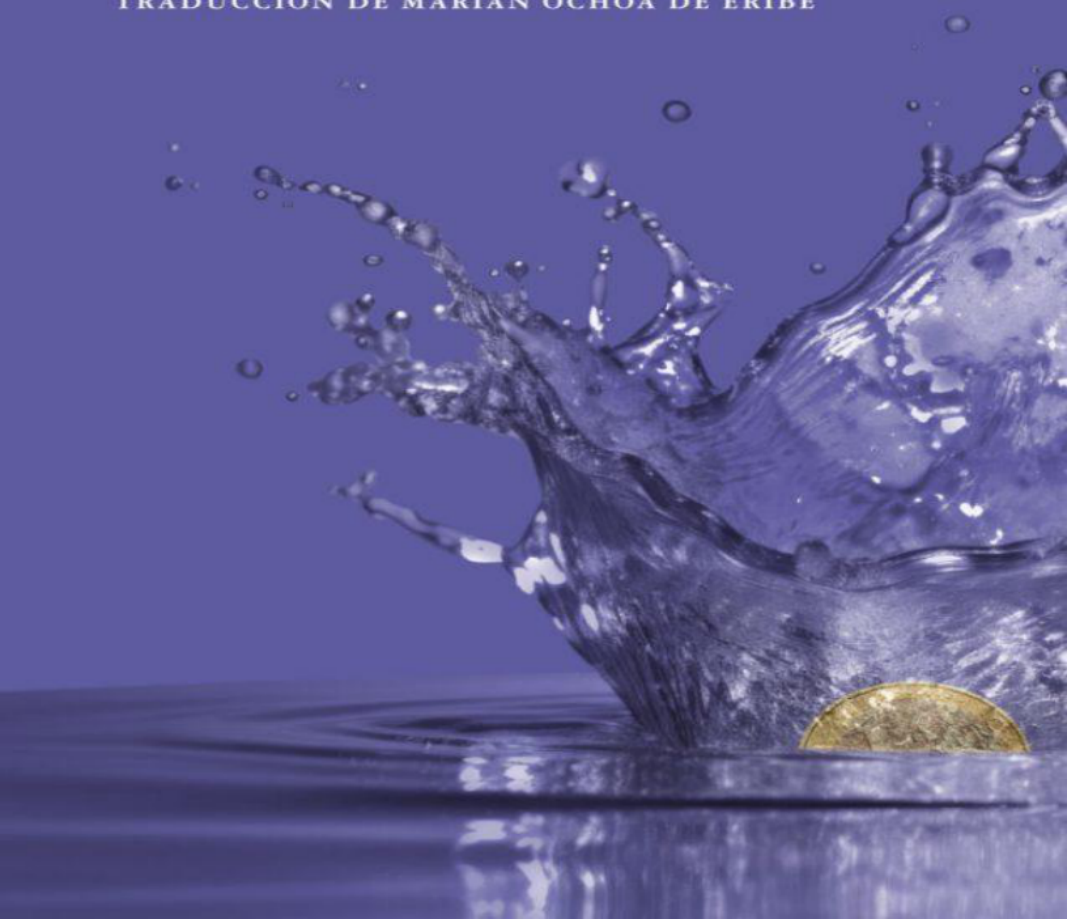
ACANTILADO

Gabriela Adameşteanu
Fontana di Trevi

TRADUCCIÓN DE MARIAN OCHOA DE ERIBE



GABRIELA ADAMEŞTEANU

FONTANA DI TREVI

TRADUCCIÓN DEL RUMANO
DE MARIAN OCHOA DE ERIBE

ACANTILADO
BARCELONA 2024

CONTENIDO

LA ALAMEDA DE LOS TILOS

1. Petru Arcan
2. Claudia Felicia Morar
3. Sorin Olaru
4. Sultana Morar
5. Dorina Gabor
6. Aurelian Morar
7. Tincuța
8. Alina Izvoranu
9. Junior
10. Harry Fischer
11. La vida a tres
12. La doctora sin nombre
13. Claudiu Morar
14. Daniel Izvoranu
15. La villa de la calle Domnița Ralu
16. Caius Branea
17. Rafael Branea
18. Traian Branea

«ALLÉE DES TILLEULS»

19. La vida bicolor
Personajes
Árbol genealógico de la familia Branea

A Radu, con quien conversé a menudo
mientras escribía este libro.

Lo miraba vivir: mi opinión sobre él se modificaba de continuo, cosa que sólo sucede con aquellos seres que nos tocan de cerca; a los demás nos conformamos con juzgarlos en general y de una vez por todas.

MARGUERITE YOURCENAR,
Memorias de Adriano

PETRU ARCAN

He extendido la mano derecha hacia la mesita para apagar el despertador, antes de oír el gruñido de disgusto de Petru debajo de la almohada con la que se cubre la cabeza noche tras noche. Los ruidos no pueden molestarle, porque oye cada vez peor, y porque en Neuvy reina un silencio que no podría haber imaginado antes de llegar aquí. Pero no le digo nada, adquirió esa costumbre en los internados por los que pasó de pequeño, que apestaban a ropa humilde y a cuerpos poco lavados, y en esta segunda vida nuestra me esfuerzo por no ignorar que, incluso en un hombre huraño como él, se esconde un niño sin infancia.

La mano tantea en el vacío, ningún despertador, ninguna mesita y, en lugar del cuerpo de Petru abotargado por el sueño y por la edad, me encuentro con la pared, *mince!* La memoria llega al mismo tiempo que el olor desconocido de la habitación: estoy en Bucarest, en el apartamento de la Alameda de los Tilos de mis amigos Sultana y Aurelian Morar. Anoche, cuando hablé con Petru, se había tomado ya las pastillas y lo oía bostezar; aquí es una hora más, pero, de hecho, ¿qué hora? No tengo ninguna referencia para situarme. Se oye el golpeteo denso de la lluvia en el cristal y la luz cenicienta del alba se cuela por el visillo lila y la cortina morada, los colores favoritos de Claudia, la verdadera inquilina de la habitación.

Claudia es la hija única de los Morar. Siempre que preparo un viaje a Rumanía por la herencia de mis tíos, antes de comprarme el billete en internet, le pregunto a Sultana si está libre la habitación de su hija.

—Claro que está libre, ¿por qué sigues preguntándolo?

Siempre me parece que fuerza la voz para que suene natural. ¿Cuántos años han transcurrido desde que Claudia no pasa por casa? ¿Siete? ¿Más aún?

Tengo los ojos pegados por el sueño y parece que algo se mueve en el espejo de cristal de Murano, enmarcado en negro con incrustaciones de nácar. Tal vez la carita afilada, de zorrito, y el cuerpo escuálido de una adolescente anoréxica, el aspecto que tenía Claudia antes de empezar su gloriosa sucesión de becas. O mi rostro de cera, con ojeras moradas, que no reconocí cuando los Morar me trajeron hasta aquí, desde el hospital, en su Trabant. Con cada sacudida apretaba los dientes para no dejar escapar ni un gemido, pero lo peor fue subir las escaleras, el ascensor no funcionaba: el habitual ahorro de energía. Me arrastré, aferrándome a la barandilla y empujada por ellos, hasta que me vi ante este espejo veneciano que entonces reinaba en el vestíbulo.

No fue Sultana, que todo lo ve, sino Aurelian, que está siempre con la cabeza en las nubes, quien entendió por qué me había quedado clavada delante de él.

—Venga, Lety, tú misma te asombrarás de lo rápido que te vas a recuperar— dijo dándome un golpecito en el hombro.

Y, ciertamente, sólo en el espejo que resistió todas las mudanzas de los Morar, de la villa en la calle Şerban Vodă hasta la Alameda de los Tilos, podría volver a encontrar mi mirada aterrada de entonces.

Han transcurrido tres décadas desde que emigré, pero me dicen que los años no

han pasado por mí. Tengo el aura de quien viene de «fuera», otro *look*, como dice Daniel, el sobrino de los Morar, mi «profesor» de «ruminglés». Las mechas rubias y las cremas antiedad rejuvenecen mi rostro, los pañuelos azules y verdes enfatizan el color de los ojos, el colágeno mantiene el tono de la piel, y las hormonas sintéticas, la humedad vaginal. En la clínica donde trabajo me he arreglado la piel arrugada del cuello. Mis maletas están llenas de ropa y zapatos de marca, comprados el primer día de rebajas. Me maquillo discretamente, discretas son también mis joyas. Sin recurrir a inyecciones periódicas de ácido hialurónico y de bótox, presento un aspecto distinto al de mis antiguas compañeras de aquí, porque tengo dinero suficiente y fuerza de voluntad para cuidarme. He eliminado la mantequilla y el azúcar, ya no fumo, nado, juego al tenis y, cuando no tengo clase de fitness, yoga, Pilates o Qi Gong, procuro acostumbrar al deprimido de Petru a caminar. Soy lo que como, soy lo que parezco: una triunfadora. Y todos los días, como un mantra, me repito que soy una persona distinta de la que bailaba, desnuda, con su compañero de oficina, Sorin Olaru, en el estudio del amigo Florinel.

Levanto la cabeza de plomo de la almohada, unos pinchazos agudos se me clavan en la nuca, en las sienes. He recordado los pasillos oscuros del Edificio que exploraba en busca de Sorin. La obsesión de aquella época: acercarme a él, como por casualidad, tal y como me había indicado, para que me dijera dónde nos encontraríamos. El miedo a que nos viera alguien intercambiándonos notas escondidas en los libros, las piernas temblorosas, la sangre golpeando ensordecedoramente en las sientes. El sueño que regresa de nuevo siempre que vuelvo aquí. Un disco cada vez más deteriorado que anuncia la migraña.

Debo quedarme dormida de nuevo para no perder esa mirada segura que he conseguido en el Otro Lado. La confianza en mí se basa en la fe, imbuida por mi psicoterapeuta Aurélie, en que soy una persona diferente a la que se veía a escondidas con Sorin. Pero las noches sin dormir me pasan factura y hoy debo tener la mente despejada para entender por qué Junior ha renunciado a Macovei, nuestro antiguo abogado, y me endosa uno nuevo.

Junior es el mote que Petru le asignó mi hermanastro, Caius Jr. Branea, para no confundirlo con el tío Caius Branea, el de la «herencia gorda», como lo describía Macovei.

Estoy tumbada de espaldas, con los ojos cerrados, con las palmas hacia arriba, y relajo cada músculo, procurando visualizar un árbol nudoso, con un follaje verde y fresco, proyectado sobre un cielo azul. Pero sigo en el pasillo oscuro del Edificio y veo a Sorin a plena luz. Los movimientos ralentizados, la piel arrugada, las manchas de vejez en las mejillas, en la frente despejada por la falta de pelo. Tiene sesenta años, puede que más, pero no ha perdido su ternura; es mi Sorin, siento la sombra de su altura igual que entonces, cuando bailábamos en el estudio del amigo Florinel, frágil, protegida por su cuerpo grande. Y me siento relajada, para que los que me rodean se convenzan de que he olvidado el pasado. Así me comporto, así hablo, así río. Pero qué inseguro se siente aquel que miente todo el tiempo. ¿Se miente a sí mismo?

¡No! He olvidado el pasado, puesto que he prometido incluso ir a la fiesta de Dorina: la celebración de la matanza con paté, morcillas y carne frita en manteca, con áspic y embutidos frescos, botellas de *ţuica* y damajuanas de mosto. Todo ello acarreado desde el pueblo por sus avispados padres. La sempiterna fiesta de la institución, todos conocen las debilidades ocultas de los demás y, como de costumbre, despedazan al ausente. Sorin escucha, sonriente, hasta que se decide a mostrar su *fair-play*:

—¡Vamos, no está bien eso que estáis haciendo! ¡Basta ya de cotilleos!

No me interesa la fiesta, sólo quiero encontrarme con él, como en otra época. Nos hemos alejado de los demás y hablamos en voz baja, ¿y si quedamos, después de tanto tiempo, para charlar un rato? Él ha dejado caer la invitación, como si me hubiera leído el pensamiento. Saca la libretita de entonces y anota, cuidadoso, «Alameda de los Tilos 77, bloque 1, portal A, ap. 22». Conozco, incluso en sueños, la dirección de la familia Morar, y como prueba se la digo ahora, en sueños.

¿Estoy dormida o despierta? ¿Ha sido acaso una muestra de debilidad aceptar que nos veamos como entonces? Pero no, es al revés: si he podido hacerlo es porque me he liberado del pasado. O que no me voy a liberar de él jamás.

Con un vestido amplio, con el pelo corto, pegado a la cabeza, Dorina no nos quita ojo, pero ríe y juega su papel más exitoso, el de bufón. El bufón de las obras isabelinas que dice verdades inconvenientes. Las bromas feroces de Dorina sobre sí misma—que es fea, que no tiene éxito con los hombres, que sufre de soledad y que quiere casarse—hacen que se me encoja el corazón de pena.

En sueños sé que ha conseguido arrebatarme a Sorin. Él me llama desde la oficina, tiene muchas cosas en la cabeza, además es también el cumpleaños de Dorina:

—¡Pero antes pasaré por tu casa, que es lo que te he prometido, Lety!

¡Y de hecho ha venido, míralo! Nos desnudamos y nos metemos deprisa en la cama, veo todo desde arriba, como si fuera una cámara colocada en el techo. De debajo del edredón asoman nuestras cabezas jóvenes, ¡sólo que somos tres! Junto a Sorin brillan los dientes carnívoros de Dorina.

—¡Te dije que te traería un regalo! Y he cumplido mi palabra, ¡mira!—ríe.

Salto de la cama y me cubro, nerviosa, con la ropa.

—¿Cómo has podido hacerme esto?—grito.

—No tenía otra forma de apañármelas, ¡ya te dije que era su cumpleaños!

Su risa chirriante… Es el mismo Sorin que he conocido siempre.

—¡Voy a salir de esta habitación! ¡Voy a salir de tu vida! ¡De este sueño estúpido! ¡Esta vez para siempre!—le grito.

—Pero que sepas que no tengo nada contra ti—le digo a Dorina, que sonríe amistosamente junto a Sorin.

¿Por qué me he despertado para decirle eso? ¿Acaso puedes saber cómo es Dorina de verdad? Cuando llegó—miembro del Partido desde que era una estudiante universitaria—, se percibía en ella la experiencia en la vida de la organización y enseguida trepó a la camarilla de la directora. Merodeaba por

todas partes y así nos enterábamos también nosotros de lo que sucedía al otro lado de las puertas cerradas. Escribía telegramas para Ceauşescu, pero propagaba chistes políticos por los despachos. Contaba, compasiva, cómo había recibido cada uno el sobre, la «reestructuración» de la institución, pero también ella había formado parte del equipo que decidía quién se iba y quién no. Dorina Gabor es una chica maja; gracias a ella tenemos a uno de los nuestros ahí dentro, entre los jefes malos, dicen todos. Dorina, mi devota amiga. La devota amiga de Sorin.

—Yo soy una oportunista—dijo riendo provocadora y, como de costumbre, no supe si bromeaba o si hablaba en serio.

Me sobresalto cuando el timbre desgarra de nuevo el frágil tejido del sueño. El desconcierto del oído, obligado a identificar los ruidos de un lugar desconocido. Me agito, disgustada, pero ya no tiendo la mano para apagar el despertador, he recordado dónde estoy. La luz sangrienta-grisácea me anima a remolonear en la cama, ¡qué jaleo me espera hoy! Tengo que comprobar el estado de la villa de la calle Domniţa Ralu, donde vivió Caius Branea en los años cuarenta, quedar con Junior y con el nuevo abogado en la Brasserie, en Herăstrău, ir con Daniel a visitar al editor, quienquiera que sea.

Pero ¿qué hora será? No veo por ningún sitio las agujas fosforescentes, no oigo el tictac. Con las paredes cubiertas de fotografías enmarcadas, la habitación de Claudia es un inmenso herbolario que ha aplastado su infancia, resucitada tan sólo en sus sueños italoamericanos.

Y, de hecho, ¿qué me ha despertado? ¿El reloj invisible o el teléfono?

Escucho el rumor lejano de la calle y las gotas de lluvia que golpean, redondas, el cristal, en un intento por calmar mi frustración: si no hubiera sonado este desgraciado de despertador, habría seguido hablando con Sorin, aunque fuera sólo en sueños.

Pero ¿para qué me serviría hablar con ese hombre desconocido? No llegué a conocerlo ni en la juventud, cuando nos amamos a escondidas varios años. ¡Después cambié de amantes, de trabajo, de país y durante mucho tiempo no he pensado en él!

Me estiro, bostezo, el dolor de cabeza ha desaparecido, ¡qué raro! En un fichero de mi cerebro sobrevive, intacta, la criatura irreflexiva que fui en otra época y que desea todavía meterse, febrilmente, en la cama de Sorin. Un insecto de una especie desaparecida que late, vivo, en una gota de ámbar transparente. Y en otro fichero de mi mente se halla una criatura sabia que también parece ser yo. Ella ha inventado esa historia del sueño para advertirme de que Sorin no es ya sino el caparazón seco del joven al que amé en otra época. Incluso aunque las heridas que dejó la traición vuelvan—como los dolores reumáticos con los cambios de tiempo—, todo quedó petrificado la noche en que nos separamos y para las preguntas no formuladas a tiempo no obtendré jamás una respuesta.

El deseo vergonzoso de estar con Sorin se había agotado, pero el pasado me carcomía aún: cuando vuelvo aquí, me embarga la «memoria de la tierra», la expresión favorita de Petru.

En Rumanía no la escuché demasiadas veces de sus labios, sólo echaba pestes y

bufaba porque su carrera se había bloqueado por culpa de mi «dosier familiar».

En cuanto el profesor Stan, uno de los pesos pesados de la facultad, con un sólido respaldo político, se jubiló, a Petru le quitaron el curso de poética literaria estructuralista, inspirado en las teorías de Roman Jakobson, al que había conocido en un coloquio sobre lenguas románicas en el Instituto. Se quedó tan sólo con los seminarios dedicados al análisis de textos, algo de lo que se ocupaban también otros. A la revista de investigación llegó un director nuevo que no quería ni oír hablar de Hjemslev, Greimas, Todorov, Kristeva y «toda esa pandilla de fugados» y, en cualquier ocasión festiva, la llenaba con homenajes a Ceauşescu.

El profesor Stan firmó también, durante toda la vida, unas «lenguas» obligatorias—así llamaba él a los artículos dedicados sucesivamente a Stalin, al Partido y a Ceauşescu—, pero sólo en *Scânteia*, el órgano de prensa del Partido: su revista la mantuvo «limpia».

Como secretario de redacción, Petru intentó, tras su marcha, mantener esa línea. Escribía un editorial sin firma sobre un tema político y metía una cita de Ceauşescu al principio y otra al final. Al cabo de un mes, el nuevo director le informó secamente de que iba a renovar a su equipo y de que su nombre había desaparecido de la lista de la redacción. Más o menos por esa época perdió también el programa de radio, otra señal de su caída en desgracia, se quejó. Pero Sorin me dijo que habían eliminado todos los programas culturales y la programación televisiva se había reducido a tres horas: el *Telediario* consagrado a la pareja presidencial. Puesto que sólo pensaba en Sorin, no me di cuenta de que Petru se había convertido en un simple ayudante al que la primera «reestructuración» podía expulsar del departamento. Tampoco reconocían su doctorado: él, que se había pavoneado con los elogios obtenidos en la defensa de la tesis, sufrió un verdadero ataque de rabia cuando no le llegó la confirmación por no haber recibido el visto bueno del Partido. Esperaba, cada vez más enfadado, la respuesta a las memorias elaboradas con otros doctorandos, también pendientes de confirmación. Y por la noche toqueteaba como un loco el aparato de radio para sintonizar Europa Libre.

—¡A vosotros os viene bien haceros los héroes, pagados y protegidos por los estadounidenses!—farfullaba cuando conseguía dar con la emisora que apenas se oía.

Renunciaba enseguida y, más enfadado aún, cogía la botella de vino albanés y se marchaba al dormitorio.

—¿No vienes también tú?—me soltaba por encima del hombro.

—Ya voy, ya voy—prometía yo, pero seguía haciendo cosas por la casa para poder acostarme más tarde, sola, en el sofá de la entrada.

Finalmente, Petru consiguió, él sabrá cómo, recibir el pasaporte para una conferencia en Ginebra y no regresó. Trabajar en la emisora Europa Libre era el último trabajo al que habría aspirado, pero cuando esto sucedió, le pareció que la suerte lo había elegido. No había podido apelar a su doctorado, no tenía artículos en revistas internacionales, tampoco relaciones en universidades occidentales. Había acabado como vigilante en un garaje de Múnich, donde también lavaba

coches.

Su salvación le llegó gracias a un antiguo alumno, con el que se encontró por casualidad y que, antes de ingresar en el hospital para una exploración médica, le propuso que ocupara su puesto en la emisora estadounidense. La idea de someterse a las investigaciones del FBI por un trabajo provisional hizo dudar a Petru.

—Es otra profesión, no me va—farfulló.

—¡Vamos, señor profesor, que le dejo los programas preparados! ¡Al fin y al cabo lo escuché en Radio Rumanía! ¡*Historia de las palabras*! Y la música era el concierto para piano de Chaikovski, ¿no?

El hombre era optimista, pero en la exploración le descubrieron un cáncer de pulmón. Se operó y Petru se quedó con su puesto. La desgracia de otro puede ser tu salvación, estás tentado de decir cuando no conoces el resto de la historia.

Cuando volvimos a vernos, pasados los cincuenta, Petru no esperaba ya conseguir una plaza en una universidad. En Alemania se había dado cuenta de que el estructuralismo estaba pasado de moda, y sus conocimientos estaban llenos de lagunas. Se había conformado con su estatuto de periodista por cuenta propia, hacía programas de relleno, sólo tenía contratos a tiempo parcial y un seguro médico modesto. ¡Pero lo apreciaban y las cosas se pusieron de su parte cuando llegó el permiso de *Human Resources* para su contrato definitivo!, me aseguró. En su voz pude oír un pobre remanente de su antiguo carácter fanfarrón.

Continuó suspirando por el mundo universitario e, incluso hoy en día, sigue echando pestes contra los que no respondieron a sus llamadas desesperadas cuando estaba en los campos de refugiados de Latina, de Zirndorf.

—¿Qué querías que hiciera, Letiția, si mis cartas de presentación, con currículos detallados, enviados a cuatrocientas universidades, acabaron en sus papeleras? ¡Pasé hambre para poder pagar los envíos! ¡Antiguos trotskistas, antiguos maoístas incapaces de entender que no te habilitaban un doctorado con *summa cum laude* porque Ceauşescu había cambiado la ley de un día para otro! Incluso hoy en día, después de la caída del Muro, te dicen que eso no era el comunismo en el que creían ellos, ¡y algunos incluso quieren seguir creyendo! ¡Así arrojaron a la basura mis años rumanos!

Recibe por ellos una pensión de doscientos sesenta y cinco euros, pero tuve que venir yo a arreglarle los papeles, él se ha negado a volver a pisar este suelo.

A raíz de todo lo que vivió después de marcharse, está enfadado con todo el mundo; sobre todo con los «securistas capitalistas, con sus interrogatorios, que ellos bautizaban entrevistas». En el campo de Latina quiso suicidarse, sólo ingería leche, adelgazó unos diez kilos, tenía insomnio, de noche andaba por el patio, por la mañana se arrastraba hasta la puerta y esperaba, junto a los aventureros del Este, a que lo contrataran los vecinos, ganar algo de dinero.

—¡Te sopesaban con la mirada, Letiția! Las manos, la espalda, ¿eres capaz de acarrear muebles? ¿Levantar pesos? ¡También tú has pasado por muchas cosas, pero no has vivido semejante miseria!

Allí descubrió que estaba más unido a mí de lo que había creído. Recordaba

nuestros momentos buenos y le carcomían los remordimientos por no haberme dicho que había recibido el pasaporte. Lo que me pasó en el hospital lo supo sólo cuando lo trasladaron al campo de refugiados de Zirndorf, donde lo visitó Frau Poldi. Todavía hoy está convencido de que me quedé embarazada su última noche en Bucarest, cuando me obligó a acostarme con él. Me dio pena su ingenuidad y eso me hizo perdonarle sus vilezas pasadas. En Neuvy se le ha soltado la lengua y, tras una vida entera juntos, adivino su vulnerabilidad debajo de la grosería. Cuando le oigo repetir que la «gente es irracional», me pregunto si no estará intentando hacerse perdonar por cómo se portó conmigo en otra época. El inteligente, el trabajador Petru tiene grandes defectos, pero, cuando estoy lejos de él, como ahora, y no me saca de mis casillas, se me ablanda el corazón. No sé cómo se cuenta a sí mismo, a solas, su propia historia, pero yo tengo claro que ha sido la persona más gafe que he conocido. Pero no se lo digo: no acostumbro a decirle lo que pienso, así fue nuestra relación y así sigue siendo.

Sobre todo porque podría estar equivocada: la mente del otro te resulta siempre impenetrable. Si se encuentra a cientos de miles de kilómetros de distancia, puedes verlo y hablar con él por Skype, por WhatsApp; sin embargo, por muy cerca que esté, no puedes alcanzar sus pensamientos y sus emociones.

Tal vez la Administración estadounidense tuviera otros motivos para mostrarse reticente con él. Y no estoy segura de que hubiera podido enfrentarse a un trabajo de locutor en Europa Libre en caso de que se lo hubieran ofrecido. En Rumanía había conseguido, es cierto, bastantes radioyentes con *La historia de las palabras*, se explicaba de manera atractiva y tenía una voz agradable, pero el papel de periodista militante en la Guerra Fría era otra cosa.

A veces es verdaderamente cínico, pero ahora me pregunto en qué me habría convertido yo si no hubiera existido mi madre, que, el día del registro, me tomó en brazos y me dijo: «¡No te preocupes, Letiția, iremos donde el tío Ion, él cuidará de nosotras!».

¿Qué habría pasado si mi padre hubiera estado preso diez años en la Unión Soviética y mi madre me hubiera enviado a cualquier sitio con tal de que su nuevo marido no me viera delante de él, tal y como le sucedió a Petru?
A veces me pregunto también qué habría sido de su vida si no hubiera abandonado el país. Él dice que estaba alcoholizado y que se habría muerto enseguida.

En cambio, después de ser, queriendo o sin querer, periodista en Europa Libre, se ha vuelto dependiente de la política rumana y eso es lo que lo mantendrá mientras conserve la mente lúcida. No se ha contaminado a la manera exaltada de los Morar, sino con su estilo desdeñoso, ¿acaso no es todo una mierda? Es tan dependiente de la política como lo era Sorin en otra época. En cuanto se levanta, enciende el televisor, se conecta a internet y visita todos los canales y *sites* de *breaking news* que para mañana se habrán disuelto como el humo. Y en primer lugar las de Rumanía, un país construido por imitación, donde «el oportunismo se conserva en la memoria de la tierra»: los rumanos aprenden desde niños lenguas extranjeras y a cambiar de opinión según les venga en gana.

«¡Sólo los tontos pagan allí los platos rotos, tú misma, Letiția, me contaste que el tío que te crio, el profesor Silişteanu, se vio en una reunión confesando que de joven había simpatizado con los legionarios! ¡Claro que se lo hicieron pagar! No me estoy riendo de él, Letiția, ¡cómo voy a reírme! ¡La oportunidad de mi vida fue que el Partido lo enviara a un instituto de la periferia donde vivió temblando todos los años que le quedaban! ¡La oportunidad de que un profesor así se fijara en un niño como yo, abandonado en los internados! ¿No recuerdas lo que me contaste?».

¡Para ser sincera, no! Recuerdo tan sólo que, después de hacer el amor con Sorin, malgastábamos el tiempo restante hablando él sobre Ceauşescu y yo sobre mis padres. El vodka me enternecía cuando llegaba a la historia de mi tío Ion, que habría muerto por segunda vez si hubiera visto lo que hacía su sobrina en el estudio del amigo Florinel.

Pero ¿cuándo habría podido contarle yo a Petru cómo habían expulsado del Partido al tío Ion? Tal vez cuando intentaba convencerlo para que le publicara un trabajo en la revista en la que trabajaba como secretario de redacción. Algo que hizo finalmente, pero entretanto nos habíamos acostado y el recuerdo me llena de vergüenza más que de alegría. ¿O es que, cuando alguien hace una evaluación de su vida, ve cómo de lo malo surge algo bueno y al revés? Sin la muerte del tío Ion no habría ido detrás de Petru, sin Sorin no habría regresado con él.

Por eso me siento culpable y me he ligado a su cuerpo de viejo desvalido. Era todavía atractivo, en nuestros últimos años en Bucarest, cuando me escabullía al sofá de la biblioteca, pensando en Sorin, pero ahora duermo a su lado, aunque ronca y me despierto por la noche. Y de día me trago sus parrafadas: «… el inocente de tu tío Ion fue una *rara avis*, Letiția! ¡Los intelectuales espabilados han hecho carrera en todos los regímenes! ¡Ralea, hombre del rey Carlos, pero luego también hombre de Dej! ¡Macovescu, ministro de Exteriores comunista después de trabajar en el Servicio de Propaganda de Antonescu! El que saltó a defender a Ceauşescu en el XII Congreso, ¿cómo vas a haber olvidado esa escena, Letiția? ¡La encuentras en YouTube!».

¡No necesito YouTube para nada! Me la imaginé hace treinta años, en la cocina del amigo Florinel, envuelta en una sábana, y Sorin, ya vestido, susurrando febril, con el vaso en la mano: «"¡Has llenado el aparato político con tus familiares, Nicu!", le gritó Pârvulescu. ¿Y quién crees que saltó en su defensa? ¡Macovescu! ¡El presidente de *tus* escritores, Lety!».

¡Me torturaba continuamente con «mis escritores»! Y hablaba sin parar de Ceauşescu, porque lo odiaba, pero también para que no tuviera tiempo de preguntarle por Dorina, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

«No tengo a nadie más cercano que tú en este mundo», me susurró, acariciándome el pelo, enternecido por la atención con que lo escuchaba.

Sólo que, debajo de esa declaración de entonces, escucho ahora la no pronunciada.

«Te pareces a mí por educación, por las historias de nuestras familias, por eso me resultas más cercana. Pero Dorina me resulta mucho más útil».

¿Sorin o Petru? En mi novela, las intervenciones políticas se las he puesto a Sorin, pero la voz desde la cátedra, cuidadosamente modulada, que resuena en mis oídos, es la de Petru:

«Ceauşescu se quedó de piedra, pero retomó la palabra de inmediato: "¿T-tú, que tienes las manos llenas de sangre?". Las manos llenas de sangre las tenían los dos, ¡pero Pârvulescu era el hombre del KGB! ¿Por eso saltó Macovescu en su defensa en 1979? ¿Y por eso se escondió diez años después en España, con su hija, y nadie volvió a saber de él? ¡La *mascarada de la revolución* sacó del alcanfor a la Vieja Guardia de los viejos estalinistas, los bautizó como disidentes y nadie ha vuelto a ver la sangre de sus manos!».

Y, como de costumbre, después de echar pestes sobre los rumanos, Petru empieza a quejarse de mis viajes a Bucarest:

«¡Si estuvieran vivos, te los encontrarías a todos en Cotroceni! ¡Junto a Băsescu! ¡Junto a Iohannis! ¡Junto a cualquiera que ocupe ese sillón! ¡Ése es el país al que viajas con el pretexto de la herencia que no vas a alcanzar jamás! ¡Y encima quieres arrastrarme a mí hasta allí, donde todo el mundo te mete por el gaznate una biografía falsificada! ¡A la gente se la conoce en la libertad, Letiția! ¡Antes, te reprimía el Partido, te reprimía la Securitate, te reprimía tu mujer, que te denunciaba en la sección de Personal! Eh, claro que no me refiero a ti, pero ¡cuántas esposas lo habrán hecho al descubrir que habían sido engañadas! ¡Pero después de 1990 incluso la gente sensata se ha chalado! ¡Mira a nuestro amigo Aurelian Morar! ¡Anticomunista hoy, secretario de propaganda del PCR ayer! ¡El Caballero de la Triste Figura!».

¡Me muerdo la lengua para no recordarle los editoriales con las citas de Ceauşescu! Pero en esta segunda vida nuestra evitamos todo motivo de disputa.

Y, naturalmente, no le cuento a Sultana todo lo que vomita Petru sobre su marido. Está convencida de que su deplorable opinión sobre Rumanía tiene que ver con el hecho de que no estaba aquí en diciembre de 1989. Me lo soltó también ayer:

«¡Vosotros, los *de fuera*, no reconocéis que exista algo bueno aquí, porque no podríais justificar vuestra marcha! ¡Y tampoco reconocéis la Revolución porque os la perdisteis!».

Gritaba como una loca. A la luz, las arrugas marcaban surcos en su piel fofa. Contemplaba su rostro arrugado bajo su eterno moño bien cardado y me habría gustado cerrar inmediatamente mi maleta y llamar un taxi para ir al aeropuerto.

Pero no lo hice. Compré una oferta en Air France, billetes no reembolsables. Y Sultana es mi única amiga de la carrera, después de la muerte de Marilena.

23 o 24 de diciembre de 1989, cuando simulaban estar juzgando a Ceauşescu.

Y en la calle seguían los disparos. Marilena se acercó a la ventana para ver qué pasaba con los tiros, una bala perdida atravesó el cristal, le fracturó una vértebra y le seccionó la médula espinal. Vivió varios años inmovilizada, hasta que se le paralizaron los riñones. Vivía en Drumul Taberei, en los bloques del Ministerio de Defensa, y su marido fue con las balas adonde los generales, adonde los fiscales, todas las armas estaban registradas y las balas numeradas, pero no

consiguió dar con el culpable. Yo no iba a visitarla cuando regresaba a Bucarest, no se me había pasado el enfado. Después de la marcha de Petru, me dijo que no podía seguir viéndome, que su marido era militar y que no podía mantener relaciones con los «huidos» ni con sus familias. Pero, de un tiempo a esta parte, he empezado a lamentarlo. Debería haber hablado con ella, haberle curado la espalda, llena de escaras… Era una compañera sumisa, también lo fue con el golfo de Sandu, pero este oficial, su marido, sentía devoción por ella.

Eso es lo que dice Sultana, que bregó con los médicos, que participó en los mítines y que coreó: «¿Quién nos disparó | Después del veintidós?».

¿Y adónde condujo todo eso? A ninguna parte.

—¿Qué les quedaría a los Morar si les arrebataran su *supuesta* revolución?—me dice Petru de repente—. ¡Deberían contar su vida de manera distinta a como lo hicieron en las entrevistas de los años noventa, cuando los periodistas se interesaban todavía por ellos!

De hecho, a pesar de sus declaraciones sobre el comunismo criminal, Aurelian y Sultana no tienen ni idea de lo que sucedió aquellos días.

—¿Y tú qué piensas, Lety?—intenta sonsacarme ella a veces, sospechando tal vez que haya descubierto algo nuevo gracias a Petru.

—¡Pienso que entonces la vida era una cosa y que ahora es otra! ¡Quien piense que el capitalismo es el cielo en la tierra que venga a trabajar conmigo en Saint-Pierre-des-Corps!—le digo cerrándole la boca.

¿Cómo voy a darle yo mi opinión si ni siquiera los que estuvieron allí tienen idea de lo que pasó? En la clínica hay una enfermera de Timişoara; en diciembre de 1989 trabajaba en la biblioteca, enfrente del hotel Continental. El 14 o 15 de diciembre, cuando miró por la ventana, vio el aparcamiento lleno de coches rusos Lada. Cuando bajó a comprar café y unas medias, observó que en los coches había sólo hombres, tres o cuatro en cada uno, de entre treinta y cinco y cincuenta años. Se quedó un rato, ayudó también a sus compañeras a comunicarse con ellos; su marido es serbio, y el serbio se parece al ruso. Los soldados las dejaron en paz para que pudieran vender sus productos delante de los almacenes Bega, y el recepcionista del hotel le dijo a la de Timişoara que una parte de ellos durmieron allí, pero que, si le preguntaban, él lo negaría. Cuando empezaron las manifestaciones, los coches de los rusos circularon detrás de los manifestantes y desde allí se oía: «¡Gorbachov, Gorbachov!».

Pero ¿acaso puedo estar yo segura de que lo que me ha contado ella sea verdad? Cada vez que vengo, Sultana da vueltas a mi alrededor y me insiste con cariño:

—¡La habitación de Claudia es demasiado pequeña para ti, en serio, Letiția! ¡Instálate en nuestro dormitorio!

Sabe que no aceptaría algo así, entonces ¿a qué viene todo ese teatro entre nosotras, que nos conocemos de toda la vida? ¿Qué pasaría si un día dijera que sí? Me llevo las maletas a su dormitorio, me tumbo en su colchón Relaxa, regalo de su sobrino Daniel, que les obligó a librarse del somier en el que, después de treinta años durmiendo juntos, se había hecho cada uno un hueco, y le digo:

—¡Vamos, sacad lo que tenéis en los armarios, que quiero echar una siestecita!

En lugar de eso, le aseguro que me siento fenomenal en la habitación de Claudia, donde, en cuanto abro los ojos, me encuentro con las fotografías de la pared.

Tengo en la punta de la lengua susurrar, como una víbora: «¿Ves, querido Aurelian, lo útil que te resulta la experiencia de otra época, cuando colgabas en el panel la lista de los retrasos, encabezada siempre por mí?».

¿Quién no siente la tentación de lanzar una maldad a los más allegados? Pero no puedo permitirme ningún desliz hasta que no recupere la herencia de los tíos Branea. Entonces me compraré una casa en Cotroceni o en la zona de Aviatori-Dorobanți, me quedaré con un apartamento y alquilaré el resto a buen precio.

—Eso es sólo otro pretexto para corretear por Rumanía—dice Petru enfadado; él preferiría una casa en Tours.

—¿Qué sentido tiene, a vuestra edad, y en estos tiempos inestables, bloquear el dinero en negocios inmobiliarios?—nos contradice Daniel, «el gran CEO», como le llama Petru con ironía.

Daniel me reprocha siempre haber malvendido el terreno de Izvoarele, la herencia de mi padre.

—¡No le hagas caso! ¡Tú no necesitas vivir pensando únicamente en sacar beneficio! Todavía trabajas, Petru tiene dos pensiones, tenéis vuestra casita, ¡es más que suficiente!—me consoló Sultana.

Lo cierto es que mucho o poco, el dinero recibido por la herencia de mi padre, ingresado en mi cuenta bancaria, no en la de Petru, llegó en el momento adecuado. A cambio de todos los sinsabores soportados durante mi vida por su culpa, recibí un modesto seguro para la vejez.

—¿Recuerdas, Letiția, cómo nos burlábamos de ti en la habitación porque ibas a volverte como la vieja aquella de *La visita de la vieja dama*? ¿Por qué te gustaría aquella película espantosa?

¿Qué mosca le picaría ayer a Sultana con la obra de Dürrenmatt? ¿Se habrá enterado finalmente de mi relación con Sorin? ¿Estaría pensando en él cuando me ha recordado lo impresionada que volví del espectáculo, como si hubiera presentido lo que me esperaba diez años más tarde?

—Todavía hoy me gusta Ingrid Bergman. Tengo dos DVD: *La visita de la vieja dama* y *Casablanca*—le respondí con una evasiva.

Entonces, en la adolescencia, me fascinaba la idea de la venganza. El malditismo de la edad y la furia confusa que anidó en mí después de la muerte del tío Ion. Por la noche, lloraba hundida en la almohada pensando que no le había salido nada bien. «Tienes que actuar con rectitud, tienes que cumplir con tu deber…», su voz resuena en mi cabeza rezumando mi resentimiento, para él no era palabrería, era su propia vida perdida. No tenía ni idea de que en la ciudad en la que me había muerto de aburrimiento, a los chicos de mi edad les habían golpeado en las plantas de los pies, les habían estampado la cabeza contra las paredes, los habían ahogado en la cubeta llena de heces. Seguro que el tío Ion estaba al corriente, por eso tenía junto a la puerta una maleta con ropa de abrigo para una eventual detención; por eso había podido contentarse con las horas en

las que se esmeraba, bajo el peral del patio, con sus pobres artículos. Más adelante evité escuchar las historias de las cárceles, que entre los emigrados eran multitud, ¿por qué? Si las hubiera sabido a tiempo, tal vez habría sido menos desdeñosa con mi familia.

La obra de Dürrenmatt me sigue gustando hoy en día, y mi venganza tardía está en el *pen-drive* y en la copia impresa con la que he venido: a los que me han traicionado los he transformado de personas de carne hueso en personas de papel. Quiero ver el libro publicado, poco me importa si van a leerlo o no.

Antes de escribirlo, cuando venía a Bucarest me proponía siempre preguntarle a Sultana por mi antiguo amante, pero lo aplazaba una y otra vez por miedo a que mi voz no sonara natural. ¡Ahora ya no lo necesito, el pasado se olvida, pulsas *delete*, como dice Daniel, y sólo vuelves a encontrártelo en sueños atormentados, cuando llueve y te duelen los huesos!

Tengo claro que no voy a conseguir pegar ojo. Hago, como de costumbre, gimnasia en la cama, para desentumecerme; me incorporo poco a poco, de lado, tal y como les enseño a mis pacientes, y me dirijo a la ventana. Cuando he corrido la cortina morada, he visto que había dejado de llover y el cielo se había iluminado sobre un Bucarest colmado por el zureo susurrante de las tórtolas, que reconozco siempre con un leve pinchazo en el pecho. ¿Es compasión por esta ciudad, siempre precaria, siempre mal administrada? ¿Por mí, que he pasado aquí toda una vida? ¿Que me marché hace una vida? ¿O, más bien, nostalgia por mi juventud? Un poco de todo.

Mi reloj de muñeca Tissot, el primer regalo de Petru, marca las 7:05. Esta hora significa todavía, para mí, la salida de vacaciones, con él. El ruido de los autobuses y los tranvías, que se incrementa, sin cesar, para confundirse en un rugido lejano. El piar de los pájaros, como un crujido de añicos pisados con los pies, y el canto repetido del gallo, en las calles de los márgenes de la ciudad. El aullido sordo de la ciudad, disuelto en la alegría del mar que me espera, con su agua azul morado. Y una especie de alegría, como si, de golpe, estuviera de nuevo *entonces*. Mi psicoterapeuta de Saint-Pierre-des-Corps, Aurélie, afirma que sufro de *mal du pays*, y que por ese motivo he vuelto a escribir.

Cuando regresaba de la clínica los días en que Petru iba con Valérie a la terapia, me abalanzaba sobre el ordenador: sus viajes en coche, la cena en el *Auberge du bon Accueil*, Bar-Tabac-Restaurant-Presse-Relais Colis, La Grande Rue, 4, cuatro horas y media, de reloj, en las que releía, escribía, reescribía, sin preguntarme por qué, para quién, si tenía valor lo que hacía. Y nadie a quien llevarle, avergonzada, esas páginas, a quien enviarle un PDF, alguien que me dijera si estaba bien, si era legible, si… Ni en Tours, ni en toda Francia, llena de antiguos rumanos, antiguos aristócratas y antiguos securistas, estudiantes becados, enfermeras y médicos, emigrantes con remilgos o campesinas de Maramureş que hacen la limpieza a veinte euros la hora o cuidan ancianos. Albergué una pequeña esperanza con Aurélie. Abandonó Rumanía de adolescente, con sus padres, enviados con contrato de trabajo a Argelia y que emigraron luego a Francia, donde ella estudió en la universidad. Escribe poemas en francés, y le gustaría publicarlos también en

rumano, pero, puesto que no tengo editor ni siquiera para mí, ¿cómo voy a permitirme depositar en sus manos semejante manuscrito?

Camino pisando huevos, descalza, de puntillas, para no despertar a mis anfitriones. Cuando me estiro para buscar, entre mi ropa, mezclada con la de Claudia, el albornoz, la puerta del armario cruje y me golpea el olor a mueble viejo. Lo encuentro, luego, apelotonado, en mi maleta. ¡Si ni siquiera el chirrido del *trolley* sobre el parqué ha despertado a Aurelian, eso quiere decir que duerme como un lirón! Anoche no paraba de bostezar, le lagrimeaban los ojos y se aburrió enseguida de escucharnos:

—¡Os dejo, chicas, así podréis hablar tranquilamente de vuestras cosas!—Y se fue a acostar.

Dejamos también nosotras de lado la supuesta revolución, tomamos la infusión relajante en la habitación de Claudia y hablamos largo rato.

Con el manuscrito de mi novela en el regazo de su vestido de andar por casa, de cuello redondo, que le confería un aire de alumna mayor, Sultana parloteó horas y horas sobre el Foro, sobre quién se había enriquecido esos años, sobre lo difícil que es publicar un libro, ¡la literatura, Letiția, no significa ya nada hoy en día! Yo intentaba tomarme sus palabras como una metedura de pata, no como una tentativa malévola para desanimarme a publicar, ¡*mindfulness*, aleja los pensamientos desagradables!, aunque no me había gustado ese ¡bravo! chirriante con que tomó la novela cuando se la puse, al llegar, en las manos. Me había subido a la cama y estaba sentada a lo indio, mi postura favorita.

—¿Tú todavía puedes sentarte así?—dijo asombrada.

Sonreí con modestia, me había acostumbrado antiguamente, en la cama de la residencia, a cruzar las piernas y abrir el cuaderno entre las plantas descalzas, sobre la manta azul, áspera. Así me sentaba también, riendo, en el lecho conyugal de la calle Uranus, en las primeras peleas con Petru. Pero cuando él empezaba a gritar yo sentía cómo mi cara se transformaba en una sonrisa estúpida, las rodillas se elevaban hasta la boca y me abrazaba yo sola: un ovillo de carne temblorosa, asustada.

Y así también, a lo indio, escuchaba a Sorin en la cama del amigo Florinel, con el vaso de vodka en la mano, a la espera de que dijera algo sobre nuestro futuro en común.

Anoche debió de darse cuenta de que se había pasado de rosca con aquel «¡Vosotros, los de fuera, no reconocéis que exista nada bueno aquí!», porque no paraba de buscar mi mirada, clavada en el póster de la diosa de la habitación, Claudia Felicia Morar: una cría zanquilarga, de cabello rizado, con unos vaqueros rumanos prelavados y una camiseta negra con una inscripción roja, *one love*, que muestra una moneda antigua de mil *lei* antes de lanzarla, por encima del hombro izquierdo, a la Fontana di Trevi.

Los turistas se han arremolinado en el borde curvado del estanque junto a las falsas grutas, junto a los tritones, los caballos indómitos y las criaturas acuáticas con las que el atlético dios de los mares recorre sus aguas de mármol en su concha triunfal. Claudia ríe, dispuesta a arrojar la moneda a la fuente barroca proyectada por Bernini y construida por Nicola Salvi y Giuseppe Pannini bajo el reinado de tres papas. Los ojos entornados por el sol, los dientes delanteros un poco prominentes: cuando era pequeña, la estética dental no era todavía una obsesión, no veías niños con aparatos dentales, y sobre los transparentes ni siquiera se había oído hablar.

Junto al póster, su biblioteca, conservada intacta, como un altar. El osito de peluche rojo y la muñeca calva, como después de la quimioterapia, entre *El hobbit*, *El viento entre los sauces*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Alicia en el País de las Maravillas*, ABBA, Boney M., C. C. Catch, Modern Talking, Bee Gees, Judas Priest, Iron Maiden, Led Zeppelin… libros y cintas que alimentaron el deseo de huir de Claudia y de su generación de «decretados».[1]

Su infancia y su adolescencia representan también mi vida, olvidada adrede, que vuelve a mí, implacable, cada vez que regreso aquí, a la Alameda de los Tilos.

Cuando su hija se marchó a estudiar el máster, Aurelian llenó las paredes de la habitación con fotografías a blanco y negro, ampliadas y enmarcadas: de su antigua bebé Claudia Cuchi-Cuchi, agitándose en el arnés para escapar del carrito; de Clau, el rollizo «halcón de la patria», en el Parque de la Paz, con el grupo de la guardería y la maestra; de la niña en vaqueros y deportivas rumanas, con una botella de Brifcor en la mano; de la jefa del destacamento de pioneros Claudia Felicia Morar, recibiendo el informe ante la hoguera de un campamento en Năvodari; de la adolescente, sólo piel y huesos, Clody, a la que abraza torpemente por los hombros un chaval con el *walkman* colgado del cuello. Y, también con él, en Predeal, en un concierto del grupo Phoenix.

Ésas son las últimas fotografías en las que aparece todavía Şerban Dumitriu, muerto por una bala el 21 de diciembre de 1989, a las 17:41, después de resultar herido por una tanqueta, frente al restaurante Danubio, en los días de la supuesta revolución.

—Si no hubo revolución, ¿por qué ese millar de muertos?—le pregunté a Petru.

—¡Tú también! ¡Precisamente por eso! ¿Acaso no tenía que correr la sangre para poder bautizarla así?

—¿Quiere eso decir que los muertos entraron en sus cálculos desde el

principio?

No me respondió, ¡pero yo ni siquiera hoy puedo creer que los que la pusieron en marcha pudieran ser tan cínicos como para matar a un chiquillo inmaduro como Şerban! O quizá se pusieron de acuerdo entre ellos después de la cifra de muertos, como parecía pensar Petru, que sacudió la mano, hastiado.

Sultana me dijo que su hija se cortó el pelo como un chico cuando se enteró de la muerte de Şerban.

—¡Qué Navidades tan tristes pasamos, Letiția! Claudia no nos dirigía la palabra, estaba trastornada porque no podía ver a Şerban, hasta entonces estaban siempre juntos.

Se habían conocido en la fábrica de clases particulares de un famoso profesor que, en su casa, un edificio del período de entreguerras en Maria Rosetti, preparaba el primer examen de Matemáticas para el ingreso en el instituto. Entraron en el Liceo Sava, en el exclusivo grupo de Mate-Física, pero en el segundo curso temían no poder competir con sus compañeros de las olimpiadas matemáticas. Claudia pasó a la sección de Humanidades y, siguiendo el consejo de Petru, ingresó más adelante en Filosofía y Letras para estudiar Lingüística; Şerban entró en el grupo de Mecánica y luego en la Politécnica, sólo que enseguida se dio cuenta de que no le gustaba la Ingeniería. Faltaba a clase cada dos por tres y aterrizaba en la Alameda de los Tilos, donde los Morar. Claudia no solía ir a su casa, le parecía que su elegante madre, catedrática de Farmacia, la miraba por encima del hombro. Habían planeado irse de vacaciones en tienda de campaña a Doi Mai después de los exámenes de junio.

Las vacaciones de invierno se las habían dado antes, ¿sospecharía alguien lo que iba a suceder?

El 21 de diciembre de 1989 hacía una temperatura de marzo, cielo azul y veinte grados al mediodía. Decidieron ir al cine, en el centro, pero tuvieron que esperar mucho hasta que, por fin, apareció un autobús increíblemente vacío. Frente al Conservatorio, el chofer gritó que el tráfico estaba bloqueado, se apeó a la carrera y echó a correr, como loco, por Cişmigiu. Los pasajeros hablaban sobre un mitin, pero ellos no escucharon y decidieron ir caminando.

Cuando llegaron a Calea Victoriei, junto al Athénée Palace, se quedaron atónitos. Todo el patio del Palacio, hasta la verja, estaba lleno de soldados con las armas apuntando al Comité Central, y desde el restaurante Cina, por la calle Oneşti, hasta Magheru, el paso estaba bloqueado, ¡y por quiénes! Sólo en las películas de vídeo habían visto semejantes trajes de extraterrestres, con escudos y cascos transparentes, amontonados en filas y más filas.

—¡Es tremendo! ¡Parece *La guerra de las galaxias*!—susurró Şerban.

Un poco más allá, estaban aparcadas unas furgonetas con las ventanillas enrejadas, habían visto una vez varias de ésas cruzando la ciudad. No había un alma en la plaza del Palacio. Las banderas rojas y tricolores, pancartas que decían CEAUŞESCU, LUCHADOR, PARA TODO NUESTRO PUEBLO, NUESTRA ESTIMA Y ORGULLO. CEAUŞESCU RUMANÍA yacían, pisoteadas, entre envoltorios de plástico, bolsas, papeles, una bufanda manchada de barro, un zapato de tacón de

aguja perdido en la carrera… pero ¿cómo había podido correr alguien con un pie calzado y el otro descalzo? Y, sobre todo, ¿por qué?

—¡Ya ha empezado! ¿Lo ves? ¡Ya ha empezado! ¡Cuánto tiempo hace que te lo vengo diciendo!—murmuró de nuevo, exaltado, Şerban.

Claudia le pellizcó a través de la chaqueta impermeable para que se callara, caminaba cabizbaja para no cruzarse con la mirada recelosa de los soldados, había en cada esquina grupos y más grupos; seguían con la mirada, sombríos, a los transeúntes, detuvieron a algunos, pero ellos se libraron. Se dirigieron luego hacia la catedral luterana y, finalmente, de callejuela en callejuela, salieron a Magheru.

No circulaba ya ningún vehículo y, en medio de un silencio inusitado, se oía tan sólo el zumbido de un helicóptero que volaba bajo, sobre los edificios, algo que no habían visto jamás. Las aceras estaban llenas de gente bien vestida, vecinos del centro, pero también de jóvenes con chaquetas, estudiantes o escolares en uniforme que miraban el centro de la calle, donde un grupo se agitaba y gritaba algo.

Pasaron unos instantes antes de que se dieran cuenta de que gritaban «¡Libertad! ¡Libertad!». Unos chavales, con la ropa desabrochada y la cabeza descubierta, entre ellos también una chica de pelo largo, invitaban a la gente a que se les uniera: «En las aceras no os quedéis | que de hambre moriréis», y luego, otra vez, «¡Libertad!». Aunque la ciudad estaba abarrotada de soldados y había empezado a oírse un ruido ahogado—los «extraterrestres» de *La guerra de las galaxias* golpeaban, a modo de advertencia, los escudos transparentes—, los locos aquellos gritaban también «¡Fuera Ceauşescu!». ¡Qué valor tenían! Sus voces eran más fuertes, se les habían sumado unos cuantos más y, de repente, apareció un Mercedes negro, con banderitas, y la gente de las aceras aplaudía.

—¡El embajador de Estados Unidos!—murmuró, junto a Claudia, un hombre con una gorra de nutria.

—El de Francia, ¿no ve las banderitas?—le replicó una señora vestida con un abrigo de ante.

Debido a la luz, al aire fresco, como de comienzos de primavera, a la gente que gritaba lo que gritaba y a los coches diplomáticos extranjeros, Claudia tuvo la impresión de que había algo festivo en el ambiente. Aunque este evento increíble estaba sucediendo con el permiso de las potencias mundiales, los estadounidenses y los franceses, pero también con el permiso de Dios, de lo contrario en esa época tendría que haber montones de nieve y quién habría aguantado, a diez grados bajo cero, en la calle, para gritar «¡No tengáis miedo, Ceauşescu importa un bledo!».

A través del impermeable sentía el cuerpo de Şerban vibrar y, de repente, él retiró su brazo del de ella. Creyó que se separaban unos minutos y se quedó, enfurruñada, enfrente de la librería Sadoveanu, con los cristales rotos y los libros de homenaje a Ceauşescu arrojados en montones por la acera, mientras que él retrocedía hacia los de la carretera y le hacía señales para que fuera también ella, ¡que fuera también ella! Cuando se convenció de que ella titubeaba, se dio la vuelta y se unió al grupo que no cesaba de aumentar. Avanzando, con

interrupciones, hacia la universidad, donde se vislumbraban ya las columnas de soldados, coreaban: «¡Sin violencia! ¡Sin violencia!».

Claudia permaneció unos momentos más, aturdida, en el borde de la acera, el bulevar Magheru no era ya el que ella conocía y no reconocía tampoco nada de alrededor. Dio unos pasos hacia la Lechería, sin abandonar, sin embargo, la acera que la protegía. Cada vez que los soldados avanzaban, se escondía tras las espaldas de quienes la rodeaban. Pero intentaba seguir el paso de los de la carretera, caminaba deprisa, golpeándose contra los que se habían colocado junto a los bordes, y que no se molestaban, tampoco ellos, en avanzar junto a los manifestantes que seguían gritando «¡En los balcones no os quedéis | que de hambre moriréis!».

¿Quién había elaborado esos eslóganes? Descubriría más adelante que los habían oído en la radio, en Europa Libre, los habían gritado en Timişoara, pero en su casa, desde la muerte del tío Claudiu, no se escuchaba esa emisora. Todo era irreal, inverosímil, de película, empezando por el hecho de que en pleno centro de Bucarest la gente coreara a voz en grito «¡Fuera Ceauşescu!». Y, sin estar muy convencida, se había convertido, también ella, en actriz.

—¡Mira, nos están grabando!—murmuró una señora que corría a su lado.

Claudia volvió la cabeza y distinguió, ciertamente, en uno de los balcones del edificio donde estaba el restaurante Danubio, a un hombre en jersey que filmaba o fotografiaba. Estaba segura de que era un securista y, como Ceauşescu no iba a caer, buscarían a los de las cintas y los arrestarían incluso al día siguiente.

No tuvo el valor de volver a mirar hacia allá y caminó cada vez más despacio. Entretanto, las columnas de soldados empezaron a subir por el bulevar Magheru, avanzaban hacia el grupo que gritaba, ahora con desesperación «¡También vosotros sois rumanos!».

Levantó, en un determinado momento, la mirada, el cielo no era ya tan azul, había oscurecido por el ocaso, la luz se había enfriado, por tanto, debían de ser más de las cuatro. El tiempo pasaba de otra manera aquel día, algunos habían abandonado ya las aceras, pero habían venido otros a ocupar su sitio.

—¡Dispararán en cuanto anochezca, eso es lo que hicieron en Timişoara!—murmuró el señor del gorro de nutria.

A Claudia le entró todavía más miedo, no, no era una fiesta, era sólo un sueño espantoso del que tenía que escapar, pero ¿cómo? A duras penas lograba no salir corriendo y llamar la atención, esperaba llegar hasta la calle Batista y precipitarse a la boca del metro. Vio una vez más, disgustada, la chaqueta azul de Şerban junto a la joven de cabello largo que ofrecía claveles a los soldados… ¿De dónde los habría sacado? ¿Y qué les estaba diciendo?

Reconocería más adelante su fotografía en el periódico: era de su instituto, tenía un año más, había hecho el examen de ingreso en Medicina, pero no había entrado.

—¡No disparéis! ¡Podríais ser mis hijos!

Vio el cogote de pelo ralo del que había gritado, era canoso y llevaba una gabardina gris, era uno de los pocos veteranos del grupo. Ella echó a correr hacia

la boca del metro, pero estaba abarrotada de soldados. Entonces oyó, muy cerca, los disparos, se detuvo un instante y volvió la vista atrás, vio una tanqueta, como surgida de la tierra, y distinguió, iluminados por los disparos, a los soldados que se dirigían en tromba hacia el grupo, disparos y gritos, el hombre de la gabardina gris yacía en el suelo, con la cabeza en un charco de sangre, y dos jóvenes se llevaban corriendo, en brazos, a la chica, su cabello largo iba barriendo el asfalto.

Claudia corrió hasta la pequeña iglesia de la calle Batista y luego por Tudor Arghezi; oía en la garganta los latidos de su corazón.

Sultana me relató la escena como se imaginaba ella que la había vivido su hija, pero no estoy segura de que fuera así. Sólo al cabo de muchos años respondió Claudia, a la fuerza, a algunas de sus preguntas. Tampoco creo que, en las semanas siguientes, cuando la prensa daba amplia cobertura a los «jóvenes mártires», se arrepintiera Claudia de no haber estado en la carretera, en el fragor de la batalla: ya tenía entonces su proyecto de vida, «dedicarse a la ciencia», tal y como le había metido Petru en la cabeza.

Cuando se enteró de la muerte de Şerban, al principio se sintió furiosa con él. Se las daba de valiente y, en los últimos meses, cuando en Europa Libre hablaban continuamente sobre los manifiestos contra Ceauşescu, él también quería escribir uno con un amigo, pero éste titubeaba.

—¡A mí no me metas en esas cosas, nosotros ya hemos tenido bastante con la historia del tío Claudiu!—se apresuró a responder ella.

Si no se hubiera plantado en la primera línea del grupo, habría podido escapar porque, cuando vieron que la tanqueta venía rápidamente hacia ellos y que empezaba a disparar, cada uno huyó como pudo. Ella recorrió toda la calle Tudor Arghezi y se detuvo sólo al llegar al edificio de Maria Rosetti, el de la fábrica de clases particulares, empujó, jadeante, el pesado portón metálico, subió las escaleras a la carrera y llamó a la puerta del profesor. Tardó en abrir, era obeso, le costaba moverse y sus ojos exoftálmicos estaban desorbitados. Había visto en la televisión cómo había acabado el mitin de la plaza del Palacio y oyó, más adelante, los disparos. Estuvo con él y con su esposa hasta que Aurelian fue a recogerla con el Trabant.

Sin embargo, tal vez se sintiera luego culpable, porque, mientras ella huía, Şerban estaba caído en medio de la calle, herido por una tanqueta, pero vivo todavía, hasta que un desconocido le disparó en la cabeza.

Tenía la impresión de que sus amigos, que le hacían relatarlo una y otra vez, la condenaban en su fuero interno por ser una cobarde. Durante muchas semanas no habló con nadie, ¿qué es lo que querían, que hubiera muerto también ella? Preocupada por que su hija cayera en una depresión y perdiera el curso, Sultana me pidió que la telefoneara y que hablara con ella.

—¿Por qué yo?—dije intentando eludirlo.

—¿Acaso no eres su madrina?

Lo hice sin mucho entusiasmo, resultaba difícil contactar con Rumanía, las llamadas a los Morar nos salían muy caras, pero ellos no se daban cuenta.

—¿Qué quieres?—me preguntó Claudia con un tono hostil, y no volvió a decir

una palabra, así que colgué.

—Es una reacción normal, déjala tranquila—dijo, comprensivo, Petru—. Es la primera vez en la vida que se enfrenta a la muerte. Cuando sucedió lo que sucedió con su tío Claudiu, era demasiado pequeña para entender algo, pero el miedo se le quedó dentro.

¿Fue Şerban, ciertamente, el gran amor de Claudia, y supuso su muerte el vuelco de su vida, tal y como afirma su madre? A mí su amistad me parece más bien un simple tonteo de adolescencia idealizado por Sultana. También ella me contó, en otra ocasión, que discutían a menudo, que su hija estaba siempre enfurruñada, que no se hablaban durante días y días y que luego lo retomaban de cero.

—¿Llegarían a hacer el amor?—le pregunté yo.

Sultana dice que no lo sabe, pero yo pienso que lo hicieron. No era como ahora, cuando las chicas de dieciséis o diecisiete años que no han hecho el amor son consideradas unas fracasadas, pero ya en la generación de Claudia las cosas sucedían con normalidad. Como prueba, el póster de Claudia en la Fontana di Trevi: tres meses después de la muerte de Şerban, tiene la cabeza llena de rizos, el pelo le había crecido deprisa, y estaba indeciblemente contenta. Me imagino a Sultana incordiándola:

—Con la mano derecha por encima del hombro izquierdo, así hay que arrojar la moneda, Claudia, ¿me estás oyendo?

Y a Aurelian acechando, tras el objetivo de la cámara fotográfica rusa, la risa en el rostro de su hija.

—¡Haz como que no te das cuenta cuando está enfurruñada! ¡Y procura entenderla! ¡Era con Şerban, no con nosotros, con quien había planeado visitar la *città sui sette colli!* ¡Pero hoy en el Coliseo, pasado mañana en la plaza de San Pedro o en el Janículo, se van acumulando recuerdos agradables!—me parece estar oyendo a Sultana cuchichear con su marido. No lo suficientemente bajo como para que no la oyera la enfurruñada.

En la acera delante del restaurante Danubio, las fotografías enmarcadas de los primeros muertos de la revolución estuvieron mucho tiempo rodeadas de flores y velas. La de Şerban, con el uniforme del liceo, era la de su primer carnet de población: sus padres enloquecieron cuando les llamaron para que fueran a recogerlo a la morgue y, con las prisas, no encontraron otra.

Claudia no asistió al funeral y le costó decidirse a ir al cementerio de los Héroes. Depositó los claveles sobre su fotografía y se marchó corriendo, hacía un frío cortante, y las cruces y las placas de mármol idénticas, adornadas con nieve helada, no tenían nada que ver con el Şerban que había conocido ella.

Cuando volvió la segunda vez, se encontró con la madre de Şerban, que andaba toqueteando la vela. No era ya la elegante señora que la intimidaba con sus vestidos de la tienda más original de Bucarest y con sus coquetos sombreros, sino una mujer mermada, veinte años más vieja, sus arrugas brillaban por las lágrimas y un círculo blanco, de un par de pulgadas, había aparecido en la coronilla del pelo sin teñir.

—No sé cómo sacarlo de aquí y llevármelo a casa—susurró, y a Claudia le

pareció que había perdido el juicio.

Luego le preguntó por sus padres, ¿están bien? Claudia estuvo a punto de decirle que estaban muy ocupados con el Foro y los mítines contra «los que han robado la revolución». Pero en el último momento se le pasó por la cabeza que le había preguntado confiando en que también a ellos les hubiera sucedido algo malo, no sólo a su hijo. Se sintió culpable por estar viva y por poder regresar andando a casa, donde sus padres se agitaban con la revolución que había matado al hijo de la mujer desquiciada que tenía delante.

Desde ese día no volvió a pisar el cementerio de los Héroes.

En el póster de la habitación de Claudia está escrita a mano la fecha del viaje a Roma, 2 de abril de 1990, que confirmaría la tradición de la Fontana di Trevi: todos los que lanzan una moneda al estanque frente al Palacio del Quirinal regresan a la Ciudad Eterna.

La tradición se le cumplió también a Claudia Felicia Morar.

Una semana después de regresar a Bucarest, empezó la manifestación en la plaza de la Universidad, a la que asistía cada tarde, con la chapa de «estudiante golfa». Su cuadrilla se plantaba delante del balcón de la facultad de Geología; cantaban: «*¡Mejor tunante que traidor*, | *mejor gamberro que dictador!*», y aplaudían a los oradores en una competición de orgullo, encanto y frustraciones que rompían y rehacían parejas y amistades.

Un par de veces acompañé también yo a los Morar a su «zona libre de neocomunismo», como ponía en las banderolas que bloqueaban la circulación. Una mezcolanza de gente, algunos venían con sus hijos a la espalda. En medio de la plaza, en un trono de madera con un icono grande, barato, la Virgen con el Niño; ardían, en cajas de hojalata, unas velas colocadas en recuerdo de los fusilados dos meses antes. Un compañero del liceo recordó a Şerban Dumitriu, pero tenía poca voz y tartamudeaba todo el rato. A continuación, un padre convertido en un personaje popular habló sobre su hija, arrollada por una tanqueta; tal vez fuera la joven de las flores. Vi lágrimas en los ojos de la gente de alrededor, Sultana sollozaba en el pañuelo mientras la plaza coreaba: «¡Qué pena, qué pena | por la sangre de sus venas!».

—¿Es normal soltar discursos sobre la muerte de un ser querido?—le pregunté a Aurelian.

—¿Qué otra cosa puedes hacer?—me respondió abatido.

Nunca tuvo sentido de la réplica, al contrario que su hermano Claudiu.

Una ciudad gris en plena ebullición, con gente agitada, mal vestida y tiendas con las estanterías vacías, con apartamentos llenos de cucarachas, con calles abarrotadas de basura y manadas de perros sin dueño… así quedó grabado en mi mente el Bucarest de la primavera de 1990. En el barrio de los Morar, el único negocio privado era el que vendía, en el local del antiguo Aprozar,[2] pan turco, lo traían congelado de Estambul: caliente y barato era la delicia del día.

Los manifestantes de la plaza de la Universidad enarbolaban, no entendía yo por qué, emblemas con «golfo pensionista», «golfo de la guardería», «profesora golfa», etcétera. Molesta por mi ignorancia, Claudia me soltó que el presidente

Iliescu había apodado *golfos* a los de la plaza.

—Y la canción esa de *Mejor tunante que traidor*, por la que has preguntado, Letiția, es el «Himno de los golfos». Ceauşescu dijo que los de Timişoara habían sido unos «*hooligan*», Iliescu ha hablado de «golfos», así que existe una comparación entre Ceauşescu e Iliescu, ¿entiendes?

—¡Entender entiendo, pero, en tiempos de Ceauşescu, la Securitate te cascaba antes de que abrieras la boca! ¡Y éstos de ahora dejan que les insultéis y no veo que a ninguno de vosotros le haya sucedido nada!

Me miró escandalizada y me dio la espalda. De todas formas, no conseguía sintonizar con ella. Gente hecha y derecha convertida en niños cantaba, lloraba, reía, gritaba a coro. La respuesta de la muchedumbre a los del balcón era a veces divertida, sólo que los discursos eran largos y aburridos. Tampoco lo de las velas y las genuflexiones me encandiló, dirigía un DJ rubio y barbudo: «¡Ahora os arrodilláis, ahora cantáis!».

—¿De qué teatro lo habrán sacado?—le pregunté.

—¿Qué estás diciendo? ¡Es el líder de los estudiantes!—puntualizó Sultana.

Después de ser golpeado por los mineros y arrestado, los Morar crearon un *lobby* con abogados extranjeros, con asociaciones internacionales por los derechos del hombre, para sacarlo de la cárcel. Pero ahora, no tengo ni idea de por qué, no se relacionan y no comentan nada sobre él: tema tabú.

Las copas rosas y blancas de los árboles en flor suavizaban el gris oxidado de los muros de las casas desconchadas que se habían librado, en el último momento, de la demolición de Ceauşescu. Animado por la luz de abril, Bucarest se había llenado de periodistas extranjeros que elaboraban reportajes contra reloj y dejaban perorar a los rumanos, deseosos de hablar con los occidentales, algo completamente prohibido antes. Habían aparecido también rumanos huidos, traían ayuda, generalmente ropa de segunda mano y tecnología obsoleta, y husmeaban las propiedades a devolver y los negocios en el nuevo mercado.

Más o menos eso me había traído también a mí aquí y me planteaba que regresáramos, Petru, al instituto dirigido por Harry Fischer, yo, como propietaria de un centro de fisioterapia, ¡qué utopía!

La ciudad estaba abarrotada de jóvenes, no sé cuántos cursos habrían completado; los estudiantes, transformados en poco tiempo en todopoderosos, habían expulsado a los decanos y rectores vendidos. Habían hecho la revolución, nadie los cuestionaba, tampoco se cuestionaba la revolución, hablaban en nombre de los muertos del cementerio de los Héroes, convertidos ahora en su justificación.

—¿Están capacitados para juzgar la competencia de los profesores?—le pregunté a Petru.

—¡No me dan ninguna pena esos rectores y decanos, unos políticos trepas!—farfulló vengativo.

Tenía razón, algunos regresarían después de la mineriada[3] o buscarían asilo en las universidades privadas, fábricas de dinero y de títulos falsos.

En Calea Victoriei me di de bruces con Manuela, su ex mujer. Traje gris

verdoso de Ann Taylor, blusa de seda natural con florecitas a tono, rostro estirado como tras un *lifting*.

—¿Has visto lo graciosos que son los emblemas esos de los golfos? ¡Todo Bucarest está en la plaza! ¡Es decir, toda nuestra gente!

Y muac-muac, en el aire, a un dedo de mi rostro. ¿Nuestra gente? En la época en que me atormentaban los celos retrospectivos, no habría pensado que formábamos parte del mismo mundo. Recordaba su abrigo largo, con hebilla plateada, y cómo me avergonzaba de mi chaqueta, una antigua de mi madre renovada.

—He venido a recuperar la herencia de mis abuelos—añadió.

¿Cómo? Yo había conocido a su padre, un gran director, por lo tanto, un dosier impoluto. Pero farfullaba algo sobre «el abuelo, una víctima de la Securitate», ¡cuántas víctimas habían aparecido!

—¡Estaría muerta si me hubiera quedado aquí! Petru lo comprendió y ése fue tu golpe de suerte, ¿no?—concluyó, tal vez malévola, tal vez cómplice—. ¿He oído que tienes relación con los hermanos Branea? Ah, ¿son tus tíos?—parpadeó, incrédula, con sus pestañas cubiertas de rímel.

Soltó otro par de muac-muac en el aire y me dejó sin respuesta en una nube de Obsession.

No habría ido por segunda vez a la plaza de la Universidad, pero tuve que asistir cuando Aurelian pronunció su discurso. Aplausos poco entusiastas, no le ayudaban ni la voz aguda ni el discurso demasiado largo.

—¡Sin embargo, tiene ciertos *skills*, es cierto que no son para ti ni para mí! ¡Pero ese estilo obsoleto, grandilocuente, funciona con sus *hard-liners*!—me contradijo Daniel en su jerigonza.

—¿Por qué no le has preguntado entonces si cuando entona el *Mejor muerto que comunista* recuerda que fue miembro del Partido?—replicó Petru.

—¡Carnet tenías también tú! ¿Y qué? ¿Acaso te considerabas comunista?

—Tuve carnet, pero no suelto discursos en la plaza de la Universidad—rezongó.

Si te hubieras quedado allí, los habrías soltado, pensé para mí. O no. A mi marido le puedo reprochar muchas cosas, pero, por muy vanidoso que sea, no hace gala de una demagogia gratuita.

Cuando añadí algo más sobre la plaza, Sultana me lanzó uno de sus eslóganes, algo como «la gente aprendió allí a ser libre».

—Yo aprendí la libertad en mi propia piel y me costó bastante cargar con ella—le respondí con acritud.

Al marchar, Aurelian me metió en la maleta una grabación sonora de una de sus reuniones en el Foro Cívico, recién fundado, cuyo presidente había sido elegido. Fui con ella a Múnich, aunque sabía que Petru era implacable con los veleidosos entusiastas que se colaban en su programa. Llevaba, como siempre, mucho tiempo sin hablar y, durante una hora, le cantó las cuarenta al pobre Aurelian, que generalmente pierde los nervios por cualquier tontería, pero entonces se dejó golpear como un saco de boxeo…

—Aurelian, ¿por qué me has enviado esta mierda de casete? ¿Crees que esa

reunión de Partido, en la que, al final, en lugar de *La Internacional* se canta el *Himno de los golfos* significa periodismo? Gracias a mi mujer, que fue tu compañera de trabajo, sé que te despidieron del Edificio cuando transmitimos en Europa Libre la carta de tu hermano sobre las demoliciones, me imagino lo duro que fue para ti, ¡pero ahora no se trata de eso! Se trata del estilo de vuestros eslóganes, «Quien ha estado cinco años en Rusia, no puede pensar como USA», que nosotros, lo sabes perfectamente, nos formamos en el PCR. Entonces, ¿por qué coreáis «Antes muerto que comunista»?

Es verdad que, al final, Petru suavizó un poco el tono.

—¡Mira, Aurelian, te ruego que recuerdes dentro de unos años lo que te estoy diciendo ahora! ¡No deberíamos escupir sobre nuestras vidas en el comunismo, porque todos los que acaban de abrir los ojos ahora vendrán algún día a escupirnos en la cara! ¡Tú, Aurelian, eres el ejemplo más acabado de mi teoría! Un hombre de buena fe y todo lo honesto que puede ser alguien que vivió entonces. Fuiste, al igual que yo, secretario de propaganda, pero luego yo he realizado programas en Europa Libre y tú has fundado el Foro Cívico. Aunque no hayamos nacido de la espuma del mar, hemos construido algo con los materiales que teníamos a mano. ¡Pondré fragmentos de esta cinta, y te prometo que haremos una larga entrevista nosotros dos, algún día!

Algún día se convirtió en nunca. Las radios locales, con éxitos y *hits* para todas las generaciones, se hicieron, poco a poco, con los radioyentes de la emisora, pero a Aurelian no le faltaron entrevistas mientras se dejaba ver junto a Coposu y Ticu Dumitrescu. El sadismo de Petru fue inútil, porque acabó presentando el Foro en su programa. Y Aurelian, conciliador, me explicó en otra ocasión el motivo de su paciencia:

—¡En torno a la cabeza de Petru flota el aura de Europa Libre, que nos ofreció entonces la ilusión de que no estábamos solos!

Generalmente procuro no reírme del lenguaje grandilocuente que adquirió cuando empezó a hablar en los mítines en los que se coreaba «¡Abajo el comunismo!». Pero entonces me sentí conmovida, ¿no será el aura de Europa Libre lo que me ata a Petru? ¡No la escuchaba antes de que él tuviera un programa y menos aún después! Bîclişeanu no tuvo que presionarme demasiado para que firmara la declaración por la cual me desentendía de lo que hacía mi marido en Europa Libre. Cada martes a las seis, en cuanto se oían los primeros acordes de la *Marcha al cadalso* de la Sinfonía Fantástica, la señal del programa de Petru, estaba segura de que, estuviera donde estuviera, alguien escuchaba atentamente lo que yo hacía. Así que me iba al cine, sobre todo porque nadie me invitaba ya a su casa.

La tarde en que habló Aurelian, estuve junto a Harry Fischer. Le irritaba que en los discursos repitieran una y otra vez, con énfasis: «los muertos jóvenes de la revolución» y, en un determinado momento, estalló:

—¡Se han reunido porque se sienten culpables, pero lo único que saben hacer es parlotear y cantar! ¿A qué viene tanta cháchara? ¡Dos bandas de criminales empujaron a aquellos críos hacia las balas de guerra! ¡Un sacrificio humano ritual,

como en las sociedades premodernas! En todas las revoluciones te encuentras con adolescentes, ¡su cerebro no ha desarrollado todavía el instinto de supervivencia!

En la gabardina llevaba prendido un trozo de cartón en el que ponía GOLFO DIRECTOR, los jóvenes muertos lo habían elevado también a él a la poltrona de director. Cuando habló sobre los que habían crecido en la miseria e imaginaban la libertad como un árbol de Navidad cargado de chocolatinas, chicles, Modern Talking, Coca-Cola, anticonceptivos, películas porno y viajes-por-todo-el-mundo, pero a los que los minutos de libertad sólo les trajeron una explosión dolorosa del cuerpo, destrozado antes de terminar de crecer, tuve la impresión de que también él se sentía culpable. Y todo lo que sucedió después en el país me recuerda sus citas de los antiguos sobre el pecado colectivo no vengado: destruyeron, cada uno a su manera, la ciudad, y ahora se lamentan porque nadie cree en nada.

En la época de la plaza, en la pared del restaurante Danubio colocaron una placa de mármol con los nombres de los infelices chavales asesinados el 21 de diciembre de 1989. La retiraron cuando reforzaron el edificio y, tras la finalización de las obras, se descubrió que la habían robado y no la repusieron. El dosier de la Revolución se paseó por las manos de muchos fiscales.

«Hubo varias condenas, pero los culpables gordos no fueron juzgados», repite siempre, rencorosa, Sultana.

«Han quedado sólo ellos, junto con algunos viejecitos y abuelitas histéricos, para seguir agitando el asunto mientras duren las francachelas electorales», *dixit* Petru.

Después de refutar su comparación entre Ceauşescu e Iliescu, oí a Claudia hablar por teléfono con Alina, que ya entonces andaba detrás de Daniel:

—Una amiga de mi madre que vive en Alemania… al parecer unos tíos suyos murieron en la cárcel… pues bien, esa tipa, que no es tonta—mi madre dice que ha escrito un libro con el nombre de Lelia No-Sé-Qué—, está de parte de Iliescu, ¡imagínate! ¡Lo que estás oyendo! ¡Me cuesta creer que sea securista, pero vete tú a saber!

Me quejé entonces a Petru, que también me puso en mi sitio. Cuando se trata de Claudia, se vuelve un corderito:

—¡Es normal que sea una exaltada después de la historia de Şerban! ¡Más curiosa es la exaltación de sus padres! Pero ¿tú no podrías callarte, si ya has visto que en esa casa todo el mundo ha perdido el juicio?

Menos de dos meses después, cuando Claudia era arrastrada por los mineros a la policía de la capital y Petru, alertado por Sultana, estaba en ascuas y llamaba a los fiscales, a los diplomáticos y a los periodistas extranjeros para sacarla cuanto antes de allí, me prometí no volver a pisar la Alameda de los Tilos.

Como no sabía que la habían detenido en el patio del liceo, Aurelian corrió enloquecido hasta la universidad; la calle Edgar Quinet estaba abarrotada de mineros, caminó pegado a la pared; con sus gafas de miope y sus vaqueros desgastados pedía a gritos una paliza. Se sintió siempre culpable porque, delante de la librería Mihai Eminescu, unos diez mineros se abalanzaron sobre un

muchacho que llevaba una lámina bajo el brazo, lo arrinconaron contra la pared y lo golpearon por turnos, pero él no fue capaz de intervenir. Si su hermano Claudiu hubiera estado en su lugar, a buen seguro que lo habría hecho y, quién sabe con qué argucias, lo habría sacado de allí.

En el vestíbulo de mármol de la facultad de Filología, había sangre por el suelo y por las paredes, Aurelian afirma haber visto incluso el cuero cabelludo rubio de una joven. Donde más sangre había era en el sótano, allí se encontraba la Liga de Estudiantes. Sultana, que me contó también otros horrores, tenía un tono de reproche, como si yo fuera culpable de algo.

Así que, cuando inicié el proceso para recuperar la herencia de mi padre, busqué un hotel. No estaban, como ahora, todos en internet, con fotos y precios; me alojé en uno que olía a comunismo, desde los muebles de cartón prensado hasta las alfombras de yute. Con los Morar nos intercambiábamos tan sólo felicitaciones por las fiestas y no volví a plantear el tema *Iliescu* con Petru. Cuando le pregunté por qué había enviado a los mineros contra unos pocos estudiantes, si ya tenía todo el país bajo control, me respondió:

—¿Cómo que por qué? ¡Para meterles miedo a aquellos jóvenes descarados y, reconócelo, le ha salido bien! ¡Se han esfumado como por ensalmo!

Entre ellos también nuestra Claudia. Se marchó, en otoño de 1990, con ayuda de Petru, a estudiar un máster de Ciencias Políticas en Budapest y, cuando lo terminó, se buscó ella sola otro de Estudios Románicos en Roma. Petru insistió en que conserváramos la relación con los Morar.

—¡Recuerda todo lo que hicieron por ti cuando tuviste problemas! Con la imaginación que tienen, si no les llamas sospecharán cualquier disparate, ¡no sólo que eres iliecista, como te declaró Claudia!

También a mí me convenía; debido al juicio tenía que regresar más a menudo a Bucarest y la habitación de Claudia estaba libre. Con cada regreso, descubría nuevas fotografías en las paredes de la habitación que, con los cristales relucientes, las cortinas moradas ondeantes y el polvo eliminado con espray Rivex, parecía esperar siempre a la estudiante, a la doctoranda Claudia Morar.

—¡En primer lugar tengo que ver el fotomontaje nostálgico!—declaraba yo en cuanto llegaba.

Cuando su hija se marchó, Aurelian rebuscó en su montón de fotos y diapositivas antiguas, las amplió, las enmarcó y las colocó en su habitación. No me gustaba la mezcla de blanco y negro y color, pero esto es lo que habían decidido la técnica y la historia: la infancia de Claudia es bicolor, fotografiada con una máquina rusa Laika, la adolescencia y la juventud tienen el brillo y la policromía de las postales, bajo el objetivo de unas máquinas digitales: Canon, Minolta, Olympus. Las fotos a color son las que me llamaron la atención al principio: nuestra Claudia en el extremo del puente de las Cadenas de Budapest, Claudia ante el pórtico de la iglesia Santa Maria degli Angeli, Claudia en el vestíbulo de la Universidad de la Sapienza, con un corte de pelo bob y un jersey Fendi, Claudia en la sala de conferencias del Albergo Verdi, leyendo, en el atril, su trabajo delante del micrófono, Claudia en los jardines de la Villa Borghese,

«¡Ahí hay una zona de mala muerte, llena de travestis, Letiția!». Muchos italianos llevan una doble vida: en casa, esposa, hijos; a escondidas, amantes o prostitutos vestidos de mujer, los homosexuales no se atreven a mostrarse en Italia como hacen en Francia o en Alemania, me explicó doctamente Sultana. Su rostro se iluminaba cuando me describía Roma.

Más o menos por aquel entonces, los Morar vendieron su Trabant y compraron el Fiat 500 con lo que les quedaba de los dólares cambiados en Bucarest, en la calle, por Aurelian. El pobrecillo, al llegar a casa, se encontró con unos recortes de la revista *Scânteia*, cortados en rectángulos y empaquetados hábilmente por un cambista callejero. Cubriéndolos, un taquito de dólares. Sólo le quedó relatar durante varios años cómo entró en un callejón con el cambista, cómo estaban contando los dólares cuando apareció un desconocido, cómo el cambista los guardó deprisa en la bolsa, luego, cuando el desconocido desapareció, sacó, igual de rápido, los tacos falsificados: «¡Venga, cógelos, que no nos pillen los maderos!», le susurró, metiéndoselos en los bolsillos. Este episodio hizo tambalear por primera vez el prestigio de Aurelian a ojos de su hija, que entretanto se había marchado aún más lejos.

Tras un *training* en Estados Unidos, adonde la había enviado el Foro, Sultana regresó con un taco de formularios para cursar el doctorado en las universidades estadounidenses. Claudia envió sus solicitudes a unas cuantas, calculó los créditos obtenidos y eligió una universidad cercana a Nueva York. Y todo salió de manera fortuita y natural, como entrechocan las bolas de billar, hasta que, finalmente, la predestinada cae en el agujero que la espera.

En el edificio, portazos, llantos de niños, ladridos de perros, pero en el apartamento ningún movimiento. El timbre me pilla por sorpresa, es la tercera vez que lo oigo hoy, de repente tengo claro que he oído, de hecho, el teléfono cada una de las veces. Ha sonado temprano, como sonaba al comienzo de los años noventa, cuando mis amigos desenmascaraban en el recién fundado Foro Cívico la parte oscura del comunismo. Después de que sus amigos más implicados los relegaran, el teléfono sonaba menos.

Cuando entreabro la puerta, distingo el susurro de Sultana en el otro extremo del apartamento, ¡dígame!, ¡dígame! Así que no dormía, como pensaba yo, se habrá levantado al alba para trabajar en la traducción, anoche se quejó de que tenía encima el *deadline* de la editorial, está también contaminada por el ruminglés de su sobrino Daniel. Habla deprisa y no consigo adivinar con quién. ¿Será con el extranjero? Es demasiado temprano para Europa y no recuerdo que tenga a nadie en Estados Unidos aparte de Claudia, que no se gasta los dólares en llamadas; son esos dos infelices, Sultana y Aurelian, los que llaman cuando pueden y como pueden.

Al recorrer el pasillo, camino del baño, conseguí entender algo entre los murmullos de Sultana. La persona con la que estaba hablando parecía tener problemas de salud, porque le preguntaba una y otra vez:

—Pero ¿tú te encuentras bien? Dime, ¿estás bien?

A continuación, sin embargo, en el piso de arriba se puso en marcha un taladro, lo había oído dos días antes, cuando entraba en el edificio con Daniel.

—¿Qué jaleo es ése? ¿Estáis de reformas otra vez?—le preguntó a Aurelian cuando le entregaba mis maletas.

—Nuestra generación ha empezado a marcharse—empezó a explicar Aurelian con una sonrisa forzada, pero el otro no le escuchó:

—Aquí os dejo a nuestra querida Letiția, ¡cuidad de ella! ¡Hace rato que yo tenía que estar ya en otra parte!

Oímos sus pasos trotando escaleras abajo, había dejado el coche con los intermitentes encendidos y a su paso flotó, durante un rato, un rastro persistente de Égoïste de Chanel y su sonrisa compasiva con los embrollos de los individuos *low profile* que habían vivido su vida durante el comunismo.

Se había vaciado, como de costumbre, un apartamento y, después de que los camiones cargaran los muebles rayados, las alfombras desgastadas, los paquetes de libros amarilleados—pruebas de una existencia modesta, rematada en un cementerio bucarestino—, en el bloque retumbaba el ruido de otro comienzo. Doblados por el peso, los trabajadores acarreaban sacos de escombros y rollos de sintasol hacia los contenedores que esperaban el estruendo matinal de los camiones de la basura: el nuevo propietario había pedido, seguramente, gres y parqué en el salón ampliado.

En el portal, unos jóvenes desconocidos empujaban cochecitos de bebé o tiraban de la correa de los perros. Saludo a los antiguos propietarios cuando coincidimos en el ascensor, sus rostros arrugados enarbolan tan sólo dos expresiones: o bien la de disculpa por haberte entretenido para poder charlar con alguien, o bien la del reproche al mundo entero por las frustraciones de una vida que ha pasado demasiado rápido. Sus hijos, la generación criada con la llave de casa al cuello, esos niños que llenaban con su algarabía enervante las escaleras de la entrada, deben de haber arrojado ya una moneda en la Fontana di Trevi. Se han marchado casi todos, pero algunos parecen visitar a sus padres más que nuestra Claudia; conozco sus historias gracias a Sultana.

Han desaparecido también los que trabajaban en las diferentes securitates de entonces. Hacía tiempo que habían tenido la ocasión de lanzar una moneda en la fuente de Océano y ahora son *businessmen* en Londres, en Los Ángeles o aquí. Mientras albergaban dudas sobre su futuro, alquilaron los apartamentos. Ahora ya están vendidos.

La Fontana di Trevi fue cubierta con un crespón con motivo de la muerte de Marcello Mastroianni. En cambio, la de la sueca Anita Ekberg, también en Italia, pasó prácticamente inadvertida: fue el día del atentado en *Charlie Hebdo*.

Pero guardo en mi mente su imagen, ambos en la fuente tras las fiestas nocturnas, junto a los tritones embridados a la concha de mármol de Océano. A medida que envejezco, ellos se vuelven más guapos y más jóvenes.

Y, en la penumbra, veo el perfil de Sorin, más joven aún que ellos, con los ojos clavados en la pantalla de un cine de la periferia. Tieso en su butaca, con el abrigo puesto, sin atreverse siquiera a darme la mano, como los escolares de aquellos tiempos. Dispuesto a salir corriendo si nos descubrían. Petru. Dorina. Los colegas del Edificio. Cualquiera.

La dolce vita, con la enrevesada simbología de Fellini, nos había desconcertado. No encontrábamos la puerta por la que entrar en el mundo de la pantalla, la distancia entre nuestras fiestas—en una habitación con las alfombras enrolladas, sándwiches y vodka ruso—y las fiestas de los aristócratas italianos en los palacios de Roma era insalvable. ¿Cómo ibas a comprender su desagradable desenfreno desde nuestra sexualidad reprimida? ¿Cómo se iba a identificar Sorin, obsesionado porque se había acostado con demasiadas pocas mujeres, pero confiando todavía en su carrera de tecnócrata, con el periodista desengañado interpretado por Mastroianni?

—¿Por qué me has dicho que querías que viéramos juntos *La dolce vita* si hemos llegado por separado y saldremos por separado?—le grité, y aparté, enfurruñada, la copa de Martini rojo con la que quería embaucarme para llevarme a la cama.

—Un acto gratuito—rio.

Copiaba en nuestras pobres vidas la amoralidad reflejada en los libros de Gide, recientemente traducidos, hasta que se vio acorralado y se quedó con Dorina de por vida.

Su risa falsa, carente de alegría. Había intentado llevarme al cine, sacarme del estudio con olor a sexo y vodka en el que nos refugiábamos dos veces por semana, ¿por qué tampoco esto me había satisfecho? ¿Y qué si no habíamos ido juntos por la calle? Aparte de las citas en las que hacíamos el amor, nuestra vida en común se reducía a las horas de oficina, con los ojos de nuestros colegas clavados en nosotros, y en las llamadas de teléfono que me hacía, desde una cabina, cuando Petru no estaba en casa. ¡Qué complicado le resultaba todo sólo para convencerme de que estaba conmigo! Qué martirio eran para mí las horas en las que esperaba su llamada, tatuadas en mi memoria más profundamente que las horas de sexo, cuando, en primer lugar, pensaba en el calendario: «¿Puedo hoy o es un día con peligro de embarazo?».

Cuando se escabullía por las escaleras para comprar algo de comida en la tienda de la planta baja, yo me quedaba aterrada: ¿y si el amigo Florinel aparece de improviso y me encuentra acurrucada en la cama? A través de las cortinas, que tenía siempre echadas, se colaban unos rayos de luz cenicienta. Me agotaba aquel miedo que nos provocaba un sobresalto con cada paso, con cada voz de la escalera.

«¡Le aconsejo que no salga a solas con una compañera casada por el centro la ciudad! Tenga mucho cuidado a la hora de presentarse con alguien en los hoteles

o los campings, ¡los empleados colaboran con la Securitate!».

¿Le había advertido realmente, con estas palabras, algún benefactor, después de que analizáramos el *Código del trabajo y de la equidad socialista* en la última reunión o procuraba tan sólo justificar, ante mí, nuestra vida oculta? Bastaba una sospecha para desbaratar los momentos felices. Me percataba siempre de sus mentiras por omisión, los secretos, tan impenetrables y tan conocidos como el olor de la piel, como el aroma del cuerpo.

Mi pánico se esfumaba cuando regresaba con la botella de vino y los paquetes de embutido en la bolsa de plástico. Los servía, deprisa, sobre la mesa, le ardían las orejas y las mejillas. Y, entretanto, me soltaba a toda velocidad los rumores habituales que se propagaban, de un piso a otro, en el Edificio:

«¡Circulan ya unas listas con los libros que van a ser destruidos! ¡Los gastos correrán a cargo de los imprudentes que firmaron los informes! ¡Los que pusieron el sello!».

Era un abril oscuro, con un cielo gris plomizo. El viento agitaba las ramas negras y verdes de los árboles de la orilla del lago con pescadores y barcas, que, visto de cerca, era una charca turbia. Al igual que nuestra historia, pensé más adelante, cuando me enteré de lo de Dorina.

El interruptor no funcionaba y la penumbra de la escalera le ahorraba mi mirada insistente. Aunque yo entornara los párpados, él debió de sospechar, más allá de mi silencio pertinaz, mi aire de abandono a medida que se acercaba el final de la cita. El puente de las horas que pasábamos juntos se rompía, siempre de manera demasiado brusca, y yo contemplaba, con la desesperación del que no sabe flotar en el agua más de diez metros, el ceniciento océano de los días que tenía por delante, sin él.

Y él debió de sentir cómo se depreciaba el amor en las horas fijas. Observaría, probablemente, mis ojeras, cada vez más profundas, después de hacer el amor, la edad que empezaba a imprimirse en mi rostro maquillado con descuido. Mi sufrimiento amenazaba directamente su libertad viril, su cinismo, tan tardíamente conseguido, la crueldad latente para con el otro que se oculta en cada uno de nosotros. ¡Cuántas complicaciones, cuánto riesgo para conseguir cada vez menos! Dirigía a menudo mi mirada hacia sus dedos de adolescente, de puntas afiladas, con pellejos en torno a las uñas que se arrancaba mientras se paseaba por la habitación dando zancadas bruscas. Abría, por inercia, las puertas de los armarios mirando el interior sin ver nada. No sentía ya la necesidad de aturdirme, como en nuestros primeros años, cuando, en cada una de las citas, me animaba a beber y reía, azuzado por mi azoramiento, desabrochando, febril, mi ropa. Parecía estar siempre inquieto, parecía siempre a punto de partir. Así de agitado se mostraba, desde hacía tiempo, en la oficina.

Más adelante me di cuenta de que lo torturaba la ansiedad, una enfermedad crónica que puedes tratar, controlar, atenuar, pero de la que no te libras si la has heredado o si te la has fabricado tú solo. Sí, demasiado tarde intuí las múltiples presiones a las que se encontraba sometido: el trabajo y las ocupaciones, yo y Dorina, y otras cosas que, seguramente, no descubriré jamás. Yo no me permitía

ver lo que no me convenía. Y, aunque sus explicaciones eran, de un tiempo a esa parte, cada vez más erráticas, ¡deseaba tanto creer lo que me decía!

El síntoma de la dependencia de los que se encuentran en la antecámara de la separación.

Qué bien lo entiendo ahora y, sin embargo, una emoción bochornosa hace que sienta la sangre en mis sienes siempre que mi mente vuelve a eso que Aurélie llama «trauma».

El pequeño televisor en blanco y negro muestra una Sala del Palacio abarrotada de trajes que se ponen en pie y aplauden, mientras una voz en *off* declama despacio: «Con profunda satisfacción e infinita alegría, en plena unidad de pensamiento y sentimiento con todo el partido y el pueblo, los diputados de la Gran Asamblea Nacional han recibido con indecible entusiasmo la Decisión de la Reunión Plenaria del Comité Central para proponer que en el XIV Congreso sea reelegido el ferviente patriota y destacado militante revolucionario, el genial fundador de la Rumanía socialista, el gran Héroe entre los héroes de nuestra estirpe, una eminente personalidad del mundo contemporáneo, nuestro estimado y amado Camarada Nicolae…».

La voz enervada de Sultana que trocea en la cocina un pollo anémico:

—¡Apágalo de una puta vez! ¿Por qué eres tan masoquista?

Aurelian lo apaga, enciende el viejo magnetófono Grundig y *Only You* y *Remember When* de The Platters—las canciones favoritas de Sultana—inundan la cocina que huele a carne cruda y a cigarrillos búlgaros BT.

Mi recuerdo envuelve con emoción sobre todo la figura borrosa de la mujer joven sentada en una silla de madera que fuma, con dedos temblorosos, un cigarrillo tras otro del paquete que, con gesto regio, Aurelian había puesto sobre la mesa. La desconocida bosteza, atontada por el sueño, pero no se toma las pastillas de Diazepam del tubo que tiene en el regazo y tampoco se decide a ir a acostarse. Sabe que se despertará a las tres en punto de la madrugada y, como no está en su casa, sino en el piso de unos amigos, no podrá moverse sin parar por la habitación, de la ventana a la pared, frotándose las manos y preguntándose: «Cómo he llegado hasta aquí?».

Esa figura borrosa, recién salida del hospital, soy yo. Busco mi rostro todavía joven de entonces en las fotografías en blanco y negro de la habitación de Claudia, en ellas está escondida mi vida pasada: mis años olvidados, pero no olvidados. Aquélla fue la primera semana que dormí en el apartamento de los Morar; me quedaba dormida y me despertaba al cabo de unas horas, en medio de la noche. No cabía duda de que, si había acabado aquí, es que había cometido algún error, pero ¿dónde había empezado el error?

¿Y fue acaso un error? ¿Por qué no puedo imaginar nada de mi vida ulterior sin mis años con Sorin? Y sobre mis recuerdos con él, por muy sórdidos que sean, flota siempre una luz vívida, fresca…

Junto a Sorin no había reparado en mi edad, pero la tarde de la separación, mis años se sellaron en mi rostro y la juventud vivida en sus brazos se devaluó, se arrugó, vergonzosa, ridícula, idónea sólo para arrojarla a la basura. Él me la había

malgastado, pero ¿que podría haber hecho yo para no perderlo? ¿El sexo oral, que él deseaba y que no se había atrevido a proponerme, como tampoco yo, bloqueada por sus celos y su pudor, me había atrevido a decirle cómo me habría gustado que hiciéramos el amor? Me veía desde fuera, caminando desnuda ante sus ojos febriles, recogiendo debajo de las sillas mi combinación de nailon, las bragas de algodón, las medias elásticas, rojas, convencida, ¡qué estupidez!, de que sabía lo que había en su mente. Lo oía hablar, pero no entendía sus palabras, las tapaba el ruido del agua del baño. El pasado desfilaba sin cesar por la pantalla de mi mente, no podía detenerlo, se me había estropeado el mando a distancia. Pero ¿acaso sabía yo, al menos en nuestros últimos años, qué me esperaba? La tristeza de mis ojos en las fotografías antiguas afirma que sí. Cada vez que llegaba a aquella calle y mis ojos se topaban con la charca de agua cenagosa, rodeada de arbustos de belladona, que, desde el séptimo piso, en brazos de Sorin, parecía un lago con pescadores y barcas, sentía que no debería estar allí.

¿Acaso no había percibido yo alguna señal de que se estaba alejando de mí últimamente? Ay, claro que sí, pero no quise hacerles caso.

¿Han pasado muchos años desde entonces? No, fue ayer.

Petru se había marchado la semana anterior a esquiar a Predeal. Me llamó por teléfono para decirme que volvería después de Año Nuevo: «Puedes venir también tú, si quieres», añadió. ¡Me lo tomé como un intento, a pesar de su orgullo, de hacer las paces después de nuestra última pelea! Estábamos separados, de hecho, desde hacía ocho meses y yo dormía en el sofá del salón-biblioteca. Imposté la voz, como si estuviera ronca:

«¡No merece la pena, los trenes están abarrotados estos días, antes de las vacaciones! Y, además, no me siento muy bien, así que me quedo en casa».

¡Me iba a quedar en casa, sí! En casa y libre para pasar la Nochevieja con Sorin. El comienzo de nuestra vida en común.

No había nevado nada. Un día primaveral, increíblemente cálido. Húmedo, enfangado. Por la tarde encontré detergente Perlan, pollo, chocolate chino, ¡increíble: sin hacer cola! Las tiendas estaban arrasadas, en las estanterías se abrían huecos entre las latas polvorientas. Coches que se detenían y arrancaban de golpe, portazos de los portamaletas, pesadas damajuanas, acarreadas de aquí para allá, intercambios de casetes para los cotillones de Nochevieja. Gente con bolsas y paquetes, gitanos con cestos de muérdago, unos pocos anuncios, lámparas de neón rodeadas por un nimbo amarillo, recortadas con precisión en medio de la niebla. Casas antiguas entre filas de bloques cenicientos. Los rostros que entreveía por la calle, cuando me espabilaba de mis pensamientos, estaban enfurruñados, apresurados. Pero en mi rostro se podía leer la alegría. Había metido el champán en el frigorífico, había colgado de la lámpara una rama de muérdago, había preparado incluso unos pasteles con mensajitos.

Sorin se mostró toda la velada cohibido y reservado, pensé que se debía a que era la primera vez que se encontraba en nuestro apartamento de Uranus. Sin embargo, la curiosidad lo venció, en un determinado momento, echó un vistazo de refilón por la puerta abierta del dormitorio, donde tan sólo estaba encendida

una lámpara.

—¡Yo duermo aquí!—me apresuré a susurrarle mostrándole el sofá del salón, pero él no comentó nada.

—Vamos a abrir el champán, no tenemos por qué ser convencionales—me dijo mientras se dirigía hacia el frigorífico—. ¡Confío en que brindes también conmigo antes del discurso del Camarada!

Saqué las copas del aparador, desconcertada. No se relajó tampoco cuando le comenté que Petru volvería después de las fiestas.

—El vecino de arriba no está—añadí, aunque no estaba en absoluto segura de que fuera así.

Me tomó en brazos y me llevó hasta el sofá. Se atascó, como de costumbre, con las cremalleras y los botones. Sus labios, su lengua tenían el sabor agridulce del champán. Me relajé al reconocer el olor, tan conocido, de su piel y el peso de su corpachón, tumbado sobre mí. Hacíamos el amor casi siempre como al principio, los encuentros eran demasiado breves; él, crispado, yo, refugiada en la pasividad. Acabamos, como de costumbre, sin emitir ningún sonido; él, demasiado rápido, yo, enternecida por sus prisas, sabía que enseguida empezaría otra vez: «Te quedarás toda la noche, ¿verdad?», le susurré. No me dijo ni que sí ni que no. Nos quedamos sumidos en la oscuridad, bebiendo por turnos de la misma copa de champán. Fuera se oían, cada vez más frecuentes, los petardos, restallaban los látigos, se me había quedado dormida la mano debajo de su hombro, pero no me decidía a sacarla, la suya empezó a pasearse lentamente, provocándome escalofríos, por los pechos, por el vientre. Después de hacer el amor de nuevo, volví a insistir, como no había hecho nunca.

—Venga, por favor, quédate conmigo… por favor…

Se estaba vistiendo ya con la velocidad que yo le había enseñado.

—Aunque te haya llamado para decirte que no viene, puede regresar en cualquier momento.

Yo veía sus ojos, suplicantes e inseguros, a través del velo brumoso de las lágrimas que habían comenzado a fluir, deprisa, una tras otra, y que sólo conseguían irritarlo aún más.

—Por favor… no quiero, no puedo quedarme sola esta noche.

Mis nervios doloridos, tensos, chocando con sus nervios, igualmente tensos… una red que cargaba el aire.

—Sabes perfectamente que por ahora no podemos hacer otra cosa…

Se llevó las manos a la espalda con un gesto automático, y se aferró a continuación a los tubos templados del radiador. Apreté los dientes desesperada. La insatisfacción por lo poco que era capaz de ofrecer y que no tenía intención de incrementar. Pasos por la escalera, el cierre de una puerta en el piso de arriba. Vi, por el rabillo del ojo, cómo se sobresaltaba.

—Parece que vuestro vecino ha vuelto.

Sólo podía mantener mi mentira, por absurda que pareciera.

—Debe de haberse dejado una ventana abierta, siempre hace lo mismo.

Pero él alargó la mano hacia el abrigo arrojado en una silla. Me di la vuelta y

contemplé con una mirada vacía la ventana brillante, oscura.

—Lo tenías todo preparado para marcharte a otra parte—susurré.

Cuando se lo dije, estaba segura de que no era verdad. Y de que él se marcharía con más premura aún, renunciando a convencerme.

—Si hubiera tenido otro plan, no me habría quedado contigo hasta ahora.

El pánico, el miedo a que me dejara en el apartamento vacío, con toda la soledad del mundo acumulada entre las paredes silenciosas.

—¡No, no me hagas esto! ¡No te vayas, por favor!

¡No quería aceptar que había perdido la ocasión de que pasáramos juntos esa noche que debería haber compensado tantos años de nuestra vida común oculta!

—No me voy a ningún sitio, créeme—susurró—. Puedes llamarme cuando quieras para comprobarlo. Y si no me llamas, te llamaré yo—me dijo, caminando de espaldas, hacia la puerta.

Un hombre maduro y corpulento, insatisfecho, inseguro. Diferente del adolescente con el que hacía el amor, ¿desde hacía cuántos años? ¿Siete? ¿Ocho? ¿Más?

—Tienes que comprender que no… tal vez otro día… dentro de unos meses… ten paciencia—farfulló.

Se marchaba de verdad. El abrigo un poco torcido por las prisas, la bufanda mal anudada. Su rostro traicionaba la vergüenza que sentía y sus pasos sonaban distintos en la escalera. Algo estaba fuera de lugar en su ropa, en sus palabras, en su vida.

Ahora me pregunto si Sorin no se apresuró a volver a casa para que pudiéramos controlarlo por teléfono las dos, Dorina y yo. Pero entonces me tragué la versión de su vida solitaria, construida por mí misma, porque nunca le preguntaba nada y no me temía que hubiera otra mujer en su vida.

Me dirigí lentamente hacia el sofá y a continuación, una tras otra, a las butacas, volví a colocar las fundas que había retirado antes de que llegara él. Las extendía y alisaba sin pensar en lo que hacía, moviéndome despacio, como si hubiera envejecido de golpe. El apartamento volvía a ser el de antes de que viniera, antes de hacer el amor, antes de que se marchara. Tras las ventanas restallaban los látigos, repicaban las campanas de la Metropolía y los fuegos artificiales rojos, dorados y verdes caían sobre la ciudad que se divertía. Gritos, golpes, estallidos irrumpían en el vacío de silencio en el que me enfrentaba sola al miedo del año siguiente. Siluetas oscuras en los balcones, luces por las paredes, el chasquido de los fuegos artificiales, como una lluvia fina, el crujido de los cristales rotos bajo las ruedas de los coches, cada vez menos frecuentes, un grupo de policías corriendo en la noche. Poco después, la voz demasiado conocida de Ceauşescu llegó desde la casa de los vecinos, para desearnos, tartamudeando, un feliz año nuevo.

Sola en el sofá, mientras fuera explotaban, cada vez con más estruendo, los petardos, luchaba con la nostalgia de las fiestas de Nochevieja vividas con Petru. A medianoche, el baile se interrumpía y todos mirábamos atentos Su cara mientras pronunciaba el discurso: lo veíamos con demasiada frecuencia como para poder darnos cuenta de si habían aparecido los síntomas de la esperadísima

enfermedad incurable.

«¡No alberguéis ninguna esperanza, os enterrará a todos!», gritaba Dănuț Iliescu.

Se permitía soltar chistes políticos; su suegra, la secretaria del rector—y coronel de la Securitate, decían—, trabajaba con ahínco en su expediente. Cuando ella le eliminó los años de cárcel de su padre, Dănuț cogió el vuelo a Bochum, ¡el puesto de lector en extranjero anhelado por Petru! ¡Un *loser*, como yo, el pobre Petru!

Como siempre que las cosas me iban mal con Sorin, me volvía comprensiva con él. Me quedé un rato con los ojos clavados en la luz de la lámpara que me cegaba: odiaba la rama de muérdago prendida a los brazos de la lámpara y las bolitas que brillaban como lágrimas.

Inmóvil, con los dientes apretados, una línea de saliva se escurría lentamente por la boca entreabierta. No me atrevía siquiera a tragar por miedo a espantar el sueño. El cuerpo crispado y la mente latiendo despierta, una luz uniforme, seca, blanca, ¿es que no voy a dormirme hasta que amanezca? En la calle, la ciudad sobre la que ondeaban las banderas tricolores celebraba el comienzo del nuevo año. Ventanas iluminadas, flores de fuegos artificiales en el cielo oscuro que iluminaban de rojo, como un incendio, Bucarest. No las veía, relampagueaban tan sólo bajo mis párpados y me las imaginaba encendiendo las ramas negras, deshojadas, de los árboles. Me agitaba en la cama, entre las almohadas calientes, esperando su llamada para decirme que podíamos vernos mañana, pasado mañana, ¿cuándo? Durante muchos años, había esperado el día y la hora del próximo encuentro transmitidos deprisa en un papelito discreto. Habría preferido llamarle yo a casa para tranquilizarme, pero no lo hice por miedo a no encontrarlo allí. A través de la ventana abierta al aire frío del exterior para dormir mejor, se colaban las voces arrastradas de unos juerguistas y mi oído, demasiado atento, contaba los pasos que se alejaban.

Me quedé dormida sólo después de recibir su llamada para decirme «¡Feliz Año Nuevo!». Hablaba entre susurros y colgó enseguida. Preferí creer que no quería despertar a su madre antes que pensar que me había llamado cuando Dorina se había ido a la cocina en busca de la tarta y el champán.

Había llorado tanto que, la mañana siguiente, en el silencio acartonado del Año Nuevo, descubrí en el espejo los bordes de los párpados hinchados, carnosos. A la luz del día, veía claramente que mis encuentros con Sorin me causaban más dolor que felicidad. Tuve la impresión de que aquella noche algo se había roto definitivamente en mí, pero ¿qué? Porque lo olvidé de inmediato. Acechaba de nuevo la hora a la que él debería llamarme, asombrándome yo sola, en mi derrota, por el hecho de que ya lo había perdonado.

¿De verdad lo había perdonado? El diario de esos años rezuma insatisfacciones que pasaron, levemente modificadas, a la novela. A pesar de que espiaba mis amistades literarias, Sorin me animaba siempre a escribir, a escribir. ¿Era la generosidad mecánica que repartía entre sus amistades? ¿Una pobre compensación por la vida secreta a la que me había empujado? De uno de sus viajes a Varsovia me trajo un cuaderno grueso con una reproducción de Van

Gogh en la cubierta, y me aconsejó que lo utilizara para tomar apuntes:

—¡Ya verás, Lety, lo útil que te resulta para otros libros! ¡Sabré si me has querido de verdad cuando lea tu novela! «*Je fais à la France le don de ma personne!*». Imagino que sabes quién dijo eso, ¿no? ¡El mariscal Pétain!

—¿Cómo puedes pensar que no tengo nada más que escribir que algo sobre ti? —balbuceé.

Pero cuando llegaba a casa, sacaba el cuaderno de debajo del colchón. Y las notas de esa época las incluí en tercera persona en la novela.

Entonces se me ocurrió que él, incluso en los años en que estuvo muy enamorado de mí, tal vez había contemplado nuestra relación como algo provisional. Al final de cada cita, abrazándome con fuerza junto a la puerta, me preguntaba: «¿Volverás el próximo día?». Y yo, adulada, estúpida, le mostraba una sonrisa equívoca.

Su pelea con la botella duraba cada vez menos. Después de años de *rendez-vous*, utilizaba el sacacorchos con más destreza, fregaba los vasos con más agilidad y, en tono decidido, rechazaba mi intento por asumir las tareas domésticas:

—Creo que es mi turno en la cocina. ¡No viene al caso, te lo tengo dicho, que pierdas el tiempo con estas tareas!

¿Rechazaba mi ayuda porque había adoptado siempre la posición de *chevalier servant*? ¿O porque me había asignado desde el principio la categoría de compañera temporal y no de mujer de su hogar?

Pero ¿acaso no lo había contemplado también yo así al principio? De lo contrario, ¿por qué le habría contado cómo había elegido a Petru, tras la muerte de mi tío Ion, y cómo lo había cazado pacientemente? ¿Las humillaciones que tuve que tragar entonces cuando yo, una más de los cientos de estudiantes, le importaba tan poco que se le olvidaba el día de nuestra cita? ¿Por qué tenía que conocer Sorin mi largo período de coquetería con el redactor jefe de la revista *Noua Literatură*? ¿O cómo intentaba yo adentrarme en un mundo nuevo, deseando, sin embargo, que la página publicada fuera esta vez por méritos propios? ¿Por qué esa necesidad de una sinceridad total? ¿Eran los ojos implacables de mi tío Ion que había heredado yo o el placer, ligeramente perverso, de destilar, tras el sexo, el veneno de las confesiones en el oído del reciente amante-confesor?

¡Cómo va a sorprenderme entonces que siguiera siempre con sus celos, sin conseguir desprenderse de mí, pero sin querer tampoco sacarme de la categoría de compañera provisional!

Tengo que reconocer, sin embargo, también yo, que incluso cuando dependía de él lo sentía como un compañero provisional. No me imaginaba el final de nuestra relación, pero tampoco pensaba en una vida entera a su lado, como sí hacía con Petru. Tal vez porque las horas con él eran más tiernas, pero la falta de autoestima de la que habla mi psicoterapeuta Aurélie alimentaba sus celos crónicos. La prudencia evitó que me divorciara, aunque estaba tentada a hacerlo e incluso hablamos una vez sobre ello:

—He pensado en divorciarme de Petru—le dije buscando su mirada.

—Haz lo que creas que es mejor—me respondió, acariciándome la cabeza con un gesto paternal.

Estaba sentado en el borde de la silla, como si fuera su destino, pero en su rostro leí lo que más me temía: que no tenía ni idea de lo que iba a ser de él, de mí, y que ni siquiera quería pensar en ello, ¡tal vez dentro de unos días, tal vez dentro de unos meses, en otra ocasión!

—Lo que a ti te parezca. Lo que consideres tú que va a ser mejor—repitió.

En su voz distinguí una debilidad contra la que no estaba dispuesta a luchar, no tenía la tenacidad de Dorina. ¿Y qué más podía añadir a continuación?

Como suele pasar, nuestra historia fue más intensa y más larga de lo que había planeado cada uno.

¿Era un hombre de carrera, Sorin? ¿Por qué sonará tan raro cuando hoy en día las revistas y los libros no cejan en el empeño de enseñarte cómo hacerte una carrera?

Había consumido su juventud en una época en la que la competencia contaba cada vez menos. Cuando yo le echaba en cara que aplazara el doctorado, que se conformara con conservar su puesto en la burocracia del Edificio, le estaba reprochando de hecho que no era el clon de mi tío Ion, así como tampoco lo era Petru.

Buscar a tu padre muerto en los hombres de tu vida, ahí tienes un fracaso garantizado desde el comienzo.

¿Contaría también él sus decepciones mientras menguaba su amor por mí? Obsesionado por la discreción como estaba, seguro que no se le escapó una sola línea escrita. A mi alrededor, la gente envejecía y medraba, alguien, ahí arriba, pasaba también, de manera irreversible, las hojas del libro de mi vida, pero yo me empeñaba en recorrer el camino al apartamento del amigo Florinel, ¿para qué? Por la ilusión de la confianza en alguien, diluida en una palabrería inútil. Necesitaba a alguien que me viera, que me escuchara, porque Petru no me escuchaba jamás: las citas con Sorin, mi cuerpo desnudo y penetrado, fueron el precio para escapar de la soledad, derrotada durante unas horas. Pero cada cita encendía la zona de dependencia del cerebro, como las ventanas de una sala de baile y, al final, ¡qué oscuridad! Como en un síndrome de abstinencia.

Habría sufrido menos—o no habría sufrido en absoluto—, si hubiera admitido que, aunque esperáramos con impaciencia vernos unas pocas horas, en la otra punta de Bucarest, teníamos tan sólo una relación de cama, y ni siquiera demasiado lograda.

Y no sólo a él, también debería reprocharme a mí misma que arrastré una relación provisional dilatada durante una década. Si estaba tan insatisfecha, ¿por qué no lo abandoné, como temía él al principio y deseaba, tal vez, al final?

En las noches de insomnio en el apartamento de los Morar tuve que aceptar que formo parte de la categoría de los que carecen del gusto por la aventura, que se demoran en relaciones fracasadas, en trabajos mediocres, en amistades discutibles. Del mismo modo, no había sido capaz de abandonar a Petru y había cambiado la dependencia de él por la dependencia de Sorin. Y he aquí que, después de pasar por los brazos de otros hombres, la vejez me ha encontrado

todavía junto a Petru.

El estruendo del taladro se detiene de vez en cuando, pero apenas consigo respirar, aliviada, cuando ya ha arrancado otra vez: quizá haya gente durmiendo a esta hora, pero *who cares?*, como decía Daniel. Bajo la ducha sedante, los recuerdos de mi vida con Sorin, como esos jirones cenicientos, pegajosos, en los que se transforma una telaraña cuando la rompes.

—No superas tu trauma porque lo mimas—me repite siempre Aurélie.

—¡Lo mimo porque me ha ofrecido el tema de una novela!—le respondí un día con una carcajada amarga.

La escritura es una terapia más barata, después de retomar la literatura, he espaciado mis citas con Aurélie.

Cuando salgo, apresurada, de la bañera metálica, inexpugnable como una base de submarinos alemana, como son los baños de los bloques comunistas, me resbalo en las baldosas baratas del baño y los latidos del corazón se me suben a la garganta. Menos mal que he conseguido agarrarme, en el último momento, al borde del lavabo. De un tiempo a esta parte, me parece que pierdo el equilibrio con más frecuencia, ¿debería consultarlo? En cuanto la idea se me ha pasado por la cabeza, la he espantado. «¡Gracias a Dios, estoy entera!».

Entreabro la puerta y me escabullo en mi habitación. ¡No se ve a Aurelian por ninguna parte, pero, incluso aunque me viera en *négligé*, somos como un viejo matrimonio! Y Sultana sigue al teléfono, ¿con quién estará hablando? Me irrita que los sonidos me lleguen como si se tratara de una lengua desconocida, ¿habré empezado a perder oído? Cualquier día me despierto como Aurelian. Como Petru.

—¡Ponte al otro lado, por favor, con el oído derecho oigo mejor!

—¿Puedes ponerte a la izquierda para que te oiga?

¡Ah, no! ¡Cuando vuelva, me quedo en Tours para hacerme unas pruebas!, me prometo. ¡Y si tengo que ponerme un audífono, ya está! ¡Cambio de corte, lo escondo bajo el pelo y me lo pongo! No como Petru, que lo pierde todo el tiempo por casa: «¡Con la porquería esa de aparato o sin él, oigo igual de mal, Letiția!». ¡Rehúye el control médico, niega el diagnóstico para no reconocerse a sí mismo en qué trasto de cuerpo ha acabado viviendo! Se queja de dolor de vértebras, astilladas por el impacto de la explosión, de las rodillas que no le sirven para nada, ¡pero no hace nada, nada! Nos separan diez años, pero, desde el atentado, parece el doble de viejo.

—¡No puedo creer lo achacoso que estoy! ¡La vejez es horrible! ¿Por qué no me advirtió nadie que iba a ser así?—se queja.

—¿Quién querías que te lo dijera? ¡Nuestros padres no alcanzaron esta edad, somos una generación de viejos cuyos padres murieron jóvenes! Y si te hubieran contado lo que te esperaba, ¿para qué te habría servido? Mira, te lo digo yo: sal a pasear, haz ejercicio, no comas dulces a escondidas…

Pero a él le repugnan mis recetas *anti-aging* y la comida saludable.

—¡Qué patética eres, Letiția! ¡Haz el favor de no incluir esto en tu novela!

A la vuelta, he pensado trasladarlo a la habitación de invitados de la planta baja,

junto al *séjour*, para que no sufra con las escaleras. Me da pena dejarlo solo por la noche, pero, al menos, no me despertaría cada vez que va al baño, enciende las luces de arriba para no tropezar, gime, tose, se tira pedos… y yo voy a la clínica, por la mañana, con los ojos hinchados. Le he propuesto instalar una especie de ascensor en la escalera, especial para él, pero no quiere derrochar el dinero en algo así:

—¡Me lo regalas cuando recuperes tu herencia! ¡Una pequeña recompensa por todo lo que me complicaron tus tíos el expediente!—bromeó.

No reconoce ni siquiera ahora que los años de cárcel de los hermanos Branea le favorecieron en los interrogatorios de los campos de refugiados, en Latina y en Zirndorf. No se le quita de la cabeza que su carrera universitaria fracasó por culpa de mi familia.

—¡Yo con mis disgustos, tú y tu Junior, con la herencia!—bromea.

Sólo una vez, cuando estaba de buen humor, farfulló:

—¡En qué mundo al revés nos ha tocado vivir, Letiția! ¡Lo que en uno estaba mal, ha estado bien en el otro, y al revés!

Los amigos de otra época esperan que los felicites por su finca de Corbeanca o de Snagov, por el Porsche o el Ferrari, por las vacaciones en Tenerife o en Montecarlo, por el ingreso de su hijo en el colegio de abogados de Washington o el matrimonio de su hija en San Francisco.

A su lado, Aurelian, con las fotografías de Claudia colgadas de las paredes, es como un drogadicto con la bolsa de pegamento debajo de la nariz sucia. Pero las películas de la *Estalgia*—*Good bye, Lenin!*, *La vida de los otros*—caldearon mi mirada, que se quedó clavada a la fotografía en blanco y negro de la niña con la botella de Brifcor en la mano. Últimamente no había encontrado ninguna foto nueva de Claudia, las novedades tecnológicas le han arrebatado también a Aurelian esa afición posdecembrista. Y la dependencia de internet y el triunfo de la artrosis sobre sus articulaciones lo han clavado a la silla ergonómica delante del ordenador, donde clasifica fotografías, películas y momentos enviados desde clodiamor@gmail.com y WhatsApp y se los reenvía a sus conocidos en un *round mail*. Yo también creé una carpeta «Claudia» y las guardo en ella sin abrirlas.

Su futuro, como el de millones de padres, son sólo las fotografías y los momentos de Facebook e Instagram y las conversaciones por Skype. Ellos se arrastrarán todavía, durante un tiempo, por los aeropuertos del mundo en vuelos *low cost*, pero él, no. Su edad y sus ingresos no le permiten estar a cargo de su hija sin un seguro que costaría una fortuna. Puesto que es hipocondríaco, se siente como una bomba de relojería a punto de explotar por un accidente vascular o un cáncer en fase terminal y de lanzar por los aires la vida occidental, tejida con dificultad, de su hija.

Además, ¿qué le queda por ver en el Otro Lado? Realizó viajes oficiales cuando era todavía presidente del Foro; vino, como turista, a visitarnos a nosotros a Múnich, a Neuvy, ¡eso se acabó! Lo que ves en un viaje, lo ves también en la televisión y en internet, sin importunar a tu hija con tus achaques. Sultana podría seguir visitando a su hija y ocupar el lugar de una *babysitter*, a treinta dólares la hora, pero, por el momento, no hay niño.

Y en cuanto a Claudia, no hay nada ya que la ate al país de las mineriadas, aunque éste haya ingresado en la UE. Sus antiguos compañeros se han globalizado, han cazado becas, subvenciones, trabajos, ciudadanías en todos los continentes. Con los que se han quedado aquí no intenta ponerse en contacto: o bien son unos *losers*, o unos desagradables *nouveaux riches*.

—Pero nosotros, ¿por qué seguimos en contacto?—le pregunté a Sultana.

—Bueno, ¡qué quieres! Nosotros somos de otra generación… gente del comunismo. No tenemos pretensiones, nos conformamos con poco. Quiero decir los de nuestra categoría—me respondió con las comisuras de la boca caídas y humilladas.

Mira, una fotografía antigua sacada por Claudia en su primera salida del país: sus padres se abrazan delante de la Fontana di Trevi. Tal vez también Claudia había visto *La dolce vita* en la filmoteca y quiso visitar la famosa fuente. O tal vez fuera

idea de Aurelian, cuando llegó, inesperadamente, la libertad, salpicada de la sangre del adolescente que cortejaba a su hija. Se despertó como de un sueño delante de la Fontana di Trevi, rodeada de palacios de mármol, cipreses y magnolias en flor, sofisticadas máquinas de fotos, mapas abiertos sobre las mochilas, carcajadas y gotas de agua. Debió de imaginarse a Anita Ekberg, sumergida en el agua de la fuente, con su vestido negro *vintage*, un escote generoso en su pecho abundante y la espalda desnuda, invitándole: «*Aurelian, come here!*». Y él, enredándose, titubeante, con los cordones, mientras se quitaba los zapatos, habría gritado con una voz bruscamente fuerte, «*Arrivo, arrivo!*».

El pobre Aurelian alardea todavía de su debilidad por las rubias y cuenta cómo se fijó en Sultana cuando la vio, hace varias décadas, en la entrada del Edificio, mientras me esperaba; por aquel entonces era profesora itinerante y todavía la llamábamos, como en la universidad, Nana. Desde el primer momento, cuando los presenté, le preguntó:

—¿Qué nombre es ése, Nana?—. Y en tono amonestador: ¡Sultana es un nombre de princesa, parece sacado del acta de una dote! ¡No permitas que te llamen de otra manera!

Al día siguiente él se presentó en mi despacho y, un poco apurado, me pidió el teléfono de mi amiga. Al cabo de unas semanas, ella me rogó que, a partir de ese momento, la llamara Sultana.

—¡Ése es mi verdadero nombre! El de Nana me lo pusieron mis hermanos pequeños.

Sus hermanastros, descubriría yo tiempo después. Cumplí su deseo, aunque no pensaba que le pegara el nombre de Sultana. Pero, más adelante, Aurelian le cambió el apellido, Nana Chirilă se transformó en Sultana Morar, una persona completamente distinta a la de la etapa universitaria.

Al cambiar de nombre, de ambiente, no sólo cambiamos de vida, sino también de manera de actuar, de hablar. Madame Leticia Argcan, de la clínica de Saint-Pierre-des-Corps, tiene una voz más sosegada y más titubeante que Lety Arcan, que viene a Bucarest a recuperar la herencia de la familia Branea. Los que me han visto en los dos países me dicen que en Francia parezco más dócil y que hago una pausa antes de responder, mientras que en Rumanía hablo deprisa, nerviosa, aunque no llego a la agitación histérica de los bucarestinos de hoy en día. *Bref*, en Francia tengo menos confianza en mí misma, me identifican como extranjera debido a mi acento y, habitualmente, me preguntan si soy italiana o española. Antes, cuando decía que soy rumana, esperaba, con el corazón en un puño, ver cómo se apagaba el brillo de simpatía de sus ojos: y eso era lo que sucedía siempre. Ahora les respondo «*n'importe quoi*», sobre todo porque no me siento ya rumana, pero tampoco estoy segura de haberme vuelto francesa, como piensa Manuela, la primera esposa de Petru, aunque ella llegó a Francia bastantes años antes que nosotros.

En la fotografía delante de la Fontana di Trevi, Aurelian parece no haber cambiado, zanquilargo y torpe, con su cara de envejecido, con el cabello blanqueado sólo en las sienes, con los vaqueros rumanos descoloridos con los que

iba también a las reuniones del Foro. Y Sultana pesa diez kilos menos que ahora, los ojos pintados con lápiz azul, su eterno moño rubio, cardado, indiferente a la moda, y la falda pantalón verde, comprada en una boutique de la estación de Termini. La llevó hasta que no podía ya cerrar la cremallera, porque, cada vez que se la ponía, se sentía de nuevo entre el Palazzo del Quirinale y el Palazzo Montecino, en aquel momento feliz de sus vidas. Al cabo de unos años, cuando las lorzas de su cintura siguieron aumentando, se resignó a regalársela a Tincuța, la mujer que, una vez al mes, le ayuda con las tareas de la casa y que, para desesperación de Aurelian, friega con el mismo estropajo el fregadero de la cocina y el lavabo.

—¡Qué diantre, Sultănica! ¿Es que no has encontrado en todo Bucarest a nadie más que a esta cochina?

Pero Sultana finge no oírlo.

Conocí a Tincuța en casa de Sultana en la primavera de 1990, cuando los Morar se pasaban el día entero con exaltados de cualquier ralea para preparar mítines por una televisión independiente, ¡como si pudiera existir algo así, sobre todo en Rumanía! Hablando sin parar mientras frotaba el baño con polvos Tix y limpiaba los cristales con papel de periódico, Tincuța ponía de vuelta y media a los manifestantes de la plaza de la Universidad. Los pulverizadores turcos Clean de las tiendas *non-stop*, los primeros brotes del capitalismo, como los llamaba, con su ridículo entusiasmo, Daniel, le parecían entonces a Sultana un gasto superfluo:

—¿Qué, es que los periódicos no son buenos para limpiar los cristales? ¡Al fin y al cabo Aurelian los trae a montones del Foro y no llega a leerlos!—farfullaba.

Y Tincuța pasaba, cada vez más furiosa, la plancha por la camisa con la que Aurelian iría a hablar en el balcón de la Universidad y maldecía a los manifestantes:

—¡Unos desgraciados! ¡Unos drogadictos pagados con dólares por los estadounidenses para echar al señor Iliescu!

Su versión sobre el mitin-maratón de la plaza de la Universidad era la de la televisión pública llamada «libre», que ella veía, cada noche, cuando regresaba de trabajar.

—Doña Sultana, ¿por qué no atacan los policías de una vez por todas para calmarlos?—gritaba enfurecida.

Yo tenía que aguantarme la risa.

—¡Qué manipulaciones tan burdas!—mascullaba mi amiga entre dientes, haciéndome señas para que no le llevara la contraria.

Salíamos del salón las dos, de puntillas, dejando a Tincuța hablando sola, como una gramola llena de monedas.

—¡Tal vez así llegues a comprender también tú por qué algunos hacen huelga de hambre por la independencia de la televisión!—me susurraba—. Te ha sorprendido toparte con Brateş, lo conocías de cuando te marchaste, sí, ¡son los mismos de entonces y mienten igual! ¡Convocaron a la gente para que defendieran la televisión y los fusilaron allí mismo!

—¿Y tú crees que porque unos exaltados hagan huelga de hambre, Iliescu

pondrá al frente de la televisión a quien queréis vosotros?—le pregunté con una mueca omnisciente.

Me dio la espalda, furiosa, y yo volví con Tincuța, que seguía refunfuñando sobre «¡esos estudiantes drogadictos que se han conchabado con los gitanos y manejan dólares, y berrean por las noches, y los policías ésos, que no les zurran de una vez! ¡Zasca, zasca, eso es lo que les haría yo, doña Sultana!».

¡Menos mal que Aurelian, que se iba a la universidad por la mañana y regresaba tarde del Foro, no podía oírle! Es todavía el único de la casa al que respeta Tincuța, a pesar de que se hayan cruzado pocas veces y ni siquiera hayan intercambiado una palabra.

—¡Va a llegar su marido y no he terminado la comida!—dice mientras trajina sola, al mediodía, en la cocina, aunque para Aurelian, desde que yo lo conozco, la comida es la última de sus preocupaciones.

Cuando algunos exiliados que no han vuelto a poner el pie en Rumanía me preguntan, en tono despectivo, si ha cambiado algo por aquí, les respondo que, después de 1990, a algunos les ha cambiado la vida por completo, y a otros, demasiado poco.

Sólo las aprensiones siguen siendo las mismas. En los ojos acechados por la catarata de Sultana Morar, cuando tiene que entregar el informe anual del Departamento, asoma la mirada asustada que mi compañera de habitación me lanzaba antes de entrar al examen, ¡suerte, Nana Chirilă! Y lo mismo cuando a Aurelian lo citaba la Securitate por culpa de las cartas enviadas por su hermano Claudiu a Europa Libre; si durante varias semanas seguidas no encuentra a Claudia en el teléfono del campus estadounidense, Sultana va rápidamente en busca de un Sédatif PC.

La farmacia se encuentra, como en los años ochenta, en el cruce de la Alameda de los Tilos con el bulevar Costache Negri, sólo que ahora tiene un letrero luminoso, las estanterías llenas de medicamentos, suplementos alimenticios y cosméticos, y ha ofrecido a su clientela fiel una tarjeta con un doce por ciento de descuento. Pertenece a la cadena farmacéutica Healthy, y su propietaria, por lo que dice Aurelian, es la nuera de un capitán de la Securitate que estaba a cargo de nuestra institución antes de Bîclişeanu. Uno con un apellido raro, Vistig, o algo así. Lo antiguo que aparece siempre aquí cuando retiras la fina capa de lo nuevo.

A los que cotillean sobre los Morar porque se habrían enriquecido después de 1990, cuando trabajaban en el Foro, les digo que cometen una gran injusticia: ¡algunos de sus colegas sí que han amasado una fortuna, pero ellos no! ¡No lo ha hecho todo el mundo! Las fincas y las villas alrededor de Bucarest se han multiplicado como setas, pero mis Morar siguen en la misma dirección. Las únicas novedades son el televisor LED, el frigorífico Bosch, el sofá y las butacas de piel de color verde, las ventanas de PVC y la instalación de aire acondicionado, regalos de su sobrino después de fundar su propia empresa. Lo único que los Morar han adquirido sin parar son libros, bajo cuyo peso se doblan las estanterías de la biblioteca.

—No soporto llevarlos a los contenedores de reciclaje de papel, y Aurelian sigue

compra que te compra en las ferias del libro, aunque no va a conseguir leerlos todos en esta vida—se queja Sultana.

Después de la última vez que pintaron la casa, bautizó el comedor como *living*, y a los antiguos armarios empotrados del pasillo, un poco retocados, los llama *dressing*. Están llenos de trajes grises y azules marino, pantalones y chaquetas, que se pone en los seminarios del Departamento de *Women Issues*, pero hay sobre todo blusas con el hombro descubierto y vaqueros de talle bajo, por debajo del ombligo, de Claudia, que seguramente no volvería a utilizar si regresara. Sólo que su madre, sentimental y ahorradora, no puede donarlos.

No se apiadó, sin embargo, de unos antiguos trajes de Claudiu, regalo de su cuñada Tania. Aurelian se negaba a ponérselos, así que, un buen día, Sultana preparó un paquete y se los regaló a Tincuța para su hijo, que salía de la cárcel. Pero no le sentó nada bien cuando, tiempo después, Tincuța le dijo que éste los había vendido casi gratis en el rastrillo: ¡con lo que sacó con ellos apenas le llegó para salir de copas una noche, con sus amigos y unas putas, y para jugar a las tragaperras!

—¡No se pone el Mayor ropa de un muerto!—rio despectivamente Tincuța—. ¡El Mayor elige lo que quiere él, ropa de bribón comprada en la *second hand*! ¡Tiene un amigo que trabaja ahí!

—¿Y de dónde te has sacado tú que era ropa de un muerto?—bufó Sultana.

Pero Tincuța sacudió la cabeza con incredulidad y se dirigió a la despensa a cacharrear mientras farfullaba algo.

—¿Qué más te da lo que haya sido de los trajes de Claudiu? ¡Los donaste y los donaste!—intenté consolarla.

—¡Malgastar así una tela inglesa! Ya sabes que Tania no compra cualquier cosa. ¡Pero Aurelian no soportaba ponérselo, no le gustan los réquiems ni los donativos y, además, Claudiu, era más bajo que él, había que arreglárselos!

Su frase me atravesó como una flecha, recordé al instante—los brazos, las caderas—las medidas del cuerpo como de adolescente de Claudiu. Tincuța se había olido, con un séptimo sentido, que era una dádiva caritativa retrasada, el regalo de alguien que había partido al mundo de las sombras. En su casa apenas hablan de Claudiu, que les había provocado bastantes disgustos, mientras que los beneficios, sólo de fachada, habían durado poco.

Para que veas también tú cómo te sienta que el otro no aprecie lo que le das, pensé yo. Le traiga lo que le traiga, Sultana no dice siquiera gracias, sólo gimotea, «no era necesario», «para qué gastar el dinero», etcétera. Se es generoso cuando se quiere comprar la benevolencia del otro, afirma mi psicoterapeuta, Aurélie, gran lectora de François VI, duque de La Rochefoucauld. Pero no creo que sea así, sobre todo por lo que a mí respecta. Después de partir, no pensaba que volvería a ver a los Morar, pero su dirección—Alameda de los Tilos 77, bloque 1, portal A, ap. 112, 11122-Bucarest, *Rumänien*—la recuerdo de cuando la escribía, en Múnich, en los paquetes que enviaba por Navidad y por Pascua, con Kaffee Jakobs para Aurelian, chocolate Milka para Claudia, jabón y desodorante Fa para Sultana. El envío, con el nombre de Frau Poldi, costaba injustificadamente

mucho más de veinte marcos.

Injustificado fue también el hecho de que Sultana me reprochara no haberle enviado un Neckermann que habría elevado su estatus entre sus compañeras de la sala de profesores. Pero, cuando en todas partes se había analizado el *Decreto de prohibición de relaciones con extranjeros*, ¿cómo habría ido ella a la escuela con una revista de moda extranjera? Sus compañeras de esa sala redactaban informes y cotilleaban como demonios, lo que decían llegaba también allí.

Así me convencí de que, hagas lo que hagas por alguien, siempre estará insatisfecho. ¡Y la verdad actual de la familia Morar es distinta a la verdad de los años noventa! ¡Y más aún a la de los años ochenta, cuando habrían hecho lo imposible por que no se supiera que habían recibido un paquete de la esposa de Petru Arcan, el de la *Revista de la Prensa Internacional* en Europa Libre! De lo contrario, ¿por qué, cuando partí, quedamos en que les escribiría desde la dirección de Frau Poldi? ¡Intentaban pasar desapercibidos desde que el exaltado ese de Claudiu había metido la pata! Cuando Aurelian fue relegado al Depósito del Libro, yo no podía entender de dónde venía aquel encarnizamiento contra un funcionario celoso, correcto hasta el paroxismo. Pero al cabo de un par de semanas Sultana me susurró en tono conspirativo:

—¡En Europa Libre han leído una carta enviada por Claudiu, haz como que no lo sabes!

Después de 1990 los Morar no paraban de ofrecer entrevistas en las que contaban todo lo que habían sufrido antes y organizaban mítines con su Foro Cívico desde la mañana hasta la noche. ¡Cuánta paciencia para hablar con tanta gente, unos eran decentes; otros, unos frustrados y engreídos! Algunos, unos fanáticos que aspiraban a cambiar al presidente adoctrinado en Moscú, ¡fuera Iliescu! Otros, unos oportunistas que intentaban adivinar por dónde soplaba el aire.

¡Sultana se subía por las paredes cuando, después de 1990, se encontró a Bîclişeanu, el tipo de la Securitate que se encargaba de nosotros, precisamente en su Foro! ¡Él, el organizador más eficiente de la filial! Y el tonto de Aurelian:

—¿Qué quieres, Sultănica? ¿Que hagamos también nosotros las purgas que hacían ellos?

No hicieron esas purgas, pero el tipo, oliéndose algo, se esfumó y se metió en el batiburrillo político de la época. La última vez que oí hablar de él, era uno de los seis vicepresidentes de un partido liberal, no sé cuál de todos, porque ha habido muchos. Cuando les pregunté por él a los Morar hace poco, le habían perdido la pista.

Desde que se convirtió en objetivo de los tabloides *fesenistas*,[4] Aurelian dejó de interesarse por la política. Petru dice que los de su entorno lo expulsaron del Foro porque era demasiado quisquilloso, de una corrección maníaca; los demás sólo podían hacer sus tejemanejes si lo engañaban. Y, al menos con la historia de los ordenadores de segunda mano, lo consiguieron. Había aparecido un nuevo modelo de Apple, otro PC, y las instituciones estadounidenses se desembarazaban de los aparatos antiguos. Los listillos del Servicio Técnico recogieron las impresoras y los ordenadores viejos y se los ofrecieron en nombre del Foro, como

si fueran nuevos, a algunas instituciones rumanas; ellos se quedaron con los equipos modernos, comprados con dinero de los patrocinadores extranjeros. ¿Cómo iba a saber el pobre Aurelian lo que había en las cajas selladas? ¿Y cómo iba a sospechar de los compañeros que se habían ocupado de ello? Firmó los documentos, en principio todo estaba en orden. Al cabo de un tiempo, un patrocinador, alertado probablemente por alguien del Foro—Sultana cree que por el ayudante de Aurelian, además de amigo personal—, pidió una verificación, un examen imparcial. Hubo una investigación, varios culpables, el que firmó tenía que pagar una suma enorme. La historia de los ordenadores viejos implicó de lleno a Aurelian, y las «grandes revelaciones» sobre Claudiu hicieron trizas la reputación de la familia Morar. Al final, el escándalo fue sofocado para que no llegara a la prensa hostil, pero también porque era difícil de probar: los ordenadores donados habían sido sustituidos entretanto. Sin embargo, Aurelian quedó marcado por la sospecha; él sufrió su primer infarto y presentó su dimisión, lo sustituyó su atento ayudante y así finalizó su breve período de gloria.

Tras haber presentado la dimisión en el Foro, Aurelian, un parado de poco más de cincuenta años, encontró un trabajo de documentalista gracias a un compañero pero, poco tiempo después, su puesto fue suprimido. ¡Menos mal que tenía ya la edad de jubilarse! ¿Qué otra cosa podía hacer ahora aparte de escribir sus memorias y colgar las fotos de su hija en las paredes o en Facebook?

Sultana aprobaba con la boca pequeña el hobby literario de su marido, ¡tenía que encontrar también él algo con lo que entretenerse! Ella «se ha quedado en las barricadas»—como ironiza Claudia—, centrada en sus conferencias con otras ONG que se ocupan de la violencia contra las mujeres. Dio clases, durante una temporada, en una universidad privada, pero presentó su dimisión enseguida, cuando el decano, expulsado de la facultad pública por los estudiantes tras la «supuesta revolución», le soltó a la cara que ahora ella estaba en sus manos:

—¡Menos mal que has recuperado el sentido común! Yo no soy rencoroso, ¡aunque no se me ha olvidado cómo gritabais contra nosotros! ¡Pero me asombra que tú y tu marido os dejarais arrastrar por los de fuera!

Sultana se dedicó a traducir. Empezó con libritos de consejos prácticos; luego se encaminó hacia una literatura ligera, se ha vuelto ecologista y tiene más ínfulas. Se le ha olvidado cómo dosificaba en otra época mi kilogramo de café Jacobs y cómo le daba a Claudia, sólo los domingos, una oncita de chocolate Milka; ahora rastrea productos con etiqueta ECO en el Mega Image y suspira: «¡Qué caros son!». Cuando abro la maleta, tuerce el morro si no saco tabletas de chocolate negro, con un mínimo del setenta y cinco por ciento de cacao, sin azúcar, por supuesto. La cafetera *espresso* yace, inutilizada, en la despensa:

—Ya sabes, Letiția, que Aurelian y yo somos hipertensos, ¡el *espresso* es demasiado fuerte para nosotros!

—¡Habría sido mejor que os tomarais la tensión antes de pedirme que acarreara la cafetera hasta aquí!—farfullé.

—¡El pobre Aurelian se ha sentido siempre acomplejado por su hermano y tu amiga es una presuntuosa! ¡No demasiado, pero un poco sí!—dice el amargado de

Petru.

Cuando me disponía a contradecirle, recordé cómo nos contaba lo enamorados que estaban todos de ella, pero, hasta que le presenté a Aurelian Morar, no había encontrado a nadie que quisiera casarse con ella.

A no ser que estuviera verdaderamente casada con Silviu Bujă, el padre de su primer hijo, durante los meses en que llevó alianza y se llamaba Nana Chirilă. Pero, entonces, ¿cuándo se divorciaron?

Durante muchas décadas me trago mis preguntas y asiento, mecánicamente, cuando me dice que su matrimonio es perfecto, y que Claudia es la hija perfecta. Ayer, cuando se me escapó una alusión a la «hija perfecta» a la que no han visto desde hace años, me respondió enojada:

—¿Es que tú no te das cuenta, Letiția, de lo lejos que está Nueva York y de lo caro que es venir hasta aquí? Nosotros somos felices con que nuestra hija haya llegado allí y sea apreciada, ¡lo único que tiene que hacer es recorrer el mundo, que ya nos tocó a nosotros vivir en una jaula! ¡Ella ya sabe que en los días que El de Arriba nos conceda tiene adónde volver si quiere! ¡Pero me conformo con que lleve otra vida, en otro entorno, y que no tenga que soportar la miseria y la mezquindad de aquí! ¿Por qué crees que todos los securistas, forrados de dinero, han exportado a sus hijos? ¡Pero nosotros no hemos sido capaces de ayudar a la nuestra! ¡No habríamos podido—¿con qué?—, si no lo hubiera conseguido por sus propios medios ella solita!

¡También ella se ha contagiado de la arrogancia de los Morar! ¡En este país de ladrones, ellos son los únicos que no recurren a contactos y enchufes! ¿Cree que he olvidado lo que hicieron Aurelian y Petru para liberar a Claudia durante la mineriada? A otros se los llevaron a Măgurele, a Băneasa, los arrojaron, llenos de sangre, fuera de los camiones, de los volquetes y los hicieron pasar, tal y como estaban, entre dos filas de soldados que los pateaban con las botas y, cuando se orinaban encima por el miedo o por el dolor, les gritaban: «¡Limpiad el suelo con la lengua!». A todos los detenidos por la calle porque parecían estudiantes o intelectuales, los encerraron como a animales, fueron golpeados y humillados durante varias semanas, pero a Claudia la soltaron al cabo de unas horas después de que la directora del Mihai Viteazul le anunciara a Sultana que a su hija la habían arrestado los mineros en el patio del liceo.

Había ido a recoger no sé qué diploma justo cuando las columnas de mineros, con palos y cadenas, pasaban por la calle, era la hora del recreo y los alumnos se arracimaron en la verja, los abuchearon y gritaron: «¡Fuera Iliescu!». Los mineros y los securistas, vestidos con buzos, irrumpieron en el patio de la escuela, echaron el guante a los que pudieron y los arrastraron en fila, golpeándoles en la cabeza; entre ellos se encontraba también Claudia, a la que se le rompió el colmillo. Su madre dice que le dieron en la boca porque gritó a los mineros que los dejaran en paz, que eran unos críos, pero yo creo que la detuvieron porque llevaba minifalda. Lo que vio en el camión donde la arrojaron *c'est horrible*: rostros tumefactos, llenos de sangre, dientes rotos, ojos destrozados, no sé por qué les golpeaban sólo en la cabeza, sangre, orina, olor a heces; la mayoría de los

arrestados eran jóvenes, unos chiquillos, gitanos que vendían pipas, ancianos con barba a los que golpeaban por ser del PNȚ,[5] aunque no lo eran.

Qué rabioso estaba Petru entonces, cuántas llamadas a las embajadas, al menos a los estadounidenses los mareó, ¡si hubiera sido su hija, no se habría apurado tanto! Un país sumido en la barbarie, mascullaba. En cuanto la trajeron a casa, llevaron a toda prisa a Claudia a hacer un control neurológico, al dentista para ponerle la funda del colmillo. ¡E, igual de rápido, la enviaron fuera de Rumanía! ¿Acaso habría conseguido ella un título en ciencias políticas en Bucarest si no hubiera intervenido Petru? Aurelian era el presidente del Foro, sin embargo, intachable hasta la severidad y poco espabilado como es, no habría conseguido llevarla ni tan siquiera a Cluj.

Pero Sultana no reconoce toda la ayuda que recibió Claudia. Cada generación tiene sus oportunidades, dice Petru, sólo que el pobre Daniel, de su misma generación, tiene que abrirse él solo camino en la vida, ¡no como su prima Claudia, a la que apoyamos todos!

—Hoy en día los chavales de la escuela primaria encuentran campamentos de verano en Occidente gracias a internet, pero en los noventa la economía se hundía, no había trabajo, no había internet, las embajadas no concedían visados, ¿cómo ibas a enterarte de lo de las becas si no tenías enchufe?—dice él.

Cuando le recordé a Sultana que fue ella la que le trajo a Claudia los formularios para el doctorado en Estados Unidos, me saltó a la yugular:

—Los formularios no te aseguran nada. ¿Es que no te das cuenta de que todo el planeta sueña con los títulos estadounidenses? A Claudia la aceptaron tres universidades, ¿entiendes, Letiția? ¡Tres! ¡Fue ella la que eligió! ¡Lo único que me duele es que no tenga un alma gemela, que esté sola en esa América tan grande! Todas esas fracasadas del culo de Moldavia echan el guante a maridos italianos, franceses, incluso británicos…

Había elevado el tono chillón y no pude evitar soltarle:

–¡Pues también nosotras vinimos en otra época desde el culo de una provincia! ¡Y las pasamos moradas!

De repente tuve frente a mí su cara de entonces, con los bigudíes de papel en la cabeza y los ojos hinchados por el llanto. Era diez años más joven de lo que es su hija hoy en día.

—No puedo soportar ni el olor de la comida—susurró—. Y no sé cómo arreglarlo.

¿Qué iba a arreglar si ni siquiera nos lo había contado a nosotras? Sólo Marilena, la más espabilada de todas, había observado que sentía náuseas todo el rato, que tomaba quinina, se duchaba con agua hirviendo y se achispaba bebiendo un vaso tras otro de vino caliente.

Pero ¿cómo diantres había pescado la lista de Sultana a Silviu Bujă en una fiesta en la calle París, para hijos de jefazos? ¡Además estaba en un curso inferior al de ella y desaparecería, con sus padres, en Irak o en Siria! ¿Es que esperaba que la criatura de su vientre le trajera un documento de identidad de Bucarest, como nuera de un diplomático? Al fin y al cabo, ¿por qué no? Yo también oscilaba entre

las crisis de angustia y la esperanza de llegar a ser la esposa del profesor asistente Arcan. Proyectos de adolescentes ambiciosas; algunos se cumplen, otros no.

Cuando vio que no se hablaba de boda, Sultana—Nana por aquel entonces—intentó librarse del embarazo, pero con los remedios populares no consiguió nada y al hospital no se atrevió a ir. Ceauşescu acababa de promulgar el *Decreto de prohibición de los abortos*, y la Fiscalía y la Securitate pusieron en marcha la primera caza de ginecólogos, comadronas y mujeres con hemorragias.

¿Quién se plantea hoy en día enumerar cuántas murieron aquellos años, a cuántas les sucedió lo que a mí, cuántos huérfanos hubo en aquellos orfanatos siniestros? Le di mentalmente la razón a Petru cuando me dijo una vez que si se hiciera un referéndum para la prohibición del aborto, los jóvenes de ahora, que pasan de los pañales al preservativo, junto con todas las viejas protestantes, jorobadas de tanto hacer genuflexiones, y los antiguos securistas y secretarios del Partido, transformados en fundadores de iglesias cuyos retratos están pintados en las pronaos, votarían con ambas manos por el *Decreto* de Ceauşescu apelando al mismo argumento de entonces: ¡los gitanos se reproducen más rápido que los rumanos!

—En mi opinión, el problema no es cuántos nacen, sino cuántos quieren quedarse en ese país.

Mientras hablaba, Petru se detuvo de repente: había leído en mi rostro que había metido la pata y no sabía cómo arreglarlo.

—¡Al fin y al cabo, es su país, que hagan lo que les dé la gana!—farfulló, agitando la mano.

Llevamos dos décadas evitando ese tema. Yo, porque sé que era el hijo de Sorin; Petru, porque está convencido de que era suyo y se siente culpable por haberme abandonado en un momento tan difícil.

Cada uno con sus culpas, reales o no, pero no confesadas.

Tal vez, a pesar del *Decreto*, Sultana habría podido hacer algo, pero, tras el escándalo que le montó su padre en el locutorio de la residencia, tuvo que resignarse a dar a luz. El embarazo apenas se notaba, lo ceñíamos nosotras con una banda de lino, ¿cómo pudo enterarse él? La golpeaba en la cara, en la cabeza y preguntaba una y otra vez:

—¿Con quién? ¿Con quién? ¡Dímelo, rastrera!

El portero la libró de sus zarpas, tenía las marcas de los bofetones en el rostro y le sangraba la nariz.

—¡Tranquilízate, camarada! ¡He llamado a la policía y vas a meterte en un buen lío!

Pero cuando el padre de Sultana mostró su identificación, el policía se esfumó y el portero cambió de tercio:

—¡Que se vayan a tomar por el culo las putas éstas que se matan a follar por toda la ciudad! De todas formas, yo acabo mi turno, ¡laven los trapos sucios en familia!

—¡El animal de su padre estaba borracho! ¿Qué es lo que espera de ella?—me susurró Marilena—. ¡Si de todas formas no le da ni un real porque no es hija

suya! ¿Cómo, Letiția, es que no lo sabías?

No, yo no sabía nada sobre su padrastro, alcalde de su pueblo o policía; Sultana no nos había contado nada sobre él. Y la historia de su verdadero padre la descubriría sólo después de 1990. Ella afirma que se enteró en el reparto de la herencia con sus hermanastros, y que por eso no reclamó su parte. Visitó los registros hasta que aclaró cómo estaban las cosas. Aurelian se había enterado antes, pero no le dijo nada para no darle un disgusto. Tal vez ella tampoco quiso saber que su padre había muerto en la cárcel, ya no podía hacer nada por él, ¿para qué complicarse la vida? ¡Tampoco a mí me interesaban mis tíos Branea, ya era suficiente con que me hubieran manchado el dosier! Ahora, debido a la edad y a la herencia, me gustaría averiguar más cosas. Eso mismo le habrá sucedido a ella.

No entiendo, en cambio, por qué siguen compadeciéndose de su hija. ¿Acaso lo ha tenido más difícil Claudia Felicia Morar que, sin mover un dedo, ha acabado estudiando en Budapest, a diferencia de su madre, Nana Chirilă, que tuvo un hijo de soltera en cuarto curso? Ella no lo menciona nunca, como si se lo hubiera sacado de la cabeza. ¿Lo adoptaría de verdad una familia de provincias? En la residencia se rumoreaba que nunca fue a verlo porque así se lo habían pedido. ¿O lo entregaría, en el propio hospital, a uno de aquellos orfanatos sobre los que se presentaban documentales en el mundo entero después de 1990? ¡Niños esqueléticos, balbuceando sin llegar a articular nada y arrastrándose porque no sabían andar! ¡Qué vergüenza sentí al tener que admitir que venía de ese país! ¿Le habrá hablado a Aurelian sobre Silviu, sobre la familia de diplomáticos en la que no consiguió entrar? Si no lo ha hecho, ¿cómo ha podido vivir tres décadas en un matrimonio perfecto?

¿Y por qué me sorprende? ¿Acaso no le he ocultado yo tantas cosas a Petru en esta segunda vida nuestra?

Después de separarme de Sorin, comprendí que la verdad es una bomba de efecto retardado y de toxicidad permanente. ¡Y cuánto me ha costado callar! Sólo el manuscrito que traje anteayer en el equipaje de mano me ha ayudado a guardar mis secretos.

Pero ¿encontraré un editor? Es un día crucial tanto para mi novela como para los juicios. Tengo una cita después de la otra, ¿cómo llegaré con el tráfico espantoso de esta ciudad?

Sin embargo, en lugar de lanzarle alguna de las preguntas aplazadas durante décadas, resulta que le digo, riendo, como si fuéramos dos jóvenes:

—¡Recuerda también, Sultănica, lo mal que lo pasamos! ¡Cuánto tuvimos que aguantar hasta que echamos el guante a nuestros maridos! ¡Conseguir un carnet de Bucarest era el mayor de los triunfos!

¿Fue una metedura de pata o una maldad? ¿Toqué por casualidad una tecla sensible o sabía lo que decía y quise hacerle daño? ¿Y por qué no me contuve si veía que se le había demudado el rostro?

—¡Hoy en día el mundo está abierto para ir a la caza de maridos!—añadí, con una sonrisa forzada.

Ella apretó los labios descoloridos, el café le había borrado el carmín, y las

bolsas de los ojos y la papada se le cayeron, fofas. Una mujer desconocida, de la tercera edad, arrogante, me cortó en seco:

—¡Tal vez tú cazaras a Petru y vete a saber a quién más! ¡Pero no hables también por mí!

¿La ha transformado la vida o ha sido siempre convencional y cerrada? Petru cree que no actualizo la imagen de mis antiguos amigos para conservar la impresión tranquilizadora de que el tiempo se ha detenido. Será también por eso que siempre vuelvo a la Alameda de los Tilos, aunque podría ir a un hotel o buscar otro alojamiento más céntrico. ¡Bueno, no es exactamente así! Un alojamiento en el centro, por no hablar de un hotel, costaría mucho más que el café, el chocolate, las vitaminas, etcétera, todo eso que les traigo a los Morar. Con los billetes de avión y el dinero gastado en juicios, llego a una suma que Petru sería el primero en echarme en cara. Y muchos inmuebles céntricos, construidos sin medidas antisísmicas, no están restaurados, además en 1977 a mí se me metió en el cuerpo el miedo a los terremotos. Incluso aunque Sultana y yo nos chinchemos algunas veces, es reconfortante encontrar un ambiente hogareño cuando regreso de bregar con la ciudad y los abogados, los funcionarios estreñidos, el tráfico insoportable y el polvo.

Sin embargo, siempre la pillo ocultándome algo. Por ejemplo, no me ha contado nada sobre el joven al que abraza Claudia, en Roma, delante de un Fiat Bravo. Cuando le pregunté cómo había desaparecido, su rostro se ensombreció y en sus ojos leí la misma reprimenda arrogante:

—Pero Letiția, ¿qué sabes tú de lo que significa ser madre? ¡Las preocupaciones por un hijo no te abandonan jamás!

Las preocupaciones por Claudia no disminuyen, aunque las siguientes fotografías mostraran que le iba bien. En lugar de los pinos y las ruinas romanas habían aparecido los rascacielos de Manhattan, Claudia estaba más rellenita, los labios y las blusas tenían colores más vivos, pero su madre encontraba que los ojos cubiertos por un flequillo siempre demasiado largo estaban tristes.

—¿Es que no ves que está sonriendo?—la contradecía yo.

—En Estados Unidos la sonrisa es obligatoria, pero Claudia sonríe a la fuerza, ¡ponte las gafas y mírala mejor!—insistía.

El pensamiento positivo adquirido en Estados Unidos se vino abajo después de que Aurelian fuera depuesto de la presidencia del Foro.

—¡Es sorprendente que tu Aurelian, incapaz de comprometerse como es, haya resistido tanto! ¡Vuestros colegas, cada cual a su manera, están obsesionados con enriquecerse, como todo el mundo en este país!—intenté consolarla.

Frunció los labios y no dijo nada más.

Hacen remilgos los dos cuando, al marchar, les dejo varios cientos de euros; soy generosa, pero sé que lo han pasado muy mal hasta que han aparecido WhatsApp y Skype. Pagaban conferencias con Hungría, con Italia, con Estados Unidos, ¡allá adonde volara Claudia de beca en beca! ¡Cómo me habría gustado tener esas oportunidades de joven! Pero Petru me reprocha que siempre le busco los tres pies al gato:

—¡No seas envidiosa, Letiția! ¡Claudia es nuestra ahijada! ¡Y cada generación tiene sus ventajas y sus desventajas!

—No tengo nada contra Claudia, sólo que no tengo afinidad con ella—le respondo.

No me reconozco en ella porque ha sido una niña reina, rodeada de sus padres, abuelos, Frau Poldi, Claudiu, Tania, Petru. Les gustara o no, también estaba yo. Se caían de culo cuando la niña soltaba alguna ocurrencia, aunque, por lo que he podido observar, todos los críos tienen momentos de inspiración. ¡Y era demasiado ambiciosa ya de pequeña! A los seis años mostraba la psicología del cabecilla. «Querida Poldi, que sepas que te echo de menos. He sacado diez en todo, un beso, Clau», le escribió a Frau Poldi en unas vacaciones. ¡Y el número diez estaba dentro de un recuadro! Mientras viví en la Alameda de los Tilos, dormía con sus padres, aunque ya era grandecita. Y después de que la trasladaran a su habitación, cuando se despertaba por la noche, volvía, pasito a pasito, con la almohada bajo el brazo, a su dormitorio. ¡Y ahora a duras penas les envía un *e-mail* de vez en cuando! ¡Claudia no es hija de nadie! ¡Tal vez sólo de Claudiu, porque tampoco a él le importaba su familia, de lo contrario no habría enviado esas cartas a la radio estadounidense!

—¡Claudia no arrojó en vano la moneda a la Fontana di Trevi! ¡Quería vivir en Roma y la maniobra le salió bien, luego quiso ir a Estados Unidos, y también le salió!—le dije a Sultana para terminar la conversación en tono conciliador.

Pero ella movió la cabeza pensativa. ¡Ellos, los padres, son culpables de las penalidades de su hija! ¡La tuvieron demasiado protegida! ¡Le dieron demasiada libertad! ¡La sobreprotegieron! ¡Dejaron que se las apañara sola en un mundo extraño! Los pobrecillos descubren un motivo de culpa más cada día que pasa. Una vez, cuando se lamentaba por lo difícil que es conseguir una *green card*, Sultana me confesó que, cuando visitaron Roma por primera vez, Claudia engañó a las todopoderosas deidades de la Fontana di Trevi, pero ¿cómo?

—En lugar de hacer un sacrificio de verdad y lanzar mil liras, para nosotros sólo eso ya era mucho, Letiția, con la inflación que había en Italia, ¡lanzó unos miserables *lei* rumanos! ¡En la fotografía ampliada por Aurelian se ve perfectamente la moneda rumana! No soy supersticiosa, pero si el juego es así, hay que jugar limpio. Nosotros, los rumanos, siempre queremos timar a alguien y al final vemos que nos timamos a nosotros mismos.

—Sultana, ¿de verdad crees lo que me estás contando?—le grité.

¿Qué tendría en la cabeza? ¿Que Océano y sus tritones verifican cada noche las monedas entre las piedras, bajo el agua transparente?

—¡Mitologías y ritos precristianos! ¡Ortodoxia rumana!—farfulló el pagano de Petru.

La luz cortante del verano y el intenso perfume de los tilos en flor, acentuado por la lluvia de anoche, me abofetean al abrir la ventana. Hace medio siglo, cuando demolieron las casas y talaron los árboles para hacer sitio a los bloques, se salvaron algunos tallos jóvenes de tilo, de los que ha crecido la alameda de hoy en día… «Mi túnel verde», dice Sultana. A su alrededor ha brotado un bosquecillo de acacias, moreras, ciruelos, castaños, algarrobos… la vegetación silvestre de una ciudad en la llanura que irrumpe entre las paredes descuidadas, en los cimientos abandonados.

El cielo es blanco-marfil, con bandas desflecadas de azul, pero los músculos agarrotados me recuerdan que ha llovido toda la noche. Es el momento de comenzar los ejercicios de gimnasia, tal y como me enseñó la doctora que me regaló una nueva vida en lugar de la antigua, malgastada entre la vivienda del amigo Florinel, donde me encontraba con Sorin, y la casa de Uranus, donde vivía con Petru.

De hecho, en los últimos tiempos vivíamos el uno junto al otro y yo dormía en el sofá de su despacho. La noche en que me obligó a acostarme con él, estaba ya preocupada porque no me había venido la regla. Me había quedado casi dormida cuando me despertó el olor familiar, el tufo de vino, de Petru y me resistí como pude para evitar que me penetrara, mientras él me preguntaba, jadeando: «¿Qué te pasa? ¿Te doy asco? ¡Dime!». No me dijo que había conseguido el pasaporte con el visado para la conferencia de Ginebra. ¿Se temía que lo denunciara porque no iba a volver jamás? ¿O bien, teniendo en cuenta nuestra mala relación, no estaba ya dispuesto a presentar la solicitud de reagrupamiento familiar, la sacrosanta fórmula para mi eventual emigración?

Tal vez me hubiera confesado que tenía la intención de quedarse si aquella noche hubiéramos hecho el amor como antes de enamorarme de Sorin y de querer estar sólo con él. No tenía importancia que, en las horas vividas con mi amante en la habitación prestada, no soliera alcanzar el orgasmo. Después de que eyaculara, siempre en silencio, me arrimaba, enternecida, a su cuerpo, relajado de repente y cuando me preguntaba: «Pero ¿tú también te lo has pasado más o menos bien?», yo balbuceaba algo ambiguo. Exasperada por el brutal egoísmo de Petru, me había enamorado de su delicadeza y me avergonzaba de mi cuerpo que, en casa, funcionaba como una maquinaria perfecta. No soportaba ya la cercanía de Petru, pero no podía impedir que mi cuerpo traidor disfrutara del sexo con él. Después de que en mi cuerpo se apagaran las últimas vibraciones, en lugar de querer acurrucarme, sumisa, como en otra época, con la cabeza apoyada en su hombro, apartaba todo lo posible, humillada, mi cuerpo maculado, ahora odiado. Al día siguiente, lo único que pensaba era cómo escapar por la noche de su asalto nocturno. Regresé a casa escoltada por Dorina, que no se despegaba de mí.

Encontré las puertas del armario de Petru abiertas de par en par, las perchas de los trajes vacías, vacío también el cajón de sus camisas. Incluso el cepillo de dientes y el desodorante faltaban de la estantería del baño. Estaba segura de que

se había marchado donde la otra, ¡que sean muy felices juntos!, hasta que Dorina me trajo un sobre abierto, ¿cómo no lo había visto yo? Petru me había escrito que aprovechara su marcha a Ginebra para descansar. Una carta ambigua, adecuada para mostrársela a los que me investigaran en caso de que se decidiera quedarse y válida en caso de que regresara.

«Que sepas que no la he leído», me aseguró mi amiga, ¡y para colmo entonces la creí! Le confesé incluso que estaba inquieta porque no me había venido la regla, y ella intentó tranquilizarme: que espere un poco más y, que si no se arregla, ella me ayudará, una amiga de su pueblo sabe hacerlo, y el precio son tres mil: «¿te parece mucho, Lety? ¡Eso es lo que piden todos y con mi Titina vas a lo seguro!».

No le había dicho nada sobre mi relación con Sorin, pero a veces tenía la impresión de que lo sabía; otras, no estaba tan segura. Había sentido, sin embargo, la necesidad de pedirle consejo a alguien, incluso sobre mi siempre proyectado divorcio de Petru, que aplazaba *sine die*, hasta que ya no lo necesité.
El matrimonio de Dorina con un ingeniero de Bucarest lo habían arreglado sus padres. En la boda reunieron dinero suficiente como para comprarse un Dacia 1300. Pero poco tiempo después Dorina apareció en la oficina con gafas de sol para esconder los cardenales debajo de los ojos: su matrimonio había fracasado a la primera de cambio. Cuando se sacó el carnet de conducir, presentó la solicitud de divorcio. Sus padres le compraron, «a tocateja», tal y como hace la gente sensata que evita el interés de los préstamos, un apartamento de tres habitaciones, completamente amueblado. El dinero procedía del puesto de buñuelos, refrescos y helados que tenía su madre. El padre, que trabajaba en el ayuntamiento del pueblo, se ocupaba de las cuestiones administrativas y del aprovisionamiento, algo nada sencillo porque, por aquel entonces, todo era propiedad del Estado. Pero las pequeñas empresas privadas habían asomado ya en los patios de los que entonces, al igual que ahora, contaban con relaciones en el mundillo político local. Y Dorina y sus padres eran de esa clase de personas que se las apañan en todos los regímenes.

Ella empezó a celebrar en su casa fiestas con baile y partida de cartas. Me veo también a mí misma, en la penumbra, junto a la mesa repleta de ensaladilla rusa, suflé de coliflor, salchichas de cerdo a la brasa, helado de café, y ella bailando, abrazada a Sorin, *Goodbye My Love, Goodbye* de Demis Roussos. Cuando los invitados se disponían a partir, pasaba de las bufonerías a las lágrimas, insistiendo en que no la dejaran sola, y todos sonreían apurados: «Pobre Dorina, ¡qué duro es estar sola, es una chica espabilada, pero feúcha!».

Le decía a todo el mundo que sólo se casaría con el hombre del que estuviera enamorada. Me resultaba evidente que se trataba de Sorin y me sorprendía que no pusiera como condición que él también la amara. Yo volvía la cabeza para que no se diera cuenta de que me había fijado en esos momentos penosos en los que se esforzaba por llamar su atención. En mi opinión, no tenía ninguna posibilidad. No se me pasaba por la cabeza que las dos corríamos, con la respiración entrecortada, por el mismo pasillo, y que yo iba perdiendo terreno sin cesar. No había descubierto aún que hay parejas que se forman por amistad, por

compasión, por pena, por interés o por todo ello a la vez. Lo entendí cuando volví con Petru.

Sin embargo, le llevó unos cuantos años acostarse con mi amante.

Por mucho que me esfuerce para espantarlas, las imágenes de esa época reaparecen ante mis ojos mientras hago las flexiones y los ejercicios de *stretching*. Luego paso al Qi Gong. Abro las manos y las elevo al Cielo, he vaciado mi mente, inspiro, espiro, una y otra vez.

«¿Cómo consigues mantenerte tan bien, Letiția? ¿Trabajas en una clínica de rehabilitación? ¡Ah, eso lo explica todo!», me dicen aquí una y otra vez.

Lo compruebo entonces en el espejo de cristal de Murano de los Morar. Encontré uno parecido en una tienda de *antiquités* de Tours, pero no conseguí convencer a Petru para que lo compráramos, había cometido el error de decirle que en Rumanía puedes adquirir objetos antiguos, de valor, por una bagatela… así fue después de 1990. Al menos resulta reconfortante encontrarlo ahora en el apartamento de la Alameda de los Tilos, de donde los Morar no se han movido mientras yo arrastraba mis maletas de aquí para allá. Y en cada una de las direcciones ha vivido una Letiția distinta: los moños cardados, el corte juvenil, la permanente afro o el corte bob, las minifaldas o las maxifaldas, los pantalones flojos o ajustados, las gabardinas amplias o las cazadoras militares, las miradas lánguidas o febriles pertenecen a unas mujeres que no guardan parecido entre sí. ¡Qué diferencia entre mi yo de ahora y la joven temerosa de la capital que se apiñaba junto a sus compañeras de habitación, con la luz apagada y la cortina echada, tras la ventana que daba a la calle de la Academia, para ver a un joven apuesto masturbándose en la ventana del bloque de enfrente! ¡Hoy en día lo detendría la policía, pero entonces, sabedor de que tenía espectadoras, nos ofrecía a veces, por la noche, aquel espectáculo que me fascinaba y me asqueaba por igual! ¡Qué mal nos preparaban las madres para la vida, despreciando el sexo incluso cuando disfrutaban de él!

Sufría en la residencia universitaria, donde no podía estar nunca sola, pero ahora recuerdo con nostalgia cómo bajábamos todas, en rebaño, al bulevar 6 de Marzo, mirando los escaparates de los cines Capitol, Excelsior, Festival, hasta la elegante pastelería Spicul. Por las fotografías en blanco y negro colgadas en los escaparates intentábamos adivinar qué les iba a pasar a Yves Montand, Alain Delon, Simone Signoret o Sophia Loren en las películas recién estrenadas.

Hoy son tan sólo unos edificios marrones, desconchados, con cornisas ruinosas, anuncios TO LET, FOR SALE, con salones de juegos electrónicos donde blanquean dinero, con POKER CLUBS, con *sex shops*. La única esquina iluminada es la librería Humanitas, de Cişmigiu. Y, más pequeña pero renovada, la cervecería Gambrinus.

—¡Si preguntas dónde está el bulevar 6 de Marzo, te miran desconcertados, como si hubieras llegado de otro planeta!—le conté a Petru.

—¡Es que tú has llegado de otro planeta! ¡Persigues la herencia de tus tíos y añoras las festividades de la época comunista que los aniquiló! ¡Qué inconsecuente puedes llegar a ser, Letiția!—farfulló él.

Aunque las operaciones atenuaron las cicatrices de las heridas causadas por el atentado, Petru desarrolló una fobia a los espejos. Tampoco es que antes le gustaran, se creía feo, porque eso es lo que le habían dicho cuando era pequeño.

Yo seguía mi imagen incluso en los cristales ante los que pasaba. Ahora me analizo en el espejo como si fuera una lupa y me controlo, de pies a cabeza, antes de salir de casa, ¡gracias a Dios, tengo casi la misma silueta que a los treinta años, y no me han salido arrugas todavía! ¡Y no porque trabaje en una clínica! A los que me preguntan, les explico que soy *psychomotricien*, fisioterapeuta para niños con malformaciones, pacientes con alteraciones psicomotoras provocadas por accidentes vasculares, deportistas con roturas y tendinitis, ancianos sin musculatura, devorados por la artrosis. Los traslado de los aparatos a la espaldera y de ahí a la colchoneta, corrijo sus movimientos, controlo los minutos de láser y de ultrasonidos, los introduzco en baños de plantas, se apoyan en mí, tiro de ellos, los empujo, los acomodo en las sillas de ruedas, respiro aliviada cuando llega la hora de marchar ¡y, zumbando, al aparcamiento del hospital! Cuando salgo me encuentro con los embotellamientos, hay pocos accidentes, no ves las escabechinas de las carreteras rumanas, pero Petru controla con el reloj los cuarenta y nueve minutos que me lleva desplazarme hasta la Allée des Tilleuls, ¡es el colmo, así se llama nuestra calle de Neuvy! ¡Cuando llego, me lo encuentro con su habitual *trouble anxieux*! No sé hasta qué punto es preocupación por mí o por su destino. ¡Sin mí, se ve arrojado a una *maison de retraite*, llena de *papy-boomers*, dependientes e indefensos!

Tuve esa misma clase de pacientes cuando fui *aide-soignant* de noche para poder realizar durante el día los cursos de terapeuta. ¡Es cierto que en un *mouroir* sólo aguanté unos meses y, en cuanto me enfrenté al primer muerto, salí corriendo por el pasillo! En la calle, bajo un pobre arbolito, me di cuenta de que estaba allí para hacer lo que había que hacer, localizar a la familia y avisarla, etcétera, así que respiré hondo y regresé arrepentida.

Pero Petru recuerda horrorizado los orfanatos y los internados donde lo metió su madre, de niño, para hacerles sitio en la casa a su nuevo marido y a sus hermanastros. ¡*Maison de retraite* significaría que su existencia ha sido circular y que, al final, ha llegado al punto de partida! Mi presencia no sólo le resulta útil, sino que da otro sentido a nuestras vidas cruzadas…

Reprimo el impulso de telefonearle; con la diferencia horaria es demasiado temprano y anoche le advertí que no tendría tiempo de llamadas, así que se preocuparía en vano. Hago los últimos ejercicios de respiración delante de la ventana, se anuncia un día precioso y el dulce olor de los tilos me provoca un reconfortante sentimiento de encontrarme en casa.

Una suerte inesperada, para mis anfitriones, es que el apartamento sigue siendo muy luminoso, aunque lo haya rodeado, paulatinamente, un bosque de bloques: frente a él destaca una villa del período de entreguerras, salvada de las demoliciones ceauşistas, veo su tejado de tejas, todavía húmedo, ¡qué enchufe debió de tener el que la consiguió en la adjudicación para que no fuera derribada! Debió de comprarla a precio de ganga en 1992, porque ahora está alquilada a una

fundación Pro Life, ¿y dónde andará el propietario, en Las Vegas o en la Costa Azul?

—¡Tal vez la hayan recuperado unos herederos lejanos, más hábiles con los sobornos que tu hermano y tú!—me dejó caer Sultana.

A diferencia de Petru, yo no pienso en el mañana, siempre he tenido la sensación de que alguien, desde fuera, guía mis pasos. Por la mañana me despierto con un dolor sordo, y por la noche me acuesto con otro; la vejez es una enfermedad de la que, una vez contraída, no puedes escapar. Pero me comporto como si fuera joven, como si estuviera entera, tal y como me aconsejó, en otra época, la doctora que me regaló otra vida. ¿Qué otra cosa va a decir Aurélie aparte de que soy una narcisista? Cuando he vuelto a escribir, ha encontrado un argumento más.

—¡Si no soportas los espejos, es porque no te quieres, y si tienes un problema contigo, lo tendrás también con los demás! Yo me he esforzado por aceptarme tal y como soy, por quererme, todavía no lo he conseguido, ¿y tú? ¿Tienes una buena imagen sobre ti misma?—le pregunté una noche a Sultana.

Se hizo la sorda, pero imagino su respuesta. ¿Habría soñado con ser la nuera de un diplomático si no hubiera tenido una buena imagen de sí misma? En la universidad, ella era la más coqueta.

De hecho, no me tomo en serio todo lo que dicen los psicólogos. ¡Petru se creería feo, pero cuánta seguridad en sí mismo tenía cuando lo conocí! Estaba convencido de que Manuela se había marchado para realizarse en el Otro Lado, no para librarse de él, tal y como pienso yo.

¡Por no mencionar el descaro de Dorina, que se quejaba una y otra vez de ser fea! ¿O tal vez lo decía a propósito para que la contradijeran? Cuando soltaba tonterías sobre el matrimonio, no me daba cuenta de si bromeaba o si hablaba en serio sobre la fealdad, que generalmente no se comenta. El único con el que no hacía esas bromas era con Sorin. Seguramente las guardaba para el momento en que no había testigos y mezclaba la risa y las lágrimas, tal y como mezclaba la verdad y la mentira. Tiene un notorio talento para la diversión.

Él, en cambio, a pesar de sus cualidades, ilustra perfectamente el odio hacia uno mismo del que me ha hablado Aurélie.

—¡Me gustaría tener un hijo que se pareciera a ti!—le susurré cuando empecé a sospechar que estaba embarazada.

—¡A mí no! ¡No! ¡Que ningún niño se parezca a mí!—rechazó, agitando las manos espantado.

Me levanté de la cama y me fui corriendo al baño para que no viera que el llanto me atenazaba la garganta; me consideraba la única culpable de lo que acababa de ocurrir. Exasperada porque cada vez me veía menos con Sorin, había asumido el riesgo de no advertirle de que estaba en un día límite en el calendario. Y, como si hubiera infringido una fórmula matemática, no me vino la regla. Tras su reacción no me atreví a comentarle lo que me había pasado, tal vez Dios me libre de ésta, pensé, porque ¿qué podría haber hecho él?

De hecho, al igual que Petru, Sorin sólo tenía miedo al fracaso, vinculado, en

aquella época, a su dosier. Era imposible que deseara añadirle también los tachones de mi familia, cuando él ya tenía bastante con los suyos.

—¡Yo, una persona que se considera prudente, he perdido la cabeza por tu culpa! He infringido todos mis principios—me repetía cuando me lo encontraba en el estudio del amigo Florinel, con el cenicero lleno de colillas.

En lugar de sentirme adulada, habría tenido que ver cómo sería nuestro futuro en común cuando no estuviera ya tan enamorado como para decirme:

—¡Ven cuando quieras, cuando puedas, yo te espero aquí lo que haga falta, ya lo sabes!

Su padre, que trabajaba en el ayuntamiento del pueblo, le había fabricado a Dorina unos documentos con el más impoluto origen social. Una estrategia tan eficiente como la estrategia de Dorina de hacerse un hueco junto al hombre al que aspiraba. «La camarada Dorina Gabor, una persona fiel al Partido, secretaria de la UTC, reforzará el control político de nuestra relación con el extranjero», así debió de sonar la justificación de la directora, Eleonora Oprea, cuando trasladó a Dorina al despacho de Sorin, de donde acababan de expulsar a otros. A algunos les sorprendió que llegara tan rápido a jefa de protocolo, aunque, por aquel entonces, no se las apañaba demasiado bien con los idiomas extranjeros: un cargo político que ella presentaba como un acto voluntario para dejar de sentirse sola.

También Sorin había sido en otra época jefe de protocolo, pero era políglota. Y, de todas formas, yo no desconfiaba de él, durante mucho tiempo lo consideré mejor, más honesto que yo. Más adelante, sin embargo, pensaría en su camaradería y en cómo Dorina y él se habían apoyado mutuamente. Siempre dispuesta, transmitiendo y recogiendo en todas partes informaciones útiles, venía, como un perro ágil, con la presa entre los dientes. Ella se ocupaba de los pequeños detalles prácticos. Se dedicaba cada vez más a él. Los de alrededor se preocupaban tan sólo por su bienestar material: sobornos, dinero bajo cuerda, un apartamento más grande, una casita de vacaciones, vídeos y cintas de películas occidentales, ropa de marca, un coche nuevo y mejor, dinero en la cuenta o debajo del colchón, enchufes en la Securitate para conseguir el pasaporte. ¿Por qué no iba a hacer también él lo mismo?, debió de susurrarle. ¿Qué había sacado en limpio de su trabajo hasta entonces? ¡Podrían comprarse un coche entre los dos! ¡Debería casarse con ella, por ejemplo! ¡La boda lavaría su dosier y le ofrecería la oportunidad de conseguir un puesto acorde con su formación! ¡Incluso en el extranjero! ¡Al fin y al cabo se lleva bien con el jefe del Servicio de Personal de Exteriores! ¡Y, además, no tendrán que pagar el impuesto por soltería!

Más o menos así debieron de concluir sus consejos hasta hacerle sonreír. Se habían convertido en una pareja antes de acabar en la cama.

Nuestra última noche, él me contó que al principio no le gustaba y que se acostó con ella por compasión.

—Pero, con el tiempo, las cosas fueron cambiando…—me dijo entonces.

Deduje que lo halagaba su sumisión total, ¿y qué más? No quise seguir escuchando.

Creo que también le halagó descubrir su poder viril sobre las mujeres, sobre mí,

sobre Dorina, sobre otras que se hacían ilusiones de casarse con uno de los últimos solteros del Edificio. Cuando me quejaba porque no conseguía entender por qué hacía determinadas cosas, se reía, encantado, ¡así es él, a los demás sólo les queda romperse la cabeza para descifrar su misterio! Su misterio se resumía, de hecho, en las artimañas que, a partir de un determinado momento, pagaría con bastante estrés. Dorina siguió proclamando su soledad durante una temporada, incluso después de que su relación se consolidara; ella fingía con grandes dosis de talento, pero luego empezó a acosarlo con la boda. Y él titubeaba. Le costaba separarse de mí y era consciente de que no la amaba. En nuestra última etapa, se veía cada vez más acorralado, y también Dorina se mostraba sombría y agresiva. Cuando le pregunté un día qué le pasaba, se justificó con las presiones de su madre.

—¿Por qué no te casas de una vez? ¡Te he preparado la dote con todo lo necesario!—le gritaba exasperada.

Dorina se había teñido el pelo, se compraba bikinis del paquete,[6] zapatos de plataforma, pantalones de colores para las fiestas en su casa, cada vez con más gente y más comida. Leía a Noica, *El sentimiento rumano del ser*, y hablaba cada vez con más aplomo sobre la moral casta de la aldea y sobre la inmoralidad de las mujeres urbanas. Me reía sin darme cuenta de que se refería a mí. Yo no tenía ni idea sobre el curso de su relación, mientras que ella medía atentamente el afecto de Sorin por mí, que disminuía a medida que aumentaba su afecto por ella. Dos vasos comunicantes.

No renuncié a Sorin ni siquiera cuando sentí que todo lo que le decía le resbalaba como el agua llena de la espuma sedosa del gel de ducha, *Shower Milk Palmolive Naturals*.

—Un humilde regalo del Kilómetro 36—me dijo apresurado, evitando mi mirada para que no le preguntara con qué coche había llegado hasta allí.

En la autopista Bucarest-Piteşti había una codiciada *shop* comunista en la que podías comprar jabones Fa, Wiener Kaffee, geles de ducha Palmolive, cartones de cigarrillos Kent y whisky Ballantine's.

Y cuando empecé a sospechar algo, me empeñé en competir con Dorina. Llegué a preparar mis respuestas, tal y como había hecho él en nuestros primeros encuentros, cuando no sabía a qué atenerse conmigo. Me había llegado el turno de diluir, a través de los halagos, los reproches que me atenazaban la garganta. Imitaba a Dorina, así que, en la última etapa, estaba al corriente de nuestra rivalidad y me esforzaba por pelear con sus armas, ¡qué humillación!

—¡Mira, he aceptado contarte todo lo que hago, adónde voy!—escucho mi voz falsamente sometida—. ¡Y ni siquiera te pregunto, en cambio, adónde vas tú! He entendido que has heredado otro temperamento, la genética muestra que todo en nosotros es hereditario…

Lo veo también a él, barriendo, con una mirada recelosa, mi cuerpo, cada vez más relleno, las nalgas rebosantes, pesadas, la mirada ojerosa, titubeante, en un rostro tenso. Debió de preguntarse: «¿Qué le estará pasando a ésta? ¿Qué ha descubierto, qué sabe de mí?».

¿Soy yo la mujer a la que Sorin, con la cabeza en otro sitio, mira extrañado? ¿Yo o el personaje del libro? ¿Recuerdo mi vida o recuerdo lo que he imaginado a partir de ella? Si yo soy la mujer sorda a su propia intuición porque no aceptaba que había sido—¡qué banalidad!—engañada por su amante y su amiga, al hablar de genética entonces, delante de Sorin, un hijo adoptivo, lo único que hice fue meter la pata. Y no era la primera vez.

Para otra que no fuera yo, el embarazo inesperado podía ser una baza en la guerra secreta con Dorina. A condición de que hubiera sido un niño deseado. Pero yo sólo quería a Sorin enamorado de mí: de hecho, tenía razón, los niños sólo unen a las parejas sólidas; para las que crujen, son dinamita.

Las náuseas me despertaban temprano por la mañana. Me levantaba del sofá del despacho de Petru con cuidado de no hacer ruido y, en el baño helado, me obligaba a vomitar en el retrete. Generalmente sólo conseguía escupir unos hilillos de sangre. Abrumada por el pánico y la culpa me dirigía, cada hora, al baño, para comprobar si no había aparecido una mancha marrón, una gota de sangre.

—Yo he cometido un error, yo voy a arreglarlo—le susurré, con una especie de estúpida humildad, a Sorin, cuando me decidí, por fin, a contárselo.

—Haz lo que creas que es mejor—repitió varias veces, con la misma entonación de falta de implicación como cuando lo puse a prueba diciéndole que quería divorciarme.

No pude leer nada en sus ojos traslúcidos. Se abalanzó hacia su maletín, lo abrió para buscar algo dentro, pero se le escapó de las manos temblorosas y algunos dosieres y hojas sueltas se esparcieron por la alfombra. Las recogió deprisa, como si quisiera ocultarlas de mi vista. A continuación, se dirigió a la cocina, abrió la botella de vino que había traído y lo sirvió en los vasos. Bebimos mucho los dos e hicimos el amor con violencia, tal vez también él confiaba en librarme del embarazo, para no tener que mencionarlo de nuevo. Me esforzaba por alejar cualquier nubecilla que surgiera en nuestros encuentros, cada vez más esporádicos.

Curiosamente, a él le costaba cada vez más conseguir la llave del apartamento de Florinel, mientras que yo esperaba ansiosa para poder siquiera hablar *tête-à-tête*. Había perdido su gracia de hombre misterioso: parecía más asustado incluso que yo, un ser alterado que esconde vergonzosos secretos. Sobre todo después de la marcha de Petru. ¿Temía que, en su ausencia, el escándalo de mi embarazo lo salpicara a él? ¿Lo chantajeaba Dorina? ¿Se habría casado ya con ella, en secreto, mientras seguía viéndose a escondidas conmigo? Más adelante se me pasaron por la cabeza los guiones más absurdos.

Apoyo la mano en el marco de la ventana, observo el pájaro negro que va y viene al árbol del patio de la villa y, de repente, veo a Sorin, pasándose las manos húmedas por el cabello alborotado:

—No, ¿qué mosca te ha picado? ¡No tengo nada con Dorina!

Así lo recuerdo la última vez que nos vimos. Dos días antes me había pasado una nota con la hora de la cita en el apartamento del amigo Florinel y tan sólo

una frase de más: «Mañana te llevo el libro prometido». Es decir, el dinero para el aborto. Sin embargo, antes de salir para nuestro encuentro me enteré de lo de su accidente, el rumor se había extendido por todo el Edificio. Sorin iba al volante, el coche estaba destrozado, pero lo cubría el seguro.

Cuando llegué, me abrazó y me señaló el sobre de la mesa:

—¡Hay tres mil, espero que no necesites todo! Cómprate algo con lo que sobre —me dijo.

—Tal vez no llegue a tener esa ocasión…—le respondí con una sonrisa forzada.

¡Había llegado furiosa pensando en la separación inevitable y, sin embargo, intentaba todavía impresionarlo con mi posible muerte, en la que, de hecho, no creía! Cuando echo la vista atrás, siento vergüenza y pena por la mujer cuyo cabello había empezado a blanquear por las sienes y cuyos senos se habían descolgado, pero que conservaba el egoísmo feroz de una adolescente tardía y el hambre autista por el amor romántico. Era más joven y a la vez más vieja que hoy.

Me miró con atención intentando adivinar por qué estaba abatida. Tampoco él presentaba buen aspecto, unas ojeras enormes rodeaban sus ojos, no se había afeitado y llevaba, algo raro en él, una camisa arrugada. Probablemente dedujo que me daba miedo el aborto, porque me acarició la cabeza: «¡No te preocupes— me dijo—, ya verás cómo todo sale bien!». En mi inconsciencia, sin embargo, no estaba asustada en absoluto.

Ya había tenido mi primera cita con la enfermera Titina, que me había aconsejado que no tuviera miedo, que por sus manos habían pasado otras compañeras, ya me lo contaría cuando volviéramos a vernos, ahora no tenía tiempo.

Sorin divagó un rato con historias de la institución: «¿No te interesa lo que estoy contando?», preguntó en un determinado momento, desconcertado por mi silencio. Sacudí, contrariada, la cabeza y no pronuncié una palabra hasta que nos metimos en la cama. Allí me di cuenta de que no deseaba ya su cuerpo, del que se había escurrido, gota a gota, aquella confianza incondicional que me había arrastrado a él. Antes, cuando me refería a Dorina, reía relajado:

—¡No digas tonterías! ¿Eres capaz de sentir celos de alguien como ella?

También entonces intentó seguir negándolo, pero al final reconoció que mantenían una relación. No tuve presencia de ánimo para preguntarle desde cuándo y, a continuación, empecé a calcularlo, pero no lo averigüé.

De repente, la persona más cercana se convirtió en un desconocido cuyas reacciones no había anticipado. Ya no comprendía qué nos había unido durante tanto tiempo ni cuándo se había desvinculado de mí. ¿Desde cuándo se acostaba con ella y conmigo, dejando que habláramos la una de la otra, comparando nuestros pechos, nuestras caderas, el sexo, teniendo fantasías con ambas? Ahora era todo suyo, junto con su vida rutinaria y con los bienes acumulados entre los dos. Era como si se hubiera marchado ya. Me repitió, de nuevo, que yo era la única mujer a la que había amado, pero ¿para qué me servía si no había sido capaz de anticipar el final?

Por lo demás, tampoco fui capaz de anticipar mis propias reacciones. Me ahogaba de furia al recordar cómo me había separado de Petru, las penosas estrategias inventadas, por la noche, para dormir sola en el sofá de su despacho, cómo había rechazado las proposiciones de otros hombres y había reducido mi vida sexual a los pálidos encuentros en la cama del amigo Florinel, que culminaban con el riesgo insensato de un embarazo, un riesgo asumido en un día fértil.

Con un codo apoyado en una almohada de olor extraño, solté, ahogándome por el enfado, todo lo que había acumulado en mi interior durante tanto tiempo. Hablaba deprisa, arrastrada por la rabia y las náuseas, me costaba aguantar los vómitos. En un momento determinado, desplacé mi mirada de los rayos de luz cenicienta impresos en el aire por las persianas que, como de costumbre, había cerrado él, y la dirigí hacia Sorin. En sus ojos, inyectados de venillas rojas, brillaban las lágrimas. Cuando una rodó por su rostro, hacia la barba rojiza que cubría sus mejillas, volví, furiosa, la cabeza. No tenía ni idea de qué estaba pensando, pero sabía que lloraba con facilidad.

—Yo soy el culpable, ¡sólo yo! Quería que saliera bien y ha salido todo mal— murmuró.

De repente me paralizó, como una ráfaga helada, la idea de que lo estaba viendo por última vez. No, no estaba preparada para la separación, había invertido en él toda la confianza de la que disponía para descubrir, sin la advertencia de un bróker, que las acciones de nuestra relación se habían hundido hasta el cero.

Tuve que vencer mi miedo a la separación para rodar en la cama, ponerme pesadamente a cuatro patas, recogerme el pelo, correr hacia la puerta tropezando, como una ciega, con los muebles de la habitación y, una vez allí, en el umbral, golpear la mano que me ofrecía el sobre con los tres mil *lei* y un medallón de oro, un *mărţişor*.[7] Estaba dominada por la furia, me habría gustado golpearlo con las manos y los pies y gritarle que me devolviera los años perdidos.

Pero ni entonces ni más adelante se me pasó por la cabeza que eso mismo le había hecho también yo a Petru y que por ese motivo estaba siendo castigada.
El intenso olor a hojas y a vegetación, mezclado con el dulce y pesado de los tilos, me retiene junto a la ventana abierta. El taladro se ha detenido, pero desde abajo llega el crujido metálico de la sierra eléctrica y los gritos de los empleados del ayuntamiento, que podan las ramas demasiado bajas de los árboles y el seto que rodea los parterres de flores.

Y, de repente, sin relación alguna con lo que tengo ante los ojos, se me pasa por la cabeza que esa parte de mí que sueña con Sorin por las noches no lo echa de menos a él, sino a mí, a la que fui en otra época. A esa criatura irreflexiva que dejé de ser hace tiempo y que sólo puedo volver a encontrar en sueños. ¿Será ésta la respuesta que Sorin no puede darme ya? ¿Que me abandonó porque Dorina lo amaba a él, mientras que yo, sobre todo, me amaba a mí misma?

Tonterías, me digo, mirando a los basureros con sus buzos verdes que empujan los cubos llenos hacia los camiones de la basura. Su ruido cubre el chirrido de la

sierra eléctrica, pero, gracias a Dios, el barrio de los Morar no se ve ya asaltado por el hedor de las primaveras de los años noventa. Ahora está relativamente limpio y los perros de raza, que los jubilados pasean por la mañana y los adolescentes por la noche, son más numerosos que los perros callejeros con las orejas marcadas. En aquella época, las pilas fermentadas de basura, rebosantes de bolsas, yacían, sin recoger, semanas y semanas, y los perros asilvestrados, abandonados tras las demoliciones de Ceauşescu, se arremolinaban para atacarme cuando me acercaba al portal del bloque. El apartamento oscuro de los Morar, que llevaba quince años sin pintar, con las cucarachas rojas haciendo carreras en la mesa del comedor, con los rincones del baño ennegrecidos por la mugre y los azulejos desprendidos, con algunas latas de conserva, pisto y judías con salchichas, junto a la ración de aceite y azúcar en la despensa vacía, contrastaba con la agitación entusiasta de Aurelian y Sultana. Mis Morar estaban siempre en la calle, en las marchas y los mítines, secundados por Daniel, un chaval todo piel y huesos por aquel entonces, diana de la ironía de Petru hoy en día.

—¡Ya se te han pegado otra vez el ruminglés del gran CEO Daniel y las vulgaridades de la juventud libre!

Con esos gruñidos me recibe cada vez que vuelvo. Ésa es su forma de manifestar la alegría de verme en casa. Aunque ahora oiga peor, el oído de lingüista y la nostalgia reprimida lo llevan a cazar las novedades de mi vocabulario. ¡Qué estudio psicolingüístico sobre el ruminglés podría llevar a cabo, sólo que para ello debería poner un pie en Rumanía y pasar una temporada allí! Ésta es mi respuesta cada vez y él repite la suya.

—¡Ese país, que fue el nuestro, es una tierra maldita! ¡Nada de lo que construyes permanece, viene uno, da una patada y lo estropea todo! Cuando lo único que piensan todos es partir lo más lejos posible, ¿qué sentido tendría para mí regresar?

El aire cerrado de la habitación, el olor a medicamentos y a cuerpo anciano, el mechón de pelo gris, alborotado, que le queda en la coronilla, en la bola redonda, un poco rosada, de la cabeza, la dentadura de porcelana que contrasta con el rostro arrugado, Petru, agitándose, nervioso, en el sillón del que cada vez le cuesta más moverse, e intentando interrumpirme: «He oído una y otra vez esas historias, ¿no tienes otras, Letiția?».

Pero yo pasaré, como un tren, sobre sus objeciones gracias al ímpetu que tengo siempre que vuelvo y que perderé, sin darme cuenta, los días siguientes.

—¡No lo hago a propósito, que lo sepas! ¡Me pongo a hablar como los de alrededor! ¡Cuando era pequeña alababan mi talento lingüístico y debe de ser verdad si te has dado cuenta incluso tú!

He perdido la esperanza de convencerlo para que venga y cada vez me apetece menos arrastrarlo a todas partes conmigo. ¡Nunca se me habría pasado por la cabeza, en la juventud, que iba a acabar siendo tan dependiente! Era, de hecho, más débil, más vulnerable de lo que yo había imaginado y no supe verlo. Mi falta de experiencia con la gente…

Él me lanza falsas maldades, yo me río y desempaqueto el apio, el Extraveral, la

crema de caléndula y le recuerdo los comienzos de Daniel Izvoranu, un *self-made man* rumano de la nueva generación, el único éxito de la familia Morar en la economía de mercado.

—¡Me sorprende que no sientas, no digo afecto, pero al menos algo de simpatía por Daniel! Su padre murió muy pronto, su madre jubilada por enfermedad, él en el paro, ¡podría haber sido *dealer* de drogas!

Fue repartidor de periódicos, colocó baldosas y azulejos en casas, permaneció junto a Emil Constantinescu hasta que se hizo un hueco en una multinacional, ha creado su propia empresa y, antes de eso, presentó cientos de solicitudes en universidades occidentales, incluso una beca Fullbright, que perdió no por su trabajo, sino porque le faltaban unas décimas en las notas del instituto.

Redactó también una memoria excelente para una beca en Bélgica, pero no encontró ninguna empresa occidental que le ofreciera la posibilidad de realizar las prácticas, la segunda parte de la beca.

Ni aquí, ni en el Otro Lado sales adelante sin un contacto sólido: sólo que en Rumanía eso se llama «enchufe» y en el Otro Lado, «recomendación». Al venir de ninguna parte, es decir, de Rumanía, en ningún sitio te apreciarán por tu valía. Así era al menos entonces, en los años noventa.

La cita con mi hermano Junior y con el nuevo abogado, al que me presentará en la Brasserie, en Herăstrău, es a las 12:30, ¡así que tengo que desayunar y darme el piro!

—¿Darte el piro? ¿Qué expresión es ésa? ¿Argot? ¿Era algo corriente en vuestros tiempos?—me preguntó una vez la lingüista Claudia.

¡Me molestaba que dijera eso de «nuestros tiempos», como si el de ahora fuera sólo suyo!

La puerta de lo que ellos llaman *living* está abierta; desde el pasillo oigo el teléfono, que vuelve a sonar, y la voz de Sultana: «¿Cómo va a cumplir el *deadline* de la editorial si se pasa tanto rato cotorreando? ¡Yo no me permito semejante pérdida de tiempo, sopeso cada uno de mis minutos!». ¿Y a quién le estará contando que he escrito una novela y que estoy buscando un editor?…

—Pero ¿a quién le interesa hoy la literatura? ¡Si quieres publicar, pagas! ¡Qué va a tener dinero! ¿De qué? Anda intentando recuperar la herencia y no lo consigue, ¡por eso viene! ¿Qué, acaso todos los que vienen del Otro Lado tienen dinero? Pocos pueden afirmar que son ricos de verdad. Se dan aires de grandeza porque tuvieron el valor de partir y mira cómo estamos nosotros. ¡No, no diría que se da importancia, sería absurdo, nos conocemos de toda la vida! Antes de marcharse, escribió algunos relatos, pero esto es una novela gruesa, necesitaría varios miles de euros para poder publicarla. Habrá otros que publiquen sin pagar, pero a ella ya no la conoce nadie, ¿quién se acuerda de Lelia Arcaşu?

Me entran ganas de arrancarle el teléfono de las manos, ¡cállate de una vez, Sultana! Eso mismo hacía entonces, me presentaba a sus compañeras, profesoras de química, de matemáticas, con una mirada cómplice; «¡Mi amiga es escritora! ¡Lelia Arcaşu! ¿No os suena su nombre?». ¡No lo habían oído las pobrecillas! Movían la cabeza, los hombros, con una mirada culpable mientras yo me ponía de todos los colores. ¿Estaba orgullosa de mí? ¿Era irónica? Después de despedirnos de ellas, la ponía de vuelta y media. Aguantaba un rato mi mirada furiosa y luego se enfurruñaba: «¿Ya has vuelto a enfadarte por una tontería? ¡Qué rara eres!».

—¡No tengo ni idea de por qué adoptó un seudónimo! Para escapar de la censura, supongo. Su marido no llegó a trabajar demasiados años allí, tuvo mala suerte con el atentado, habría recibido mucho más si hubiera tenido un buen seguro, ¡tú sabes más de estas cosas, es tu trabajo! Recibe también una pensión por los años trabajados aquí, fue nuestro profesor de filología románica. ¡Resulta que un buen día vino a buscarla a la residencia de estudiantes y se largó con él! Tenía también un programa de radio aquí, ¡ella no, él! Petru Arcan, ¿no te suena su nombre? Los de tu edad no lo conocen porque no han escuchado Europa Libre y hace mucho que abandonó el país. No, él no ha regresado, viene sólo ella, cuando tiene vacaciones, es fisioterapeuta en una clínica, intentó trabajar como autónoma, pero en Francia los impuestos son demasiado elevados y tuvo que buscarse un empleo, ¡a su edad! ¡Claro que no es agradable, pero no se queja, no

es su estilo! ¿Cuántos años quieres que tenga? ¡Los que tengo también yo, que al fin y al cabo fuimos compañeras! Sólo he llegado a leer las primeras páginas, ya veré más adelante, ahhhh, ¿el libro anterior? Ése lo leí entonces, no estaba mal, pero ¿a quién podría interesarle ahora? Incluso ella me ha dicho que está fuera de lugar, si la propia autora lo piensa… ¿No te ha comentado Daniel que la va a llevar hoy adonde un editor? Así es él, un misterioso, no creo que le ofrezca dinero, pero, si lo hiciera, imagino que te lo diría, ¿no?

Ya está claro, ¡habla con su hija subrogada, Alina! ¡La esposa de su sobrino Daniel! Una gatita delicada, con las trenzas hechas en la peluquería, que telefonea para comentarle toda clase de bobadas: «He visto dos ofertas para depilarme, por supuesto que las ingles, ¿adónde puedo ir? No sé si tatuarme las cejas, ¿qué te parece? ¿En serio que los tatuajes te parecen vulgares?».

En otra época, era la confidente de Claudia, que se quejaba ante ella de que yo apoyara a Iliescu.

Entreabro la puerta del comedor-*living* y la pillo desprevenida:

—¡Aaah! ¿Estabas al teléfono? ¡Perdona, no lo sabía!

Ha dejado de hablar al momento: «¡Bueno, te llamo luego y me cuentas!», pero permanece unos instantes con el auricular olvidado en la oreja, sin decir nada. Despecho y culpa: conozco esa mirada suya desde hace varias décadas, pero sus ojos empequeñecidos, lacrimosos, no son los de la adolescente Nana Chirilă, son los de Sultana Morar. Y agita inmediatamente la mano para desearme los buenos días y me sonríe, mostrando esos dientes que siempre he envidiado; siguen intactos, pero no los ha sometido a una limpieza dental desde hace mucho, ¿negligencia o ahorro feroz para poder enviarle dinero a Claudia?

—¡Alina me ha retenido un montón de tiempo al teléfono y ni siquiera me ha comentado para qué ha llamado tan pronto! ¡Alina la de Daniel!—se justifica.

Una intentona de *captatio benevolentiæ*, los Morar saben que Daniel me cae fenomenal: sigue siendo un entusiasta, aunque hace tiempo que dejó de ser un adolescente. Ayudó a Alina, la amiga de Claudia, a trabajar como bróker en una gran compañía de seguros.

—¡Parece tímida, pero debes saber que se las apaña bien, es persuasiva, evalúa perfectamente a sus clientes y, al final, hace con ellos lo que quiere!—me dijo cuando me anunció que iba a casarse con ella.

—¡Y contigo ha hecho lo mismo! ¡La receta de la sumisión y la devoción! ¡Por eso has dejado a Diana sola en Londres!—le planté.

—¿Crees que habría sido mejor marcharme? No estoy nada convencido en absoluto.

Qué indestructible debe de ser mi antiguo resentimiento si la estrategia de seducción de Dorina en otra época se ha convertido ahora en la lupa a través de la cual veo las relaciones que me rodean, tal y como afirma mi psicoterapeuta Aurélie. Daniel había respondido a sus propias dudas, no había tenido en cuenta mi agrio comentario.

—Tengo una reunión con el nuevo abogado al mediodía y antes querría pasar por la villa de Domniţa Ralu—me justifico.

—¡Pero no se te habrá pasado por la cabeza salir sin comer algo! El desayuno te espera en la mesa de la cocina, me temo que se te habrá enfriado.

Su voz suena insegura, no sabe que he escuchado lo que le ha contado a Alina sobre mí. Asiento, resignada, ¡un cotilleo inevitable! El inevitable sentimiento de superioridad de los amigos que miran tu libro con la convicción de que te conocen y de que su lectura va a ser tan sólo un examen atento para descubrir cómo has envuelto tu biografía. Cualquiera que escribe asume que va a cruzar, desnudo, entre una muchedumbre de gente vestida que comentará, entre susurros o a gritos, tu desnudez. Todas las novelas del mundo son autoficción, «*Madame Bovary, c'est moi!*», reconoció incluso aquel del que menos te lo esperabas. ¿Y qué otra cosa hago yo con mi novela?

¡De repente, me doy cuenta de que Sultana podría reconocer a Sorin, incluso aunque haya cambiado su nombre y los acontecimientos! No recuerdo que llegaran a conocerse, pero ella debe de haber oído hablar de él a través de Aurelian.

Pero, si lo sabía, ¿por qué me he precipitado a entregarle el manuscrito antes de deshacer la maleta?:

—¡Te suplico que me digas sinceramente qué te parece! ¡Pero sinceramente!

Y ella:

—¡Felicidades, Letiția! ¡Bravo! ¿Quieres recuperar la profesión abandonada? ¡Comenzaste muy bien, una lástima que lo dejaras!

Reparó en mi gesto contrariado, pero no renunció a su tono de profesora. Adivinaba, como si estuviera en su cabeza, lo que estaba pensando: que escribo para compensar las frustraciones de una vida penosa en comparación con la suya. Y tal vez ésa sea precisamente la verdad.

—He querido recuperar el tiempo perdido—le respondí.

—¡Eso es un tema para los trabajos de máster en la Facultad de Letras, Letiția! ¡No se recupera nada de lo que has vivido!—dijo ella zanjando la discusión.

He querido recuperar mis años con Sorin, de los cuales no saqué nada, tuve la tentación de decirle. Sospechará la verdad sobre mi vida, si es que llega al final del libro, pero no estará segura. Ayer ojeó el manuscrito y, mientras hablaba, se olvidó de él y se le escurrió del regazo. Cuando se agachó, enfadada, a recoger las hojas, su mirada cayó en la página con la dedicatoria a mi tío Ion y se animó.

—¡Recuerdo cuando vino el portero de la residencia para comunicarte que había fallecido!—gritó.

Me miraba como un detective que hubiera descubierto, por fin, al asesino. De hecho, el portero dijo tan sólo: «¿Quién es Letiția Branea? ¡Hemos recibido una llamada, tiene que volver urgentemente a casa, alguien se ha puesto enfermo!». Y durante todo el viaje en tren confié en encontrarlo todavía con vida. A veces, en sueños, sigo confiando.

¡Espero su opinión con el corazón en un puño, he escrito pensando en ella, mi primera lectora! Estuve tentada de enviarle, desde Neuvy, un PDF, pero recordé que tenía una catarata incipiente. Así que esperé hasta venir a Bucarest por lo de la casa del tío Caius, por lo del primo Rafael y otros problemas irresolubles con la

herencia. Guardé el texto en un *pen-drive*, pero también lo imprimí, un taco enorme, acarreado desde Neuvy a Tours, dejé el Peugeot en el garaje de Aurélie en Saint-Pierre-des-Corps, y tomé un TGV hasta Charles de Gaulle.

¡Menos mal que Aurelian no se ofrece a leerlo también él! Las biografías, las memorias, incluso las indigestas colecciones de documentos históricos le resultan más atractivas que una novela. No tocará mi manuscrito para no perturbar la lectura de su mujer, incluso me lo advirtió anoche:

—¡Ármate de paciencia, Lety! Le llevará tanto tiempo leerlo como el que te ha llevado a ti escribirlo. Después de dos páginas, vuelve a compararlas con el principio del capítulo.

—¡Y lo dices tú! ¡Que vuelves siete veces desde el ascensor y, cuando llegas al Mega, descubres que no has cogido ni la tarjeta de crédito ni el billetero!—lo desautorizó Sultana por haberla descalificado como lectora.

—¡No, querida, espera! Sólo pretendía decir que Letiția puede confiar en tu lectura…—balbuceó él.

Cambié de tema y volví a lo que les interesa, de hecho, a los dos, es decir, la publicación. Y, ¡sorpresa!, Aurelian afirmó que mi primer libro fue seleccionado para el Premio UTC[8] pero, en el último momento, fue retirado de la lista porque se descubrió que Petru había huido del país. Estaba seguro de que eso sería una baza ahora:

—¡Que vea el editor que no eres una aficionada que se pone a escribir a los sesenta años! Era un premio importante.

—¿Quién se acuerda de lo que significaba entonces? ¡El Premio UTC no suena bien!—se apresura a replicar Sultana.

—¡Era un jurado muy competente, encabezado por Șerban Cioculescu! ¡Todos los que lo recibieron lo confirmaron! ¡Ésas eran las instituciones de entonces, no sólo historias de héroes, como se imaginan los de ahora! ¡Tienes que comentárselo sin falta al editor con el que te vayas a encontrar!—insistió él.

¡Ella siguió llevándole la contraria, no le importaba que él hubiera sido el jefe del departamento de Documentación, era ella la que se ponía encima de él en la cama! Para aguantar el tipo, Aurelian se lanzó a contar la historia del premio, moviéndose, en zapatillas, de aquí para allá y sorbiendo su té Bedtime de la taza de turista, con el dibujo de la Fontana di Trevi, pero mellada y sin asa. «Me la he cargado», pensé, ahogada por el torrente de lengua de madera de nuestra época, ahí tienes la desventaja de quedarte con tus amigos y no en un hotel. Pero ¿cómo no llegué a enterarme yo de esa nominación? O tal vez me enteré, pero la borré de mi memoria, como se borraron también las críticas del libro, porque tenía otras preocupaciones por aquel entonces… un embarazo tóxico, una relación tóxica con mi amante y con mi amiga…

—¡Al fin y al cabo, también puede evitar la mención del premio UTC!—se replegó él, tal y como suele hacer ante las opiniones de ella, y respiré aliviada—. Pero si pudiera buscar en las antiguas colecciones de periódicos…—empezó de nuevo, para mi exasperación.

Parecía dispuesto a correr a la Biblioteca de la Academia, a la Biblioteca

Nacional, a rastrear en *Scânteia* y en *România liberă*, arrastrado por la atracción de los Morar por las acciones utópicas. Su hermano Claudiu también la tenía, pero a otra escala, pensé. De repente, lo eché de menos, oí su voz, su risa relajada y me pareció increíble que, por mucho que lo buscara, donde quiera que fuera, no volvería a encontrarlo, como si no hubiera existido. Qué extraño resulta que alguien como él pudiera morir, igual que cualquier otro.

Animado por un poso de su antiguo entusiasmo posterior a 1990, que me parecía histérico, Aurelian se agachó, haciendo crujir sus rodillas, junto a los cajones de la biblioteca y hurgó hasta que sacó un dosier de copias amarillentas, grapadas y numeradas, *Lelia Arcasu-Dosier de prensa*, y me lo ofreció solemne. ¡Las copias de las críticas que aparecieron mientras estaba en el hospital y después, deprimida, en su casa! Las había hecho sin decirme nada y las había conservado todas esas décadas, aunque no servían para gran cosa. ¡Y yo, que a duras penas encuentro un tema de conversación con él! Titubeé un poco y salté a su cuello. Permanecimos así varios minutos los dos, sin decir nada, un silencio que me pareció demasiado largo. Aurelian me observaba con una mirada tierna, bajo unas cejas canosas de las que sobresalían unos pelos más largos, duros; ¿por qué no se tomaba Sultana, la esposa perfecta, la molestia de cortárselas?, me pregunté.

En un determinado momento, estuve a punto de decirle que, debido a esa novela, no soy ya capaz de establecer la diferencia entre lo que recuerdo de mi vida y lo que he imaginado, pero menos mal que me contuve a tiempo. ¡Sólo eso habría faltado, una declaración completa! Y, a continuación, salió procurando caminar más tieso que de costumbre, y nos quedamos nosotras dos solas para cotillear como hacen las chicas.

—¿Ya has entrado? ¿Qué diantre estás haciendo, Tincuța? ¿Por qué no lo consigues? ¡Vuelve a marcar el código!—grita Sultana.

Para Tincuța, el interfono sigue siendo un misterio. Pero ¿por qué no me dijeron ayer que la habían llamado? Habría salido antes y me habría librado de su charlatanería.

—¿Ha vuelto de visita por aquí, señora Letiția?

Su fórmula de bienvenida, una especie de *how do you do*, reservada para mí y para la que no espera respuesta. Está de buen humor, como de costumbre, volverá a casa con dinero y, además, tiene público asegurado. Cuando viene a trabajar, puede enlazar durante todo el día sus historias en el oído de quien se encuentre en la misma habitación que ella. Yo iba a ser hoy su primera víctima. Deja en la puerta los zapatos llenos de barro, se pone en el baño la ropa de trabajo, unos andrajos, y se dirige a la cocina, donde Sultana, la activista cívica de los años noventa por los derechos de las mujeres, da vueltas en torno a ella, melosa:

—¿Quieres yogur con cereales? ¿O una tortilla de queso, jamón y tomate, como le he preparado a la señora Arcan? ¿Un té? ¿Un descafeinado?

Tincuța se despoja del pañuelo y se suelta las horquillas de la coleta grisácea:

—¿Qué se cree, que tengo tiempo de tomar un café?—declara categóricamente, pero se hace un hueco en la mesa y empieza a contar la última pelea de su familia, llenando todo el apartamento con su voz ronca. Se detiene para anunciar—:

¡Mejor descafeinado!—y continúa con otra historia, se le ha olvidado dónde estaba.

Me siento a la mesa, a su lado; con todo el ajetreo que me espera hoy, me viene bien esa tortilla de tomate, queso y muchas hierbas, sólo que, ciertamente, se ha quedado fría.

—No espero a Aurelian—me excuso con Sultana, con la boca llena.

—¡No tienes por qué esperar! Se ha tomado el café y se ha ido.

Mira por la ventana, como si quisiera evitar mi mirada, tengo la sensación de que querría añadir algo más, pero se abstiene. No lo he oído salir del apartamento, ha debido de caminar silencioso como un gato. Tendrá algo que hacer, ¿adónde iba a ir si no? Sólo salía tan temprano cuando, después de ser expulsado de la Fundación, lo contrató un antiguo colega, Petculescu, que había llegado a ser el director de un instituto que, como muchos otros, ha desaparecido entretanto.

—Lo han llamado por teléfono por unos asuntos urgentes—añade para evitar mi mirada.

Ésa debe de haber sido la primera llamada, la que me ha despertado y yo he confundido con el timbre, supongo.

—¿Y qué tal está usted, doña Letiția?

Otra frase repetitiva de Tincuța a la que no ofrezco ninguna respuesta porque sé que no la espera. Tampoco tiene paciencia de sentarse con el «decafinado», toma unos sorbos, rebusca por los armarios, estruja bolsas de plástico, golpea cazuelas, sumergida en sus historias: cómo la zurraba su marido, cómo le rompió el brazo y le abrió la cabeza, cómo la sacaban las vecinas de sus zarpas, cómo quiso meterla en el manicomio, aunque el loco era él:

—Perdió el juicio después del accidente en el trabajo. ¡Hubo una explosión terrible en la mina y un montón de muertos! ¡Se llevó un buen golpe en la cabeza y no se recuperó jamás! ¡Y estaba además la bebida, doña Letiția! También los chiflados de mis hijos se pelearon ayer, me metí entre ellos, ¡mire qué moretones tengo! ¿Por qué se pegaron? Porque el Mayor quería ver la televisión que había comprado el otro con su dinero. El pequeño no le da nada a nadie, pero cuando no tiene trabajo, vive de mi dinero y del de su hermana, también a ella la golpeó hasta hacerle sangrar…

Las historias de Tincuța están llenas de violencia doméstica, el tema de los seminarios que organiza Sultana con fondos estadounidenses y europeos: refugios para mujeres golpeadas, abogados para los divorcios, psicólogos para las chicas que han caído víctimas del tráfico sexual y esas cosas. Cuando intenté preguntarle una vez si no sería mejor que se centrara en sus traducciones, saltó como un resorte:

—¿Sabes cuántas mujeres acaban en la cárcel por matar a sus maridos para escapar de sus palizas, ellas y sus hijos? ¿Sabes cuántos niños huyen de casa gracias a lo felices que son? ¿Sabes cuántas mujeres son violadas, cuántas asesinadas?—gritó.

Me encogí de hombros y la dejé en paz, me lo tenía merecido por hacer como

Petru, que se asombra de todo:

—¿De dónde nace esa obsesión de Sultana por los derechos de las mujeres si el pobre Aurelian no le dice ni pío? En la familia Morar, ella y Claudia han hecho siempre lo que han querido, ¡que si mis chicas para arriba, mis chicas para abajo!

Pero entonces, cuando vi lo furiosa que estaba Sultana, recordé a su padrastro, que la atizó hasta hacerle sangrar en el locutorio de la residencia. No había hablado nunca de él, ¿la habría violado de verdad? Me suena habérselo oído comentar a alguien, pero ¿a quién?

Tincuța sacó la col desalada y, mientras mezclaba con sus manos callosas el relleno de los *sarmale*, el arroz, las especias, la cebolla, la carne picada, me imagino, con una alegría malévola, que Aurelian, obsesionado por los virus y las bacterias, entra de improviso en la cocina y la llena con sus gritos:

—¡Con una cuchara! ¿Es que no tiene cuchara? ¿Cuántas veces le he dicho que lo mezcle con una cuchara, no con la mano?

La escena no tiene demasiadas posibilidades de suceder, porque no parece que él vaya a regresar enseguida del sitio adonde ha ido.

—¡No he conocido a ningún rumano huido que no se lance sobre los *mititei* y los sarmale en cuanto vuelve aquí! ¡Hasta los estirados que se han hecho ricos allí! —repetía siempre.

Pero la experiencia de Aurelian con los estirados se limita a los pocos que patrocinaron el Foro para poder ver su nombre mencionado en los eventos. O para atenuar sus remordimientos respecto a la gente a la que habían abandonado aquí en otro momento.

En todo caso, los Morar no parecen haber reparado en que no me muero por la cocina nacional. A medida que envejezco, comparto menos recuerdos comunes con mis amigos de juventud: cada uno ha retenido algo de los momentos vividos y las memorias se deterioran a ritmos diferentes. Los platos típicos rumanos son la nostalgia de Petru. Cuando se los preparo en Neuvy, no tienen nunca el sabor obligatorio. Yo los encuentro indigestos y odio volver de Bucarest con dos o tres kilos de más, algo que siempre sucede. También he procurado, por lo demás sin éxito, convencer a Sultana para que renuncie a ellos.

—Sí, Sultănica, la nostalgia nace del paladar, como tú dices. ¡Pero a mí los *sarmale* de Tincuța no me recuerdan a nada! Mi madre los hacía con hoja de parra, pequeños, con una mezcla de carne de cerdo y ternera y, para quien quisiera, crema agria en la mesa. La receta de Moldavia. Tincuța enrolla demasiado los *sarmale*, pocha el arroz con la cebolla, utiliza carne de cerdo muy grasienta y, entre ellos, inserta panceta, costilla ahumada, salchichas.

—Ésa es la receta popular, ¿qué quieres? Así aprendió a cocinar antes de los catorce años, cuando la mandaron a servir a la ciudad—dice mi amiga la feminista.

—¿Y qué es lo que hace, doña Letiția, para no envejecer jamás?

En boca de Tincuța, el hecho de que no aparente la edad que tengo suena como un reproche. Aunque se encuentra a dos pasos de mí, grita, seguramente porque durante toda la vida ha tenido que tapar los gritos del «borracho ese de mi

marido» y los aullidos de los «locos esos de mis hijos». Y retoma su saga familiar, que debe de haber estado dando vueltas en su cabeza desde que ha abierto los ojos. Sus historias no tienen cronología ni secuencia lógica. Una película caótica que comienza en medio de una pelea, que sigue con otras, sin final, sin moraleja, como en la vida. No me queda claro por qué su hermano y su hermana pudieron estudiar mientras que a ella sus padres la mandaron, desde pequeña, a servir en casas ajenas. Tal vez porque era la mayor. O porque era más tonta, algo que se ve en cuanto abre la boca. ¡Pero no me atrevo a hacerle ninguna pregunta por miedo a perderme en la red de su verborrea!

Los males son por culpa de su marido, el accidente laboral en la mina provocó su agresividad, que se acentuó después de que fuera despedido. En la voz de Tincuța aparece un tono de orgullo cuando cuenta cómo la hacía sangrar, cómo tenían que librarla los vecinos de sus manos, cómo le rompió la cabeza golpeándola contra las paredes. Aunque no los ha descrito nunca, he llegado a identificar a sus hijos. Podría dibujar incluso el plano del apartamento de cuatro habitaciones donde, jamás de los jamases, ha reinado la paz.

El benjamín es el único al que Tincuța se refiere por su nombre—Nelu—, por eso sospecho que es su favorito. Con él ha vivido siempre, los dos mayores fueron enviados, durante cuatro años, a un hogar de acogida después de que los vecinos se quejaran de las peleas y los escándalos de la casa. Tras librarse de su marido, Tincuța no ha denunciado nunca a sus hijos por su carácter violento, aunque Nelu le haya levantado muchas veces la mano y golpeara a su hermana hasta provocarle un ataque de pánico. Es curioso que haya retenido el nombre correcto, se ve que le gusta, porque lo repite una y otra vez.

Todos tienen nombres genéricos: el Mayor es el primer chico, el de la cárcel. La hija es M'ija. Su hijo de soltera, el chico sin padre, es el Pequeño. Mi-nuera es la ex mujer del mediano, y Golfa, Guarra o Zorra es la que ha ocupado su lugar en la cama. El punto culminante de la historia sigue siendo el ingreso de su marido en el Hospital 9:

—¡Me llevó al manicomio en ambulancia, doña Letiția! ¡Pero el doctor me dejó marchar y, al final, fuimos nosotros los que lo ingresamos a él! Fue cuando lo del terremoto. ¿Recuerda todavía el terremoto del 77?—grita mientras enrolla los *sarmale*.

¡Ahí sí que ha dado en el clavo, conservo pocos recuerdos tan vívidos como esa noche! ¡Cuánto me costó alejarme de Sorin cuando comprendí que no iba a separarse de Dorina, y arrojarle el sobre con el dinero para el aborto y el *mărțișor*! El borracho que me abordó en la oscuridad de la alameda hizo que me sintiera de repente, tal y como estaba entonces, sola en el mundo. Me libré de él saltando a un autobús, pero enseguida oí el estruendo de la tierra y unos gritos aterradores.

—¡Un terremoto, bajen rápido! ¡Rápido, rápido! Es un terremoto, ¿no me están oyendo? ¡Yo también tengo familia! ¡Abajo, abajo! ¡Muévanse de una vez!

El chofer se detuvo, sólo un minuto, delante del palacio de Cotroceni y, con el autobús vacío, salió en tromba. Mi dolor desapareció y lo sustituyó una náusea extraña. Me parecía estar soñando, por supuesto, que caminaba por calles oscuras,

en medio de una muchedumbre desesperada, y que en la Academia Militar conseguía aferrarme a la escalerilla de otro autobús, que no se detuvo hasta llegar a los almacenes Eva. El bulevar Magheru se abrió de repente, una inmensa boca mellada, me ahogaban la ceniza y los escombros que olían a quemado. Un decorado teatral, iluminado tan sólo por un cielo bruscamente estrellado: se habían apagado todas las luces. Un polvo denso se extendía hasta la universidad y, en lugar de los bloques del período de entreguerras—Casata, Grădiniţa, Scala—, con unos apartamentos media hora antes lujosos, habitados por gente acomodada, se elevaban unos túmulos grises, gigantes. De ellos afloraban hierros ennegrecidos, vigas, paredes indecentemente desnudas. De un balcón, intacto quién sabe por qué, colgaban dos muñecos de trapo aplastados que, una hora antes, eran dos personas vivas, aterradas: en medio del pánico, se habían refugiado donde los esperaba la muerte. Me enteraría después de que eran dos profesores de la facultad, compañeros de Petru.

Avanzaba por el polvo denso que había blanqueado el aire de la noche y flotaba sobre el centro oscuro. Las estrellas, agrandadas de repente, brillaban amenazadoras. Las calles rebosaban, mujeres con niños en brazos, hombres acarreando maletas, bolsas, arcones, cajas. Los cordones de soldados alrededor de los bloques derruidos empujaban a los que intentaban, con ojos ávidos y aterrorizados, acercarse todo lo posible al lugar del desastre: se retiraban antes de retornar, como una masa elástica. En los cascotes aleteaban telas desgarradas, revoloteaban papeles, las luces fugaces caían sobre los restos de un armario, sobre el rincón de un baño, en la intimidad desgarrada de los apartamentos. Algunas manos salían, rígidas, de entre las ruinas, un grito de socorro incluso después de la muerte. Los taxis pasaban, como balas, abarrotados, los autobuses circulaban sin orden ni concierto, por trayectos imprevistos, a través de una ciudad llena de gente desorientada.

Pero, como en una instalación de infinitas pantallas, seguían desfilando en bucle, ante los ojos de la mente, las imágenes de mi cita con Sorin. Seguía esforzándome por comprender lo que no era capaz de aceptar: que él deseaba una vida sin mí. ¿Con quién iba a poder hablar ahora, si, durante tantos años, había sido mi único interlocutor? Había empezado el síndrome de abstinencia.

En un determinado momento conseguí subir, a pesar del temblor de piernas, a la escalerilla de un autobús que apenas avanzaba traqueteando. Salté en marcha en el muelle del Dâmboviţa, con la esperanza de sufrir un aborto, pero lo único que conseguí fue un esguince en el tobillo izquierdo. En el talón derecho, el zapato me había rozado hasta hacerme sangrar. Me arrastré hasta Uranus, hacia el montón de gente apoyada en la pared blanca, en la acera frente al Archivo de la Securitate. Se habían acomodado para pasar la noche en la calle, algunos habían hecho fuego para asar carne: en toda la ciudad estaba cortado el gas. El vecino del primer piso, que golpeaba, nervioso, el radiador cada vez que Petru escribía a máquina, salió atento a mi encuentro para que no se me ocurriera subir al apartamento, ¡la escalera no era segura y la puerta estaba bloqueada! ¿Y qué voy a hacer yo? ¿No tengo familia, alguna amiga con la que pasar la noche? Parecía

saber que Petru se había ido, pero no que yo me lo había quitado de la cabeza. ¿A quién podía recurrir?, me pregunté, calentándome las manos en el fuego junto al que me había acuclillado. Elegí a los Morar, porque su casa era la más próxima a Uranus. Habría podido ir adonde otros amigos que, en cuanto se supo que Petru se había quedado, me borraron de su agenda para no ser sospechosos de mantener relación con la familia de un huido.

¿Nos acercamos sólo por casualidad a la gente que, en el futuro, va a estar a nuestro lado en los momentos duros o es la mano invisible del destino la que dicta los encuentros en la vida? Cuando me vienen a la mente preguntas de ésas, las alejo de mí: «Ya pensaré en ello cuando tenga tiempo», me digo. Sólo que no encuentro nunca ese tiempo y me quedo con la sensación, persistente como el aroma de una fruta exótica en el paladar, de que, si me esforzara un poco, daría con la respuesta.

Había pasado la medianoche cuando llegué cojeando, agotada, a la Alameda de los Tilos. Delante del bloque A1 había varios grupos de gente temblando: era una noche fría, de comienzos de marzo. En cuanto la tierra dejó de moverse, salieron a la calle, vestidos con lo que encontraron a mano, y ahora soportaban el frío por el miedo a las réplicas. Entre ellos también los Morar, con Claudia en brazos. Más adelante, Aurelian convenció a Sultana para volver a casa. Me quedé asombrada al descubrir que en su apartamento todo estaba intacto: sólo se habían roto algunos platos y una lámpara que, con el balanceo, había golpeado contra la pared.

Estaba tan cansada que ya no sentía el dolor por la separación de Sorin, ni el del talón ensangrentado. Lo curé, me puse una compresa en el tobillo hinchado y me quedé dormida con la ropa puesta.

En la sala de conferencias del Eastwest Hotel de Ginebra, Petru se removía en la silla, incapaz de escuchar las comunicaciones, preguntándose qué hacer, ¿pedir asilo político o no? ¿Y qué será de Letiția? La noticia del terremoto lo había estremecido y lamentaba que su último recuerdo conmigo fuera la noche en que me obligó a acostarme con él. Había vencido su habitual tacañería y había llamado a casa, ¿por qué no respondía nadie? Entonces pensó, por primera vez, que tenía que sacarme también a mí del país, aunque, hasta entonces, había deseado marcharse solo.

Al menos eso es lo que cuenta ahora. Y no veo por qué no debería creerle, la mentira no forma parte de sus pecados.

Al día siguiente fui al apartamento de Uranus, en el Trabant de Aurelian, y subí con el corazón en un puño la escalera que parecía, sin embargo, intacta. La biblioteca de Petru se había derrumbado sobre el escritorio. La pared que daba a la calle se había agrietado y, entre los ladrillos desplazados, se veían el muro blanco, misterioso, del Archivo Estatal y los tranvías 3 y 8, que habían reanudado su itinerario, descendían la cuesta y giraban hacia Izvor.

—¡Menos mal que no estabas en casa ayer, a las 9:20! ¡La biblioteca te habría hecho puré! O te habrías quedado encerrada en casa y te habrías vuelto loca de miedo, sobre todo porque los teléfonos no funcionaron en toda la noche. ¿Por qué lloras como una tonta? ¿Es que no ves que te has librado? ¡Quédate con

nosotros hasta que vuelva Petru! No tengas miedo, volverá, él tendrá sus defectos, pero a ti te quiere, estoy seguro—dijo Aurelian abrazándome por los hombros.

No le podía decir que, desde que me había despertado y había esperado pacientemente mi turno para entrar en el baño, no deseaba otra cosa que regresar a Militari, a la parada de Lujer. Subir jadeante las escaleras del bloque del amigo Florinel y encontrarme con Sorin, haciendo la cama y fregando los vasos. Que todo siguiera como hasta ahora y contarle lo que me había ocurrido entretanto, como era mi costumbre. Pero en su casa no respondía nadie y no tenía sentido buscarlo en casa de Florinel. Eternamente apresurado, ayer por la tarde, después de mi partida, Sorin debió de salir corriendo por las escaleras. Siempre me metía prisa, hacia el final de nuestras citas, para que no me cruzara con Florinel.

—¡Ya sabes que el viernes es día de horario intensivo, cojones! ¡Ponte las bragas y lárgate de una vez!

No hablaba así conmigo, pero ¿cómo hablaba él en realidad? ¿Y quién es ése cuya silueta veo ahora? No es ya el adolescente delgadito y tímido de los primeros años, sino un hombre corpulento, de cuerpo grueso, piel blanca, fina, con los hombros salpicados de pecas y una barriga prominente.

Siempre había evitado imaginar lo que sucedía cuando me marchaba y Sorin abría la ventana para que saliera el olor a bebida y a sexo, revisaba la cama, ordenaba la cocina. Y si entretanto aparecía su amigo, intercambiaban también ellos, de hombre a hombre, unas palabras.

—¿Qué tal va la cosa? ¿Tiene todavía un polvo? ¿Ha merecido la pena estar tantos años con ella? ¿Es mejor la nueva? Y de casarte, ¿cuándo te casas? ¿Con cuál?

Conversaciones parecidas a esta tendrían lugar, con toda seguridad, cuando recogía o cuando le devolvía la llave, pero ¿qué dirían de mí? Resulta difícil imaginarlo conociendo la discreción de Sorin. Mi resentimiento ha añadido a su naturaleza la hipocresía de los últimos años, así que no puedo verla ya como tal vez fue al principio, sensible, generosa.

Cubierta de polvo blanco, Calea Victoriei estaba destruida desde la cafetería Nestor hasta la antigua tienda Radu, y el lugar, ya despejado, parecía inverosímil como el hueco de una muela en una boca inmensa. Unos postes gruesos, pesados, sujetaban las paredes y así permanecerían durante varios meses. Unas placas grandes, anaranjadas, cercaban los montones de escombros por los que unas hormigas negras y verdes, los bomberos y los soldados, buscaban a los supervivientes. Cuando aparecían los equipos de salvamento, acompañados de perros, la compacta barrera de gente se abría, entre murmullos de respeto, para dejarles paso. Les esperaba el camión de la televisión y también las ambulancias para llevarlos al Hospital de Urgencia, lleno de médicos y de estudiantes de medicina voluntarios. La muchedumbre seguía las excavaciones, decepcionada por no ver más gente salvada o, al menos, algunos cadáveres. Los nombres de las víctimas famosas circulaban entre ellos, Toma Caragiu, Doina Badea, con su esposo e hijos, Alexandru Bocăneţ, Anatol Baconsky, Alexandru Ivasiuc, cantantes, actores, escritores, ¡increíble! ¡Vivir en un edificio del período de

entreguerras parecía una suerte, pero resultó ser una terrible desgracia! Los más viejos recordaban el otro terremoto, el de 1940, y lo comparaban, estupefactos, con el de ahora: ¡entonces se había derrumbado sólo el Carlton, pero, igualmente, no todo el mundo podía permitirse tener un apartamento allí!

Los grupos arremolinados al azar comentaban sobre el hombre rescatado vivo de debajo de los escombros, le faltaba la mitad del rostro y le dieron, al momento, té y sopa con una pajita. Sobre otro al que, para poder ser rescatado, tuvieron que cortar una mano destrozada debajo de las ruinas. Sobre el último recuperado, que había resistido lamiendo las paredes y bebiendo su propia orina. En una pared intacta ondeaba la hoja de un calendario con fecha del 4 de marzo. Unos camiones recogían los muebles junto a los edificios agujereados, apuntalados por pesadas vigas. Colas infinitas, voces en los teléfonos públicos y siempre la misma pregunta estrangulada que atravesaba las paredes metálicas de la cabina: «¿Qué tal? ¿Estáis todos bien?».

El polvo seguía flotando en el aire, que ni siquiera por la mañana estaba claro. Polvoriento, con el matiz grisáceo del escombro que flotaba todavía en el aire, era también el blanco de los ciruelos en flor. Las copas de los guindos eran moradas, y sus hojas pequeñas, brillantes, viraban al marrón. Continuaban las historias de los periódicos sobre los camiones cargados de restos humanos, arrojados a una fosa común en la que hurgaban los gitanos en busca de las mantas con las que los habían envuelto. Sobre el bloque del Continental, en el que se habían escuchado gemidos y gritos antes de que se viniera abajo. Y rumores sobre las posibles réplicas del terremoto. ¡A las tres, a las cinco! ¡Que no, el 17 de marzo! ¡Seguro que el 28! ¡Cuando haya luna llena! Con cada alarma falsa, el corazón se nos aceleraba y nos temblaban las piernas. Durante varias semanas hubo colas en las floristerías que vendían claveles, tulipanes, rosas, traídos de los invernaderos de Codlea, para los entierros, para los funerales. En los féretros cerrados, sin embargo, estaban sólo los despojos de los cuerpos amados.

Pero la ciudad bullía de energía. Cuando toma conciencia de que ha pasado junto a la muerte, la gente tiene, durante un breve período de tiempo, un sentimiento de eternidad. Y el trabajo físico transmite a la mente trastornada una sensación de eficiencia y estabilidad. Las amas de casa fregaban la vajilla, las paredes, los muebles; los hombres martilleaban para reparar, como podían, los destrozos del terremoto. Las velas estaban plantadas, junto con los ramos de jacintos, tulipanes, en los solares ya despejados, que parecían ahora pequeños cementerios: alguien había traído una estructura de hierro forjado para las candelas. Maquillada, con el cabello recién arreglado, con flores en la mano como para ir de visita, una mujer lloraba junto a una tumba improvisada: las lágrimas fluían, abundantes, en silencio, por el rostro imperturbable.

El accidente de tráfico que me había obligado a constatar la relación estable entre Sorin y Dorina era para mí, sin embargo, más importante que el terremoto que había matado a mil quinientas cuarenta personas, había dejado once mil heridos e incontables familias afectadas. Poco me importaba que lo que crecía en mi vientre y me enviaba a gemir al baño, por la mañana, hubiera pasado del

estadio embrionario al de feto. Sin la proyección mental de un niño deseado, el embarazo es tan sólo un engorro físico o una complicación social. Con los ojos clavados en un Bucarest irreconocible tras el terremoto de la víspera, de 7,3 grados en la escala Richter, no pensaba en aquel trozo de carne del que, al cabo de unos pocos días, iba a librarme la paisana de Dorina. No me importaba siquiera lo que iba a ser de mí en cuanto me abriera de piernas, mientras contemplaba el cisne bordado en el cuadro que colgaba sobre el diván de su apartamento, lleno de cojines que olían a espray antipolillas, y esperaba tan sólo escapar de esa postura humillante y tomar el sucedáneo de café prometido para después.

—Pero ¿qué le pasaba a tu marido contigo? ¿Por qué te pegaba?

No es la primera vez que se lo pregunto, y ella me responde siempre con la misma mueca:

—¡Quién diantres sabe! ¡Por lo celoso que era! ¡Y por la bebida!

Un rostro todavía joven, risueño, dientes de metal blanco, rasgos regulares. Ojos verdes, cabello largo, una coleta canosa que no quiere cortar, aunque M'ija intenta modernizarla. ¿Haría alguna barrabasada o se llevó esas palizas por nada?

También Petru me pegaba en nuestros últimos años en Rumanía, y tampoco ahora, cuando se lo recuerdo, me pide perdón; farfulla que tenía que dejarlo en paz si veía que él estaba achispado. Si se hubiera portado de otra manera, tal vez no me habría enamorado de Sorin, me digo a veces. Pero no estoy segura.

En la vida de Tincuța, tal y como la cuenta ella, hay muchos huecos. No he averiguado cuándo se casó, mencionó una vez que una tía le organizó un encuentro con un minero. Nada sobre la boda, nada sobre los buenos momentos, que se olvidan enseguida: la felicidad es instantánea y su recuerdo se marchita de inmediato. Un primo que trabajaba en el ejército o en la Securitate los trajo a Bucarest. Y después de que su marido los abandonara y se mudara a la casa de una, las peleas se sucedían en el apartamento de Tincuța. A los dos chicos no les bastaba con los bofetones y los puñetazos: una noche, el Mayor sacó la navaja y le cortó el índice al mediano. El dedo de un carpintero habilidoso, que sigue trabajando incluso con él reconstruido. Por supuesto que no visita a su hermano Mayor en la cárcel. Tampoco M'ija, tal vez porque está trabajando en Chipre, tal vez porque está harta de las palizas que se ha llevado de su padre y de sus hermanos. Al locutorio va sólo Tincuța algún que otro domingo: le suele llevar al Mayor ropa, paquetes de comida, cigarros y algún dinerillo, le aconseja que no se lo gaste en drogas.

«La violencia familiar—explica Sultana en sus seminarios—es contagiosa y los niños maltratados serán a su vez maltratadores».

No estoy segura de que sea exactamente así. Los hijos de Tincuța han salido camorristas, pero M'ija parece ser una buena madre, que defiende como una leona al Pequeño.

Si crees a Tincuța, el pequeño, Nelu, era el más formal: ganaba bien, fabricaba unos muebles maravillosos, tenía contrato de trabajo y se había casado legalmente. Vivía con la suegra, su esposa y la niña en otro bloque, a una parada de tranvía de ella. Sin embargo, una chavala le puso la vida patas arriba a Nelu y a ella también: una alumna de instituto, con los padres que si trabajando en Grecia, que si en Italia, a la que su suegra acogía en casa, le daba de comer, algo de vestir. Cuando se dio cuenta de que su yerno se había liado con la cría era ya demasiado tarde. Tincuța está acostumbrada a que sus hijos le lleven a casa alcohol, mujeres y amigos conocidos en las tabernas y en las máquinas tragaperras. El pequeño venía con la colegiala que había abandonado los estudios.

—¡Venía con esa Golfa hasta que un buen día no volvió ya con su mujer! ¡Y me

he quedado con él y con esa Golfa barrigona a mi cargo!

Así que resulta que Nelu se vio con otro hijo, la niña de una niña. Desde entonces está todo el tiempo nervioso, pelea con la Golfa, está celoso y la golpea, para satisfacción de Tincuța.

—¡Se lo merece, que le ha fastidiado la vida a Mi-nuera!

Su esposa legítima lleva años esperando a que a su marido se le pase ese arrebato y vuelva a casa. Cada vez que pierde la esperanza, Nelu se encuentra con una demanda de divorcio: tiene que pagar la pensión alimenticia. Si trabaja con contrato, la paga, si trabaja sin papeles, es decir, habitualmente, no le da nada. A visitar a la primera niña, la que se ha quedado sin padre, va sólo Tincuța: cuando sueña con ella por la noche, va a ver a Mi-nuera, con la que se lleva bien, y le compra una tableta de chocolate barato a la cría.

La Golfa está siempre preñada; Nelu sospecha que se acuesta con otros, la muele a palos, pero no puede vivir sin ella.

—¡La puerca esa no aborta!—dice, enfurruñada, Tincuța.

Está intrigada porque la Golfa da a luz en el hospital, una vez tuvo incluso gemelos, pero vuelve a casa sin el bebé. Sospecha que los vende cuando los lleva en el vientre, o tal vez en el hospital, ha oído incluso el precio, ¡mil euros cada uno! ¿O incluso más? Según los cálculos de Tincuța, ha vendido unos cuatro. Sospecha que es su hijo el que la anima a vender a las criaturas, convencido de que no son suyas. Sacan un buen dinerillo y no piensa separarse de la Golfa, ¡no puede con ella ni sin ella! ¡Quizá la líe también con unos y otros para sacar más dinero todavía!

Sultana le pidió a Tincuța que llevara a la Golfa a sus seminarios sobre salud reproductiva, pero Tincuța, recelosa de repente, se hizo la tonta y erre que erre con que la Golfa es una zángana.

—¡No quiere doblar el espinazo, tampoco quiere ir conmigo a trabajar, señora Letiția!

—¡Estás perdiendo el tiempo con ellas, no vas a sacar nada en limpio!—le dije, escéptica, a Sultana.

Hasta que, finalmente, un buen día, se presentaron las dos, Tincuța y la pequeña Golfa, que se llama Loredana.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido la cosa con Loredana?—le pregunté al cabo de un tiempo, porque Sultana no sacaba el tema a colación.

—Por el momento no la he visto entre las inscritas en los cursos.

—¿Y qué pinta tiene?

—Delgadita y bastante espabilada, cabello largo, suelto, como se lleva ahora, ¡y demasiado maquillada! ¡Le di una chaqueta y un pañuelo que estaban en el armario de Claudia, y no me dio ni las gracias, ni siquiera me ha llamado desde entonces!

—¡Ya ha sacado algo de provecho!—concluí.

¡Es más que seguro que vino por eso! Pero debió de sentirse decepcionada por la ropa de Claudia, modesta y pasada de moda, han pasado un montón de años desde que se la puso por última vez.

—¿No se había marchado Loredana a trabajar al extranjero! ¡La última vez decías que te habías librado de ella!

—¡Eso esperaba Tincuța, librarse de ella, sólo que volvió!—suelta Sultana, más *updated* que yo.

—¡Volvió porque estaba preñada! Estuvo más o menos año y medio en Chipre y regresó preñada—grita Tincuța, envolviendo los *sarmale* del menú preparado en mi honor.

—¿Se llevó a la niña con ella?—oigo mi voz falsa, de señora burguesa que hace preguntas estúpidas a una mujer corriente. ¡Por supuesto que la Peque se quedó aquí y al cuidado de Tincuța!

—¿Qué iba a hacer Loredana con ella en un bar? ¡Era bailarina!—susurra, con retintín, Sultana.

—¡Qué bailarina ni bailarina! ¡Se fue de puterío!—simplifica Tincuța.

Loredana dio a luz en el hospital y, como de costumbre, regresó sin el bebé. Ella dice que nació muerto, pero ¿quién la cree? Tincuța no, en ningún caso. Y Nelu ha empezado con las palizas otra vez.

Loredana no cuenta qué hacía en Chipre, pero Tincuța está al corriente de lo que sucede en esa isla, llena, al parecer, de rumanas.

—¡Me ha contado M'ija, doña Letiția, cuántas tonterías hacen allí! ¡Algunas se casan con negros, con árabes, por cinco mil euros, pero no viven juntos, sólo hacen el papeleo para que ellos consigan el pasaporte europeo y puedan marcharse a Alemania! ¡M'ija dice que la Golfa también lo intentó, que al fin y al cabo no está casada con Nelu! ¡Casarse con un negro, con un árabe! ¡Pero el cónsul le preguntó de qué conocía al novio, en qué lado de la cama duerme, cuántos dientes tiene en la boca y, como no tenía ni idea, le salió rana! ¡No les dio el certificado de matrimonio y al otro, al árabe, no le dieron el pasaporte para Alemania! ¡Y la Golfa tampoco se sacó los cinco mil euros, así que vuelta al puterío! ¡Y luego, vuelta con el tonto de Nelu!

Retiro el plato con media tortilla fría: el olor a col fermentada me ha quitado el hambre. Se me hace tarde y yo estoy de cháchara, envuelta en el aroma de los *sarmale* puestos a cocer. Cuando Tincuța pasa a otras aventuras de la Golfa, la hago callar:

—¡Se acabaron las historias, que tengo que salir!

De lo que llaman *living* llega la música de un anuncio y luego la voz cálida de un hombre joven me asegura que «el picor, las molestias desaparecen tras su aplicación diaria». En los apartamentos de mis congéneres, el televisor se apaga únicamente cuando van, atontados, a luchar con el insomnio de la vejez, después de horas de inactividad ante la pantalla. Ésta llena sus vidas, cada vez más vacías, con guiones políticos inverosímiles y palpitantes. Cuando voy de visita, el canal elegido en el televisor me salva de posibles meteduras de pata, porque me indica el voto pasado, presente y futuro de los anfitriones. Y qué escándalo y qué jaleo cuando, en las fiestas, las familias y los amigos contrastan la versión de la televisión de cada uno, ¡la única que dice la verdad!

Sultana se ha vuelto a sentar ante el ordenador, rodeada de mandos a distancia y

teléfonos móviles. En la pantalla, una mujer joven, con unos labios inverosímilmente gruesos, sacude sus mechones decolorados y suspira «¡*Ke-be-nee*! ¡Porque te lo mereces!», mientras se aprieta el vientre: a su lado, en un dibujo coloreado, el intestino, hinchado como una morcilla, se desinfla.

—¿Me pides un taxi? ¡No quiero llevarme ninguna sorpresa! ¡En Rumanía, como dice Petru, las sorpresas sólo son malas o muy malas!

—¡Al menos aquí no te encuentras, como en París, el tráfico patas arriba, cada dos por tres, por manifestaciones y atentados!—me cierra la boca.

Saco de la maleta los zapatos y el bolso Louis Vuitton, comprados en las rebajas, pero ¿con qué puedo combinarlos? ¿Un *deux-pièce* de lino? ¡Han anunciado más de treinta grados! Entre los vestidos de Claudia, religiosamente conservados en el armario, encuentro un *chemisier rose fané* de seda natural y se lo doy a Tincuța para que lo planche un poco. Viene detrás de mí para continuar con sus historias:

—¡… a Chipre se marchó también M'ija, pero ella fue con contrato! Fue a clases de griego y tiene título de cocinera, allí trabajó en una pizzería. Ganaba bien, quedamos en que me enviara algo, yo te cuido al chaval, pero envíame con qué, le dije. Encontró un turco que quería casarse con ella, pero volvió porque no podía estar sin su hijo. También yo le dije que volviera a casa, que el Crío se había vuelto un tarambana. ¡Cada dos por tres se escapaba, como su tío, con el Mayor, a jugar a las máquinas!

La chica trabaja en el McDonald's. Trae comida para su hijo y para su madre y la pone bajo llave en su habitación, donde guarda también el televisor y el frigorífico que se ha comprado con el dinero ahorrado en Chipre. En la foto es feúcha, no se parece, por desgracia, a Tincuța, y tampoco ha heredado su simpatía.

—¡Y ahora M'ija se arrepiente de haber vuelto! Necesita un contrato para volver a Chipre, pero no lo encuentra. Es trabajadora, pero también nerviosa y malhablada, y no obedece. ¡Como cuando se quedó preñada, yo le dije que se legrara, que aquel no iba a casarse con ella! ¡Ella erre que erre, que sí que se iba a casar! ¡Tuvo al crío y el que se lo hizo se piró! No lo ha visto nadie en diez años. Un borrachuzo, aunque trabaje en el ejército. Así que M'ija se quedó a cargo de un hijo sin padre. Por eso se marchó a Chipre, donde encontró al turco. ¡Y cuando ella regresó, el turco vino a buscarla varias veces, hasta que se aburrió y no volvió más! ¡Pero tampoco M'ija lo quería, porque era demasiado celoso!

Tincuța es más comprensiva con los pecados de sus hijos que con los méritos de su hija: le reprocha siempre no haber «aburtado» y haberse empeñado en dejar a ese «hijo sin un padre». Saca del bolso de bordes raídos, por enésima vez, la foto de M'ija con el Crío y me la enseña.

—¡Tienes una hija estupenda, Tincuța, que viva muchos años! ¡Ella y su hijo!—digo intentando inclinar la balanza de los sentimientos.

Y miro el rostro, sin sonrisa, de la joven de rasgos afilados. Me resulta difícil decir cuál de las dos eligió mejor: yo, que pagué con mi cuerpo la libertad, librándome de la carga de un niño, o ella, que abraza por el hombro a un chiquillo de ojos grandes, con las siglas de McDonald's en la gorra.

Entonces no me lo pensé, no me planteé conservarlo. La marcha de Petru, la separación de Sorin y el embarazo me sumieron en una irrealidad acentuada por el terremoto y sus dramas.

A veces no sólo resultaba difícil identificar los cuerpos, sino también su vida anterior: la muerte inesperada revela siempre los secretos mejor escondidos en la vida. Al escuchar lo que le había contado un compañero a Aurelian en su nuevo trabajo, en el Depósito del Libro, me quedé pasmada: a mí podría haberme sucedido lo mismo. La esposa de su compañero solía hacer horas extra. Como la noche del terremoto no regresó a casa, él la buscó en la casa de sus padres, de sus amigos, en los hospitales y, finalmente, en la morgue. Esperó en medio del aire cargado de formol y podredumbre, de gritos y llantos, hasta que le tocó el turno. Entre los cadáveres traídos del bloque Scala vio, bajo una sábana, el torso de una mujer, cortado en diagonal a la altura del pecho. La cabeza estaba completamente aplastada, sin rasgos, sin dientes, sólo unos restos de sesos en el cráneo estrujado. Pero sus manos estaban enteras. Una estaba libre, la otra bajo la sábana, junto al cadáver del hombre con el que la habían encontrado. El compañero de Aurelian solía agarrar la muñeca con dos dedos, así le tomaba la medida para las pulseras. También entonces lo hizo, coincidía, pero hubo un detalle que le hizo dudar. Ella había ido la víspera a hacerse la manicura, tanteó sus uñas, una estaba rota y en las otras faltaba la pasta blanca que solía aplicarse. No encontró taxis ni autobuses, así que se marchó andando. El aire de la calle lo espabiló, pero a duras penas arrastraba los pies y tenía que llegar a casa antes de que se despertara su hija de tres años, la había dejado donde una vecina. Y, de repente, recordó que su mujer tenía un lunar entre los omoplatos. Tuvo el impulso de regresar para comprobarlo, pero estaba extenuado y decidió volver por la tarde. Cuando regresó, no la encontró, alguien la había identificado y se la había llevado a enterrar. Su mujer no había aparecido y él no sabía si dirigirse a la fiscalía a ver de nuevo las grabaciones, las fotografías… Le preguntó a Aurelian, que le respondió: «¡No!».

Después del terremoto me quedé unos días más en la Alameda de los Tilos. Cuando me encontraba sola en el apartamento, llamaba a casa de Sorin, pero nunca respondió nadie. ¿Qué habría sido de él, de su madre?, me torturaba yo. Me apresuré a volver a la oficina, sólo allí podía dar con él. Abrí, temerosa, la puerta. Se hablaba, sin parar, del terremoto, de los peligros del Edificio.

—Debajo hay un suelo arenoso, infiltrado de ríos subterráneos. Se ha fracturado un muro de carga—dijo Harry Fischer.

—¡Todo está escrito en el destino!—suspiró Maria, la secretaria del director.

A sus espaldas, todos se lanzaron miradas irónicas, ¡qué filósofa se había vuelto! Solía vender en el mercado negro cosméticos y bisutería que traía su marido, diplomático, a cambio de las pastillas y las cremas de Gerovital, muy solicitadas fuera.

—¿Qué habría hecho Olaru si el ladrón no hubiera entrado a mangar?

Cada respuesta era seguida por una cascada de réplicas.

—¡Un encuentro entre destinos! ¡El destino de Olaru y el destino del ladrón!

¿Eran o no raras las miradas que me dirigían? Cuando te ocultas de los demás, te conviertes en una bola de recelos, ya no eres capaz de distinguir cómo te ven, cómo hablan sobre ti.

—¿Qué estáis diciendo? ¿Qué le ha pasado a Sorin?—balbuceé.

—¿Qué? ¿Es que no te has enterado de que está ingresado en el hospital?

—¡Cayó con el bloque del barrio de Militar! Estaba de visita, él no vive allí.

—¡Tuvo una suerte loca! ¡El destino!—bromearon.

—Uno que fue a robar se lo encontró dentro. ¡Puedes encontrar de todo entre las ruinas, joyas, dinero, pero es arriesgado, viene una réplica y te quedas enterrado entre escombros! Bravo por el ladrón, que le ayudó a salir, él solo no habría podido, estaba herido—me explicó Harry con mucho tacto.

Llevaba el abrigo de pana y la sangre golpeaba mis sienes. Mientras buscaba, aterrorizada, un pretexto para salir por la puerta e ir corriendo al hospital, a ver a Sorin, entendí de qué estaban hablando; Dorina me había tomado la delantera. Ella lo había buscado desesperada después del terremoto, en casa de su madre, y luego recorrieron los hospitales hasta dar con él. Ahora estaba junto a su cabecera, como una prometida legítima. Obligada a balbucear algo para participar en la conversación general, no me moví de allí en una hora, larga como la eternidad.

El hecho de que ya hubieran aparecido chistes era la señal de que nos alejábamos emocionalmente del terremoto. Al principio los contaban con un poco de apuro, pero se habían convertido en el principal tema de conversación. Algunos se basaban en pueriles juegos de palabras, como éste sobre Toma Caragiu, al que, al encontrarse cara a cara con Dios, éste preguntó: «Eh, Tomița, ¿cómo has aguantado el terremoto?». «¡Señor, me ha dejado frío!», respondió el actor.

Otros eran adaptaciones a vuelapluma de chistes antiguos, por ejemplo, ése sobre la residencia universitaria femenina Carpați, que estaba en peligro de hundimiento porque tenía demasiadas rajas. Ahora lo habían sustituido por la fábrica APACA, en la que trabajaban sólo mujeres. Así pues, APACA tuvo que ser evacuada porque los muros de carga no habrían podido resistir con doce mil rajas. Mis compañeras de oficina se reían como si sólo las trabajadoras de APACA se hubieran transformado en una muchedumbre de coños anónimos y ellas mismas no. Me desagradaban tanto sus carcajadas que me costaba fingir alegría.

Aurelian afirmaba que los sociólogos de la Securitate habían hecho circular, a toda prisa, los chistes, para atenuar la ansiedad de la población y para dirigir su descontento hacia objetivos falsos.

Algunos parecían ciertamente producciones políticas. Por ejemplo, el de los estadounidenses que habían prometido reparar los daños provocados por el terremoto, pero había que entregarles doscientos oltenos, doscientos gitanos y doscientos pastores para que trabajaran en la reconstrucción. Ceauşescu respondió: «Si os entrego doscientos oltenos, desmantelo el Comité Central, si os entrego doscientos gitanos, desmantelo la Securitate, si os entrego doscientos pastores, desmantelo la Policía».

Los chistes pasaban de largo junto a mis oídos, mi única preocupación era no mostrar cuánto me había afectado lo que acababa de escuchar un rato antes.

Dentro se espesaba el humo de los cigarrillos. Fuera caía la tarde levemente sombría. Alguien sacó del escritorio una botella y la abrió entre el alborozo general. Después del pánico sufrido, era el momento de festejar. Se llenaron las tazas de café desemparejadas, melladas. Tenían, en esta hora única, un sentimiento de clan antiguo. Las peleas encarnizadas se aparcaban hasta mañana, se miraban con complicidad, se chinchaban, volvían a llenar las tazas vacías y, no sé cómo, ¡milagro!, alguien sacaba de otro escritorio otra botella ilícita.

Se habían olvidado de mí. Yo me obligaba a reír y fingía, de vez en cuando, mojarme los labios con la taza siempre llena. Cuando consideré que no llamaba la atención, me permití, por fin, abandonar el despacho, caminé despacio hasta el fondo del pasillo y, para estar segura de no encontrarme con nadie, subí las escaleras a pie. Luego salí a la terraza del Edificio.

Contemplado desde ahí, desde arriba, Bucarest era el de siempre, como si no le hubiera sucedido nada. Tenía un aire de ciudad de provincias, aunque los árboles no habían echado hojas y en las ramas peladas quedaban todavía hojas del año pasado, secas. La avenida estaba inusualmente tranquila, una circulación escasa, bajo un sol tibio, como en cualquier comienzo de marzo.

Apoyé los codos en la balaustrada, el aire fresco tras la última lluvia y el vuelo decidido de los vencejos que atravesaban el aire con sus chillidos agudos me habían calmado. Sabía, por fin, lo que había pasado después de abandonar el apartamento del amigo Florinel. El estruendo ensordecedor y los gritos que escuché desde el autobús procedían del bloque que acababa de abandonar: ¡uno de los trece inmuebles nuevos que se habían derrumbado en Bucarest! No me había preocupado, hasta entonces, por identificarlos, por eso no se me había pasado por la cabeza que Sorin, que se había quedado para recogerlo todo tras mi marcha precipitada, no hubiera tenido tiempo de salir. Los bloques nuevos, prefabricados, cayeron de manera distinta a los construidos en el período de entreguerras: no se habían convertido en enormes montones de escombros que ahogaban todo lo que había en su interior, sino que se habían desplomado sobre las calles como una pila de cajas de cerillas, colocadas unas sobre las otras, que perdieran, de golpe, el equilibrio. En una de esas cajas, como bajo un caparazón, debió de quedar atrapado Sorin.

El sol desapareció de improviso, el cielo se volvió, de repente, denso y opaco por las nubes, gris como una piedra, la luz había adquirido una curiosa materialidad. La estatua de Lenin destacaba, unidimensional, sobre los parterres de flores y en esa luz irreal la gente se escabullía, en filas irregulares, por las elevadas puertas del Edificio. La jornada había terminado.

Tenía la boca llena de saliva, no vomité, pero tuve que escupir varias veces en una esquina de la terraza. No tenía nada que hacer en el hospital, con Sorin, pero debía encontrarme, cuanto antes, con la vecina de Dorina para librarme del embarazo. Había pedido, recientemente, un préstamo en la CAR[9] para comprarme una máquina de escribir, porque Petru no me dejaba tocar la suya. Por eso me había permitido tirar el sobre de Sorin, cuando salí dando un portazo. Ahora veía de nuevo los billetes azules de cien *lei* flotando despacio hasta caer en

el linóleo del recibidor del bloque. Me arrepentía de haber arrojado los billetes, que se enmohecían entre las ruinas de la casa. Al tirarlos, había querido vengarme de los años perdidos junto a Sorin, pero nadie ni nada podían devolvérmelos. Sólo tenía que librarme de la prueba que Sorin me había plantado en el vientre, en la mente, en todo el cuerpo. ¡Una célula, un embrión al que odiaba, del mismo modo que odiaba a Sorin! Librarme de los dos y olvidar.

Previsor, Aurelian me aconsejó llevar a su casa los objetos más valiosos del apartamento de Uranus.

—La Securitate puede enterarse, antes que nosotros, de que Petru no va a regresar y pueden precintar la puerta; ¡seamos prudentes, Lety!

Asentí sin decir nada, evitando mirarle, también ellos son tan recelosos como los securistas, pensé. A pesar de sus ánimos, «¡No te preocupes, Letiția, Petru te quiere, no va a abandonarte aquí, volverá, volverá!», estaban, de hecho, convencidos de que se había ido para siempre. Y la única solución que los Morar contemplaban para mí era que fuera tras él.

«¡Por muy inconsciente que sea Letiția, es imposible que no se dé cuenta de que la marcha de Petru ha arruinado definitivamente su dosier! Ni siquiera un divorcio arreglaría las cosas. ¡Tenemos que ayudar a esta pobrecilla que no ha sabido conservar a su marido y no se da cuenta del aprieto en que se ha metido!».

Me los imaginaba hablando así sobre mí cuando se quedaban solos. Sin embargo, no importaba lo que pensaran, tampoco el hecho de que yo estuviera enfurruñada y llorosa. El meticuloso de Aurelian se había convertido en el hombre que tomaba las decisiones y yo me sometía a él sin rechistar, como había hecho antes con Petru. Me veo bajando, con Sultana, paquetes de libros y bolsas de ropa por la retorcida escalera de servicio de Uranus y a continuación, rápido-rápido, al Trabant de Aurelian, aparcado en la acera de enfrente, un poco más arriba.

—¡Os espero detrás del muro de los Archivos que, por supuesto, están vigilados! Junto a la puerta debe de haber una cámara. Tened cuidado, salid del patio cuando pase el tranvía, para que os cubra.

La operación no llamaba la atención, un apartamento estropeado por el terremoto justificaba cualquier traslado, y las costumbres de la vida clandestina con Sorin se me habían colado en la sangre…

Me daba pánico que Petru pudiera volver antes de solucionar lo del aborto. Como sucede con los que no están preparados para las dificultades de la vida, odiaba sobre todo a los agoreros que me obligaban a aceptar que mi vida iba a ser mucho peor de ahora en adelante. ¿Lo iba a ser? Ya lo era. De esposa rechazada que se consolaba con un amante, de madrina llena de aplomo, me había convertido, en unos pocos días, en la amiga de la casa. Ama de llaves y dama de compañía, la pariente pobre mantenida por compasión y por un poco de interés, como en las novelas inglesas del siglo XVIII. No había abierto los ojos a tiempo y, antes de espabilarme, había hecho un enroque con Dorina. Yo estaba ya instalada en el papel por el que, durante años, me había compadecido de ella, con un poco de desprecio, mientras Dorina se infiltraba en las casas de sus colegas, incluida la

mía. ¡Sí, yo me encontraba exactamente en su situación, una Cenicienta mejorada! Y Dorina había subido a la calesa de mi Príncipe traidor.

Desvié la mirada para que Aurelian no viera la furia que bullía en mi interior. Las náuseas se intensificaban y me resultaba cada vez más penoso alojarme en el apartamento de los Morar. Seguramente también para su alivio, regresé a mi casa de Uranus, donde seguí intentando abortar. Notaba continuamente un sabor a pánico en la garganta, en la lengua. La mirada extraviada por los baños calientes de los que salía con la piel escaldada. Los oídos pitaban por la quinina que consumía a granel. Los vómitos por el vino mezclado con sustancias tóxicas. Las nalgas llenas de pinchazos de las inyecciones ineficaces. Pero nada, nada, nada.

Cuando salía de la oficina, deambulaba por las calles. Había ganado peso, titubeaba cuando cruzaba las avenidas, no reconocía mis pechos doloridos. Me imaginaba la vejez y una enfermedad incurable, pero no eran sus señales las que me vigilaban en el espejo, sino una mirada ausente que a muchos les parecía despectiva y que relacionaron con los rumores sobre la marcha de Petru: así que me estaba preparando para largarme también yo. Estábamos a finales de un marzo frío, los días se habían alargado. Llegaba tarde al apartamento vaciado de los objetos acarreados a casa de los Morar: vacío, frío, la cerca de la calle destruida. No soportaba abrir el armario de mi ropa, mezclada con la de Petru por las prisas con que la habíamos manoseado los dos. Insomne, doblada por el dolor del estómago quemado por los ácidos, recordaba mis primeros años con Petru, los años buenos, cuando el mundo se abría, nuevo, cada mañana. Entonces pensé por primera vez que, si me enviara el mensaje diciendo que me estaba esperando, estaría lista para abandonar el país y empezar de cero en otra parte. Pero no había recibido noticias suyas; ¿cómo iba a atreverme a ir tras él si en mi vientre crecía el feto de otro? No se me pasó ni un segundo por la cabeza la idea de decirle que era su hijo, aunque no había olvidado la noche en que me había obligado a acostarme con él. Y, una vez allí, ¿cómo iba a arreglármelas? Ni siquiera en los mejores años fue fácil vivir con Petru.

El recuerdo de aquellos días locos me corroe, me persigue todavía al cabo de tanto tiempo. Qué pena no haber obedecido a Frau Poldi, que me aconsejó manipular mi mente: escribir en un papel lo que me reconcome, salir con él al balcón o al jardín, prenderle fuego y ver cómo arde. Pero en Múnich no tenía dónde quemar papeles, el apartamento de Poldi no tenía terraza. Y cuando me mudé a vivir con Petru, ya había sacado a Sorin de mi cabeza.

Solamente cuando regreso a Bucarest la memoria de la tierra tira de mí hacia atrás.

—¿Quieres que sea sólo un BlackCab, Letiția?—grita Sultana.

Si Tincuța no estuviera a mi lado, le contestaría también yo a gritos que la señora de la diáspora que recupera su herencia tiene que presentarse ante el nuevo abogado en un Mercedes o un BMW, ¡no en un Dacia descacharrado! Pero como la mujer se pega a mí como una lapa, grito:

—¡Pídelo de una vez, que si empieza a llover no voy a encontrar ninguno!

—¿No quieres que pruebe con Uber?—insiste ella.

—Con Uber que vayan los empleados de Daniel—murmuro entre dientes.

Daniel había venido al aeropuerto en un Audi nuevo, lo que me ahorró preguntarle cómo iba su empresa. Envía a sus trabajadores de vuelta a casa con Uber si la víspera de las licitaciones, siguiendo el estilo local, copiado de los estadounidenses, los retiene allí toda la noche para que verifiquen los proyectos.

—¡Los sindicatos franceses no te permitirían hacer algo así!—lo reprendí.

—¡Precisamente por eso no os funcionan los *business*!—respondió con descaro.

En Rumanía todos se permiten mirar a los franceses con desprecio porque su economía va mal, ¡mira quién fue a hablar!

Luego adoptó un tono tierno y me recordó, como siempre que nos vemos, que en los noventa le traje unos vaqueros de marca, revistas porno y preservativos *high quality*, raros por aquel entonces en Rumanía.

Tincuța me acorrala con otro episodio de su serial: la guerra con los «granujas» que la presionan para que venda el piso y les entregue su parte del dinero para comprarse unos apartamentos. Pero ella no cede:

—¡Os reís de mí porque no fui a la escuela, pero vivís en la casa que yo conseguí! ¡Ninguno de vosotros ha sido capaz de fabricarse un techo! ¡Eso les dije! ¡No tienen nada que hacer conmigo por mucho que griten! ¡La casa está a mi nombre!—me explica en tono triunfante.

Recibió el apartamento en alquiler, durante el comunismo, cuando era la señora de la limpieza en un instituto con dos mil empleados. Familia obrera, cuatro hijos, uno moriría de niño, pero nunca he escuchado su historia. Lo compraron a principios de los noventa, a los precios reducidos de entonces, el Mayor, después de la escuela profesional, empezó a trabajar en los talleres, el mediano y la chica estaban aún en la escuela, pero trabajaban también aquí y allá, ¡así que tuvieron dinero para comprarlo! ¡Había una inflación terrible, con unos cientos de marcos eras un señor!

Daniel piensa que fue un error que no invirtiéramos en casas, terrenos, los comprabas por cuatro perras: «¡El comunismo aniquiló vuestro sentido del *biznis* y yo no me había espabilado todavía! Acompañaba a Aurelian a sus mítines, ¡qué tontería tan grande!», se lamenta una y otra vez.

El marido de Tincuța—fogonero, electricista, administrador de tienda, reparador, chico para todo—se había vuelto el terror de la familia y, cuando se marchó con otra, Tincuța aprovechó el momento y se divorció. Cuando él regresó, ella no lo recibió, se convirtió en vagabundo y, durante un invierno muy duro, murió congelado a la puerta de un supermercado. Según la ley, a los granujas les correspondería la mitad del apartamento, pero no firmaron a tiempo la sucesión y quedó a nombre de Tincuța. La pensión que obtuvo, seiscientos cincuenta *lei*, no ha aumentado gran cosa. Tiene también, en su pueblo, algo de tierra heredada de su *papi* y, cuando no pueda ya trabajar aquí, regresará allí, donde recibirá además una ayuda del alcalde, le ha prometido su hermana. Por el momento va con sus antiguas compañeras, mujeres de la limpieza y cocineras, a recolectar flores de saúco y tila y nueces en la parcela libre de los terrenos del instituto que han sido, entretanto, vendidos en lotes. No le faltan ofertas de

trabajo. Empezó, antes de jubilarse, por cincuenta *lei* al día, donde un general anciano cuyos hijos estaban viviendo fuera. Éste le dio las primeras recomendaciones:

—Tincuța es una mujer trabajadora, cobra poco, tiene sólo un defecto, ¡habla mucho!

Adonde los Morar venía un día por semana; ahora que pasa mucho más tiempo en casa, Sultana la llamaría sólo una vez al mes, pero Tincuța le ha advertido que, si eso es lo que quiere, la pierde.

—¡Tincuța tiene la agenda llena, el *biznis* asegurado! Los clientes se han multiplicado y el precio en el mercado negro de esa clase de trabajos se ha doblado y va a seguir creciendo. Las mujeres más jóvenes, dispuestas a aprender un idioma extranjero, trabajan en Occidente cobrando al menos veinticinco euros la hora. Las que se han quedado aquí no dan abasto ante tanta demanda. Tienes que aceptar lo que te pide ella, crece la economía y el poder lo tiene el empleado—le aconsejó Daniel a Sultana.

Así que la llama, a regañadientes, cada dos semanas: lo que cobra ella por sus traducciones es menos de lo que recibe Tincuța por un día de trabajo.

—Pero ¿cuántos estudios puedes comprar por el precio de un apartamento de cuatro habitaciones?—le pregunto asombrada.

Desde que vengo por el asunto de la herencia, estoy al corriente de los precios del mercado inmobiliario, cómo bajan, cómo suben.

—¡Bueno, el Mayor no va a poder comprarse ni eso!—ríe, y en su boca brillan unos dientes metálicos—. ¡En menos de un mes pierde todo el dinero en las máquinas tragaperras y en putas! ¡Y me lo encuentro en la puerta de mi casa!

—Pero tu hija merecería tener algo suyo para poder criar tranquilamente a su hijo—intento persuadirla.

—¡Ya le gustaría a M'ija que le hiciera yo una casa!—ríe Tincuța—. Pero ¿por qué no la compró cuando volvió de Chipre? ¡Compró un frigorífico congelador, compró un televisor nuevo, compró una lavadora y muebles para su hijo, y se acabó, porque ella se marchaba a vivir con el Turco! ¡Pero como es una peleona, el Turco se lo pensó mejor! ¡Y ese apartamento es mío!

Llega con su historia hasta el Mayor, que, después de irse al carajo el instituto, trabajó por aquí y por allá, sin contrato, y cayó en el vicio de las tragaperras y la bebida. Cuando le cortó el dedo a su hermano, éste no quiso perdonarle e hizo que acabara en la cárcel por intento de asesinato.

—¿Qué piensa hacer cuando salga?

—Dice que se va a marchar de Rumanía. Pero no sabe cómo, porque no ha cumplido todavía la condena.

—¿Y qué va a hacer fuera?—le pregunto suspicaz.

—Lo mismo que ha hecho aquí—responde Tincuța indiferente.

Sultana asoma la cabeza por la puerta para preguntarme por qué me paso tanto rato delante del espejo.

—Estoy intentando adaptarme a las costumbres de este país medio oriental y maquillarme un poco más—le explico a Sultana.

A medida que pasan los años, pierdo cada vez más tiempo con la «restauración», como llama Petru a mi arreglo matinal. Una de las ventajas de Bucarest es que no tengo que preocuparme también por la suya, sino sólo por la mía.

—¡Eso de país medio oriental lo has tomado de Petru! En serio, Letiția, ¿no te das cuenta de que le copias todo desde que estáis más solos que la una en ese pueblo? ¡A veces tengo la impresión de que ya no sabes quién eres!

Con su vestido azul de andar por casa, que casi no se quita cuando se acerca el *deadline* de la traducción por la que cobra tres euros la página, Sultana me mira enfurruñada desde el umbral. Yo pienso con el cerebro de Petru, ¿y ella con el de quién? ¡Cuando pronuncio «país oriental», sé que le asigno su papel favorito de defensora de Rumanía!

—Daniel me ha contado que sus compañeras de la oficina van a trabajar vestidas como para salir de copas. ¡Y hablan con tantos tacos que le da vergüenza escucharlas! ¡En Francia, hasta la pausa del almuerzo está controlada, sales con la tarjeta, entras con la tarjeta y si te has retrasado unos minutos, los recuperas! No tienes tiempo de estar de charla—digo yo cambiando de tema.

—¿Y a ti qué te importa cómo se visten las chicas aquí? ¿O que se maquillen más que en Francia? ¡Al fin y al cabo no estás compitiendo con ellas!

—¡Competir! Sabes perfectamente que yo apenas me maquillo. Lo he hecho por el abogado con el que vendrá Caius, para que no piense que soy una abuela fácil de camelar—dejo caer en un tono más suave.

Porque si yo soy una abuela, abuela es también ella. No dice nada, se lo traga y, en señal de paz, insiste en que tomemos el café juntas.

—¡Sé que has renunciado a él porque no te gusta el olor a *sarmale*! ¿Hago otro y lo tomamos en el balcón? ¡Abrimos las ventanas para que entre el olor de los tilos en flor!—me dice con una sonrisa forzada.

No puedo salir a tomar el café hasta que no hojee, rápidamente, los papeles de los herederos. A pesar del miedo a un terremoto, los guardo aquí, en casa de los Morar. Debería conservarlos en la caja fuerte de un banco, ¡pero sale caro! Tengo que escanearlo todo, grabarlo en un CD, en un *pen-drive* y en el ordenador, en Neuvy, como me martillea Daniel.

—¡Por eso toma Junior todas las decisiones y tú no estás al corriente de la situación!

En efecto, a finales del invierno, Junior empezó a bombardearme con correos electrónicos porque teníamos que sustituir a Sandu Macovei, que si había encontrado él otro abogado, superbueno, que si le había asegurado que la herencia del tío Caius no planteaba problemas…

—Este abogado nuevo trabaja en un bufete como Dios manda, ha recuperado la herencia de mucha gente y tiene contactos en la Agencia de Restituciones. Macovei será un antiguo jurisconsulto, un antiguo líder sindical, un universitario, un político, será lo que tú quieras, ¡pero especialista en restituciones, no! ¡Eso es ahora una profesión en sí misma, créeme, Lety!

Las promesas del nuevo abogado parecen, sin embargo, contradecir la

advertencia de Macovei:

—Su tío, Caius Branea, secretario de Estado del Ministerio del Exterior, entre 1941 y 1944, se casó con Eliza Focşa y de su unión no nacieron hijos. Por tanto, su herencia se reparte entre los tres sobrinos por parte de sus hermanos: Rafael, hijo de Traian Branea, Letiția Arcan, Branea de nacimiento, y Caius Jr. Branea, hija e hijo de los dos matrimonios de Victor Branea. ¡Sin la firma de Rafael Branea o sin un certificado de defunción adjunto, su demanda no será tomada en consideración!

Y entonces, ¿cómo no va a plantear problemas la herencia del tío Caius si nosotros no hemos conseguido dar con Rafael Branea ni vivo, ni muerto?

En la mesita en la que, en otra época, hacía Claudia sus deberes, sigo hojeando los folios de la documentación de las ventas, las compras, las declaraciones de los testigos. Mi padre sólo me habló a mí de sus hermanos para contarme simples recuerdos de infancia. Habría sido también en vano, mi tío Ion había muerto ya y no me interesaba nadie de mi familia, a excepción de mi madre. Y ella no soltó prenda sobre el patrimonio de sus cuñados. ¿Prudencia? ¿Resentimiento? Probablemente ambos. Por eso estamos tardando tanto en identificar todas las propiedades. Junior se muestra optimista, afirma que el nuevo abogado, ese que va a presentarme hoy, conoce gente en todas partes. El gruñón de Petru se muestra, como siempre, escéptico.

Sin embargo, no encuentro nada sobre la villa de la calle Domniţa Ralu 16-22, donde, en los años setenta, cuando la ocupaba una sede del Partido, estuve hablando a solas con Sorin en el receso de una reunión. El estúpido notario fracasado que Junior contrató para que buscara en los archivos, no quiso incluirla en la lista de restituciones. Afirma que no hay escrituras que demuestren que, antes de ser nacionalizada, perteneciera a Caius Branea: no existe siquiera un contrato de alquiler.

Pero, gracias a Petru, que hizo en Europa Libre dos programas sobre el Proceso de la Gran Traición Nacional, sé que ese palacete, construido por Cuza para Maria Obrenovich, fue el último domicilio de mi tío Caius: de ahí se lo llevaron, en otoño de 1944, a Jilava. ¡Y si vivió en él, no veo por qué no iba a comprarlo, era una joya, un *asset*, como diría Daniel!

—¿Cómo no iba a ser su casa? ¡Era todo un secretario de Estado! ¡No iba a alquilar una residencia de trabajo!—le solté al notario fracasado.

—Si usted encuentra las escrituras, perfecto, yo no las he encontrado. Y por eso no podemos iniciar los trámites—me repitió el muy amargado, en un tono bruscamente descarado.

A raíz de mi solicitud, consignó de todas formas la lista de los propietarios anteriores; el penúltimo era un tal Samuel Fischer. ¿Sería familia de mi amigo Harry? Ya no hay manera de saberlo… ¡Pero, incluso aunque el nuevo abogado diera con las escrituras de esta villa, no tendrían valor alguno si no encontramos al primo Rafael!

Mi hermano Junior garantizó que iba a encontrarlo durante un *training* para políticos jóvenes en Londres, pero regresó con las manos vacías. Con su inglés discutible y su falta de paciencia, dudo que rebuscara en los archivos, como dice él.

¿Por qué no he cruzado yo el canal de la Mancha para buscar a mi primo? ¡Porque el hospital y Petru me tienen atada al terruño! En estos momentos sólo sabemos que, en la primavera de 1941, cuando Inglaterra retiró a sus diplomáticos, Rafael, que tenía ocho años, se marchó con su madre, casada en segundas nupcias con James Barnaby, diplomático de la Legación de Gran Bretaña. Se supone que, dando un rodeo por Egipto, llegaron a Inglaterra, donde

estaría todavía hoy. Él o sus descendientes.

Nuestro antiguo abogado, Sandu Macovei, no quiso mover un dedo por la herencia de Caius Branea, que le parecía, él sabrá por qué, una causa perdida: eso le reprocha también, entre otras cosas, Junior. En cambio, para la finca de mi padre en Izvoarele, cuyos únicos herederos somos Junior, la segunda esposa de mi padre, Florica Branea, y yo, Macovei ha cumplido su cometido. Ése es, hasta ahora, mi único logro en materia de restituciones: la tercera parte de un terreno urbano de ciento cincuenta mil metros cuadrados, y un bosque de algo más; las otras dos partes son de Junior y de su madre. Y por esto no estoy demasiado convencida de que debamos prescindir de Macovei, pero prefiero no insistir demasiado con Junior. Incluso Petru, el rey de los pesimistas, me ha aconsejado que vaya de su mano.

—¡Tu hermano sabe cómo funcionan las cosas allí, él te avisó cuando empezó el jaleo de las restituciones! Entonces era un don nadie, no tenía contactos, ahora está en una comisión del Parlamento, maneja dinero, se entiende con los nuevos securistas. ¡Tú vas y vienes, no tienes tiempo siquiera de aprenderte los nuevos nombres de las calles! Pero también Macovei tiene razón: sin Rafael no podéis emprender los juicios. Aunque, en mi opinión, no vais a haceros ricos gracias a Caius Branea. Por mucho que hayan cambiado los tiempos, él sigue siendo un pesado lastre en tu dosier. ¿Qué es lo que crees, Letiția? ¿Que existe un mundo sin dosieres?

—¡Lo que más te gusta, Petru, es echarle un jarro de agua fría a la gente! ¿Quieres decir que lo del tío Caius presentará problemas porque estuvo en el gobierno de Antonescu? ¡Una cosa es la política y otra la justicia! ¡Y las condenas políticas se han anulado! ¡Si te hubiera hecho caso a ti, no habría recuperado siquiera el terreno de Mogoşoaia!—dije para intentar cerrarle la boca.

—¡No se han anulado las condenas políticas! Y en ese país, la justicia sigue siendo política, y al revés. Pero no le demos más vueltas, viviremos para verlo. —Sacudió, displicente, la mano.

Telefoneé a Junior para decirle que iría a Bucarest en cuanto encontrara un sustituto en la clínica. Desde que no voy de vacaciones con Petru, guardo los días libres para ir a Rumanía. Cuando me disponía a partir, cambió de parecer: que podía delegar todo en Junior y arreglar las cosas a través de correos electrónicos, de Skype y llamadas de teléfono. «¡Así se hacen las cosas ahora, Letiția! ¡Lo mismo que lo de encontrar una editorial! Les envías la novela por correo a Aurelian y a Daniel, ellos conocen el mercado rumano del libro mejor que tú desde Francia». ¡Qué moderno se había vuelto Petru sólo para que me quedara con él, en casa!

Lo cierto es que nos vimos, de la noche a la mañana, herederos de unos desconocidos: eran nuestros familiares, pero no sabíamos nada de ellos, y tampoco ahora sabemos gran cosa. Junior afirma que papá le contó algunas cosas, pero no le creo. Vivió con él muchos más años que yo, sólo que él era un crío y mi padre, cada vez más viejo. ¿Quién iba a pensar que llegaría un momento en que se devolverían las propiedades confiscadas? Bueno, a prometer que las devolverían, pero devolverlas…

En mi caso, mi padre no regresó directamente de la cárcel, se fue primero con la amante que tuvo en el domicilio forzoso, pero, como no lo aceptaron los hijos de ella, volvió con mi madre. Si yo hubiera sido un poco sensata y hubiera hablado más con él, hoy lo tendríamos más fácil. Pero cuando estaba en la universidad lo veía sólo durante las vacaciones; después de casarme, mientras vivió mi madre, los visitaba algunos fines de semana. Cuando ella murió en el hospital, le hicieron una autopsia y así supe que le habían extirpado el útero. ¿Cuándo se sometería a esa operación sin que yo me enterara? Mi padre farfulló algo así como que no importaba que no fuera ya una mujer, que él la quería. Un ignorante a pesar de su medicina, que sólo llegó a practicar, decía mi madre, en la cárcel. Pero si sacabas el tema de la prisión, enmudecía al instante. Sobre sus hermanos contaba sólo tonterías, las bromas de cuando eran pequeños. Yo le dije al director de personal que no tenía relación con mis tíos y, ciertamente, no me interesaba saber nada de ellos.

Asistí al bautizo de mi hermano porque se empeñó, el colmo de los colmos, el propio Petru, ¡tal vez esperara que la nueva señora Branea, una chica de pueblo, nos arreglara el dosier! Pero incluso en la iglesia contaba las horas para marcharme. La boda era grotesca, al igual que la novia, talludita, con un vestido blanco y una barriga que le llegaba al cuello, ¿cómo había podido caer mi padre en semejante vulgaridad? Yo estaba contrariada, mi relación con Sorin hacía aguas y se me partía el corazón por mi madre: no había llegado a secarse su tumba cuando mi padre ya estaba liado con la auxiliar de la ambulancia, ¡que si Florica por aquí, Florica por allá y, rápidamente, la boda!

Por aquel entonces no era consciente de que los que salen de la cárcel, como algunos emigrantes, se sienten desclasados: son muy pocos los que recuperan su estatus anterior y todavía menos los que consiguen desarrollar grandes carreras profesionales.

—¡Tienes que ser más tolerante, Letiția, tu padre fue un *homme à femmes*! Sufrió por culpa de tus tíos, unos hombres interesantes—me dijo en una ocasión mi querida Frau Poldi.

Los hermanos Branea la habían fascinado, era una cría cuando los conoció en la vida previa a la guerra. Pero mi padre… un *homme à femmes*, sin dientes, calvo y con una barriga de cuatro meses… ¡Frau Poldi no sabía lo que decía! Naturalmente, en el bautizo no eché siquiera un vistazo al bebé que lloriqueaba sin parar. Ahora cuando, para bien o para mal, tengo un hermano, Caius Victor Branea Jr., como firma, pomposamente, Junior, soy más condescendiente con él.

Rebusqué por los Archivos recién abiertos, hasta que Petru, irritado por mis frecuentes viajes a Rumanía y por el dinero malgastado sin obtener resultados, me gritó:

—¡Tienes que comprender de una vez por todas, Letiția, que Junior no tiene ningún interés en engañarte con la herencia! ¡Deja de dar tantas vueltas y habla claramente con el abogado, explícale qué esperas de él!

Tenía razón, respiraba el polvo de los Archivos para nada. Mi herencia iba a ser, de todas formas, inferior a la de Junior porque yo tenía unos costes añadidos:

aviones, regalos, dinero gastado a diestra y siniestra. Macovei envió de nuevo al notario fracasado a los Archivos y yo empecé a escribir la novela, inspirándome en los documentos encontrados, pero también en mi historia con Sorin y Dorina. No situé la separación en la noche del terremoto, tal y como sucedió, me daba miedo que pareciera demasiado melodramática.

Los pasos de Sultana en el gres del pasillo, la melodía de su móvil, ¿alguna colega del Foro? ¿O tal vez la quejica de Alina Izvoranu de nuevo? Cada vez que le sale negativa la prueba de embarazo, la llama por teléfono para lamentarse, y Sultana insiste en que, si hay que recurrir a la fecundación artificial, se la llevará en peregrinación a los monasterios especializados.

—Eso es Rumanía, el milagro y las misas van de la mano de los nuevos descubrimientos científicos—rio Petru cuando se lo conté.

Pero tampoco él, cuando llegó a Alemania, se declaraba ateo, sino agnóstico.

—¡Otra vez Alina!—suspira Sultana con falsa exasperación. —¡Le he dicho que la llamaré en cuanto te vayas, pero no tiene ni pizca de paciencia! Ha arrastrado al pobre Daniel adonde los mejores ginecólogos-sexólogos, aquí y en Austria, han malgastado un montón de dinero, porque no han encontrado ningún problema, ni con ella, ni con él. Por eso ha entrado en un círculo vicioso, no se queda embarazada porque está estresada y, cuanto más estresada está, menos posibilidades tiene.

—¡Vamos, Sultana!—río amargamente—. ¿Se te ha olvidado nuestro estrés? Aquel pánico, todos los meses, a haberme quedado. ¡Y, por mucho cuidado que tuviéramos, nos quedábamos!

Las chicas de hoy en día, que toman la píldora como toman sus abuelas la pastilla contra el colesterol, no pueden comprender el pánico en aquella época del «te has quedado». ¿Es que también a Sultana se le ha olvidado?

—Es lo contrario que en nuestra época, créeme!—insiste—. La pobre Alina no se atreve a ir a ningún sitio, todo el mundo la presiona, a Daniel también, pero sobre todo a ella.

—¡La presiona su imaginación!—me burlo.

Mi reacción la desconcierta: estaba convencida de que soy la más adecuada para comprender el sufrimiento de Alina y no entiende por qué no ha acertado.

También tú harías lo mismo con Claudia, sólo que ha escapado de tus garras, me abstengo de decirle.

—Y qué decir de los amigos que le clavan el cuchillo por la espalda, ¿y vosotros para cuándo? ¡Vamos, que los años vuelan! Además del ambiente general. Enciendes la televisión, tarros de comida para bebés, cremas para que al bebé no se le irrite el culete, modelos de pañales y suma y sigue. En la oficina, compañeras con fotos de sus hijos en el Smartphone, en Facebook, direcciones de guarderías privadas y cumpleaños en parquecitos recreativos, ¡y en las portadas de las revistas *glossy*, fotos de artistas embarazadas! La pobre Alina está excluida de sus conversaciones, sienten pena por ella, la critican…

¡Qué malcriadas están las mujeres de hoy en día! ¡Cuánto me criticarían también a mí, entonces, pero no tenía tiempo de pensar en ello! Me daban

ataques de pánico y me escondía en los baños de otros pisos para que mis compañeras no me vieran temblando, vomitando, atragantándome. Pasaba de la furia a las crisis de llanto y luego me quedaba enfurruñada horas y horas. Sólo quería librarme de aquella situación vergonzosa, conocida seguramente por todo el mundo. Por culpa de la desesperación, me había vuelto paranoica.

Más adelante me preguntaría en muchas ocasiones si no me equivoqué al considerar mi embarazo una especie de gripe de la que me tenía que librar como fuera, incluso con remedios de viejas. Y cada una de las veces me he dado cuenta de que, por mi forma de ser y por el mundo en el que vivíamos entonces, no podía hacer otra cosa. No habría soportado el escándalo, no habría sido capaz, con mi dosier completamente arruinado tras la marcha de Petru, de criar bien a mi hijo yo sola. Con Sorin no podía contar, Dorina se había inmiscuido demasiado entre los dos, y el chantaje con el niño tampoco le salió bien a ella.

Pero lo descubriría precisamente el día de mi aborto.

Sultana escribe algo deprisa en el teléfono móvil, con las gafas en la punta de la nariz. Dos minutos después sigue con los ojos clavados en él, ¿qué SMS espera, nerviosa como una adolescente con la regla? Cuando su mirada se cruza con la mía, se acuerda de repente:

—¡El café! ¡Vamos a tomarlo al balcón, que se enfría! Lo he hecho como en otra época, en el *ibric*, ¿ves qué espuma tiene?

El balcón era demasiado estrecho para que cupieran unas hamacas, pero Sultana pudo instalar una mesa bajita y, a ambos lados, dos sillas plegables. Me apresuro a abrir algunas ventanas, pero al instante nos envuelve una ventolera ardiente en la que se ha diluido el aroma de los tilos en flor.

—Abras o cierres las ventanas, da lo mismo. ¡Aquí el bochorno empieza a las diez! ¿En serio que se te ha olvidado?—anuncia al ver mi cara de contrariedad.

Para relajar el ambiente, retomo el parloteo anterior.

—¿Por qué les costará quedarse embarazadas más que entonces?

Quería mostrarme afable, pero me quemé con el café y mi voz me sonó a mí misma sorprendentemente cortante.

—¿Por qué? Tal vez porque su vida sexual comienza demasiado pronto. Toman anticonceptivos desde los doce años, se casan tarde, ¡nosotras estábamos casadas a los veintidós! Hacen un máster, un doctorado, tienen becas, trabajan en grandes compañías doce horas al día, hacen *team-building* y salen por bares donde hay cada vez menos hombres. Éstos se preparan para marcharse antes de acabar el bachillerato y los que se quedan aquí son reacios a casarse. Para cuando consiguen un *job*, un marido, un apartamento, un coche, tienen treinta y cinco años, su fertilidad ha mermado, ¡una de cada cinco o de cada seis parejas tiene ese problema! ¡Que sea por culpa de ella o de él no tiene importancia!—me explica sabiamente.

—¡Pero Alina y Daniel llevan mucho tiempo juntos!

—No tanto. Alina rondaba a Daniel, pero él dudaba si marchar a Inglaterra para seguir a Diana o no. ¿Te acuerdas de su amiga del instituto, de Diana? Le llamaba, le enviaba formularios de universidades, él lo iba aplazando, no estaba

seguro de lo que quería hacer y cuando murió su padre, decidió quedarse aquí. ¡No soportaba dejar sola a su madre y tampoco a Alina! ¡Es muy dulce, tiene mucho tacto, entretanto se había encariñado con ella e hizo muy bien! Llevan juntos un montón de años y, si no fuera por la historia del niño, serían muy felices. Diana tiene una gran carrera profesional en Londres, trabaja en un fondo de inversiones muy importante; era, ya en la escuela, más lista que el hambre. Pero todavía no se ha casado.

Satisfecha con la idea de que su hija no es la única que se encuentra en esa situación, Sultana regresa a sus preocupaciones por Claudia:

—¡Al fin y al cabo ya sabes, Letiția, que a nuestras chicas les cuesta encontrar un marido decente en el Otro Lado! ¡La culpa la tienen las madres de los chicos! También las de aquí son arrogantes, pretenciosas, pero las del Otro Lado, todavía más…

—¿Qué? ¿Acaso no puedes disfrutar de una vida estupenda, aunque no tengas hijos? Tiene sus ventajas y sus desventajas—farfullo, de nuevo, en un tono más agresivo de lo que me gustaría.

¡Y eso es precisamente lo que pienso! ¿Qué habría hecho yo con un crío colgado del cuello? ¡El hijo de Sorin! ¿Presionarle para que lo reconociera? ¿Que se preguntara una y otra vez si no era tal vez hijo de Petru o el de quién sabe qué otro literato? ¡Observé su mirada recelosa cuando le dije que me había quedado embarazada! ¿Y luego? ¿Las vacaciones y las fiestas con su familia y la de Dorina?

Rumanía no es Francia, donde las parejas, casadas o no, empiezan su vida en común haciendo niños. Los veo también en Neuvy, unas veces a él, otras veces a ella, llevándolos en el coche, dos, tres, cuatro, a la guardería, a la escuela, a los *centres de loisir*, que se ocupan de ellos, gratis, durante las vacaciones. Las parejas se separan con tanta asiduidad como en todas partes, pero en Francia la vida se rehace de manera natural con otras parejas, cada uno con sus hijos, que se convierten enseguida en hijos de ambos. Los sociólogos y los psicólogos analizan la «familia recompuesta», sus conflictos y secuelas, y los fines de semana o en vacaciones los hijos están con sus padres por turnos, si es que no están viajando a lo largo y ancho de Europa.

¡Y más aún se pasean los abuelos! La institución de los abuelos, muy activa en el *nursing* rumano, no funciona en el Otro Lado. Con prótesis en rodillas y caderas, engullendo pastillas de todos los colores, la gente de mi edad explora lo que le queda de un mundo que no quiere abandonar.

Los adolescentes viven sus amistades, sus primeros trabajos, sus actividades de voluntariado, sus vidas independientes, listos para volar de los nidos parentales e incrementar a su vez la demografía de Francia. Los padres son libres para encontrar otra pareja, ya se verán todos juntos, de nuevo, en algún cumpleaños. Eso es lo que he descubierto en un pueblo pequeño como Neuvy, le comento a Sultana.

—Alina puede encontrarse de la noche a la mañana con que una fresca de veinte años le ha hecho un crío a Daniel y entonces…—me mira con complicidad.

Tampoco ésa es una receta segura, pienso recordando a Dorina. Después de separarme de Sorin, él no tenía ya motivos para espiarme y dejó de llamarme, ni siquiera para hablar del aborto programado un viernes. Me dolía tener que hacerlo sin recibir, al menos por teléfono, los ánimos de Sorin. Pero él no telefoneó, aunque entretanto había salido del hospital, y tampoco lo hice yo, para no oír en el auricular la voz de Dorina. Por si se había trasladado ya a vivir con ella.

Oí el traqueteo del ascensor, pero subí andando hasta el séptimo piso. Me paraba en cada rellano para recobrar el aliento, pero cuando se oían voces detrás de las puertas cerradas, me alejaba, acompañada por la música popular de los televisores con el volumen a tope.

En el piso de Titina oí el parte meteorológico, «Queridos telespectadores, a partir de mañana el tiempo va a ser…». Sin embargo, ¿existía para mí algo más lejano que el día de mañana?

Cuando pulsé el timbre, el corazón me latía como en mis citas con Sorin.

—Bueno, al menos no me he encontrado con nadie por la escalera para preguntarme a quién estoy buscando!—susurré, respirando entrecortadamente.

—A quién iba a importarle?—rio Titina—. ¡El único que podría meter las narices, el administrador, ha recibido ya el unto de este mes! De lo contrario ¿cómo iba a estar yo tranquila? ¡Un policía jubilado sabe todo lo que sucede en cada casa e informa sobre ello!

Una mujer cordial, alta, de formas redondeadas y voz de contralto. Un apartamento abarrotado de muebles, tapetes almidonados y figuras sin polvo. Cuadros con cisnes y odaliscas, las zapatillas de su marido en la entrada, el niño en la escuela. La cocina limpia, con el sintasol recién fregado y el instrumental, que yo había evitado mirar, puesto a hervir en una cazuela de aluminio. Cuando deposité sobre la mesa el sobre del dinero, recordé de nuevo los billetes azules que tiré al suelo delante de Sorin, como había visto hacer en las películas. ¡Qué estupidez! Se estaban enmoheciendo entre los escombros del bloque, y a mí me quedaba tan sólo dinero para el teléfono y el pan, ni hablar de un taxi.

—Vamos a ver, querida, un poco de seriedad, ¿qué taxi? ¡He tenido veinte abortos en la mesa de la cocina y luego me he ido a trabajar en el tranvía! ¡Es una tontería! ¿Qué sentido tiene tirar el dinero? Mejor que te compres algo que te guste. ¡Encima el taxi te zarandea por los baches de la calle!—rio.

Apagó el hornillo. Mientras esperaba a que se enfriara el instrumental, salimos las dos a fumar un cigarrillo al balcón cerrado con cortinillas de plástico. Tarros grandes de pimientos encurtidos, otros de tomates verdes, zanahorias y coliflor en salmuera. En una estantería de madera sin pulir, tarritos de pisto y dulce de membrillo. Me había prohibido pensar en nada.

—¿Tienes miedo?—me preguntó cuando entramos—. No te preocupes, ¡ya verás cómo en cinco minutos hemos terminado! Te dolerá sólo la inyección, un pinchazo. Baja un poco el culete, vamos, un poco más, relájalo, relájalo, ¿no me estás oyendo? ¡Relájalo!

Tenía una mano dura, la sentí cuando me introdujo las válvulas, no fue un

pinchazo, sino una aguja ardiente que me desgarraba la carne blanda del interior. Veía mis rodillas separadas y oía el tintineo metálico y frío que se abría paso con brutalidad entre las capas húmedas de carne. Ahora sabía exactamente dónde estaba mi útero, la bola de carne en la que el instrumento frío ahondaba, despacio. Gemía.

—No te muevas, que no quiero perforar nada, por Dios!

Para hacerme pensar en otra cosa, empezó a hablar de su paisana:

—Dorina, sois amigas, ¿verdad? ¡Cómo vino llorando, desesperada, porque su novio no quería casarse con ella, aunque habían comprado el coche a medias y ella había puesto más dinero que él! ¡Y aunque lo había llevado a su pueblo, para que conociera a sus padres!

Yo tenía la mirada clavada en el techo, salpicado con algunos bultos y unas manchas más oscuras por donde habían tenido una fuga de agua de los vecinos de arriba.

—¡Para, para, por favor! ¡Para un poco!—Le hacía gestos con las manos.

—Venga, aguanta un poco más, que te voy a contar lo que le pasó a Dorina. Por mucho que le suplicó, su novio no quiso tener al niño y casarse. «¡Ahora no!», le dijo, tal vez más adelante, ¡quién sabe!

Ya no veía el techo porque había cerrado los ojos. Veía a Sorin, con el rostro congestionado, apresurado, llegando, marchando, como perseguido por las Furias, la mirada huidiza para evitar mi mirada, ¿eran ésas sus misteriosas inquietudes? Durante años me habían obsesionado las mentiras por omisión, su vida secreta, ¡ahí la tienes! ¿Ya estaba satisfecha?

—¡Te he dicho que te relajes! ¿Por qué estás tan agarrotada? ¡Un poco más y ya está! ¡Por acabar con lo de Dorina, pensaba que te lo había contado ella misma! Como no pudo convencerlo, vino a que la librara del embarazo, como has venido tú también, y todo salió bien.

—¿Cuándo fue eso?—gemí.

Porque la historia me dolía más que todo lo que me estaba haciendo.

—Han pasado varios meses o tal vez más…, tal vez un año, no lo sé. ¡Ya está, ya he terminado!

Me vestí despacio, mareada, aliviada por haberme librado del dolor y de la posición humillante. Una hora antes lamentaba haberme marchado corriendo del apartamento del amigo Florinel. Ahora la ternura, el deseo, la dependencia de Sorin se habían evaporado, lo único que sentía era una vaga repugnancia y, respecto a mí, ¿qué? Una ira fría, una pena-asco, ¡qué promiscuidad, qué ridículo! Conté el dinero del sobre en el mantel tradicional, de tela gruesa, con flores rojas y verdes, estaba todo, había tres mil, y me marché tambaleándome. Tomé, por supuesto, el tranvía.

En mi casa de Uranus, en el apartamento destrozado por el terremoto, sumido en un silencio inquietante, intenté recoger los libros que se habían caído de la estantería, pero me dolía la espalda, la cintura, y me ahogaba la furia que se abalanzaba, venenosa, sobre mí. ¿Por qué había estado tan ciega? Pero ¿había estado ciega de verdad o había cerrado los ojos con tenacidad para no ver? ¿Por

qué? ¿Por qué, por qué?

Y, de repente, sentí que había empezado la hemorragia. Vi, en el espejo, mi rostro cada vez más ojeroso y la mirada victoriosa. La sangre fluía violentamente, con coágulos cada vez más grandes, arrastraba consigo la prueba, incrustada hasta entonces en mi carne, de mi error: un hijo hipócrita, como Sorin. ¿Un hijo? No. Ni por un segundo existió en mi mente una imagen humana para eso que me había producido tanto sufrimiento. Me tumbé en la cama, Titina me había facilitado un certificado médico sellado, podía quedarme en casa varios días. Yacía con una almohada apretada contra el vientre sacudido por las convulsiones, cuando sonó el teléfono.

No respondí, cesó, sonó de nuevo con insistencia, ¿sería Sorin? No me moví. ¿Sultana? Podía telefonearle yo, más adelante. ¿O tal vez Dorina? Qué bien que no levanté el auricular para escuchar, de «la persona más informada» de la vida de Sorin, cómo se sentía él, qué decían los médicos, qué decía su madre, y tú, ¿cómo te encuentras *después*? Dorina, que me había ayudado *a arreglarlo* para que Sorin se librara de mí. ¡O para ayudarme a ver lo promiscuas que eran nuestras vidas paralelas! Exasperada por mi ceguera y por su incapacidad de elegir entre nosotras dos. Volvía a ver una escena tras otra, como en un *remake*: cómo había insistido, desesperada, para tener el niño y la cara de Sorin congestionada, las lágrimas corriendo por sus mejillas cenicientas con una barba de varios días, los ojos que evitaban su mirada furiosa, oía su voz ahogada, «ahora no, tal vez más adelante…».

Me doblé por el dolor de los espasmos, la sangre había empapado la cama hasta el colchón. Me levanté, mareada, para cambiarme la compresa—sangraba como un animal degollado—y para hacerme una infusión. No tenía hambre. Estaba oscureciendo.

Cuando desperté, empezaba a clarear y la cama estaba de nuevo húmeda, sangre fresca sobre la seca, descamada. Me costó levantarme, me puse a cuatro patas, tiré la sábana manchada en el baño, me lavé con agua fría, ya no tenía fuerzas para encender el fuego de la caldera, cubrí el somier con toallas limpias, me coloqué un paquete entero de algodón entre las piernas y me acosté de nuevo. Empezaba a tener fiebre, el calor me subía desde la garganta, los escalofríos ardientes desde el vientre.

Tenía sed, estaba ardiendo, y cada vez que me ponía el termómetro, la línea de mercurio había subido un poco más. Dormitaba. A veces me despertaba el ruido de chatarra del tranvía. Si me hubiera levantado, lo habría visto, cuando tomaba la curva hacia Opereta, a través de la brecha abierta por el terremoto en la pared de la calle. Quería llamar a Titina, pero, antes de tensar los músculos para incorporarme, me quedaba dormida. Dormía un rato, que me parecía largo, pero seguramente eran sólo unos segundos, y como la fiebre seguía aumentando, me despertaba otra vez. Cuando la línea de mercurio del termómetro pasó de treinta y nueve grados, comprendí que la cosa se estaba complicando; apoyándome en los codos y envuelta en las toallas empapadas me levanté del charco de sangre y me arrastré hasta el teléfono. Llamaba, colgaba, volvía a llamar. Había perdido

toda esperanza de que me respondiera. Pensé que iba a morir allí, sola, cuando se escurriera toda la sangre de mi cuerpo, en la casa fría, en el silencio cortado tan sólo por el tintineo del tranvía. Sentía en las sienes el latido del corazón cuando, por fin, su voz enérgica sonó en el auricular:

—Diga, ¡diga!

—Soy yo, Lety—farfullé.

No sabía qué decirle para que los que nos estaban escuchando no pudieran entender, pero no me dejó seguir.

—¡Qué madrugadora andas! Lo siento, pero tengo que preparar al crío para ir a clase. ¡Mi marido ha trabajado de noche y acaba de llegar! No puedo ir a tu casa, ya nos veremos otro día. Tienes la receta del pastel en el bolso—gritó.

Me dirigí aturdida al bolso y en su interior mis dedos temblorosos encontraron una bola de papel. Distinguí, con los ojos arrasados de lágrimas, la dirección de un hospital, me había dicho algo sobre una doctora muy maja. Regresé al baño, tambaleándome, me lavé otra vez con agua fría, me castañeteaban los dientes y me vestí. La bofetada de aire fresco de la calle me espabiló y, durante unos minutos, me sentí mejor. Largas filas de gente con bolsas, los primeros en llegar, que llevaban varias horas allí, estaban sentados, con buen criterio, en sillas, en la parte trasera de las tiendas de alimentación; me habría encantado estar entre ellos. Todo parecía tan habitual, las colas, los escaparates vacíos, los hombres, las mujeres correteando de aquí para allá; yo, ¿dónde?

A continuación, el aire se volvió ardiente y comprendí que lo que me estaba pasando era grave, muy grave. Y de repente me sentí culpable respecto a mi madre y mi tío Ion, que se habían esforzado tanto para que tuviera una vida normal, ¡y mira lo que había hecho con ella! ¿Había algo tan valioso en mi relación secreta con Sorin como para llegar a este punto? Estaba en la irrealidad y no pensaba que podría morir o acabar en la cárcel. Pero eso sí que podía estar esperándome.

El oído, sin embargo, parece que sigue intacto, porque oigo el silbido de mi Samsung Galaxy 3—un cacharro bochornoso, en opinión de Daniel—, que se cuela por la puerta cerrada. Me precipito a lo que llaman *living*, donde lo tengo enchufado al cargador. Disgustada por haber perdido a sus oyentes, Tincuța se venga con las estanterías de la biblioteca, pulverizando sin piedad los libros con el aerosol de Pronto.

Downtown15hCaiusBraneaJr. Un SMS con tres palabras pegadas, sin explicaciones y su nombre en mayúsculas: así es Junior.

—¿Puedes cambiar la hora del taxi? ¡Que no quiero pagar la carrera! La reunión será a las tres—le digo, cariacontecida, a Sultana.

—¡Qué desorganizados sois! Por eso no habéis avanzado nada en todos estos años. ¡Si te hubieras entendido a la primera con tu hermano, te habría dado tiempo a hacerte algo en el pelo! No me gustó cómo te dejaron la última vez en la peluquería esa tan pija de Dorobanți. «Donde la comunista», como bautizaste tú al de aquí al lado, hay ahora unas chicas que trabajan muy bien…

Me pongo tensa bajo la mirada que barre mi cabello, fijado con su laca barata.

Respecto a las restituciones, no está en condiciones de darme lecciones ella, que ha perdido el tiempo con sus seminarios para mujeres en lugar de ocuparse del dosier de la casa de los Morar en Şerban Vodă, ¿qué más da que los propietarios de las viviendas derruidas reciban tan sólo acciones bursátiles? Le animé al remolón de Aurelian para que hiciera la solicitud, pero se atascó en el embudo entre el ayuntamiento y el gobierno civil.

—Tú, que sabes cómo funciona lo de las herencias, ¿no podrías hacer algo? Que pueda sacar provecho siquiera Claudia porque, por lo que a nosotros respecta, he perdido toda esperanza—me acuciaba, de vez en cuando, Sultana.

—Lo intentaré, pero eso va por otros derroteros—farfullé y se lo pasé a Junior.

Sin embargo, no pude decirles la suma que, me susurró él, haría falta para mover el expediente. Aurelian es honrado hasta el fanatismo e, incluso aunque Sultana estuviera dispuesta a pagar un soborno sin que él se enterara, no veo de dónde podría sacar tanto dinero. Y yo no me siento capaz de prestárselo. ¡Ella espera que me ocupe de la herencia de su hija, que ni siquiera me ha enviado desde hace años una felicitación de Año Nuevo, después de haber arreglado mis asuntos!

La zorra y las uvas, mi amiga Sultana. No le gusta la peluquería pija de Dorobanți porque no puede permitírselo, ¡pero a mí tampoco me tienta su peluquería comunista, el antiguo centro Higiena, abierto en los años setenta en la planta baja de un bloque de Costache Negri!

En otra época, en diciembre, cuando aparecía Frau Poldi con un vuelo de Lufthansa y varios cientos de marcos de parte de Petru, antes de pagar la deuda de los gastos comunes del edificio, allí iba corriendo a arreglarme las uñas y el pelo.

También Claudia esperaba impaciente a Frau Poldi, que le había contado que en el aeropuerto de Múnich está el trineo con renos de Moş Crăciun. Pero los regalos decepcionaban siempre a la niña, ella había pedido otra cosa, en una carta redactada con mucha antelación, en la que había enumerado los éxitos en la «guarde».

«Ésos van a pensar que está codificada», farfullaba cada vez Aurelian, mientras las hacía pedacitos a escondidas.

¡Qué nervios cuando la llevó ella sola a la oficina de correos! La interrogaron melosos, ¿la has metido en un sobre, Clau? ¿A qué dirección? No había puesto, la pobre, ni sobre ni dirección, la había metido directamente en el buzón, ¿en qué manos habría caído? Aunque me pareció exagerada su agitación, hasta que no me decidí a presentar los formularios importantes, los del reagrupamiento familiar, evité toda correspondencia con el extranjero.

Antes de la llegada de Poldi, Aurelian andaba sombrío días y días, y Sultana, cuando estaba él presente, se mostraba preocupada, aunque en su fuero interno se alegraba, como nosotros, de los regalos alemanes. Yo consideraba que carecía de personalidad porque se esforzaba por estar en consonancia con los estados anímicos del depresivo de Aurelian, pero, en mi segunda vida con Petru, imité su diplomacia doméstica. Sólo cuando llegó la libertad, me confesó Sultana que a

Aurelian lo importunaban los securistas porque sospechaban que Poldi llevaba a Europa Libre las cartas de Claudiu. La última vez que vino la registraron exhaustivamente, pero, por supuesto, no encontraron nada. Claudiu la adoraba, no la habría utilizado como correo ni loco. Pero ella se sintió tan humillada que ni siquiera el amor infinito que sentía por Claudia la hizo regresar a Bucarest.

—Menos mal que al menos te tengo a ti aquí—me susurró cuando llegué, años después, a Múnich.

Aurelian no ha hablado nunca sobre ello, pero ahora, al recordar cómo evitaba todo comentario ambiguo y cualquier contacto con «extranjeros», comprendo que pagó con mucho estrés las escaramuzas de su hermano mayor. Así había bautizado Frau Poldi las cartas que enviaba a Europa Libre y que transformaron a Claudiu, de un tecnócrata de éxito en los años setenta, en un disidente que la gente evitaba.

Con el bochorno de la canícula, el cielo se ha vuelto blanquecino. La sombra de los árboles—aligustres, moreras, un sauce viejo, ciruelos y prunos esmirriados cuyo follaje, todavía verde, ha perdido su brillo húmedo, primaveral—llega hasta las ventanas de los primeros pisos, pero aquí, en el cuarto, el sol da de pleno. Desde que rehabilitaron el bloque, el calor calienta el balcón cerrado, lleno de flores como un invernadero y, en el aire irrespirable que entra del exterior, el olor a tilo se confunde con el del asfalto y la orina de los gatos escondidos bajo los coches y de los vagabundos acurrucados junto a los portales. Tomar el café en el balcón no ha sido una buena idea, he sudado y tendré que maquillarme de nuevo. Aprovechando que Sultana ha ido a retrasar mi taxi, me apresuro a cerrar la ventana, nadando entre tiestos con ficus, cactus, geranios y petunias, colgados de las paredes, del techo…

Abajo, junto al Mega Image, sobre cartones y ropa tirada al azar, duerme desplomado o desplomada, con una gorra calada en la cabeza para que le dé sombra y con todas sus pertenencias en bolsas ajadas, una criatura andrógina: no veo desde aquí, desde arriba, si es hombre o mujer. En la otra esquina del supermercado, junto a la botella grande de Coca-Cola, el niño ya viejo y obeso de la calle grita, con voz cascada, su mensaje lleno de odio contra un mundo que lo hizo así y que lo arrincona contra esa pared precaria. Las viejas, con la cabeza gacha bajo los sombreros de paja, tiran de carritos de tela de colores, cargados a rebosar, apresurándose para escapar de la canícula. Por la tarde les ofrecerán a sus hijos desperdigados por todo el globo, a través de WhatsApp y Skype, un informe tranquilizador: son todavía capaces de cuidarse solas y de disfrutar de la posibilidad de moverse. Queda mucho aún para que se conviertan en unos desechos humanos que, con los labios apretados, asearán otros, el final que acecha a los supervivientes de largo recorrido.

¡Menos mal que no voy a envejecer en esta reserva de viejos de la que los niños sueñan con escapar desde que están en los cochecitos!

9
JUNIOR

Sultana coloca la bandeja con dos vasos de colores en la mesita que nos separa.

—¡*Smoothies* de fresa, frutos del bosque y jengibre!

Sorbo el mío con reparo, es demasiado ácido, pero no merece la pena que estropee su entusiasmo por su último descubrimiento, «¡comida sana copiada de internet!». Al menos está frío y es menos asqueroso que aquél con leche de soja, apio, pepinos y lo que añadía ella por su cuenta.

—¡No habrá problema con el taxi, sólo tienes que estar lista! ¡Ya sabes qué tráfico infernal hay en esta ciudad! Tal vez no necesites la peluquería comunista, tu cabello se peina solo, salías de la ducha con el pelo rizado…

—¡Los rizos pasaron a la historia! Pero, por cierto, no fui yo sino Claudia la que la bautizó «peluquería comunista». ¿No recuerdas lo revolucionaria que volvió de Budapest?

Su rostro se ha ensombrecido cuando le he mencionado a su hija, como si le hubiera recordado algo desagradable, pero ¿el qué?

Después de salvarla de las palizas de Măgurele y de las violaciones en los váteres —comparado con lo que sucedió allí, me dijo Petru, el asalto a su residencia y los cardenales no fueron nada—, los Morar la enviaron a hacer el máster a Budapest. Durante un tiempo no regresó siquiera en vacaciones. Cuando volvió, entre dos viajes, en casa todo le parecía «comunista», es decir, pasado de moda, «desechable». Atosigaba a Sultana para que comprara muebles en Ikea, ¡el colmo de la elegancia en su cabeza! La cadena sueca no había llegado a Bucarest, había que pagar los portes desde Budapest, eso es lo que habían hecho los padres de una compañera suya. Menos mal que Aurelian, ocupado con la exposición sobre las cárceles comunistas, no se tomó la molestia de escucharla. Su caballo de batalla fueron entonces los bloques comunistas.

—¡Es un tipo de construcción vinculada a la industrialización, Clau! También en Occidente abandona la gente las localidades pequeñas en busca de trabajo—le dije.

Por aquel entonces me prestaba atención todavía porque yo venía del oeste, adonde quería llegar ella, pero me miraba incrédula.

—¡Le Corbusier! ¡Acero y cristal, no tiene nada que ver! ¡En Occidente no arrasaron, como aquí, barrios enteros!—replicó.

—¡También allí los arrasaron, hace mucho tiempo! Los bloques de aquí son mucho más feos, eso sí…

—¡Querrás decir espantosos! Negros, sucios—farfullaba.

Cuando hablaba así sobre los «bloques comunistas», sentía que arrojaba mi juventud a la basura, me gustaban las construcciones nuevas de nuestra pequeña ciudad que sustituían a los edificios ajados de la calle principal. Y el rugido de las excavadoras y el olor a revoque húmedo quedaron unidos en mi mente a la espera febril de mis citas con Sorin.

—¡Los pueden recubrir! Nosotros vivimos en Múnich en un barrio de ésos; Petru lo llama Balta Albă. En Roma, vosotros habéis pateado sólo el centro, pero

cuando te vas puedes ver desde el avión barrios enteros. Lo mismo pasa en Madrid, en Barcelona… ¡Incluso en Francia, con sus castillos antiguos, encuentras ciudades de bloques! Saint-Nazaire, por ejemplo, que fue destruido por completo en la guerra. ¡No por los alemanes, por los Aliados!

Se enfadó al escuchar que los Aliados habían hecho añicos Saint-Nazaire para nada, la base de submarinos sigue todavía en pie, y a los alemanes los expulsaron sólo al final de la guerra. Después del atentado, estuve con Petru en la clínica de rehabilitación de La Baule y el fin de semana visitamos los alrededores. Hasta entonces sólo había oído hablar de la destrucción provocada por los alemanes. En Saint-Nazaire, el ayuntamiento había restaurado la sombría construcción instalando salas de espectáculos y tiendas de artesanía sobre el agua oscura. Cuando nos fuimos de La Baule, Petru se había librado de los dolores, y para mí habían sido unas vacaciones de verdad; ¿desde cuándo no las había tenido? Conservo todavía hoy, bajo los párpados, la extensión aterciopelada, azul, del océano, las velas de los barcos de pesca de Le Croisic y el baile de la marea al anochecer. Con sus hoteles en la orilla, La Baule me recordaba a Mamaia, más grande, un poco descolorida, no era ya la ciudad de vacaciones de moda en Francia.

A veces, el rincón de una calle de Bucarest se superponía a otro de allí, una ilusión óptica que duraba un instante lo hacía bruscamente familiar: Petru dice que es *le mal du pays*. Allí nació en su cabeza la idea de instalarnos en una localidad pequeña de Francia, en Alemania no se sentía a gusto, no consiguió aprender bien el idioma.

«¡Tampoco ahora se habla demasiado sobre los daños colaterales del Desembarco! Sobre las poblaciones francesas que fueron bombardeadas entonces. ¡Es cierto que los Aliados también sacrificaron generosamente a sus hombres! ¿Recuerdas ese verano cuando, desde Caen, visitamos la costa de Normandía? Nos paseábamos por los acantilados y a ti te asombraba que hubieran podido trepar por allí, con el equipo a la espalda. Desde arriba eran dianas perfectas. ¡Los británicos y los estadounidenses liberaron Francia y punto! ¡Los franceses han exagerado lo de la Resistencia y mantienen todavía cerrados los archivos sobre Vichy! ¡Los pueblos adoran sus mitologías, Letiția! ¿Te ha sorprendido que Claudia abandone a su novio por un doctorado en Estados Unidos? ¡Para los rumanos, ésa es la Tierra Prometida, y los estadounidenses, semidioses!».

Petru en la tumbona, en la terraza de nuestra casita, descansando tras el paseo por la Allée des Tilleuls hasta la iglesia y lanzando sus provocaciones al vacío. En otros tiempos, todo el mundo se reía de él cuando empezaba con su teoría de la convergencia de los sistemas—cómo se iba a transformar, lentamente, el comunismo en capitalismo—, pero ¿quién se para hoy en día a explicar el capitalismo comunista de los chinos? ¡Todo el mundo quiere hacer negocios con ellos!

Tiene razón también cuando dice que no sólo los rumanos cambiaron al encontrar la libertad, sino también los que se llamaban a sí mismos exiliados porque habían huido en busca de una vida mejor. Emigrantes económicos, como

muchos de esos que asaltan ahora la pobre Europa. ¡Con el pasaporte en la mano, los nuestros se convirtieron bruscamente en anticomunistas! Me gusta vivir entre franceses, no son demasiado simpáticos, algunos ni siquiera entran en el supermercado de una afgana que lee, junto a la caja registradora, sus libros de oraciones con unas letras enmarañadas y que se ha traído a toda su familia a Neuvy. ¡Pero, al menos, ya no escucho lo de sus hazañas después de la guerra! ¿Qué dirían, sin embargo, nuestros vecinos, los Georgel, si escucharan a Petru hablar sobre la Resistencia francesa? ¡Menos mal que no entienden el rumano!

El negativismo de Petru desaparece con Claudia. La debilidad del hombre viejo por las mujeres jóvenes. El orgullo del mentor. Está feliz porque ha ingresado en universidades extranjeras, donde él no consiguió meter el pie. Afirma que es verdaderamente brillante, pero, por desgracia, una perfeccionista. Cuando le pregunto qué hay de malo en ello, ríe:

—¡Eso, Letiția, es algo que no te ocurre a ti, puedes estar tranquila!

Pero yo, en cada visita a Rumanía, me entendía peor con ella. Mientras viví allí, la llevaba a casa desde la guardería o desde el Palacio de los Pioneros, a veces hice de *babysitter*, aunque no me siento cómoda con los niños; sin embargo, entre nosotras no surgió una simpatía verdadera. Después de 1990, me molestaban su música a todo volumen, el jadeo monótono del rap, los pantalones rotos por las rodillas, el pelo estrafalario, unos mechones rojos, llenos de gel. Durante un tiempo, fue monárquica, le sorprendía que yo viniera de Occidente y que no lo fuera, ¡me reprochaba que en Francia me había vuelto de izquierdas! Había heredado también la tenacidad aplicada de Aurelian, que transformaba las controversias en un diálogo de sordos. No sé cómo se las habría arreglado Sultana con esos dos, si no hubiera tenido la experiencia de la etapa universitaria. Los errores de la juventud nos han hecho descubrir el valor del tacto en la familia: la cita es de su revista de cabecera, *Psychologies*, válida también para mí.

Claudia empezó a mirarme por encima del hombro mientras estaba realizando otro máster, esta vez en Roma. Yo vivía en Occidente, pero ¿cómo? Había abandonado la escritura, me había formado como fisioterapeuta, algo que practicaba también en casa, con mi marido inválido, en cuanto a sus padres, ¡eran unos *losers* que habían salido del comunismo sin ningún futuro! Veía lo que estaba pensando como si estuviera en su cabeza.

—Aquí no va a cambiar nada ni aunque pasen cien años, ¿por qué os agitáis tanto?—les soltaba a sus padres, que andaban siempre liados: comunicados, un *lobby* en el parlamento, artículos en la prensa, apariciones en la tele, ¡no a la pena de muerte! ¡Despenalización de la homosexualidad! ¡Las minorías! ¡Si no cambiamos esa ley, no nos acepta Europa!

Cambiaron lo que cambiaron y Rumanía entró poco a poco. Manuela y su grupo de amigas, al igual que otros huidos que entretanto se habían hecho con la ciudadanía extranjera, votaron en contra: ¿una Rumanía corrupta y llena de securistas dentro de «su Europa»? Al cabo de un tiempo se consolaron porque recuperaron sus propiedades.

—¿Por qué ellas sí y nosotros no?—le pregunté a mi hermano Junior.

—Porque tú te has empeñado en que sigamos la vía legal—me reprochó él.

El graznido lastimero de una gaviota que aletea por el cielo descolorido. ¿Cómo han llegado hasta Bucarest cohortes de gaviotas cuyos graznidos, al volar, se pierden entre las agudas sirenas de las ambulancias del SMURD[10] y el zumbido sordo del tráfico? ¿Es el delta, surgido en los cimientos del canal abandonado, o los lagos de los alrededores los que han atraído a las aves marinas?

Desde mi silla plegable, contemplo, más allá de la Alameda de los Tilos, los restos del Bucarest patriarcal que se ha librado de las demoliciones. Apoyada en la puerta de su pequeño Minimarket *non-stop*, una mujer gordita parlamenta con un vagabundo que gesticula con la botella de cerveza. A través de las cercas de metal sobresalen las ramas de las acacias, crecidas en libertad: en los patios abandonados, las malas hierbas, con sus tallos leñosos, han vencido el trabajo de la gente laboriosa de otra época. La crisis ha pasado, aumentan los negocios inmobiliarios y, en mi próxima visita, en lugar de las casitas destrozadas, tapadas por los nogales y los tilos antiguos, se multiplicarán las torres de metal y cristal, rodeadas de ejecutivos con zapatos bien lustrados y camisas impecablemente planchadas y de ejecutivas de melenas lisas y cejas tatuadas, que, mientras fuman un cigarro, intercambian información sobre las subidas de la bolsa y el fin de semana de *shopping* en Viena o Londres.

—¿Por qué queréis prescindir de Macovei, Letiția?

Sultana vuelca las tacitas de café para que se escurran los posos y nos entretengamos leyendo el futuro. Temen que se vea perjudicada su amistad, los Morar me lo recomendaron en los noventa: durante una temporada ofrecía consultas gratuitas en el Foro, donde se conocieron. Un tipo de Ardeal «entregado a la causa y muy honesto», ¡así me lo describieron los muy ingenuos! Honesto, por el momento, pensé al ver el Dacia 1100, con bastantes kilómetros encima, del que se acababa de apear. Una mano húmeda, un acento marcadamente dialectal, una chaqueta jaspeada y pantalones marrones, los picos del cuello mal planchados. Cuando farfullaba su alegato, le brillaban los puentes metálicos de la boca. Pero yo no conocía a otro, habían cambiado muchas cosas desde que no vivía en Rumanía. Nos dejamos aconsejar por ellos y le pedimos a Macovei que nos recuperara el terreno de Izvoarele.

Tal y como les sucedió a todos aquellos que fueron expropiados por ser terratenientes, mi padre fue detenido la noche del 7 de marzo de 1950, en su finca de Izvoarele, adonde había ido para ocuparse de las labores de primavera—algo que detestaba—, y enviado a la otra punta del país, a Câmpulung Moldovenesc, a un domicilio forzoso, en tanto que su hacienda fue nacionalizada. No pudo trabajar como médico, vivió de unas clases de lenguas extranjeras—cinco *lei* la hora—, y se consoló con otra «terratenienta» expropiada. Estaba entonces *en froid* con mi madre, que se había quedado en Câmpina, en casa de su cuñado Traian. Después de que Traian fuera arrestado bajo la acusación de ser espía de los ingleses y tras el registro en el que fue violada, mi madre se marchó conmigo a casa del tío Ion, con la esperanza de que cayera en el olvido su vínculo con los hermanos Branea, unas piedras de molino en nuestros

dosieres. Sin embargo, siguió esperando a mi padre, aunque, después de que lo encerraran también a él y atendiendo los consejos de Biţa, se divorció para que yo pudiera seguir en la escuela, una práctica bastante frecuente por aquel entonces entre las esposas de los presos políticos con hijos.

—Yo habría seguido con Macovei… Pero Junior encontró otro—me justifico, titubeante.

Al principio él no se metió en la elección del abogado. Pero me rogó que le vendiéramos nuestros derechos a un listillo, un primo por parte de su madre que había entrado con toda la muchedumbre en la sede del Comité Central, el 22 de diciembre de 1989, y que había llegado a ser presidente de una asociación de supuestos revolucionarios, una panda de inútiles. Daniel dice que se movía en los círculos de Dan Iosif, el consejero mafioso del presidente Iliescu, y que se había hecho rico vendiendo certificados. Creo que a Junior le hizo un descuento, si es que no se lo dio gratis, y así se llevó un terreno en Ghermaneşti, una rebaja de impuestos y un tugurio de espacio comercial, un antiguo estanco, donde ha instalado a su madre, Floricica Branea. La prejubilada de las ambulancias, la viuda de mi padre, se ha convertido en una *femme d'affaires*: una pequeña empresaria.

—Mi tienda es la única de toda la calle que no se ha arruinado—dice orgullosa —. ¿La receta? Dependientas jubiladas, pagadas en dinero negro, mercancía turca (blusas, sujetadores, bragas, pijamas de algodón, sandalias, aerosoles), cigarrillos de contrabando, precios bajos, estables; hace poco se ha comprado también una cafetera para hacer *espresso*.

Al oír cómo Junior se vanagloriaba de que iba a recuperar la herencia de los tíos Branea, el presidente-de-los-falsos-revolucionarios se ofreció a comprarnos los derechos litigiosos por setenta mil *lei*. A Junior se le iluminaron los ojos cuando oyó la suma, era el precio de un Dacia antes de 1990 y, si no me hubiera mantenido firme, le habría dado todo, incluido el terreno de Izvoarele. Los intermediarios hacían estragos entonces entre los emigrados, pero yo me empeñé en no vender, sobre todo porque el *leu* se derretía con la inflación y, cada vez que regresaba, encontraba el marco y los francos más caros, algo que me convenía. Entretanto había aprendido a apreciar el dinero, y la vida me había recompensado con una herencia caída del cielo.

Para consolar a Junior, Petru lo mandó a la sede de la Plaza Rosetti, donde, gracias al certificado de revolucionario y al recuerdo de la familia Branea, los viejos del Partido Nacional de los Campesinos[11] lo recibieron con los brazos abiertos. Se les había olvidado que el tío Caius había abandonado su partido para entrar en el gobierno del general Antonescu, ¡una decisión de la que debió de arrepentirse en el banquillo de los criminales de guerra!

El agorero de Petru afirma que también nosotros lo lamentaremos, pero no le hago caso, estoy segura de que al final le echaré el guante a la herencia de mis tíos, ¡la he pagado por adelantado con la pobreza y el miedo con el que viví junto a mi madre y mi tío Ion!

Junior disfrutó tan sólo de una legislatura como diputado del PNŢ, que acabó

hecho añicos, ¡pero tejió otras relaciones políticas y ahí residen mis esperanzas! Si vas por la vía legal, entierran tu dosier en el Ayuntamiento, en la Fiscalía, en la Agencia donde se pagan sobornos cuyo dinero, aunque quisiéramos, no tenemos de dónde sacar.

—¿Desde cuándo toma tu hermano las decisiones y tú te callas como una tumba? ¡Macovei ganó el juicio de la herencia de vuestro padre!—insiste Sultana.

Reconozco que Macovei hizo bien su trabajo en Izvoarele. Después de 1990, la mansión se había convertido en una ruina, lo habían robado todo y, al final, le prendieron fuego. Cuando la recuperamos, recibí una tercera parte del terreno y el bosque, las otras dos les correspondieron a Caius Jr. y a su madre, que firmó inmediatamente unas escrituras de compraventa a favor de él.

—Es una transacción más sólida que la donación, no puede ser recurrida por la vía judicial—nos aseguró Macovei.

—¿Quién iba a recurrirla?—pregunté sorprendida.

—¡Algún hijo nacido en el domicilio forzoso del difunto!—me soltó la viuda Floricica.

No había pensado en eso, pero, conociendo a mi padre, ¿por qué no? Junior me presionó para que le vendiera mi parte, decía que había encontrado un crédito muy ventajoso en un banco. Había discutido con él por los cálculos, las medias, la inscripción en el registro, había gastado dinero en viajes y juicios, me había peleado con el alcalde, que nos había asignado otras parcelas. Y una noche Sultana me dijo:

—¡Piensa bien lo que vas a hacer con ese terreno, Letiția! ¿Vas a volver con Petru a reconstruir la mansión y a pasar varios meses al año allí, en Izvoarele? ¿Le vas a confiar las tierras a la asociación del antiguo alcalde comunista, convertido ahora en el terrateniente de la zona, que tiene una explotación agrícola nueva, una granja de avestruces, rebaños de caballos y paga miserablemente a la gente? Y eso si consigue mano de obra, porque la mayoría vive de las ayudas del ayuntamiento. ¡A finales de año recibirás no sé cuántos sacos de cereal, a cincuenta céntimos el kilo, una cantidad irrisoria! ¿O buscas otra empresa, la del indio, la del ruso, que son más o menos lo mismo? Yo me equivoqué cuando doné mis tierras a mis hermanos, ¡tú, véndelas, coge el dinero y haz lo que quieras con él! ¡Junior se las arregla aquí mejor que tú, que estás pensando ya en marcharte en cuanto llegas a Otopeni!

—Véndeselas a tu hermano y líbrate de esos absurdos viajes a Rumanía—dijo también Petru.

Eso es lo que hice.

Sólo Daniel me reprocha haberlas vendido por debajo del precio del mercado, aunque un poco por encima del precio del catastro:

—¡Si te digo lo que vale ahora el metro cuadrado en la zona norte, te da un infarto, Lety! ¿Por qué te precipitaste?

—¿Habrías preferido que regateara con mi hermano a través de los abogados? ¡Es mi *demi-frère*, aunque no hayamos mantenido una relación de familia!

Mientras hablábamos, me daba cuenta de que el argumento era débil: si no

tenemos una relación normal, ¿por qué le vendo mi parte a un precio que le conviene a él? Sobre todo teniendo en cuenta el cálculo de sus ingresos, ¡que si un cargo en un ministerio, que si otro en una agencia estatal! Tiene también un par de empresas a nombre de su madre, que, en su bautizo, parecía una palurda y que ahora parece una palurda con dinero. Debería estarle agradecida, porque cuando mi padre se quedó paralítico y yo vivía en Alemania, Floricica le ponía la bacinilla, lo lavaba, le daba de comer con cucharita. Pero no puedo, ocupó el lugar de mi madre demasiado rápido. Y, como se aprecia hoy en día, le ha salido rentable: mi padre le hizo un hijo en la vejez y ahora incluso le asegura una dote.

Aunque tal vez les haya vendido mi parte de terreno porque tengo la conciencia negra respecto a él. Cuando volvió con nosotras, yo lo consideraba el intruso responsable de todos nuestros males: el lugar de mi padre estaba, para siempre, en mi mente, ocupado por mi tío Ion. Y después de que Victor Branea, es decir, mi padre, se casara con la asistenta que ingresó a mi madre en el hospital, de donde no salió con vida, lo puse en mi lista negra. Cuando me lo imaginaba, en la cama, junto a su rostro salpicado de manchas de embarazo, acariciando su barriga, lo odiaba con toda mi alma. De un tiempo a esta parte, sin embargo, me pregunto si no fui injusta. Lo consideraba débil y egoísta, pero se enfrentó a su familia para casarse con mi madre, y después se enfrentó a mí para convertir a Floare Moț en Floricica Branea.

Evitaba hablar de la cárcel, pero a veces mencionaba las penurias del hambre: cómo conversaban horas y horas sobre menús sofisticados, mientras les lanzaban, como una burla, cebada y sopa de col con gusanos, y los curruscos de pan enmohecido se cambiaban por cigarrillos. Pero sobre el hambre sexual que sufrió toda su juventud no soltó una palabra.

¿De qué abismo interior nace en mí, incluso ahora, un sentimiento de culpa cuando me imagino la vida íntima de mis padres?

—Los sentimientos no se recuperan—dice Petru.

—¿Y con los nuestros qué ha pasado?—pregunto.

—¡Lo nuestro es distinto!

Y guarda silencio.

A Sultana se le marcan las arrugas alrededor de la boca cuando aprieta los labios, disgustada.

—¿Es culpa de Macovei que no podáis encontrar a vuestro primo?

—¡Ay, la herencia gorda no viene de parte de su papaíto! ¡La herencia gorda viene de Caius Branea! Estuvo en el gobierno durante varios años, además de estar casado con Lizica Focşa, hija de un rico abogado. ¡En aquella época entrabas en política si tenías posibles, no como los golfos de hoy en día, que se meten para robar! ¡Sólo que hay que cavar mucho, hay que hacer el inventario de los herederos, de las propiedades, no es fácil llegar al tesoro!—os recitaba una y otra vez.

Cuando nos entregó las escrituras de Izvoarele y se apeó de un Fiat nuevo, Macovei parecía más joven: sonreía con sus dientes de porcelana y caminaba ufano. No podía cambiar su «cara de extraterrestre»—como lo había descrito

Claudia—debido a la frente oblicua (por un parto con fórceps, nos explicó maternal Sultana), pero no compraba ya sus trajes en las tiendas «comunistas», sino en Steilmann.

—Es la tienda de marcas más accesible—nos explicó en la sede de su empresa, un apartamento en la planta baja de un edificio, como eran todas por aquel entonces.

—¡Macovei podría haberse esforzado un poco más, nosotros lo intentamos!—me excuso con Sultana.

De hecho, no es exactamente así. La última vez Junior se presentó, radiante, con la idea de que Rafael había muerto hacia 1943, de niño, en un bombardeo de Londres. Cuando le pregunté cómo podía probarlo, me dijo que después de las elecciones iba a entrar de nuevo en el Parlamento y que le habían prometido la jefatura de una comisión, y ese cargo oficial le ayudaría a hurgar en los archivos británicos.

—Si no, contratamos a un abogado londinense, con una tarifa subidita, ¡y descubrimos que Rafael murió de muerte natural, en una antigua colonia británica, y que dejó un montón de viudas y de hijos, y los costes de la herencia son mayores que lo que vamos a heredar!—me río con acritud.

—¡Compara las cantidades que cobran los abogados por esa clase de litigios y verás que Macovei ha sido modesto!—insiste Sultana.

Es como un perro que te ha agarrado los pantalones con los colmillos y no los suelta hasta destrozarlos. Por eso Aurelian, otro testarudo como una mula, saca la bandera blanca con ella. Sin embargo, Sultana tiene razón en algo: Macovei no nos ha desplumado demasiado. Aunque, curiosamente, en los últimos tiempos se mostraba muy reservado respecto a la herencia de Caius:

—¡Si encontráis a vuestro primo Rafael o descubrís algo sobre su muerte, nos ocuparemos de su padre, Traian Branea! ¡Éste no presentará ningún problema, se llevaba bien con los ingleses, incluso después de que uno de sus diplomáticos se llevara a su mujer! ¡Como os digo, hoy en día está mejor visto desde el punto de vista político, tiene una casa en el bulevar, en Câmpina, y una parte de la hacienda de Leordeni! Por parte de Caius estaría únicamente la villa Eliza, de Cumpătul, en Sinaia: era sólo suya, estaba a nombre de Lizica Focşa, una donación previa a la boda. Lizica era hija única, el esposo hereda todo, ¡y ustedes heredan lo suyo! Pero volvamos de nuevo a Caius: eso está más complicado—murmuró.

Parecía saber algo que no quería contar.

Tengo sólo unas pocas fotografías con los tres hermanos Branea, mi padre y los tíos cuyos bienes queremos recuperar nosotros: el resto de las fotos se las llevaron los securistas en sus registros, o las quemó mi tío Ion en el cubo de la colada del patio, junto con algunas revistas y libros «peligrosos» en aquella época. Los miro a veces como si fueran unos personajes bidimensionales de una novela mala. Alegres, confiados en su futuro, con una copa en la mano y sus trajes de doble botonadura, parecen mayores de lo que correspondía a su edad de entonces; de todas formas, hoy podría ser su tía.

El hermano de mi madre, Barbu Silişteanu, llamado Biţă, me dijo que las relaciones entre sus cuñados, Caius y Traian Branea, eran más bien malas.

Tras su primer viaje a Occidente, Biţă no regresó a Rumanía y me estropeó todavía más el dosier, para enfado de Petru. Por eso no respondí a sus cartas, pero cuando llegué a Alemania le hice una visita en Friburgo, donde se había instalado. No sé qué sueños albergaba cuando se marchó, pero me quedó claro que no se le había cumplido ninguno. Frisaba los sesenta años, apenas chapurreaba el alemán, no estaba dispuesto a trabajar en cualquier cosa, vivía de las ayudas sociales y del trabajo de Sabina en el restaurante de su padre. Mantenía contacto casi exclusivamente con sus antiguos compañeros de facultad, legionarios huidos después de la Rebelión de enero de 1941, enviados por Hitler a campos de concentración, enrolados los últimos días de la guerra en la *Wehrmacht* y casados con alemanas en medio de la falta de hombres de después de la guerra.

El apartamento en un bloque, grande y bellamente amueblado, tenía un mueble-bar bien surtido de bebidas—Johnnie Walker, Hennesy, Campari, Martini—que me ofreció hasta que nos emborrachamos como cubas y empezamos a discutir por el asunto de los legionarios. ¡Ojalá le hubiera preguntado sobre Rafael! ¿Cómo iba a saber yo que iba a caer el Muro y que iba a convertirme en la heredera de la familia Branea, junto con mi hermano, que acababa de suspender el examen de reválida y le habían adjudicado un instituto industrial? Biţă tenía una biblioteca impresionante, con ediciones de lujo y rarezas de bibliófilo: una cuarta parte de los libros eran sobre la Legión del Arcángel Miguel, Corneliu Codreanu y Horia Sima. Al observar mi falta de interés por ellos, Biţă me gritó:

—¡Tengo sólo una sobrina y encima la han educado los comunistas!

Ya no era un hombre relajado y bromista como lo conocía yo, sino más bien sombrío.

Cuando regresé a Múnich, Petru me aconsejó que me distanciara de Biţă por miedo a que le perjudicara en su trabajo para la radio estadounidense.

—¿Crees que existe un mundo sin dosieres?—gritó su frase favorita.

Yo dudaba que su emisora de radio pudiera sentirse inquieta por las sandeces de Biţă, un viejo que apenas arrastraba el culo, pero no quise irritarlo más. A Petru se le había metido en la cabeza la idea de que lo perseguían, y yo me movía con precaución en el desconocido mundo occidental.

La muerte repentina de Biţă debido a un cáncer de páncreas me pilló por sorpresa y, en cuanto a sus cuñados, los hermanos Branea, me quedé tan sólo con dos historias de las fiestas celebradas en la mansión de Leordeni, otra propiedad que había que recuperar sin falta en cuanto diéramos con Rafael.

Cuando, en los años treinta, Traian les anunció a sus hermanos que quería casarse con la antigua esposa de un oficial, divorciada y con un niño mayorcito, Caius, después de varias bromas ambiguas a cuenta de la damisela, se apostó una raqueta de tenis Dunlop a que la seduciría antes de Pascua. El domingo de Pascua, en la terraza de la hacienda de Leordeni, Traian le tendió a Caius la raqueta,

reconociendo que había perdido la apuesta y la prometida.

La historia de Biță me irritó:

—¡*Deux goujats*, estos tíos míos!

Un brillo lúbrico avivó el verde deslavazado por la vejez de los ojos de Biță, bajo unas cejas grises:

—¿Por qué saltas así? Caius le ahorró un matrimonio inconveniente, sólo que, después, Traian se casó con Ortansa, ¡que tampoco era precisamente una santa! ¡Y encima era una esnob, lo abandonó por el soso aquel de Barnaby y se llevó a Inglaterra al pobre Rafael! ¡Traian se consoló con una estadounidense fea, pelirroja y con dientes de caballo, que fue su perdición! ¡Traian era un chico delicado, pero las damas no le trajeron buena suerte!

Sonreía satisfecho porque a él las damas sí que le habían traído suerte. Había dejado en su país a una desconsolada que se consideraba su esposa, se había marchado con otra, igualmente vieja, y en Alemania, aunque su rostro se había abotargado y había engordado, había conocido a Sabinne, trabajadora, graciosa y veinticinco años más joven, que lo mimaba, llena de respeto por su erudición.

Por lo que contaba Biță, Caius y Traian habían discutido también por cuestiones políticas.

—¿Por qué iba a encontrarlo la victoria de los Aliados en el bando de Hitler?—le dijo Traian a Lizica, la esposa de Caius, que intercedía una y otra vez ante su primo, Mihai Antonescu, para que colocara a su marido como secretario en el Ministerio del Exterior.

—¿La victoria de los Aliados?

La extensa familia Branea y sus invitados se echaron a reír. Se rieron y se rieron, con una risa cada vez más forzada, hasta que, después de Stalingrado, se empezó a oír el rugido de los tanques rusos acercándose a lo que quedaba de la Gran Rumanía después del Arbitraje de Viena.

—Traian sabía gracias a sus judíos que los estadounidenses iban a sacar a los rusos de la mierda, ¡ellos los armaron!—farfulló, disgustado, Biță.

También él desaprobaba las relaciones de Traian con el mundo judío, afirmaba que había puesto a todos en peligro por salvar a unos amigos durante la Rebelión. Tal vez sea tan sólo una leyenda de después de la guerra, cuando muchos intentaban limpiar sus dosieres presentándose como salvadores de judíos, al igual que los falsos disidentes tras la supuesta revolución.

—¿Qué vas a hacer después de almorzar con el abogado? ¿En serio quieres ir a la casa del barrio antiguo?—me pregunta, en tono de reproche, Sultana.

Sabe que he estado buscando las escrituras de la villa de Domnița Ralu, pero no entiende por qué.

—¿Crees que merece la pena tomarse tantas molestias? Pasamos un día por allí y estaba hecha una ruina—afirma agitando dubitativa la cabeza.

No le puedo decir lo que se me ha metido entre ceja y ceja: que esa villa es un punto crucial en el mapa de la familia Branea, de ella partió Caius hacia el torturado final de su vida, allí empecé mi historia de amor y traición. Pero me reprimo en el último momento e invoco el argumento pragmático.

—¡A pesar de lo ruinosa que esté, el terreno es supercéntrico, vale un montón de dinero!

—¡Mira, igual ganas algo! ¡Aquí está!—responde bruscamente apaciguadora.

Gira la taza y me la enseña.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Hay algún problema?

He recordado de repente las reservas de Macovei y he sentido miedo a que nos encontremos con alguna sorpresa desagradable. También Junior hablaba con evasivas ayer por la tarde.

—Ya veremos, Letiția, si no surge algo en el último momento. Pero, en fin, es mejor que lo comentemos cara a cara cuando nos veamos mañana.

¡Esto después de alabar al nuevo abogado, que le aseguró que el juicio por lo de Caius no iba a presentar problemas!

Junior tiene también otra herencia de su padre: la paranoia. La obsesión de que lo vigilan, de que tiene el teléfono pinchado. ¡Como si los securistas de hoy en día no tuvieran nada mejor que hacer que ocuparse de él, el ombligo del mundo! ¡Eso si no lo investigan por algún negocio sucio! Daniel no desaprovechó la oportunidad de dejarlo caer cuando me trajo del aeropuerto:

—¡No voy a contarte los chanchullos de tu hermanastro cuando era un director de tres al cuarto en el Fondo de Privatizaciones del Estado! ¡Se cobraban unas comisiones suculentas en la venta de cada fábrica, él estaba también en la trama y, créeme, algunas fábricas no deberían haber salido al mercado!

Su voz beligerante iba bajando el tono, sujetaba con una mano el volante y con la otra consultaba los SMS en el teléfono, así que me callé por miedo a tener un accidente. Tal vez él y mi hermano se lleven a matar, ¡en la Rumanía de hoy en día todo el mundo está a la gresca con todo el mundo! Porque, si así fuera, ¿por qué se queja mi hermano de falta de dinero? Su madre, Floricica, afirma que tiene que pagar créditos en euros, que su mujer lo ha machacado en el divorcio, le ha arrebatado las empresas que iban bien y le ha dejado sólo las piltrafas, y a su hija, que es, de hecho, sólo de su mujer, fruto de su primer matrimonio, la ha enviado a estudiar Ciencias Económicas a Londres y le cuesta una fortuna a Junior.

Aprovecho el momento en que Sultana está con la mirada clavada en su taza para echar un vistazo al reloj, son más de las once. Sigue inmóvil en su silla plegable y tengo la sensación de que también ella está preocupada por algo.

—¿Andas bien de dinero?—pregunto tímidamente.

Se encoge de hombros, preocupada, como si no le gustara lo que ve en las paredes manchadas de posos de café, ¡tonterías!, deja la taza en la mesita de cristal y busca mis ojos con una mirada insegura, ¿me lo cuenta o no me lo cuenta?

—Ha llamado Claudia—susurra.

—¿Claudia? ¿Ha sido ella?—pregunto como una tonta.

—Claro que ha sido ella, ¿quién si no?—se enfada.

¡Así que ésa ha sido la llamada de esta mañana, la primera o la segunda, la que he confundido con la alarma del despertador! Pero en Estados Unidos era noche cerrada, siete u ocho horas de diferencia, ¿por qué una llamada tan urgente? ¿Y por qué no me lo ha dicho hasta ahora? ¿Por culpa de Tincuța, que se ha pegado

a mí como una lapa?

—¡Qué bien! ¿Qué tal está? ¿Va a defender la tesis?—me apresuro a preguntar con una voz que me suena falsa.

Su rostro se ha ensombrecido, arrugado de repente, no he acertado tampoco con esta pregunta.

—No, bueno, sí… La tesis está casi terminada, me imagino… De hecho, no hemos hablado de la tesis, porque allí no es como aquí.

—Entonces ¿va a tomarse unas vacaciones? ¿Va a venir?

Justo cuando digo eso, recuerdo que, al salir de la ducha, la he oído preguntar al teléfono:

—Pero ¿tú estás bien? Dime, ¿tú estás bien?

Imagínate que aparece Claudia un día de éstos, mientras estoy yo aquí, y debo cederle a toda prisa su habitación y buscarme un hotel, ¡de un día para otro tendría un precio astronómico! El regreso lo tengo dentro de diez días, la penalización por cambiar de billete sería más barata que el hotel, pero ¿qué hago con el nuevo abogado de Junior? Y el circo de Sultana, no, por favor, no te vayas, y los morros de Claudia, que si ya dormirá ella en el *living*, ¡ay, no! ¡Incluso la idea de darme de bruces con ella por la mañana me resulta inaceptable!

—La caza de becas de Claudia no se debe a que le pasó lo de la mineriada, sino a que tomó como modelo a Claudiu, que no quiso vivir como todos los demás.

Se lo repito a Petru una y otra vez para mortificarle con la idea de que no ha sido él su único mentor.

A su edad, yo lamentaba no haber conocido a mis abuelos, que habían disfrutado de la vida en libertad de antes de la guerra.

Para Claudia, en cambio, para estas generaciones jóvenes, haber vivido el comunismo es una mancha vergonzosa: hemos vivido en un mundo feo y hemos salido de él enfermos, con secuelas y bubas. Han asumido lo que afirman los ensayistas de moda, pocas ideas y mucha retórica, como dice Petru.

—Entiendo que los jóvenes nos ignoren. ¡No es agradable mirar los cuerpos degradados por la vejez! ¡Nosotros tenemos la ventaja de que se nos ha deteriorado la vista y no distinguimos bien el desastre biológico! ¡Pero, al margen de cómo me vea un ojo joven, no acepto que mi vida sea contemplada de manera distinta a la suya!—me quejé ayer, en casa de los Morar.

Sultana defiende a su hija, dice que ha construido su identidad en oposición a la de sus padres, psicologismos de ésos. ¡El colmo es que Aurelian me dio la razón!

—Los jóvenes de hoy están tan obsesionados por su carrera como lo estábamos nosotros. ¡Muchos hacen concesiones, como nosotros, que caminábamos por la cuerda floja para que la vida nos fuera un poco mejor, pero sin pringarnos demasiado! Teníamos también la excusa de que el mundo comunista parecía destinado a perdurar más allá de nuestras vidas. Nosotros fuimos trepas, oportunistas, ellos son tan sólo adaptables, pragmáticos, bailan al ritmo de su época. Persiguen contactos, trabajos, becas y, si eres importante, te abruman con su atención, pero ¡si no les resultas útil, te olvidan al instante! ¡Su mundo, su dinero! ¡Y así ocurre en todas partes! ¡Si no eres joven, no vales nada!

¡El pobre Aurelian se acaba de despertar al mundo de hoy, que es completamente distinto a como lo soñaba en el noventa! Bolsas en los ojos, pelo canoso, una calvicie en la coronilla, dientes nuevos, de porcelana, mezclados con los viejos, amarilleados, la bata delgada ondeando sobre su cuerpo enjuto. Un pobre pollito anciano, desplumado. ¿Por qué habrá rematado mis pensamientos, mientras se servía dos cucharitas y media de azúcar moreno en la tacita de expreso?

Entretanto Sultana me miraba con complicidad, ¿ves lo herido que está desde que lo echaron del Foro y lo abandonaron sus amigos? Ciertamente, parece haber menguado. Tal vez porque ha perdido ese caminar orgulloso que consiguió con la libertad, tal vez porque le duele la rodilla. ¡Ay, qué ufano se dirigía cada mañana al coche del Foro que lo esperaba en la Alameda de los Tilos! ¡Y tenía una *Weltanschauung* completamente distinta!

Quería preguntarle cuándo viene Claudia para que no me avise, siguiendo su costumbre, en el último momento, pero se precipita a abrirle la puerta a Tincuța, que se ha presentado en el balcón con su artillería pesada—el aspirador, el plumero—y con su verborrea:

—¡Ha venido otra vez sin su marido, doña Letiția! ¿Es que no quiere traérnoslo de visita?

¡Su artimaña de siempre para verificar si es que tengo un marido de verdad, porque no voy a ninguna parte con él! ¡A mí me conviene que Petru no quiera frecuentar a rumanos, tal vez podría averiguar algo sobre Sorin o sobre otros hombres de mi vida! Tampoco me gustaría que me tuviera encerrada en casa con él, como hace en Neuvy. Pero me molesta que me hagan esa pregunta una y otra vez, incluso aunque sea de manera hipócritamente amable: «¿No se ha planteado nunca Petru volver a su país?», o de manera agresiva: «¿Es que tu marido espera que lo reciban con la alfombra roja?».

¡Cómo se atreven a lanzarme semejantes idioteces!

«¿Por qué me habla en ese tono?—les respondo con acritud—. Petru Arcan ha hecho mucho por este país, ¡es el único rumano que resultó herido en el atentado a Europa Libre! ¿No ha oído hablar de Carlos, el Chacal? ¡Ilich Ramírez Sánchez! ¡Un terrorista profesional, la policía francesa y la alemana lo buscaron durante treinta años! ¿Qué hacía usted en 1981? ¡Ah, por eso no lo conoce! Ceauşescu ordenó ese atentado para hacer saltar por los aires la sección rumana de Europa Libre, ¿cómo que por qué? Era una emisora de radio que le contaba a la gente cosas distintas a las que se veían obligados a escuchar, y entonces la Securitate contrató a Carlos el Chacal. Le pagaron un millón de dólares, dentro de una bolsa, como a sus políticos hoy en día, ja, ja, ja. ¡Pasaportes falsos, explosivos, armas!… Carlos quería poner la bomba en el *Monitoring*, donde trabajaba mi marido, pero entretanto fue trasladada allí la sección checa. Por desgracia, él se había acercado a comprobar una información sobre Václav Havel, bla, bla, bla…».

Suena a propaganda, de acuerdo, pero ¿acaso estoy mintiendo? No entro en los detalles del atentado, porque la bomba no la puso Carlos, sino Steve, Steve Weinrich, junto con Erik, es decir, Luc Edgar Groven, y Bruno Bréguet, ¡ahora, eso a la gente le da igual de todas formas! ¡Y a mí sólo me interesa porque fue una desgracia para Petru! No hay nada glorioso en ser la víctima de un terrorista, estar en el *wrong time*, en el *wrong place*, ¿no merecería una alfombra roja sólo por eso? Pero ¿quién se la va a poner?

Cuando era aún uno de los consejeros del presidente, Daniel incluyó también a Petru entre los colaboradores de Europa Libre a los que Emil Constantinescu iba a conceder la Orden de la Estrella de Rumanía. Fue una intriga típicamente rumana, cada consejero con sus propuestas, los nuevos securistas decían que Petru Arcan había sido tan sólo un colaborador temporal, ¿quién había oído hablar de él a excepción de los de la tercera edad, a punto de desaparecer, de los

universitarios y de los radioyentes y de sus antiguos estudiantes, desperdigados por todo el mundo? Resultaría herido en el atentado, es cierto, pero le cuesta caminar y no quedaría bien en la tele, ¿cómo ibas a ponerlo además junto a Monica Lovinescu y Virgil Ierunca?[12] Imagino que le sacarían también algún muerto del armario, Daniel no quiso explicármelo tampoco a mí, cuando apareció con el rabo entre las patas para avisarnos de que no nos preparáramos para ir a Cotroceni:

—¡No te preocupes, Letiția, ya te pondrás el vestido nuevo en la presentación de tu libro! ¡Y espero que no haya sido una gran desilusión para vosotros!

—¿Desilusión? ¿De qué estás hablando? ¿Que no me condecore por luchar contra el comunismo nuestro antiguo secretario de Partido, responsable de la propaganda en la Universidad? ¡Si me invitara, iría tan sólo para rechazar la condecoración!—gritó Petru.

No estoy en absoluto segura de que lo hubiera hecho, pero dejo que se desahogue. ¡Lo conozco bien y sé que se le va la fuerza por la boca! Lo sentí por el pobre Daniel, que lo había intentado y que aguanta siempre las maldades de Petru sobre el «presidente del cambio».

—¡Te habría salido mucho más rentable unirte a Iliescu, ése al menos no se ha olvidado de su gente!—le dice a veces.

A este respecto, tal vez tenga razón. ¡Los de Iliescu se mantienen unidos como una piña, mientras que estos pobres, Aurelian y Sultana, con todos los mítines que han hecho por su Emil y no he oído que les llame siquiera para felicitarles el Año Nuevo! Si se lo dejo caer, tuercen el morro.

—No lo hemos hecho por la persona, lo hemos hecho por…—farfulla Aurelian con la boca pequeña.

Le da vergüenza pronunciar la palabra «democracia» por miedo a que me dé un ataque de risa.

—¡Bueno, Tincuța, se acabaron las preguntas! ¡El marido de la señora Letiția está muy ocupado, no tiene tiempo de viajar!—se apresura a responder Sultana.

Encaramada a la escalera plegable, para limpiar los cristales, Tincuța grita hacia la calle.

—¿Y doña Letiția no tiene también allí cosas que hacer? ¡Claro que tiene! ¡Sólo que le gusta venir por aquí y a él se ve que no!

No me da tiempo a responder porque ya ha pasado a otra cosa:

—¿Y por qué no compra, señora Sultana, esa mopa nueva que anuncian en la tele? ¡Ésa tan espabilada que se mete debajo de los muebles! ¡Es la que quiere la endemoniada de M'ija! ¿Para ponérsela dónde? ¡Igual en la cabeza!

—¡Anda con cuidado, no te vayas a caer!

Enfadada, Sultana cierra de golpe la puerta del balcón y enciende el aire acondicionado.

—¡Petru tiene todos los motivos para sentirse injustamente tratado y para no querer volver a Rumanía, incluso aunque se lo permitiera su salud!

¡Cuántas veces habré oído esta frase! Me la soltó también ayer, pero con mucho más veneno:

—¡Petru maldice Rumanía para no arrepentirse de haberse marchado, porque en el Otro Lado no le ha salido nada bien!

¿Suspira debido a él o a sus pensamientos? Menos mal que no me he apresurado a hacerle la pregunta sobre la llegada de Claudia, el tema parece cerrado. Pero sí que es verdad que al arrogante de Petru no le interesa regresar a su país como un emigrante fracasado: no ha hecho fortuna, ha perdido su carrera académica y ha acabado con unas dolencias que la vejez sólo puede empeorar.

Yo puedo volver una y otra vez porque no tenía sus expectativas, o las de otros, que resultaron ser un chasco. Yo sabía desde el principio que no iba a arrasar en Occidente porque no tenía con qué. ¡Puesto que ya había estropeado mi vida, me fui al menos por ver mundo! No debería decirme algo así, quizá no sea verdad, pero ¿qué le voy a hacer si, a pesar de las terapias, esa idea me asalta una y otra vez? «Menos mal que estoy viva y que soy libre para vivir de otra manera», me digo siempre. Y por eso puedo vivir, sin pretensiones, en ambos mundos.

¿O entre ellos? ¿O en ninguno? Ahí tienes algo en lo que no me apetece nada pensar.

Cometí un error en otra época cuando me quejé a Sultana de que Petru me trataba mal: la amiga con la que te sinceras te juzga con más acritud que los desconocidos, porque conoce tus defectos. Aurelian, por aquel entonces jefe del departamento de Documentación, estaba al corriente de las colecciones de ensayos firmadas por el profesor Stan, pero coordinadas y escritas por Petru y lo tiene todavía hoy en alta estima. Después de 1990, en sus entrevistas menciona siempre al «importante lingüista y periodista de Europa Libre Petru Arcan». Cuando me repite una y otra vez que la depresión de Petru tiene que ver con la morriña por su país, me pregunto si no me estará culpando a mí; ¿se habrá enterado de lo de Sorin? Es cierto que no han dado señales de estar al corriente de mi historia, pero son tan disimulados, sobre todo Sultana…

Sin embargo, si me hubiera presentado anteayer en Otopeni con él, caminando a trancas y barrancas, o en la silla de ruedas, y me hubiera quedado en su casa un mes entero, no habrían sabido dónde meterse. Aurelian incluso me lo ha dicho, con su estilo diplomático.

—Todo un sabio, pero es una persona difícil. ¡Hace falta mucha paciencia con él! Ha tenido mucha suerte contigo, sobre todo desde que sentaste la cabeza. ¿Qué habría hecho, solo e inválido, incluso aunque le dieron algo de dinero? ¡No te pregunto cuánto, no te preocupes, Letiția! Sé que en el Otro Lado la vida es más cara que aquí. Muchos de los que se fueron volverían después de jubilarse, pero los retienen los seguros de salud. Y si él no vino durante los primeros años; a medida que pasa el tiempo, le cuesta cada vez más.

Sólo nos planteamos la posibilidad de regresar en 1990, cuando Harry Fischer fue elegido director del Instituto de Estudios Filológicos e Históricos.

Elegido, es decir, nombrado, dice Petru.

—¡Para que te elijan, hace falta, como antes, que piense en ti un Político Gordo! ¡Harry Fischer vive entregado a su trabajo como un santo, podría haberse marchado a Israel o a cualquier otro lugar del mundo y eligió, nadie entiende por

qué, quedarse aquí, un pobre funcionario en el Edificio, sin familia, solo con sus estudios clásicos! Algún Político Gordo debe de haber calculado que su nombramiento le hará quedar bien con los estadounidenses, ¡ya ves, se ha acabado la política antisemita de Ceauşescu y, con él como director, el Instituto encontrará más fácilmente financiación al otro lado del Atlántico!

Un pensamiento primitivo, pero no hay que descartar que ese Político Gordo hiciera sus cálculos tal y como se imagina Petru. «¡Al menos eligió a alguien instruido!», pensé, pero no lo he comentado: en casa de los Morar, si dices algo bueno sobre Iliescu, te conviertes al instante en un estúpido o en alguien sospechoso.

Fui a ver a Harry en cuanto regresé, por primera vez, a Rumanía. Inacabada, la voraz construcción que había engullido una cuarta parte de las casas del Bucarest tradicional estaba vigilada por manadas de perros vagabundos y una cerca blanca bordeaba la inmensa construcción funeraria.

En la prensa se polemizaba sobre qué había que hacer con ella. Algunos querían demolerla, pero era capaz de resistir un terremoto de 9 grados en la escala de Richter. Bucarest quedaría en ruinas y ella seguiría en pie. Otros querían hacer un Museo del Comunismo, pero ¿qué iban a poner dentro? Las estatuas, empezando por la de Lenin, delante del Edificio, habían sido arrojadas en cualquier sitio. Habían desaparecido también los Homenajes—unos libros elegantes, gruesos, dedicados a los dos Ceauşescu—, así como los nombres de los que los habían firmado: útiles para el chantaje, se vendían a cambio de moneda extranjera. Agotada de tanto caminar desde donde me había dejado el taxi, y por el pánico a los perros que se me habían echado encima para atacarme, le reproché a Harry que hubiera trasladado allí su instituto.

—¡A tal instituto, tal director!—me respondió riendo.

Se veía escuchimizado en el suntuoso sillón de cuero ajado. Tenía a su lado un calentador para atemperar el aire de la inmensa estancia, fría, de techo bajo.

—¡Estoy segura de que tus subalternos te odian! ¡Los has arrastrado a una carcasa más horrible todavía que el Edificio!—le solté.

Se rio mansamente, había adquirido otro aplomo con su nuevo cargo y pasaba por alto las objeciones como si no las hubiera oído. Había querido escapar del Edificio, lleno de recuerdos tóxicos, se justificó. Como todo el mundo en ese país, quería hacer lo que no se había hecho hasta entonces porque no existían ya las trabas de la época comunista, no se le pasaba por la cabeza, sin embargo, que habían aparecido otras. Tampoco antes, pendiente siempre de sus traducciones de Eurípides, se mostraba demasiado empático, pero ahora, convencido al igual que los Morar de que participaba en la creación del mundo, no se fijaba ya en su interlocutor. No se daba cuenta de que me aburrían los detalles sobre el *Tratado exhaustivo de Rumanía* que había planeado para sustituir al que la censura fundió en otra época. Necesitaba financiación, me repetía una y otra vez, por eso se marchaba tarde, de noche, muchas veces en el tranvía. Seguía siendo un hombre modesto y eso iba a salirle caro…

Además de dinero, necesitaba colaboradores e intentaba traer de vuelta a los que

se habían ido; el nombre de Petru se encontraba en su lista, junto al teléfono. Lo apreciaba, pero había conservado también su debilidad por mí, la percibí en su mirada: «¡Qué bien estás, sigues siendo muy guapa!».

A las visitas que me hizo en otra época a mi buhardilla de la periferia de la ciudad no hizo alusión alguna. También él me aconsejó entonces que me fuera con Petru. ¿Para comprobar si seguía unida a él? ¿Porque era una *shiksa*? ¿Porque era un solterón empedernido, obsesionado con el trabajo, y no quería complicarse la vida con una mujer difícil como yo, ocupada—¿suponía él?—con sus propios proyectos literarios? Porque yo le gustaba, éramos amigos, pero ¿sólo eso? ¿Porque tal vez no era yo la única con quien se veía?

Nunca he hecho las preguntas a su debido tiempo, por eso no sé muy bien qué he vivido. Su propuesta de que volviéramos a Rumanía estaba, en cambio, bien pensada: Petru podría trabajar en casa y en la biblioteca. Harry había obtenido, para sus empleados, una parte de los nuevos bloques cercanos, que estaban vacíos, listos para los acólitos de Ceauşescu. No me gustaba el barrio, pero el hecho de que todos los edificios de la zona resistieran un terremoto de 8,5 grados de la escala Richter me pareció tentador: estaba traumatizada por el de la tarde de mi separación de Sorin. Harry añadió, en un tono ambiguo, que me contrataría también a mí si no encontraba nada mejor, gracias, no, le respondí de inmediato.

—¿Por qué no regresáis? ¡No tenéis niños en edad escolar, el motivo que alegan los que me han rechazado!—concluyó finalmente sin darse cuenta de que había metido la pata.

Pero me alegró escuchar sus palabras, su desenvoltura era la prueba de que no estaba al tanto de mi aventura, así que ésta no había recorrido todo Bucarest, como pensaba yo. Más adelante me di cuenta de que incluso si se había enterado, como tenía la cabeza plagada de sus propias obsesiones, la había olvidado ya.

Por una parte, deseaba regresar; por otra, me daba miedo. El cambio de Rumanía me había pillado, como a todo el mundo, por sorpresa. Había descubierto, sin embargo, con un poco de orgullo, que podía apañármelas en la vida práctica de un mundo distinto. Al principio trabajé donde y en lo que pude: cuidadora de ancianos, asistenta de noche… Pero no acepté limpiar casas, el primer oficio que se les ofrece a los emigrantes pobres; además, no soy buena en eso. Durante mucho tiempo me sentía feliz por vivir en una ciudad tan bonita como Múnich, aprendí a moverme por ella con la ayuda de Frau Poldi; al principio, cuando eres timorato y desvalido, te viene muy bien tener un mentor. Y Petru era un verdadero *back-up*, por utilizar el ruminglés de Daniel. Cuando obtuve el título alemán de fisioterapeuta y el permiso de trabajo, mis ingresos eran inferiores a los de mis compañeras alemanas, también principiantes. Si no hubiera estado con Petru, no habría podido vivir de mi dinero.

En mi nuevo trabajo es importante poder comunicarte: los pacientes de cierta edad sufren de ansiedad; hablaba con ellos durante el tratamiento con láser y en los ejercicios. Tenía paciencia para escucharlos, incluso aunque no entendiera todo lo que me decían; mi alemán era primitivo, había estudiado un poco en mi liceo de provincias, con un extraño señor Emil. Había estado en la cárcel como

prisionero político y había sobrevivido a duras penas hasta que mi tío Ion lo ayudó a reintegrarse en la enseñanza. Gracias a Dios se casó con una compañera y no venía ya a clase con la ropa arrugada y manchas en los pantalones. En sus clases, los más gamberros jugaban al fútbol con botones, saltaban en los pupitres, montaban un escándalo tremendo. Una pena, porque el señor Emil era un pozo de sabiduría. Se parecía a los viejos del Partido Campesino que aparecieron después de 1990, como Coposu o Diaconescu, que sabían hacer política, pero ¿para qué servían? Habían estado demasiado tiempo encerrados, estaban desfasados, no les hacía caso la gente que saltaba con Iliescu como saltaban mis compañeros en los pupitres. Cuando el señor Emil, el único amigo de mi tío Ion que entraba en casa, dio clases en mi liceo, por pena, por vergüenza, me puse manos a la obra y aprendí un poco de alemán que me vino muy bien más adelante, en mi nuevo trabajo. Coleccionaba en mi mente las historias de mis pacientes, pero no tenía ya energía suficiente como para escribir, en casa tenía que estar con Petru.

En Bucarest podría empezar una nueva vida, pensé, con ansiedad, después de visitar a Harry. Me acuciaba asimismo Junior para que buscáramos los papeles en los archivos y contratáramos un abogado de cara a recuperar la herencia.

Y Europa Libre se preparaba también para el cambio. Los oyentes apasionados de la emisora no se esperaban que, después de ganar la Guerra Fría, los periodistas de la propaganda anticomunista fueran, poco a poco, despedidos: ¡a rey muerto, rey puesto! Sin embargo, Petru se olió por dónde iban los tiros, así que, cuando se planteó el problema del traslado a Praga, eligió jubilarse.

—¡Sería mejor ir a Bucarest y seguir siendo corresponsal desde allí!—le chinchaba yo.

Pero no estaba segura de que la Seguridad Social y su pensión se pudieran transferir y había una diferencia abismal respecto a la forma como son tratados los minusválidos en Rumanía y en Alemania.

Petru había empezado, sin embargo, a ceder, cuando llegó la noticia de la muerte de Harry.

Un día que salió tarde del Instituto, como de costumbre, decidió pasar por la plaza de la Universidad para ver cómo estaba aquello. Gente joven, canciones… Le gustó el ambiente; le gustó menos lo de las velas y las genuflexiones, que le recordaban a los legionarios. Sin embargo, se reencontró con sus colegas: algunos se habían exiliado y habían regresado ya; otros venían de provincias. Para encontrarse con ellos de nuevo, volvió varias veces aquella primavera. Una arquitecta joven, hija de una compañera, le puso en la gabardina un cartoncito con un dibujo gracioso: GOLFO DIRECTOR. Contento, Harry lo conservó prendido sin darse cuenta de que, en el Instituto, la mayoría de los empleados, hostiles a la plaza de la Universidad, lo miraban mal, ¡mira, hasta Fischer ha perdido el juicio!

Entretanto llegó el otoño, era mediados de octubre. Aunque hacía frío, vestía todavía, con un forro de piel, el impermeable en el que seguía prendido el cartoncito de GOLFO DIRECTOR. Sus mejillas regordetas, de niño, estaban

coloradas, tenía una alergia que se agudizaba con el frío. Y volvía a casa, siempre tarde, en tranvía.

—¿Sabes qué debería poner en tu cartoncito? ¡GOLFO IMBÉCIL!

El tipo era dos veces más grande que Harry. Había subido tras él, junto con otros dos más menudos y morenos, pero Harry no había reparado en ellos, se había puesto las gafas y había leído durante todo el trayecto. El más alto escupió a un lado, sobre las barras sucias del tranvía, y alargó la mano para quitarle el maletín.

—¿Qué cojones llevas en esta cartera tan cargada? ¿Tienes dólares?

El puñetazo lo aturdió, sintió la sangre en la boca. Sólo quedaba en el tranvía una viejecita que, al oír el escándalo, se encogió todavía más en su asiento.

—¡Suelta el maletín, canalla! Suéltalo, ¿no me estás oyendo?

Sus manos sujetaban todavía la cartera con el proyecto del *Tratado*, pero sintió un dolor terrible en el pecho y su rostro se llenó de sangre, se ahogaba.

—¡Se te ha salido la dentadura, pedazo de golfo imbécil! ¡Deja de gruñir!

Le quitaron la cartera y saltaron en marcha antes de la última parada. Cuando la abrieron, las galeradas del *Tratado*, reescrito después de ser fundido en la época en que éramos colegas, con la escritura menuda, ordenada de Harry, con correcciones en los márgenes, salieron volando por todas partes. Pisotearon, maldiciendo, las hojas manchadas de barro. A la viejecita hundida en su asiento y a Harry, caído boca abajo en el suelo cubierto de sangre, los encontró el conductor cuando metió el tranvía en las cocheras.

Así me imagino la muerte de mi amigo Harry, después de encajar las versiones que oí. Se produjo un cierto revuelo en la comunidad científica, pero enseguida se olvidó. Harry fue enterrado en el cementerio judío de Bellu. En mi siguiente visita a Bucarest, lo encontré junto a un tal Samuel Fischer, muerto en enero de 1941.

Los periódicos de la oposición incluyeron a Harry Fischer entre las víctimas de la mineriada del 13 al 15 de junio, porque en su impermeable manchado de barro y sangre seguía prendido el dibujo del golfo director. En los tabloides hablaban de un intento de robo. En *La realidad judía* fue analizado como un crimen antisemita y el agresor debió de gritar «golfo judío». La policía cerró el caso y optó por el intento de robo: en los años noventa, la violencia y la sangre estaban a la orden del día.

—¡Mira a qué país querías arrastrarme de vuelta!—me reprochó Petru.

Pero la idea de marcharme de Alemania no me abandonaba, no encontraba ya mi sitio aquí después de la muerte de Frau Poldi. No tenía ninguna posibilidad de abrir mi propia consulta y Múnich era una ciudad demasiado cara para nosotros. Petru estaba enamorado de Bretaña, de Tours, y a la policía francesa le interesaba su versión del atentado. Pero no encontraron pruebas suficientes, el general Pleşiţa moriría en un asilo de lujo en Cluj—el Proiect Theodora—sin confesar nada. A Carlos lo detuvieron los franceses en África y lo condenaron a cadena perpetua.

Con la indemnización recibida por el atentado compramos nuestra primera

casa, en Allée des Tilleuls, junto a la iglesia románica de 1050, reconstruida en estilo gótico al cabo de doscientos cincuenta años. Si incluso las iglesias cambian de identidad, ¿por qué no vamos a hacerlo nosotros?
Pero a partir de entonces nadie volvió a llamar a Petru.

—¿Quién quieres que me contrate? ¿Esos que se aferran con uñas y dientes a las poltronas liberadas por la mascarada de la revolución? Los primeros, los que desembarcaron al principio, se han buscado unos sitios más calentitos, y su lugar lo han ocupado inútiles de todo pelaje. ¿Quién va a pensar en mí?—grita y, durante horas y horas, no consigo calmarlo.

Ahora sé que no es tan avispado como afirmaban sus colegas Dănuț Iliescu y Seriozha Sârbu en nuestras primeras vacaciones en Mamaia: no se habían dado cuenta de que yo estaba oyéndolos decir que Petru le hacía la pelota al profesor. Y, cuando me encontró afligida en la ventana, con los ojos clavados en el mar grisáceo, él me confesó que, efectivamente, había sido su negro.

—¡Qué sabrás tú de lo que pasa en el mundo!—me susurró, acariciándome el pelo. Me consoló que, al menos, no siguiera el camino de mi tío Ion, cuyo nombre iba borrándose de la cruz de madera.

—Durante el feudalismo comunista, el profesor apreció mi lealtad y mi dedicación—acostumbra a repetir incluso ahora—. La sociedad rumana no abandonó el feudalismo ni en el período de entreguerras, ni con el comunismo, ni lo ha hecho hoy en día. ¡La familia, el clan, el señor feudal y los vasallos! ¡Los profesores elegían a los estudiantes que escribirían los libros que ellos firmaban! Los firmaba incluso su amante, pero te sentías muy satisfecho al verte ahí, aunque te hubieras llevado la parte dura. ¡Mira, Letiția, ahí tienes un tema para tus novelas! ¿O no se lleva ya la novela social?, se burla. Cuando habla sobre mi escritura, se muestra siempre irónico.

Quizá, aunque no lo reconozca, espere todavía una invitación para ir a Rumanía. Pero yo, que vengo aquí con frecuencia, sé que nunca lo invitará nadie. Sus colegas ya se han jubilado ¿y con quién ha mantenido contacto? La respuesta es «con nadie». Algún antiguo estudiante, convertido en alguien importante, podría tal vez invitarlo a alguna conferencia si recibiera él algún beneficio a cambio. Pero ¿qué puede ofrecer Petru ahora? Nada. El engreído de Petru no ha tenido inteligencia social, pero lo he comprendido sólo al final: no se aceptan más apuestas y eso se llama «destino». Aparte de su invalidez, tal vez no sea la nostalgia por su país lo que lo corroe, sino la idea de que podría seguir escribiendo, pero ¿para quién? En Rumanía está tan olvidado como si no hubiera existido. Y en Francia los especialistas se respaldan y se pelean, pero entre ellos. ¡El que viene de fuera tiene que ser muy bueno y obligatoriamente joven!

En los años cincuenta, el mundo se puso patas arriba de manera brutal y el tío Ion se convirtió en un marginado, en un *clochard* intelectual. «¿Sabes tú lo que significa tenerlos en la cabeza y guardarlos sólo para ti?», me respondió cuando le reproché que le había cedido a otro, bien situado políticamente, los trabajos que él mismo había realizado.

Varias décadas después, el mundo se puso patas arriba de nuevo y, por mucho

que peleara Petru el vencedor, también él se convirtió en un hombre del comunismo, un *clochard* intelectual. Tomó un camino equivocado incluso cuando pensó que se encaminaba hacia la victoria.

Pero no sólo por culpa de su edad y de su partida está acabada la carrera de Petru. Dănuț Iliescu, su antiguo rival en la cátedra, tenía un dosier familiar deplorable, con un padre preso político. Más adelante repetiría en sus entrevistas que, como hiciera A. J. Greimas, él se metió en la lingüística y el estructuralismo para escapar de la politización obligatoria de otras disciplinas.

—Pero Dănuț se casó siendo estudiante con quien debía—farfullaba Petru cuando me echaba en cara los años de prisión de los hermanos Branea.

Y, es cierto, su suegra, la secretaria del rector, lo «nutrió», gracias a sus frecuentes viajes «afuera», con todas las novedades de Todorov, Genette, Hjemslev, Barthes, que Petru anhelaba, pero que conseguía, si es que las conseguía y sólo durante unos días, de su profesor Stan. Petru y Dănuț compitieron en los *Cahiers de linguistique théorique et appliquée* o en la *Revue roumaine de linguistique* y en el cortejo a Roman Jakobson cuando éste hacía una visita relámpago a Rumanía. Bien educado, destacado *causeur*, con sentido del humor, Dănuț se ganó las simpatías de Jakobson y fue el único que recibió la invitación para el simposio de la Asociación Internacional de Semiótica en Varsovia. Tras la partida de Jakobson a Estados Unidos, siguió con la «gramática de la poesía», pero se familiarizó también con la estilística morfológica alemana, de tal manera que más adelante pudo enfrentarse airosamente a la competitividad de Occidente. La inteligencia, incluida la social, le fue muy útil también allí.

El chismorreo no forma parte de los pecados de Petru porque está muy centrado en sí mismo: incluso aunque se enrabietó cuando Dănuț fue enviado a Alemania, reconocía siempre que su rival estaba muy bien preparado. Pero eso fue lo que le decidió a partir sin haber organizado nada en el Otro Lado, así que todo le salió mal.

En cambio, cuando el Estado rumano conminó a Dănuț Iliescu a que regresara, éste se había hecho ya un nombre en el campo de la semiótica, había acumulado estudios y contactos, y el decano alemán le ofreció un puesto. Al percibir por dónde soplaba el viento, Dănuț Iliescu se había alejado del estructuralismo y se había acercado a la Escuela de Fráncfort, recurriendo al marxismo que lo había asfixiado en su juventud. Contó siempre con el apoyo de Dana, cuya elegancia y tacto compensan su falta de atractivo.

Catedrático, presidente de sociedades científicas, etcétera, lo reciben ahora con gran pompa cuando viene a Rumanía para aceptar un nuevo título de *doctor honoris causa* de alguna otra comunidad científica disfrazada con trajes medievales de terciopelo rojo y negro. Al escuchar por enésima vez el himno académico, se alegra, *Gaudeamus igitur*, por la revancha de su juventud pobre y estudiosa, carente de alegrías, cuando recordaba, a cada instante, que *Vita nostra brevis est | Brevi finietur*.

Al parecer eso mismo hacía Traian Manu, una especie de tío de Daniel, un gran erudito que pasó una temporada en Rumanía hacia la mitad de la década de los

ochenta. Sin embargo, murió a edad temprana, camino de Italia; dicen que lo asesinó la Securitate, ¿será verdad? Petru no acaba de creérselo, aunque la emisora estadounidense dejó la noticia envuelta en una cierta ambigüedad: normal, ésa era la línea.

Dănuț Iliescu fue prudente, sólo volvió a su país cuando estaba convencido de que no corría peligro.

Otra vez el móvil de Sultana. «¡Esta Alina!», refunfuña, pero me lanza una mirada suplicante.

—¡Vamos, contesta!—hago un gesto de desgana con la mano y ella se retira a otra parte con el teléfono pegado a la oreja.

—¡Sólo te pedí que tuvieras un poco de paciencia, qué diantre!—suelta.

Pero luego no dice nada, sólo escucha, escucha, escucha. Y yo me impaciento, miro el reloj, calculo, me daría tiempo a llegar a la casa de Domnița Ralu sin tener que restregarme con gente en los autobuses abarrotados.

—¿Para cuándo has pedido el taxi?—pero ella no me oye.

—¿Estás segura? ¿De verdad que estás segura? ¿No vas a hacer dos? ¿Ya has hecho tres?… ¿Lo ves? ¿Cuántas veces te he dicho yo que tuvieras paciencia? ¿Lo ves?—grita. Y luego a mí: ¡Ha dado positivo! ¡El test! ¡El test de Alina!

Se ha calmado de repente, es el grito de victoria después de un combate duro y prolongado.

—Se ha hecho tres y no se puede creer que sea positivo. ¡Por eso me ha llamado tan temprano! Daniel le había pedido que no dijera nada hasta que le asegurara el ginecólogo que se siente el embarazo con la mano, hasta que se vea el feto en el ecógrafo, ¡pero no aguantaba más! ¡Ni a su madre ni a su suegra, a mí, que la he apoyado durante todos estos años, a mí quería contármelo! No puedes imaginarte cómo está, ¡lloraba y reía!

Ríe también ella. «Las emociones positivas te rejuvenecen», afirma Aurélie, y, ciertamente, las arrugas cortan con más piedad la piel suave de su rostro. Sultana puede alegrarse por otra persona, algo que yo no consigo por mucho que lo intente.

Aunque a veces me pongan de los nervios, ella y Aurelian son mi verdadera familia, estaría bien no olvidarlo, sobre todo porque, bendito sea Dios, ¡los he molestado bastante! Cuando fui al hospital, la llamé a ella para que alguien estuviera al corriente de lo que me ocurría. Sintió mi desesperación por teléfono y se mostró dispuesta a acompañarme.

—¡Espérame, Letiția, que vamos juntas! ¡Estoy en tu casa en tres cuartos de hora!

—No merece la pena, te llamaré yo desde allí—le dije.

Pero sólo fui capaz de llamarla al cabo de una semana.

Cuando me llevaron de la sala de reanimación a la habitación, estaba todavía aturdida por la anestesia, pero el vientre me abrasaba, era una pura herida. Me di cuenta de que era domingo porque habían acabado las horas de visita y empezaba a oscurecer. El patio estaba lleno de visitantes que se dirigían hacia la puerta con las bolsas de comida vacías y el alma reconfortada por haber visitado al enfermo.

Mis compañeras de habitación habían bajado al comedor apoyándose en las paredes, me había quedado sola. Me volvía a uno y otro lado, no podía ponerme boca abajo, pero tampoco de espaldas, tenía las nalgas acribilladas de pinchazos y había llenado de babas la esquina de la almohada que no paraba de morder, gimiendo. La cabeza me estallaba y sentía náuseas. Lo único que quería era llamar a la enfermera. Me retorcía de dolor cuando la vi en la cama junto a la puerta.

Estaba sentada obediente, tal y como la habían dejado sus padres, sólo balanceaba las piernas, que no rozaban el suelo. Con una niña como ella soñaría las noches siguientes, cuando el dolor se atenuó y pude quedarme dormida llorando a escondidas, con el rostro hundido en la almohada, sin querer saber por qué. Ya no recuerdo cómo era la niña de verdad (no la de mis sueños), sino tan sólo que aguanté, pacientemente, para no asustarla. Pero cuando no pude aguantarme más, le susurré:

—¡Dile a alguien que venga, por favor! Alguien, cualquiera, que venga y que me dé algo para el dolor, ¿entiendes? Que me den algo.

—*Ago*, *ago*—repitió la niña.

Me seguía con la mirada, desorientada y concentrada. No había entendido qué le pedía, pero estaba contenta, como todos los niños pequeños cuando reciben encargos propios de un adulto. Salió corriendo por la puerta gritando:

—¡Papi! ¡Mami! ¡Papi, mami! ¡*Ago*, *ago*!

Y luego la niñita, que no tendría ningún amigo o rival en la familia, ningún hermano ni hermana, porque, junto con el embarazo putrefacto, a su madre le habían extirpado el útero infectado, volvió a sentarse en la cama. «No tendrá hermanos, pero al menos tendrá una madre», pensé. Y, tal vez por ese motivo, o tal vez por culpa del dolor, me eché a llorar.

Dos universitarias, que ingresaron sólo un día antes que yo, se toparon con unos médicos de guardia disciplinados que aplicaron el *Decreto* e informaron a la Fiscalía sobre sus abortos provocados. Puesto que no quisieron confesar cómo se habían provocado la hemorragia, sus cuerpos yacieron en la morgue hasta que interrogaron a sus parientes cuando vinieron a recogerlos para el entierro.

Una mujer de veintisiete años, que tenía dos hijos más en casa, fue golpeada hasta que reconoció que se había provocado el aborto con hojas de geranio; los fiscales tenían que averiguarlo para completar el informe, pero luego la dejaron morir de septicemia. No tenían antibióticos o se los dieron demasiado tarde.

Otras, internadas en el hospital en estado igualmente grave, hablaron a tiempo. Habían salvado la vida y esperaban la sentencia, en la cárcel, junto con los médicos y las enfermeras que les habían practicado el aborto. Acontecimientos como éstos tenían lugar todos los días en la sección de ginecología.

La madre de la niña y yo nacimos con la misma estrella, la de la mala suerte, pero también la de la fortuna. Cuando vieron que la doctora no me denunciaba ante la Fiscalía, los informadores del hospital, confundidos, aplazaron también la denuncia. Debieron de pensar que la doctora tenía un pararrayos político. De lo contrario, ¿cómo había tenido la cara dura de darle un portazo en las narices a la fiscal?

—¡El aborto ha sido espontáneo! ¿Qué demonios es lo que no entiendes? ¡No tienes ningún motivo para abrir un expediente!—le gritó.

Intimidada, la joven fiscal, peinada y vestida como una estudiante rezagada, apretó los labios y se dirigió a la salida. Tras un leve titubeo, los securistas tomaron sus maletines, se echaron las gabardinas idénticas sobre los hombros y salieron tras ella. Yo los observé desde el lecho de la sala de operaciones: no me habían anestesiado aún. Es curioso que, aunque estaba aturdida, la reconoceré al cabo de varias décadas. En su vida cambiarán muchas cosas, pero no su corte de pelo: en los inmensos carteles electorales en los que el Photoshop le había alisado las arrugas, ella conservará todavía su aire de estudiante rezagada.

No acababa de comprender lo que me habían hecho. O tal vez no quería comprenderlo. Tras un primer reconocimiento en la sala de urgencias, me prepararon a toda prisa: los análisis, rápido, menos mal que no has comido nada, ¡vamos, al quirófano, hay que detener la septicemia! Las manos inteligentes de la doctora sajaron en la carne viva y, en lugar de ser trasladadas al ala más alejada del hospital, a la morgue, la madre de la niña y yo, colgadas de tubos y válvulas, nos despertamos juntas en la sala de reanimación. Y luego fuimos compañeras de habitación.

A la madre de la niña la había llevado su marido en coche, diez días antes de que llegara yo. ¿Habría pasado también por el apartamento de Titina? Naturalmente no se lo pregunté. Ella ya hablaba sobre recibir el alta, con su marido, en el pasillo. Por todo lo que me dolía, yo suponía que tendría que quedarme todavía en el hospital y entonces la enfermera me anunció que la doctora me esperaba en su despacho.

—¡Piensa tan sólo que has tenido mucha suerte! ¡No pienses nada más! Has tenido suerte en todo, entiendes lo que te quiero decir, ¿verdad? ¡Menos mal que estoy viva y que soy libre, eso es lo único que tienes que pensar! Cuando estés recuperada del todo, ven para que te explique cómo va lo del tratamiento, tendrás que seguirlo durante toda la vida. ¡Y tienes que hacer ejercicios de gimnasia y de respiración cada mañana!

Antes de empezar a hablar, se había servido una copa de vino dorado, había encendido el mechero y había apoyado en el respaldo de la silla su cabeza de cabello castaño rojizo, un poco ondulado, que le llegaba, con un corte recto, un poco más abajo del lóbulo de la oreja. Inspiró el humo entornando los ojos y las aletas de la nariz temblaron, gesticulaba como en un escenario y se parecía incluso a una actriz de cine: Simone Signoret en *Un lugar en la cumbre*. ¿Habría tenido una guardia complicada? ¿Sería un poco alcohólica, como Alice, el personaje de la película? ¿O habría querido hacer acopio de valor para decirme cómo iba a ser mi existencia a partir de ese momento? A veces susurraba, otras veces alzaba la voz, para los micrófonos seguramente. Tenía un apellido corriente, que averigüé más tarde, pero era la criatura menos convencional que he conocido en mi vida. Tal vez le gustara desafiar las leyes de esa época, tal y como hacían los hijos de los mandamases o los altos funcionarios que habían perdido sus puestos. No los aterrorizados desde pequeños, como yo, por una culpa que no les explicaba nadie

porque no tenía sentido. O tal vez ése fuera su carácter: una mujer madura, guapa y orgullosa, que no quería aceptar el absurdo en el que vivíamos. Cuando acabó de hablar, abrió la ventana de la consulta para que salieran el humo y el olor a alcohol, sacó del cajón del escritorio una lata de café, puso una cucharilla rebosante en una taza, la removió junto con el azúcar hasta que se formó espuma y me la ofreció. Y se preparó también, para ella, otra taza del preciado café.

Me asusté cuando me cogió de la mano, tenía una palma seca y cálida y me miraba a los ojos. «¿Qué me habrá hecho?», me pregunté. Había escuchado, de niña, que a una «la habían vaciado en el hospital, ¡qué desgracia para una mujer!», pero había evitado imaginar qué significaba eso exactamente. No me gustaba pensar en mi cuerpo como si fuera una lámina de anatomía, con los órganos indecentemente expuestos bajo la piel desollada. Así que sólo cuando me dijo: «Te he salvado los ovarios», lo comprendí. ¿Y qué podía hacer? Sólo llorar, por las noches, en la cama de mi habitación, después de que apagaran la luz. Retiré la mano y entrecrucé en el regazo, una con otra, las palmas húmedas: las apreté hasta que se pusieron blancas, para no gritar, para no llorar.

—Te he salvado los ovarios—repitió, susurrando—. Puedes tener una vida sexual normal, y, si quieres hijos, puedes adoptarlos.

«¿Por qué no los adoptas tú?», me dieron ganas de gritar.

Había oído que no estaba casada, pero en la puerta la esperaba pacientemente un hombre alto, de sienes plateadas, con el aire benévolo-distante de un médico. Yo guardaba silencio, furiosa. Pero la furia se volvió contra mí y contra Sorin cuando me susurró, mientras me empujaba suavemente para que avanzara hacia la puerta: «Espero no tener que hacer nunca más lo que he hecho por ti. Era más grande de lo que pensaba… Tenía el sexo formado… Era una niña…».

LA VIDA A TRES

Aurelian se queda a veces varios minutos contemplando las cornejas reunidas en un cónclave graznador sobre el tejado de la casa de enfrente.

—¡Mira! ¡Míralas! ¡Es que es Escher! ¡El dibujo móvil de Escher!—le grita a Sultana cuando, tras una señal que sólo ellas oyen, las cornejas echan a volar y el cielo se oscurece.

Tincuța, en cambio, mantiene una guerra de desgaste con las palomas.

—Doña Sultana, ¿por qué deja las ventanas del balcón abiertas? ¡Se cobijan las gallinas esas sucias y van a traer, que Dios nos ampare, alguna peste! ¡Dígale al señor Marido que no las deje acostumbrarse a estar aquí, que no se van a librar de ellas!

—¡Vais a terminar con una gripe aviar!—la apoyo también yo—. ¡En Francia, las palomas no son bien recibidas, sobre todo porque ensucian los monumentos! ¡Manuela me decía que ha colocado unos pinchos en la balaustrada de su balcón, en un bloque nuevo de Neuilly, y que no tiene ni rastro de pájaros!

—¡Sólo a alguien como Manuela se le podía ocurrir lo de trinchar pájaros con un pincho! ¿Cómo pudo estar el pobre Petru con ella?—se compadece.

—¿Por qué no tenéis un gato? ¿Un perro de apartamento? Así también Aurelian haría ejercicio—sigo en tono severo.

—¿Un gato? ¿Un perro? ¡A nosotros nos gustan los pájaros! ¿Quieres ver los míos? Ahora están haciendo ejercicios de vuelo. —Me ofrece el binóculo.

El invierno se acercaba a su fin cuando, al levantarse para enderezar la espalda agarrotada ante el ordenador, clavó la mirada en dos pájaros que aleteaban en el árbol de enfrente: el único movimiento en el cielo blanco-ceniciento, entre las ramas trazadas con tinta. Dos pájaros carpinteros, pensó, y le pareció ver las manchas blancas del pecho y la cola larga.

Cuando empezó a hablarme de ellos, pensé que había perdido el juicio, pero Petru se mostró más comprensivo.

—Fueron apartados de la política. Por lo demás, ¿qué hacían dos pipiolos como ellos entre los profesionales de ojos azules?[13] Reciben pocas noticias de Claudia, ¿qué otra cosa quieres que les suceda?

También para él era todo un acontecimiento una tarde de *bridge* en casa de los vecinos Georgel o un concierto en el castillo del marqués de Ronquerolles, hasta cuya terraza no podría subir al cabo de un tiempo por la escalera de piedra que se estrechaba cada vez más. Y, a pesar de mi insistencia, Marie-Louise, la presidenta de la asociación cultural de Neuvy, se empeña en celebrar ahí, en verano, sus veladas musicales.

Los mensajes de Sultana entrelazan las noticias sobre Claudia con las de los pájaros: «Hoy ha aparecido un ovillo negro debajo de una rama y me he dado cuenta de que han construido un nido. Le he escrito también a Claudia, tal vez se muestre más locuaz si alabo su pasión ecológica; se enfada cuando le pregunto qué come, que no sólo hay que evitar el Subway y el McDonald's, eso seguro que lo hace. Me ha escrito que va a venir antes de que echen a volar los polluelos, en

cuanto empiecen las vacaciones de los estudiantes».

Al cabo de unos meses, Petru, que mantiene una correspondencia secreta con Claudia, me diría que se había quedado todo el verano sola, en el campus desierto, para completar un trabajo, a la espera de que le asignaran después un curso. ¡Así engatusa también ahora a su madre con su llegada precipitada! ¡Sin embargo, no puede comprar un billete de un día para otro, tendría que rebuscar en internet con meses de antelación, así que puedo estar tranquila! Pero ¿por qué obliga a los Morar a estar con los ojos fijos en el calendario religioso—pegado, cada año, con cinta adhesiva en la puerta de la cocina en el lugar del anterior—, pendientes siempre de ella?

En cuanto a los pájaros, ¡sorpresa! Para escapar de la matraca de Sultana, Aurelian ha venido con el binóculo forrado en nácar con el que su abuela contemplaba el escenario de la ópera desde el palco y los concursos hípicos desde la tribuna del hipódromo. El nido negro era ahora visible en el árbol reverdecido.

—¿Dónde están tus pájaros carpinteros, Sultana? ¡Hay sólo una corneja dando vueltas por ahí!

—¿Una corneja? ¡Imposible!—protesta indignada.

Pero cuando ha tomado el binóculo, ha podido verla, volando sobre el nido de ramitas del que sobresalían las cabezas de los pollos.

—¡No te preocupes, querida, que las cornejas son los pájaros más listos!—la ha consolado él.

—Decídete a operarte de cataratas, Sultănica. —Ése es mi único comentario.
Ha retomado el tema de Alina, hace cálculos, ¿qué signo del zodiaco? ¿Aries? ¿Piscis?

—¿Es cierto eso de que en Occidente la última moda es dar a luz en casa, en tu cama, sólo con una comadrona, y que se te salen los ojos de las órbitas por culpa del dolor, como hace cien años? ¡Aquí todas prefieren la cesárea para que no les duela y para que no se les estropee el bollito!

Gruño que en Francia hay partos naturales, en el agua, con inyecciones epidurales, gimnasia, yoga… cesárea sólo cuando surgen problemas. Camino nerviosa de aquí para allá, pero no me atrevo a cambiar de tema para que no crea que me molesta la idea de tener un hijo. ¿Debo reconocerme siquiera a mí misma que sus gritos me han cortado la respiración, como cuando recibo una mala noticia? Procuro mostrarme contenta, pero, en vez de lograrlo, oigo mi voz: «¡Nunca le he oído a Daniel decir que quiera un hijo! Si hubiera estado tan empeñado, me lo habría dicho».

En mi voz, un resto del orgullo de haber sido su confidente, pero ¿lo sigo siendo?

Un hijo como Daniel me gustaría tener… Haber tenido… Nosotros… Eso es lo que querría decirle cada vez a Petru. Eso es lo que no debo decirle jamás a Petru…

Con el cabello liso bajo una cinta impecable, con sus cuadernos ordenados y su primer premio de la olimpiada nacional, Claudia nunca me ha caído bien, pero su primo, el revoltoso de Daniel, ¡sí! Rebelde con sus padres, y yo, su aliada. ¿A

quién le pedía consejo cuando se metía en líos? Sultana y Aurelian, sus padrinos, sólo tenían ojos para Claudia. ¿Y qué adolescente espabilado habría podido comunicarse con la entrometida de Clementina y el pobre Cornel Izvoreanu? En nuestra casa, en Uranus, encontró refugio el pobre chaval cuando peleaba con su padre, que aspiraba a que ingresara en la Politécnica, no en la facultad de Historia, como quería él. Si se quedaba a dormir, le cedía el sofá del vestíbulo, donde me había refugiado últimamente y dormía, crispada, en una esquina de la cama, para que no pensara Petru que me estaba insinuando. Una vez me desperté cuando acababa de amanecer, Daniel estaba en el baño, donde permaneció un buen rato y salió abochornado, con la sábana mojada debajo del brazo, la había lavado para que yo no reparara en su polución nocturna.

Sus vaqueros rumanos, con rodilleras, y su camisa verde, de nylon, impregnada del olor ácido de transpiración juvenil, mezclado con el de la loción Tarr, asoman al recordar el miedo que me atenazó en Otopeni cuando me marché… a los securistas, al reencuentro con Petru, ¡al desconocido del Otro Lado! Un miedo tan intenso como el de antes de la operación, cuando me pregunté qué estaba yo haciendo allí. ¡Y me entraron ganas de salir corriendo con la mesa a la que me encontraba atada! Pero en el aeropuerto tuve que sonreír al crío que me había acompañado. Él, ni Sultana ni Aurelian, que, impactados por la muerte de Claudiu, no querían exponerse en ninguna circunstancia. «¡No me des las gracias, no sabes cuánto me gusta el aeropuerto! Estoy deseando volver otra vez, cuando venga el novio de la Abu, Traian Manu», me susurró en el taxi.

Daniel no pudo ingresar en la facultad de Historia, convertida, en los años ochenta, en una facultad ideologizada. Pero tampoco Cornel Izvoreanu pudo saborear la victoria, porque la industria rumana se desmoronó después de 1990 y su hijo, un ingeniero recién licenciado, era candidato al paro. Cuando Petru hace chistes sobre el pesado de Aurelian, lo pongo en su sitio:

—¡Será un pesado, pero le ayudó a Daniel a entrar en el instituto de Petculescu! Y, cuando vio que lo apasionaba la política, lo metió en el equipo electoral de Emil: pegar carteles, sondeos electorales, relaciones con la prensa… cuánto entusiasmo malgastó…

—¡Malgastó entusiasmo y se hizo unos contactos de provecho! ¡Ahora es un CEO de los gordos!—lo imita Petru.

Le saco la cara, pero a mí también me molesta haber llegado a recibir lecciones de vida de ese hombre todavía joven, que combate una barriga incipiente con una nutricionista cara y se permite unas vacaciones con las que nosotros no hemos soñado. Cuando lo veo bajar, balanceándose, del Gipan, percibo la complicidad que nos une. Sólo que no tenemos ya demasiado de lo que hablar. No es otra cosa que la inevitable distancia entre generaciones, me digo para aplacar el brote de antipatía del que me avergüenzo yo sola, porque, de hecho, no tengo nada que reprocharle. Al contrario.

¿Me sentiría menos alejada de él si yo no hubiera abandonado entonces el país? Tal vez. De esta manera, me encontré de repente ante otra persona que incluso ha cambiado levemente de nombre.

Pero me obligo a recordar que, cuando no puede venir en persona al aeropuerto, su chofer me espera con el mismo cartel: LETIȚIA-LEILA ARCAȘU ARCAN.

—¡Como si ese gran CEO hiciera gran cosa por ti! ¡Envía al chofer de la multinacional al aeropuerto, como los de la nomenclatura de otra época! ¡Sólo han cambiado de nombre! ¡Ya no es el camarada Director, es el *Deputy Manager*, que en invierno está esquiando en Austria y, en verano, está en la Costa Azul, en Islandia o en Tailandia!—se burla Petru.

Yo intento, sin embargo, aplacar el brote de antipatía, porque no tengo nada que reprocharle a Daniel. Al contrario. Y es el único que me ha prometido llevarme hoy adonde un editor.

—¡Al principio, Daniel no quería oír hablar de hijos, ya sabes cómo son los hombres! Cuando se casan, piensan que se les ha acabado la juventud; cuando aparecen los niños, que se les ha acabado la vida. Sólo más adelante ven que comienza una vida nueva—continúa Sultana en tono cómplice.

¡El pánico en los ojos de Sorin cuando le dije que estaba encinta! Y en la nueva vida que le brindó Dorina. «¿Tendrá hijos?». Miro a Sultana de reojo, «¿se lo pregunto?», titubeo, «mejor no», ella sigue parloteando.

—¡Pero, con el paso del tiempo, Alina lo convenció! Le agobiaba también la presión de alrededor. Cuando, por fin, se sumó al proyecto del hijo, como lo bautizaron en su jerga, descubrieron que tenían un problema.

—Al fin y al cabo, les quedaba la adopción. Hay bastantes críos abandonados en los hospitales…—le respondo.

El niño de cabello rizado, de uno dos años, que correteaba entre nuestras camas:

—Cristi, ¿quieres un caramelo? ¡Ven conmigo, que tengo una cosa rica!

La cara sucia de mocos, unos ojillos brillantes, negros, clavados en la jeringuilla de la mano de la enfermera:

—¿Te pongo una a ti también?

Movía la cabeza, ¡no, no! Y salía corriendo.

—¡Le dan miedo las inyecciones, ya las conoce! ¡Los críos abandonados en los hospitales no se pierden ninguna enfermedad! ¡Cristi lleva un año con nosotros y la policía no ha dado todavía con su madre para que firme la renuncia!

La enfermera estaba de guardia en Nochebuena, cuando lo ingresaron con una fiebre muy alta. Como no sabían cómo se llamaba, lo bautizaron Cristi. La madre se había registrado con un nombre falso y desapareció al cabo de unas horas, en la habitación se había quejado de que tenía varios hijos más en casa. Hasta que los policías encontraran a su madre para que firmara los papeles del orfanato, Cristi se había convertido, como tantos otros, en el niño del hospital. Las autoridades fingían no verlo, los médicos le traían chocolatinas, las enfermeras lo achuchaban o lo ahuyentaban de aquí para allá. ¿Qué habrá sido de él? ¿Qué habrá sido de todos los abandonados después del *Decreto*? ¡No, antes que una vida así, mejor lo que hice yo!

—Supongo que habrá menos que antes de 1989…

Me quedo sin voz y aparto, azorada, la mirada. ¡El primer hijo de Sultana cuando, estudiante de cuarto curso, se lio con un papanatas de segundo, el niño mimado de una madre cascarrabias, esposa de un diplomático! Nosotras, todas, asomadas a la ventana de la residencia, mirando cómo se apeaba de un coche con matrícula CD, recién peinada, con las joyas brillando bajo el sol primaveral, ¡qué suegra había conseguido nuestra Nana!

Con el rostro inmóvil, Sultana abre los ojos de par en par, me mira atenta para ver si ha sido una maldad premeditada o un error.

—¡Eso le decía yo a Alina! ¡Que adoptara! Resulta muy caro asegurarse que no sea gitano, sobre todo cuando quieren un niño de ojos azules. Pero para ellos el dinero no sería un problema. Sin embargo, Daniel empezaba a poner pegas, ¿cómo saber a quién va a parecerse? ¡Es una lotería!

No leo nada en su rostro, ni siquiera le ha temblado la voz cuando me ha respondido. Me quito el sombrero, ¡qué sangre fría tiene!

—Cualquier niño es una lotería—digo con una sonrisa torcida.

¡No me interesa la histeria que ataca a las mujeres sin hijos cuando vislumbran la menopausia en el horizonte! Yo, en cambio, no la he tenido, no debería haberme metido en esa discusión, las dos tenemos nuestras historias ocultas sobre hijos no deseados.

Tincuța se apresura a aprovechar el minuto de silencio.

—¡Ya verá, doña Letiția, la de centros comerciales que nos están haciendo! Carrefour, y Bila, ¡sólo hace falta dinero! ¡Donde solemos ir a recoger flores de saúco no hay más que andamios! ¡Está muy diferente de la última vez que vino!

—¿Qué andas diciendo? ¿Qué iba a hacer allí doña Letiția?—dice Sultana asombrada.

—Le conté que la última vez pasé por su barrio que, en otra época, era también el mío. Me llevó Daniel cuando encargó el Passat en un concesionario de allí—le explico, apurada.

Hace treinta años, el Instituto donde trabajaban Aurelian y Daniel se encontraba en las afueras de Bucarest, junto a un campo amarillo-verdoso de colza. Y el estudio de alquiler, en el que viví hasta que emigré, se encuentra también por esa zona, a dos calles del bloque de Tincuța. Le di a Daniel como referencia el campo de colza y miraba desorientada las obras llenas de barro y los bloques de fachadas sucias, desprendidas, por cuyas ventanas abiertas salían *manele*[14] y gritos. En mi recuerdo olían a revoque fresco, tenían la edad de mis amores con Sorin, pero habían resultado ser tan promiscuos como éstos. Hombres en chancletas, con barrigas prominentes bajo unas camisetas mugrientas y una botella de cerveza en la mano, se apoyaban en las paredes ennegrecidas, junto a los perros callejeros que merodeaban alrededor de ellos. Vi mi vida como en una película ajada, absurda, en la que faltaban partes enteras, y me recorrieron unos escalofríos al pensar que podría haberme quedado allí. Claudia tenía razón al preguntar cuándo iban a terminar esas obras tan fastidiosas.

—¡Aquí no estaba tan sólo nuestro Instituto, Lety! Había también almacenes, y

una fábrica, ¡todo ha acabado reducido a chatarra y vendido fuera! Y con el precio de los terrenos se han comprado Porsches y BMW y Mercedes y villas en el lago de Como y en Montecarlo. ¡No te fijes en mi Passat, que lo compré con el sudor de mi trabajo y el pago de los impuestos al día! También yo estuve aquí tocándome la barriga, pero me olí por dónde iban las cosas y ya sabes lo que me gustaba la política. Cuando se acercaron las elecciones, presenté la dimisión en el instituto de Petculescu y me fui a trabajar *full time* en el equipo de Emil, mi padre no me dirigió la palabra durante casi un año, ¡sobre todo porque tanto él como mi madre votaron a Iliescu-FSN!—rio Daniel.

Me contó también entonces la historia de un terreno enorme, en la zona norte, que el rey Carlos había donado a la facultad de Agronomía, para sus investigaciones, y que un rector vendió a un misterioso ricachón, un antiguo pez gordo comunista que había blanqueado dinero en Estados Unidos y que se había presentado como inversor de la diáspora: franquicias de comida rápida, cadenas hoteleras internacionales, inmuebles de lujo, edificios de embajadas. Puesto que me acuerdo de los chismes inmobiliarios, ayer, al llegar, le pregunté qué más se sabe de ese terreno. Pero tenía prisa por volver a la empresa, ¡no te preocupes, Lety, que ya hablaremos en otro momento! Y Aurelian me respondió, huraño, que no se sabe nada.

—¡Qué rara eres, Letiția! ¡Que vayas precisamente allí y que no nos cuentes nada! ¡Sólo a Tincuța!—insiste, con una mueca ofendida, Sultana.

—No te lo tomes así… Fue por simple curiosidad.

—¡Pero es que no entiendo por qué! ¿Sentías añoranza de lo vivido?

Las comisuras de la boca decepcionada le llegan hasta la barbilla.

—¡Añoranza!—farfullo apurada—. Me imagino que tampoco vosotros habréis olvidado cómo eran las cosas entonces…

Los Morar tampoco entendieron gran cosa cuando vinieron a buscarme al hospital. Estaban convencidos de que había sido un hijo de Petru y, por discreción, no volvieron a sacar el tema. Nuestra herida sin cicatrizar, se imaginan, convencidos de que fuimos castigados porque Petru se marchó sin avisarme y yo, furiosa, me apresuré a abortar. No tienen ni idea de que Petru no sabía qué iba a hacer y me había dejado como su rehén en Rumanía, tal y como él había sido rehén de Manuela. Y yo sólo quería librarme de él, del embarazo y estar con Sorin.

¿Qué sentido tendría estropearles la historia que nos coloca, a Petru y a mí, bajo una luz mejor de la que merecemos? La vida de cada uno no es lo que nos sucede, sino lo que imaginan que nos ha sucedido aquellos que nos rodean.

No fui capaz de darle las gracias a la doctora, a pesar de que tenía motivos. La joven fiscal volvía a aparecer cada día, seguida por los securistas, y unos padres destrozados o un marido desesperado eran interrogados antes de que les dejaran llevarse el cadáver de la morgue, eso, si no eran detenidos ellos mismos. Operaciones como la mía eran coser y cantar.

Tras abandonar el hospital, ocupé la habitación de la anciana señora Morar; Sultana acababa de celebrar la misa conmemorativa de los tres meses. Había

tenido, que Dios me perdone, suerte con su fallecimiento; si los Morar no hubieran dispuesto de una habitación libre, ¿adónde habría ido? Pero ¡qué dura fue la convalecencia en una casa ajena! Me culpaba por lo sucedido, no dormía, no comía, era un esqueleto ambulante, cuando me pasaba la mano por el pelo, sacaba mechones a puñados. No, ésa no era mi vida, me decía cada mañana, esperando a que Aurelian se marchara al Depósito del Libro, a que Sultana llevara a Claudia a la guardería antes de ir a su escuela, para arrastrarme al baño lleno de los olores, indiscretos, de unos cuerpos extraños. Sin los Morar, habría encontrado un instante de locura y valor para poner fin a mis días. ¿O tal vez no?

Coincidió con un momento también difícil para ellos, la gente los evitaba después de la carta que Claudiu había enviado a Europa Libre. Decían de él que era un provocador y, de Aurelian, que lo vigilaban y que, si te acercabas a él, entrabas también tú en el punto de mira de la Securitate. Aurelian se mostraba siempre sombrío, pero, tras los años vividos junto a Petru, yo había aprendido a fingir que no observaba nada. Caminaba de puntillas, convencida de que mi presencia en la casa le fastidiaba.

—¡Déjate de bobadas, Letiția! Aurelian no se ha recuperado aún de la muerte de su madre, era su preferido. ¡Y encima está Bîclişeanu, o como se llame ese que le está minando la moral! ¡Ese que se plantó aquí para preguntarte a ti por Petru, cuándo viene, cómo se marchó, qué operación te has hecho!—intenta tranquilizarme Sultana.

—Tenemos que considerar la posibilidad de que Petru no vuelva—me dijo Aurelian en un determinado momento—. No tienes ninguna posibilidad de quedarte con el apartamento, el contrato estaba a su nombre, y las casas de los tránsfugas que escapan durante un viaje de trabajo pasan a manos de la Securitate. La última vez ya recogimos vuestras pocas cosas de valor, ahora liquidamos los muebles, almacenamos en nuestro trastero los que conserves, el resto lo vendes y sacas un dinerillo.

Gracias a Europa Libre supe lo del futuro Palacio del Pueblo: nuestro barrio, Uranus, con sus casas antiguas y árboles viejos estaba en la zona afectada. Aunque me había quedado en la calle, me consolé por la pérdida del apartamento más fácilmente de lo que se esperaban los Morar. Occidente me curaría del desinterés «comunista» por las cosas, pero entonces quería que se borrara el recuerdo de las habitaciones frías, de techos altos y paredes agrietadas por el terremoto, por las que había vagado esperando que se escurriera toda la sangre junto con el niño del pecado. Ni siquiera me interesaron las reseñas sobre mi libro. Me animé tan sólo con el dinero por la venta de los muebles, me compré una falda y unos pantalones, porque la ropa me quedaba grande.

Pero la casa de Uranus, con el sol rosado poniéndose tras Dealul Spirii, continúa viva en mi mente. Y creo que también en la de Petru.

—¡Debes saber que has tenido suerte! Podrían haberte mandado a cualquier parte —me dijo el jefe de Personal cuando le mostré el papel con el traslado al Depósito del Libro.

El sueldo era de ochocientos veintiséis *lei*, menos que el anterior, pero al menos

trabajaba con Aurelian, que se había erigido en mi protector. Cuando salíamos de allí, yo me sentía agotada y deprimida; él estaba también disgustado, pero intentaba, a su manera, levantarme la moral. Los días en que Sultana tenía clase hasta tarde en Voluntari, Aurelian venía con el Trabant. A mí me dejaba en la guardería de Claudia, y él se apresuraba a recoger a Sultana en la escuela para ahorrarle el viaje en tres autobuses y un tranvía, de noche. Cuando se encontraba con otras profesoras y doctoras que tenían que desplazarse como ella, Sultana regresaba, sin que lo supiera su marido, a dedo, una práctica corriente por aquel entonces que no me parecía tan imprudente como parece hoy en día.

Pero vivir significa pasar de una imprudencia a otra. Al menos así ha sido mi vida.

—¿Recuerdas todavía la nota que te dejé antes de mudarme de vuestra casa?—le pregunto animada por una ternura pasajera.

—¿Esa de que soy tu hermana? ¡Qué idea! ¡Aurelian hace todavía bromas sin pizca de gracia a cuenta de ella!—dice torciendo el gesto.

No sé qué le pasa hoy. Parece tener la cabeza en otra parte, está malhumorada, pero luego intenta arreglarlo y mostrarse amable. ¡Sólo ha mostrado paciencia con Alina, una hija subrogada! Deberíais buscaros un hijo subrogado, les escribió Claudia a sus padres hace unos meses, cuando le reprocharon que no tenían noticias de ella. Dedujeron, encantados, que su hija había encontrado un trabajo estable en Estados Unidos. Sólo Petru se enfurruñó, descontento, pero no me explicó por qué.

Tal vez porque renunció a su primer hijo o porque ahora Claudia está lejos, Sultana busca siempre mujeres a las que entregarse y yo fui la primera beneficiaria. Me alojó durante la convalecencia, puso anuncios para vender el estudio y regateó a muerte, me ayudó a vender los muebles, llenos de recuerdos de mi vida con Petru y me consiguió dinero para el adelanto del alquiler. Pero no habría sido capaz de seguir pagándolo si Petru no les hubiera entregado unos dólares a unos conocidos en viaje de trabajo, en Alemania, y ellos, de vuelta a casa, no me hubieran devuelto la suma en *lei*. Controlado por la Securitate, el cambio de divisas del mercado negro era fijo y muy elevado, sesenta *lei* el dólar. Aurelian me hizo notar entonces que muchos de los que circulaban entre el Este y el Oeste eran sospechosos, pero a mí la política no me interesaba: «No es precisamente el momento de tener escrúpulos», le corté.

Tenía que estar en el Depósito a las siete de la mañana y el despertador me mataba, porque sólo hacia el alba conseguía quedarme dormida. Anochecía cada día antes, salía y volvía de noche y mi angustia crecía cuando entraba en el estudio vacío. Los pocos muebles conservados, rasguñados por la mudanza, me recordaban implacables mi vida pasada. Hasta que pude camuflar las ventanas con unos cortinones y visillos opacos, la visión del campo desierto, devorado, poco a poco, por la oscuridad, aumentaba mi sensación de pánico. No me apetecía hablar con nadie, pero tampoco habría tenido con quién. El bloque no estaba conectado a la línea telefónica, los pocos teléfonos públicos de los alrededores estaban siempre estropeados por culpa de los chavales del barrio, que

intentaban sacar las monedas.

Acarreaba conmigo, a la cocina de dos por tres metros o al baño helado, un transistor enviado por Claudiu. Para librarme del silencio amenazador o de los batacazos y las pisadas del piso de arriba, cambiaba de emisora sin parar, a la espera de dar con música o con una voz humana, no con los discursos de Ceauşescu. Hojeaba, impaciente, los libros amontonados en una pila, cada vez más alta, junto a la cama; estaba tan llena de mi historia que las de otros me parecían anodinas, falsas.

¡Ni pensar en escribir! El desasosiego no me permitía aguantar ni cinco minutos en una silla. En el Depósito me movía como una sonámbula, en medio de mis compañeros que fingían no observar nada. Probablemente, antes de mi aparición, Aurelian les había hablado de mí. Sin embargo, en casa, en cuanto me sentaba, me levantaba de inmediato y empezaba a caminar por la habitación, agitándome en los cuarenta y ocho metros cuadrados del estudio. No quería salir al pasillo invadido por el tufo del colector en el que se arrojaban los restos de comida.

—Tus vecinos, Lety, son unos incívicos—me dijo Frau Poldi, con su estilo eufemístico y un pañuelo en la nariz, la única vez que vino de visita. Le conté la imagen que me aterrorizaba cada vez que llevaba la basura: cuando abrí, una vez, la puerta del vertedero, alrededor de la bajante apestosa, por el cemento mugriento, correteaban, chillando, como el crujido de una puerta sin engrasar, una rata grisácea, recién parida, y unas bolas de piel blanca asquerosa, de colas moradas, sin ojos… las crías recién nacidas.

Cuando no aguantaba más, echaba mano del Distonocalm, del Diazepam. A veces, con fuerza de voluntad, me acostaba sin somníferos, pero cuando pasaba de la media noche sin poder dormirme, me levantaba y, a tientas, en la oscuridad, hurgaba en las cajas de medicamentos en busca de la pastilla salvadora, la tragaba con los ojos cerrados y, con ella, el descontento para conmigo misma que me corroía sin cesar.

El fin de semana me despertaba con una desgana inmensa y me pasaba horas muertas sin hacer nada. Cada gesto que me ordenaba, con un esfuerzo de voluntad, se perdía en un retraso prolongado. Cuanto más tardaba en moverme, más embotadora era la inercia. Una voz interior inagotable llenaba mi inmovilidad, no podía ahogarla, así como no podía tampoco parar los gritos, los golpes que traspasaban las paredes a través del techo. Me atenazaba el pánico a que mi cuerpo ajeno no respondiera ya a ninguna orden. Con redoblado esfuerzo, me levantaba y me paseaba, cada vez más deprisa, de una pared a otra, a través de la habitación vacía, analizando, preocupada, las palpitaciones, el dolor de estómago, la hinchazón, las profundas ojeras bajo los ojos. Una enfermedad invisible me extenuaba, como si toda mi energía se hubiera escurrido a la voz interior, irreal, desconocida… la voz de los remordimientos, de la vergüenza.

Por la mañana tenía un poco más de energía y la oscuridad no me asustaba de la misma manera. Hacía rápidamente mis ejercicios de gimnasia y de respiración, en el hornillo apenas ardía la llama, el gas no tenía fuerza para llegar al séptimo piso. Me lavaba con agua fría, pocas veces conseguía calentar un poco, en una cazuela,

en el infiernillo que me había traído Sultana. El olor de mi cuerpo me disgustaba tanto como el rostro ceniciento que me devolvía a los ojos la ventanilla sucia del autobús: nunca he odiado a nadie tanto como lo que me odiaba entonces a mí misma.

Encontraba un asiento libre en el autobús que tomaba en el extremo de la línea y cabeceaba hasta el otro extremo. Al volver sólo conseguía aferrarme a la escalerilla del tercer autobús, sobre todo cuando subía en la parada de los almacenes Eva, el de ropa de mujer elegante, en los que no volvería a entrar jamás. Amodorrada por las pastillas, sin dormir como Dios manda durante varios meses, sujeta a una barra y estrujada por todas partes, no veía nada a mi alrededor. Pensaba en el vacío con que me despertaba por las mañanas y en la criatura con la que soñaba después de que la doctora me dijera: «Espero no tener que hacer nunca más lo que he hecho por ti. Era más grande de lo que pensaba… Tenía el sexo formado… Era una niña…».

¿La odiaba? ¿Le estaba agradecida? Las dos cosas. ¡Me recordaba a mí misma, la que pudo morir ese día en que el aire de alrededor quemaba, y me decía, una y otra vez, que era mejor eso que haber arrojado al mundo a una criatura atormentada! ¿Qué clase de niño habría nacido después de tantos intentos por expulsarlo? Sola, abandonada por los dos hombres, deprimida, expulsada de casa y con un trabajo miserable, no habría sido capaz de criarlo en condiciones. ¡Tanto sufrimiento por el hijo de Sorin, ay, no!

Si, camino de casa, veía una cola pequeña, me detenía a comprar pan, unas patatas negras y húmedas, verduras empapadas, un día conseguí, qué milagro, un cartón de huevos. Las colas de horas por los pollos congelados, tan esqueléticos como yo, o por un *telemea*[15] saladísimo, eran demasiado largas para mis nervios.

Tomaba unas pastillas para dormir y otras para espabilarme. A veces no podía dormir por culpa de los llantos y los gritos terribles de los niños golpeados, al igual que las mujeres, en el estudio del piso superior. Nunca supe cuántos vivían allí: ¿seis?, ¿ocho?, ¿diez?

La única ventaja era que no me exponía a encontrarme, por los pasillos, con mi antiguo amante. También él había pagado por nuestra relación. Después de su estancia en el hospital y de trabajar una temporada desde casa, le quedó una leve cojera. Circulaba el rumor de que el director, harto de sus historias amorosas, no tan desconocidas como había procurado él, le había planteado que arreglara su vida personal. Y Sorin, disciplinado como era por naturaleza y educación, se había casado enseguida con Dorina. Los antiguos compañeros con los que me encontraba por casualidad me ponían al corriente de la vida de la nueva pareja, aunque habría preferido no oír nada. Por ese motivo evitaba incluso a los más cercanos, como Harry Fischer. Pero, cuando me daba de bruces con ellos y no podía evitarlo, devoraba con avidez todos los detalles.

Así pues, durante una temporada, vivimos los tres en el apartamento de Dorina, donde había asistido yo a la fiesta de la matanza con embutidos, chicharrones, *ţuica* de ciruela y vino hecho en casa. En la puerta había dos pares de zapatillas: cuando empecé a sospechar algo, se me pasó por la cabeza que uno

de ellos podría ser el de mi amante. Y así era: lo veía meter perezosamente los pies en aquellas pantuflas, no tenía que apresurarse, como había hecho tantos años, para encontrarse conmigo. Iba de aquí para allá por el comedor, preguntando a su mujer si las doce sillas serían suficientes para los invitados de su próxima fiesta. Analizaba la biblioteca de ella, vacía en otra época, llena ahora de los libros de él, y fisgaba por encima de su hombro cuando se sentaban a trabajar juntos. Los seguía, invisible, cuando se metían en el baño perfumado por los jabones Fa y su sexo crecía por la cercanía de ella y por el calor del agua espumosa. Espiaba su retozar, la prisa con que corrían a la cama, se revolcaban de todas las formas imaginables, una gimnasia mucho más complicada que la que habíamos practicado nosotros dos. Y a él, precipitándose, justo después, a la ducha y poniéndose, con una sonrisa de satisfacción, desodorante Rexona en los sobacos. Envuelto en un albornoz nuevo, inspeccionaba en la cocina el frigorífico abarrotado de gallinas de pueblo, ya desplumadas, y lomo de cerdo en manteca. Los padres de Dorina, funcionarios de la alcaldía, se ocupaban de la cantina del pueblo y siempre habían surtido a su hija de las delicias inexistentes en las tiendas de la ciudad. ¡Tanto más ahora, cuando estaban felices porque, después de tantos años de misas en la iglesia y de visitas a la hechicera del pueblo, su hija había conseguido casarse con el jefe!

En el Depósito yo acarreaba pesados paquetes de libros—algo que no debería haber hecho—, y los seguía como un robot, desde la sombra. Mantenía nuestra vida a tres, como antes, con Sorin y yo en la cama y Dorina acechando para ocupar mi lugar hasta que lo consiguió.

Ya no intentaba salir de su opulento hogar, porque sabía que no daría con la puerta. Me pasaba la noche en la cabecera de la cama de matrimonio extragrande, donde mi antigua amiga, una muñeca hinchable, hacía, infatigable, el amor con mi antiguo amante, hasta que se dormían abrazados. Por la mañana me encontraba en la cocina donde ella preparaba los bocadillos y el café del *petit déjeuneur*, y él disfrutaba del placer de ser servido, contento por no ser ya mi *chevalier servant* ni tener que montar los aperitivos en el apartamento del amigo Florinel. En la última época, ella me había dejado caer una y otra vez que sería feliz lavando los calcetines del hombre con el que se casara. Eso es lo que hacía ahora. Aunque tenía una lavadora nueva, Albalux, frotaba sin parar, en el lavabo, los calcetines azul marino o gris oscuro de Sorin, que yo recordaba hechos una bola, a los pies de las camas desconocidas donde habíamos (ahora lo descubría) hecho no el amor, sino practicado el sexo, durante varios años.

Y entonces me abrumaba el sentimiento de culpa. Respecto a Petru. Respecto a mí, la que había conseguido el esposo deseado, un buen estatus social, un apartamento adecuado y luego lo había perdido todo en la ruleta de la vida. Cada pérdida provocaba la siguiente, tal y como sucede cuando la vida te muestra su rostro impasible, lleno de crueldad, que llamamos destino. ¿Qué me quedaba? El miedo al futuro. La perpetua falta de dinero. La soledad. Me daban ganas de tumbarme en el suelo y no moverme más. Si me hubiera sucedido algo, no habría podido avisar a los Morar. El teléfono de la parada del autobús, instalado

probablemente para el edificio de los refugiados políticos de Chile, llegados tras el golpe de Estado que había derrocado a Salvador Allende, estaba casi siempre ocupado.

En mi relación con Sorin había habido silencios, pero no mentiras. Entonces ¿por qué él, que me decía continuamente que era la única mujer a la que había amado, se había dejado engatusar por Dorina? Intentaba adivinar, desesperada, por qué se había alejado de mí, me esforzaba por recordar frases en las que no había reparado cuando hacíamos el amor. Una investigación tardía, sin testigos ni pruebas, para descubrir cuándo había empezado a engañarme con «mi amiga».

Cuando se fue, Sorin se llevó consigo todo mi cuerpo, del que me sentía orgullosa cuando me desnudaba, y me había dejado en su lugar el cuerpo mutilado que odiaba: no me imaginaba volver a desnudarme ante un hombre. Se había llevado los recuerdos bonitos y me había dejado la vergüenza de un amor inconfesable, vivido en sábanas ajenas, ¡cuánta confianza había depositado en él para vivir algo así! Su amor impotente había envejecido mi alma y no había dejado ninguna huella en mi carne, excepto la histerectomía.

Estaba llena de una acritud prematura y demasiado severa con él. Había absuelto a Petru de su brutalidad y sus reproches continuos, volcaba el odio que bullía en mí sólo sobre Sorin, ¡si no era capaz de arrancarme del otro, debería haberme dejado en paz! Recuerdo también cómo me rondaba Dorina y se volvía más cercana, no puedes permanecer indiferente cuando alguien se ofrece a ayudarte y te entretiene contándote chascarrillos. En los últimos meses, sin embargo, no aguantaba más su disimulo o bien había cambiado de estrategia y me hablaba cada vez más de Sorin para hacerme comprender que éramos rivales. Pero no me importaba, él, evidentemente, no estaba enamorado de ella como lo había estado de mí; o como lo estaba todavía. No me sentía resentida con ella, incluso aunque me hubiera espiado y le hubiera contado a él todo lo que descubría, pero ¿cómo puede alguien jugar el papel de amiga entregada y, al mismo tiempo, hacer todo lo posible para ocupar tu lugar?

—Sólo las mujeres pueden ser tan magníficas actrices y tan retorcidas, por no decir perversas—le digo, sin ton ni son, a Sultana.

Y empiezo una historia complicada para justificar mi frase. Ella, que ha colgado de la pared sus diplomas de los seminarios de *gender studies*, me contradice con vehemencia: las que roban los maridos de sus amigas lo hacen porque tienen una mala imagen de sí mismas o porque sufrieron abusos en la infancia. Y otros disparates. Le señalo, riendo, la pantalla del televisor, sintonizado por Tincuța en la cadena con programas sobre «traiciones amorosas», en el que una rubia con unas cejas inverosímiles, los labios hinchados por el bótox, unas pestañas gruesas de rímel y unos pechos demasiado redondos, que asoman por una blusa transparente, se agita aullando: «Pienso en ti sin parar, ¿por qué me has abandonado?». Sultana cambia a un programa de noticias: una tertulia con varios hombres que se gritan unos a otros, bajo los gritos de la moderadora.

—Me mostraba antipática cuando salí del hospital, ¿no?—le pregunto.

—¿Antipática?… No diría eso… Un tanto sombría—responde titubeante.

¡Qué bien que no se dieran cuenta de lo exasperada que estaba! A duras penas conseguía no explotar y no arrojarles los añicos de odio a los demás. Sorin me había ofrecido una imagen aduladora, me había deleitado en ella como en un espejo falso. No tenía ni idea de cómo me veía él, de cómo me veían los que asistían a nuestro amor secreto. No conocía a mis amigos, aunque hubiéramos compartido la cama, hubiéramos comido en la misma mesa, nos hubiéramos confesado, durante años, nuestros secretos tal como vaciábamos las entrañas en el retrete. Habíamos reído y llorado juntos. Vida. Teatro.

Esperaba la tarde para quedarme dormida, confiando en no despertarme por la noche, pero me despertaba siempre. Y seguía otra mañana en la que no sucedía nada. Nada, nada, me decía aterida en el estudio feo y helado. El bosque alargado por la distancia, más allá del campo de maíz segado. A través de la ventana, otra mañana cenicienta y gente moviéndose en sus vidas armoniosas, eso que no tendría yo jamás.

Estaba comprobando el móvil y las tarjetas, *checklist*, el consejo de Daniel para los que tienen más de sesenta antes de salir por la puerta, cuando, de repente, ¡Letiția! ¡Letiția!, la voz aterrada de Sultana. Las letras rojas de *Breaking News* llenaron la pantalla. *¡Atentado en Londres! ¡Un camión atropella a varios peatones en el puente de Londres!* Qué atención distributiva tiene esta mujer, con un ojo en el ordenador y otro en el televisor LED, encendido en *mute*, ¡sube el volumen de una vez, Sultana! Incluso Tincuța enmudeció, estábamos todas con los ojos clavados en las luces de las sirenas, en los coches de policía junto a los camiones de los bomberos, en las bandas amarillas que aislaban el asfalto manchado, en los civiles marchando como militares y en la criatura humana destrozada, cubierta con un plástico negro, ¿cuántas veces tendré que ver esto?…

—¡En qué mundo vivís vosotros, Letiția! ¡En qué se ha convertido Occidente! En Niza, lo mismo… En Berlín… En Estocolmo…

Su desasosiego no está dirigido a mí, sino a su hija, que precisamente esta mañana le ha prometido de nuevo que va a venir… así pues, hará escala en una de las ciudades de los atentados. Pero ¿acaso existe un lugar donde no aparezcan estos descerebrados?

Nuestra casita del pequeño Neuvy está a dos pasos de la iglesia de Saint-Vincent-de-Paul, una iglesia de piedra de estilo románico, documentada en el siglo VI, con las reliquias de san Vicente de Zaragoza, martirizado en el año 300. Se divisa desde lejos, al igual que la de Saint-Étienne-du-Rouvray porque, más o menos en los siglos XV-XVI, se levantó sobre ella la construcción gótica. ¡A nuestro sacerdote, Monseigneur Fargue, un viejecito adorable, podría pasarle lo mismo que a su homólogo, el pobre Jacques Hamel y, después de que su cabeza cayera rodando por los escalones desgastados por los pasos, nos encontraríamos con las macetas ensangrentadas y los gritos de «*Allahu Akbar*» en nuestra puerta, Allée des Tilleuls, 3!

El pánico llena de lágrimas los ojos castaños de Sultana que conozco desde que, en la habitación de la residencia estudiantil, escupíamos disgustadas en el rímel seco y nos lo extendíamos en las pestañas. Claudia los ha heredado, pero su iris parece más intenso porque lleva los párpados siempre maquillados en azul, en verde.

¿O será porque tiene la mirada perspicaz de los superdotados, como cree Petru? Sultana la vio por última vez después del máster en Roma. Estaba haciendo mi maleta para ir a Bucarest cuando me llamó:

—¡Te suplico que no te enfades, Letiția! Claudia nos anunció precisamente anoche que viene a descansar a casa después de todo lo que ha trabajado estos meses. En estas condiciones, como te imaginarás, la habitación…

Sentí en su voz que me ocultaba algo, pero hice como que no lo observaba:

—¡Claro que no tengo ningún problema! El billete se puede cambiar sin penalización, no tengo nada urgente que resolver ahora.

Sin embargo, estaba estresadísima: la sentencia de Izvoarele estaba a punto de

dictarse, ¿cómo no iba a estar presente?

—¡No voy a volver a recurrir a Sultana en la vida!—le gruñí a Petru—. ¡Podría haberme avisado para ahorrarme el tener que buscar un hotel en el aeropuerto!

Naturalmente, Petru salió en su defensa:

—¡Vamos, seamos serios! No tiene ninguna culpa. Y tampoco Claudia, ¿cómo iba a saber ella lo de tu visita? Tal vez haya querido darles una sorpresa, traerles a Oskar.

—¿De dónde te has sacado al Oskar ese? ¿Has empezado también tú con las fantasías de Sultana?

Pero resultó que él estaba mejor informado que yo.

—¿Lo he sacado yo? ¡Está presente en la vida de Claudia desde que vivía en Budapest!

Eso sí que me puso furiosa:

—¿Y por qué sabías tú eso y yo no, que soy su amiga de toda la vida?

—¡Pero yo no me enteré gracias a Sultana! Me encontré un buen día, hace varios años, con un mensaje de Claudia que decía que tenía un novio sueco, un periodista acreditado para Europa oriental, que podría enviarme la correspondencia. Sospecho que fue idea de ella, para que se ganara un dinerillo. Nuestro director verificó quién era y se mostró de acuerdo, sobre todo cuando Oskar llegó a Sarajevo. Su nombre verdadero, Oskar Per Carlbom, lo descubrí cuando le prepararon las nóminas para el pago, había enviado con un seudónimo los artículos, muy distintos a los que entregaba a su periódico, que tenía la exclusividad. En Rumanía había otro público, otro idioma, los había traducido Claudia, ¡sonaban muy bien cuando los leía un locutor!

Alquilé durante tres días un apartamento en Christian Tell, en un edificio del período de entreguerras. No fue caro, pero tampoco dormí, estábamos en plena canícula y no tenía aire acondicionado; además, cuando llegué con el equipaje, descubrí en la pared un enorme círculo rojo: peligro sísmico de grado máximo, ¡sólo que ya estaba pagado! Al igual que después de la mineriada, no le dije a Sultana que había estado en Bucarest, ella me hablaba, encantada, de Claudia: había venido sola y, después de aburrirse como una ostra—sus antiguos amigos estaban desperdigados por el mundo para siempre o de vacaciones—, consiguió un visado de estudios de la embajada estadounidense y se marchó a los cursos de la universidad de Stony Brook.

No soltó prenda sobre Oskar, pero Petru me tuvo al corriente de su historia. Al parecer, se enteró tarde del proyecto estadounidense de Claudia y se sintió profundamente herido porque tenía la intención de ir a vivir con ella. Mientras ella estuvo en Italia y él destinado en Croacia, se veían los fines de semana, pero, con un océano entre los dos, quedaba excluido un futuro en común. Claudia le pidió a su madre que presentara solicitudes en diferentes universidades. No estaba todo, como ahora, en internet, y Sultana regresó con ellas en el equipaje de mano, ¡no fuera a perderse también, junto con la maleta, el sueño americano de su hija!

Creo que lo tenía desde la adolescencia, cuando hizo trizas la novela de

Margaret Mitchell *Lo que el viento se llevó* y repetía una y otra vez la frase del final, *Mañana será otro día*. ¡Qué importantes son los libros en el destino de la gente! ¿O debería decir tenían? El *remake* de la película la había decepcionado, la belleza de Vivian Leigh y de Clark Gable estaba pasada de moda, veía de otra manera a Scarlett O'Hara, su modelo de vida: la joven perseverante y pragmática que pierde al compañero ideal por culpa de la ilusión de un amor, pero que mantiene la confianza en el día siguiente.

En colaboración con Petru, había realizado un proyecto de investigación de sintaxis comparada del español, el catalán y el rumano, y lo envió, junto con su currículo, a varias universidades estadounidenses, tres de las cuales se mostraron dispuestas a apoyar su tesis doctoral. Eligió la más cercana a Nueva York, que se le había colado en el alma después de una excursión de diez días con sus colegas doctorandos de Roma. La sorprendió allí el 11 de septiembre de 2001, los Morar y Petru estaban consternados, pero Claudia demostró, al igual que Scarlett, que no perdía la cabeza en los momentos difíciles.

—¡Nuestros atentados son terribles, pero aquí muere mucha más gente en la carretera! ¡El carnet conseguido con sobornos, esos *nouveaux riches* descerebrados que vuelan con unos coches indecentemente caros! Pero ¡tú te quedaste traumatizada con los atentados desde el 11 de septiembre!—Asiente, con la mirada turbia y los labios apretados. Aunque en las primeras horas también en Estados Unidos dudaban, tal vez haya sido un atentado, tal vez no, gracias a Petru vi en tiempo real la caída de las torres como si me hubiera encontrado en el Lower Manhattan. Inclinado sobre el ordenador y con un ojo clavado en los canales de televisión internacionales, sabe todo lo que pasa en el mundo: el vicio de un antiguo periodista—. Ésas serán las guerras de este milenio—concluyó, muy alterado, e hizo amago de levantarse, pesadamente, gimiendo, de la pantalla. Estuvo a punto de caer redondo, menos mal que estaba a su lado y lo sujeté:

—Sal a dar una vuelta por Allée des Tilleuls, ¿no ves que te estás anquilosando? —lo eché a la calle.

Cuando regresó, me mareó para que llamara a los Morar, a ver qué sabían de Claudia, la víspera estaba de excursión cerca de Nueva York. Telefoneé a los Morar, pagaban un bono de televisión modesto y no tenían acceso a los canales extranjeros. Entraron en pánico y me dieron el número del campus donde se alojaban los doctorandos de Roma. Claudia no estaba allí, una colega recordó que se había marchado, muy temprano, a Nueva York, ¿por qué? Nadie lo sabía. El bobo de Petru se derrumbó en el sofá de la *salle de séjour*, había dejado de fumar y entonces empezó de nuevo, cigarro tras cigarro, sin dejar de repetir que ése era su destino, un destino teatral, con atentados, ¡como una mala película! Teatral, de acuerdo, ¿pero desde cuándo formaba Claudia parte de él?

Entonces pensé por primera vez que quizá, en su cabeza, ella fuera el hijo que no quiso tener conmigo.

Me dijo, antes de la boda, que no quería hijos y no intenté averiguar por qué. Al cabo de unos años, en una fiesta en la que bebió demasiado y se quedó dormido, Seriozha Sârbu me habló de su matrimonio con Manuela y sobre su niña, nacida

con una malformación cardiaca. Los padres de Manuela, unos peces gordos con muchos contactos, consiguieron enviarla a París para ser operada, pero la niña falleció allí. Rehén en Rumanía para que pudieran salir las dos, Petru esperaba el regreso de Manuela.

Más o menos por aquel entonces aparecí yo, con el manuscrito del tío Ion en la mano; pasó un tiempo hasta que Petru vino a buscarme un día a la residencia y nos fuimos juntos. ¿Habría desaparecido la emoción que me esforzaba por contener, mientras intentaba acompasarme a sus zancadas, si hubiera sabido que el profesor Stan le había animado a formar otra familia si quería quedarse en la facultad? ¿Habría tenido el mismo sentimiento de victoria si hubiera sabido que no era el hombre fuerte e inaccesible que yo imaginaba, sino uno que, después de la muerte de su hija y la noticia de que Manuela había solicitado asilo político en Francia, luchaba contra la depresión?

Su colega Seriozha creía que Manuela se había quedado con un amante que se convirtió en su segundo esposo: un ingeniero electrónico que trabajó luego en un banco francés y ganaba muy bien. No viven, como nosotros, en un pueblo de ocho mil quinientos habitantes, sino en París, ¡y no en un barrio cualquiera! ¡Una esnob como Manuela vivía en Bucarest en Cotroceni, y en París vive en Neuilly! Sigue dando clases en el Instituto de Lenguas Orientales, donde invitó también a Petru a impartir una clase o dos; sentí que lo tentaba ir, pero, finalmente, renunció.

—¿Qué necesidad tenías de hablar ante una gente que sólo quiere saber dónde queda Rumanía en el mapa de Europa si pilla un puesto diplomático allí?— intenté consolarlo. De hecho, Petru no tiene un currículo adecuado para los estudiantes de aquí.

Manuela le había metido a Petru en la cabeza que la malformación de la niña se debía a los genes de él: ella conocía sus ascendientes a lo largo de tres generaciones y no había habido niños con malformaciones. A Petru lo sacaron de pequeño de casa; con su padre, que había regresado de Siberia destrozado, no habló jamás, a sus abuelos los vio de pasada.

Cuando Seriozha me habló de su hija, yo ya estaba con Sorin y sólo me interesaba mi condición de amante. Tal vez habría podido convencer a Petru, pero no lo intenté; por eso no puedo reprocharle que la vejez nos haya pillado sin descendientes: «No quiero medir cuál de los dos le ha hecho más daño al otro. ¡Decidimos no volver a hablar sobre el pasado y listo!», le repito cuando nos acordamos de algo.

Si, de todas formas, vuelvo a pensar en el embarazo de entonces como en un posible niño, quiero imaginar que fue de Petru. A su lado encontré el equilibrio la primera vez, tras la muerte de mi tío Ion, y la segunda, tras abandonar el país. ¿Qué más da que nuestra vida se haya reconstruido sobre una mentira? Pero algunas veces sigo preguntándome si acaso habría podido hacer otra cosa que callar. Petru me quiere, ha llegado a depender de mí, pero, a medida que uno envejece, el futuro se acorta.

«Tienes que aprender a vivir de un día para otro—me decía la querida Poldi—.

Tal vez los hijos, los nietos te ofrezcan un equilibrio físico o una ayuda material, pero ¡cuánto hay que invertir en esa bolsa! ¡Es la menos segura de todas!».

El trasplante de útero apareció demasiado tarde para mí. Y aunque hubiera tenido la edad de poder llevar adelante un embarazo, ¿dónde habría encontrado a la donante que me lo diera precisamente a mí?

Durante una temporada pensé que deberíamos adoptar, tal como me machacaba Sultana después de 1990. Petru farfullaba que era demasiado tarde, tal vez hubiera acabado por aceptar, sólo que hacía falta dinero, pagado en negro y, con todo lo que me costaba lo de la herencia, lo fui aplazando. Incluso aunque pudiera disponer mañana de toda la fortuna de los tíos Branea, no tendría energía para Petru y para un niño pequeño. La señal de la vejez es que renuncias a tus proyectos y te dices que eso es lo que se te ha concedido en esta vida.

¡Y parece que el 11 de septiembre fue ayer! Las Torres Gemelas, cortadas por las llamas y las nubes de polvo, los puntitos negros que caían, a toda velocidad, a lo largo de las fachadas, ¡terrible! Y cuando piensas que los desesperados que se arrojaban desde las alturas abrumadoras eran las estrellas de la sociedad tecnológica, ¡la *crème de la crème*! Las historias exitosas del mundo de hoy que, en un instante, se transformaron en una pesadilla. Había comenzado el tercer milenio.

Pero ¿qué estaba haciendo Claudia mientras nos desesperábamos por encontrarla? Se había apeado del tren en Grand Central Station y a las nueve estaba en el Main Lobby. Las dimensiones de la estación la transformaron en un Gulliver femenino perdido entre la multitud. Sus ojos se detuvieron en el reloj redondo, dorado, sobre el panel de Información: un gigantesco pastel con copete, instalado en el centro del vestíbulo central. Permaneció un rato con el cuello doblado y los ojos clavados en el lejano techo de colores, como un cielo de estrellitas doradas. Aunque empequeñecida por el espacio inmenso y bullicioso de alrededor, por los anuncios continuos, tenía un exaltado sentimiento de naturalidad: éste iba a ser su nuevo país, el palacio museo de la estación le pertenecería, al igual que la bandera estadounidense colgada de las ventanas. Tras deambular por las salas inmensas, la escalera automática la sacó a la luz. Conocía por las películas los edificios de cristal oscuro, acero y hormigón que sostenían el cielo, los nombres de las arterias—Park Avenue, Lexington Avenue, Avenue of the Americas—los había aprendido en las novelas, ¡pero todo junto, envuelto en los gigantescos anuncios *outdoor*, era irreal! Irreal era también el silencio que la golpeó de inmediato, porque no tenía en la memoria del oído los ruidos de la ciudad. Con el plano en la mano, buscaba la catedral de St. Patrick en la Quinta Avenida con la Calle 5, tal y como en Roma había buscado la Fontana di Trevi: ¡tenía que entrar y encender una vela para asegurarse de que iba a regresar!

Pero de repente vio que las calles, ahora peatonales, rebosaban de hombres vestidos de traje, con el maletín en la mano, o en bermudas, en vaqueros y camisetas, señoras recién peinadas, caminando rápido sobre sus tacones altos, otras con delantales y tops puestos de cualquier manera, con niños en brazos o sujetándolos firmemente de la mano. Blancos y negros, rubios y morenos,

asiáticos y árabes, todas las razas de la tierra abarrotaban la carretera. No hablaban entre sí, pero miraban hacia arriba, buscando algo en el cielo azul, a falta de las habituales flechas plateadas de los aviones, zumbaban, en cambio, los helicópteros. A Claudia le pareció estar reviviendo el 21 de diciembre de 1989, en Bucarest.

El aire de Nueva York, levemente húmedo, levemente salobre, tenía un olor desagradable, penetrante. Al descender por la Quinta Avenida, vio a lo lejos una nube de humo amarillento que se diluía poco a poco, cambiando el color del horizonte, pero no se dio cuenta de que en aquel extremo de Manhattan debería divisar las Torres Gemelas. Supuso que había habido una explosión, ¿qué otra cosa podía ser? Alrededor de las cabinas de teléfono amarillas se arremolinaba la gente; tenía una tarjeta de diez dólares, pero las líneas con Rumanía y con Francia estaban ocupadas, ¿se habría equivocado de prefijo? Salió, intimidada por los rostros nerviosos de los de la cola. Tenía hambre, se metió en una cafetería Häagen-Dazs y pidió una tarrina de helado de frutas y un *bagel* de crema de queso.

A su lado, en el escaparate de una peluquería, un montón de gente miraba el televisor sintonizado en la Fox News. Cuando terminó el helado que se escurría por el cartón empapado, abrió, con los dedos pegajosos, la puerta. ¡En la pantalla vio cómo caía la segunda Torre, el presentador repetía continuamente una palabra que no había oído nunca, *haigecăr*,[16] y gritaba que había otros aviones en el aire! Tres de las cuatro peluqueras, plantadas delante de la pantalla, hablaban al unísono, una lloraba, otra iba y venía, gritando, el periodista de Fox News repetía una y otra vez *penegan*, *penegan*, y Claudia dedujo que habían atacado el Pentágono. ¡Este extraño país estaba en guerra y ella, como extranjera, iba a acabar en un campo de concentración! Los rostros de sus padres pasaron rápidamente ante sus ojos, ¡no volverían a verse en varios años o, tal vez, nunca más!

But tomorrow is another day, se dijo al cabo de unos instantes. Había viajado a Nueva York para ver la ciudad y para arreglarse el pelo, pero los salones de peluquería estarían cerrados varios días, como en la Revolución, ¿y cuándo podría ella regresar aquí? Tenía que pedirle a una peluquera que le cortara el pelo, el precio de un *brush* era de diecinueve dólares, ¡carísimo! Pero así estaría delante del televisor, vería lo que estaba sucediendo y, con el nuevo corte, no tendría que preocuparse por su cabello durante varios meses. Miró detenidamente a las peluqueras, una tras otra, ¿cuál de ellas sería capaz de hacer su trabajo en un momento semejante? No la rubia, que gimoteaba sin parar, tampoco la negra gordita, que correteaba de aquí para allá, espantada, ni la mejicana, que intentaba contactar con Guadalajara con su teléfono móvil. Tal vez sólo la asiática, que miraba impasible no la pantalla del televisor, sino las cohortes de gente que desfilaba por la calle. *I need to have my hair cut*, le susurró, sujetando un mechón entre dos dedos, y la asiática esbozó un amago de sonrisa. Mientras le lavaba el pelo y le masajeaba la cabeza, le preguntó, en un inglés no mucho mejor que el de ella, de dónde era y le aconsejó que telefoneara a sus padres, ella había

tranquilizado ya a los suyos, estaban en Wisconsin.

Y después de darle, con el corazón encogido, medio dólar de propina y de escuchar al alcalde Giuliani animar a sus conciudadanos y al pequeño general Wesley Clark, al que conocía gracias a Oskar, de la época de la guerra de Yugoslavia, y al presidente Bush Jr., un hombre que le pareció decidido, viril, abandonó el salón, peinada como las neoyorquinas; al menos eso pensaba ella. Volvió a hacer cola en una cabina telefónica amarilla y, al cabo de un rato, habló con Sultana, que, histérica, repetía sin cesar, ¡vuelve a Italia, sal inmediatamente de ese país! Claudia se disculpó por no haber llamado enseguida, no había pensado que en Rumanía se enterarían tan rápido de lo del atentado que le ofreció la oportunidad de estar una semana más en Estados Unidos, los vuelos desde Nueva York estaban anulados o bien aplazados.

Feliz por haber dado con su pollito perdido, Sultana me contó, pormenorizadamente, la aventura de Claudia, en un impulso, raro en ella, de sinceridad. ¡Intentaba justificar su gesto incalificable: ¡el país ardía y ella se peinaba!

Pero Petru encontró una explicación también para eso.

—¡Claudia es una persona positiva, mira hacia adelante! En el barullo que reinaba allí hizo algo natural para una mujer joven. ¡Ir a la peluquería! ¿Acaso habría sido mejor correr por las calles desmelenada como una loca?

—¡Una ambiciosa con sangre fría, dispuesta a sacrificar cualquier cosa por su carrera, eso es lo que es! ¡Pasó por encima de la muerte de Șerban, se fue de Rumanía sin mirar atrás, igual que cuando abandonó a Oskar! ¡Lo vi desde que era pequeña y por eso no existe un diálogo entre nosotras dos!

Me ahogaba de ira. ¡Estoy segura de que Petru conversa con ella todos los días, cuando yo estoy en la clínica, a través de Skype, de WhatsApp! ¡A mí Claudia me escribió el último mensaje cuando yo estaba intentando encontrar a mi médica, y han pasado varios años desde entonces!

¿Es posible que alguien cercano pueda leer tus pensamientos? Sultana me mira con los ojos entornados, como cuando duda si preguntar algo o no. Y, de repente, suelta:

—Oye, Letiția, ¿conseguiste al final dar con la doctora? ¡Tu doctora del hospital! Ya no recuerdo su apellido…

—No tenías por qué recordarlo, lo cambió al casarse—oigo mi voz contrariada.

¡No me gusta que se metan en mi historia! Guardo su recuerdo como una espina clavada en el dedo, porque no llegué a darle las gracias, aunque me salvó de la septicemia y de la Fiscalía. Cuando salí del hospital, me aconsejó que volviera para una revisión, pero durante semanas enteras no fui capaz. Un buen día, cuando me sentía mejor, intenté localizarla en el hospital, pero el portero me miró con recelo y, cuando me pidió que me identificara, me escabullí con el rabo entre las patas. Regresé en el turno de otros porteros, pero, por muchos billetes que les pasé, no saqué nada en limpio: que si no habían oído hablar de ella, que si ya no trabajaba allí. Una enfermera con la que me encontré por casualidad por el bulevar Magheru me escuchó, enfurruñada, y me dio la espalda.

Entretanto yo había sido deportada al Depósito del Libro, en la calle Bateriilor, a una casa-vagón construida a principios de siglo, de paredes y cimientos sólidos, no muy lejos de nuestra antigua vivienda en Uranus; ambas construcciones serían demolidas durante la misma semana. El semisótano de techo bajo y aire rancio, donde trabajaba, estaba abarrotado de paquetes de libros envueltos en periódicos.

Una mañana, mientras intentaba recolocarlos, me llamó la atención un titular: «Criminales que deben recibir un castigo ejemplar». Abrí con cuidado el paquete para sacar el periódico en el que descubrí, espantada, que «eran condenados» doctores, enfermeras y comadronas, arrestados por haber practicado abortos. Entre los nombres figuraba también el de mi doctora. Se me doblaron las rodillas, ahora comprendía por qué nadie en el hospital quería saber de ella, ¡tenía que estar agradecida por no haber levantado sospechas! ¡Lo último que necesitaba ella ahora era mi agradecimiento! Sentí vergüenza por haberla odiado, busqué en el bolso, con manos temblorosas, el paquete de cigarrillos, el mechero y salí al patio trasero, bajo la sombra de un viejo nogal. En aquella época se fumaba mucho en las oficinas, pero en el Depósito estaba terminantemente prohibido, todas aquellas toneladas de papel podían prender fuego con mucha facilidad.

Me tranquilicé un poco fumando bajo el nogal, unas manchas cálidas de sol, que se colaban entre las hojas, me acariciaban la cara. A unos pasos de mí, un gorrión arrastraba una polilla nocturna, enorme, todavía viva, que luchaba por zafarse. El gorrión la soltaba, ella aleteaba desesperada, intentando echar a volar, pero el pájaro continuaba arrastrándola por el empedrado que cubría el patio. Se revolcaban los dos, un ovillo vivo con diferentes matices de marrón. En un determinado momento, el gorrión echó a volar, sujetando la polilla en el pico, la arrojó desde arriba al otro lado de la cerca y se precipitó sobre ella. Cuando retomó el vuelo, no quedaba de la polilla otra cosa que una mancha inmóvil en el asfalto. Yo había terminado el cigarro, pero no me apetecía en absoluto regresar a mi tedioso trabajo.

—Su crueldad es cuestión de supervivencia. Mientras que la nuestra…

Di un respingo, no era la única que había seguido la cacería de la polilla: a mi lado estaba Florin Ciubotaru, el compañero del chofer, un hombre delgadito y menudo. Registraba los portes, los descargaba y los acarreaba de abajo arriba. Sufría a veces de dolor de espalda y, en la pausa del almuerzo, se escondía detrás del muro de paquetes y hacía ejercicios de yoga, sin que le importaran las bromas de los de alrededor. Había sido contratado poco después que yo y, puesto que lo sorprendí varias veces mirándome fijamente, se me pasó por la cabeza que me espiaba.

Ni siquiera cuando abandoné el país me libré de la obsesión de ser vigilada que había adquirido cuando Petru se quedó en el extranjero.

De camino a casa me quejé a Aurelian.

—Lo han traído aquí a posta, por mí, y tal vez también por ti—le advertí.

Habitualmente receloso, Aurelian se echó a reír:

—¡A Ciubotaru lo han enviado aquí igual que a ti y que a mí! Era investigador en el Instituto de Psicología, desmantelado de la noche a la mañana tras el

escándalo de la meditación trascendental, y los que trabajaban en él han sido desperdigados por ahí. ¡Tú no lees los periódicos y no tienes ni idea de los horrores que están sucediendo! Sultana y yo decidimos no decirte que, después de que abandonaras el hospital, endurecieron el *Decreto*, debes tener cinco hijos o pasar de cuarenta y cinco años para… Has tenido suerte…

—Una suerte bárbara—le interrumpí, con una risa irónica.

—¡Podría haber sido peor, que te obligaran a denunciar o que te metieran en la cárcel!

Recordé la mirada fría de la joven fiscal que quiso interrogarme en la mesa de operaciones y, antes de abandonar el país, no volví a buscar a la doctora.

Se disparaba todavía en las calles en diciembre de 1989 cuando fue derogado el *Decreto* y los hospitales se llenaron de mujeres desesperadas por abortar, me contó Sultana por teléfono.

La primera vez que regresé a Rumanía, intenté de nuevo dar con la doctora. Los ojos perspicaces del portero me acecharon hasta que saqué el billete y farfulló que no había oído hablar de ella. Apretujadas en una habitación donde clasificaban la ayuda enviada desde el extranjero, las enfermeras vociferaban disgustadas: «¿Qué se creen esos del Otro Lado, que somos su contenedor de basura?».

La enfermera que me había dado la espalda en Magheru recordó que yo había estado ingresada allí y se volvió melosa cuando le dije que vivía en Alemania. Había visto a la doctora a principios de año, después de su puesta en libertad. El decreto de amnistía puso fin a su condena, pero había cumplido bastantes años. Estaba muy delgada, tenía el cabello blanco y cicatrices en ambas muñecas, había intentado suicidarse en la cárcel cortándose las venas con el refuerzo metálico de los zapatos. Había venido a recoger sus papeles: se disponía a emigrar. No habló con el personal del hospital, probablemente habían declarado en el juicio para acusarla. Obtuvo fácilmente el visado de la embajada extranjera: figuraba en la lista de las asociaciones internacionales por los derechos humanos desde la época de Ceauşescu. Ahora aparecían artículos sobre ella en los periódicos rumanos y todavía llegaban, a la dirección del hospital, invitaciones a su antiguo nombre para asistir a congresos en el extranjero, pero había cambiado de apellido, antes de marchar del país se había casado con su novio y no le dejó a nadie ninguna dirección. La enfermera no recordaba ya a qué país había emigrado.

—¡Si todavía vive, es una rumana de la diáspora, igual que yo! Pero ¿cómo voy a dar con ella si no sé cómo se llama?—le explico a Sultana.

—¿Quizá con ayuda de la policía?

Bosteza y se frota los ojos, tiene otras preocupaciones, no el destino de mi doctora.

—¿Poner otra vez a la policía sobre su pista? ¡Además la policía sólo interviene si hay un delito de por medio! Me he vuelto loca buscándola tanto en Alemania como en Francia, en cuanto oigo hablar de una ginecóloga de Rumanía, me agito, ¿será ella? Pero todo en vano. La ha buscado también Petru, en internet, en los hospitales, habrá tenido pocas posibilidades de abrir una consulta. ¡Pero es una búsqueda a ciegas! Me he preguntado incluso si no estará en Estados

Unidos…

—¿Qué va a hacer en Estados Unidos? ¡Allí no reconocen nuestros títulos!—salta ella, omnisciente.

—¡Por lo que la conozco, habría sido capaz de examinarse de nuevo!—bufo.

De hecho, no la conozco y no tengo ni idea de la energía que le pueda quedar después de años de cárcel comunista. Aunque, tras la muerte de mi madre, mi padre me pareció hambriento de vida, lanzado a recuperar los años perdidos. ¿Por qué marchar a Estados Unidos para empezar de cero entre otros fanáticos antiabortistas que matan médicos? ¿Sólo por estar lo más lejos posible del país que, por las vidas salvadas, la recompensó con unos años de prisión?

Sin embargo, pregunté a mis amistades en Estados Unidos, incluida Claudia, si no habían conocido a una ginecóloga llegada de Rumanía después de la revolución, de más de cincuenta años, etcétera, etcétera. Naturalmente, no le conté mi historia a Claudia, pero sospecho que la conoce por su madre.

Me respondió, en un largo *e-mail*, que no visita doctores ni hospitales. Que tuvo una *fellowship* con un buen seguro médico, pero que había concluido un año antes. Que le llevó tiempo buscar financiación para el doctorado que no había conseguido terminar aún y que el *deadline* estaba, por desgracia, muy cerca. Que ahora tenía una *grant*, pero más modesta y sin seguro médico. En cuanto a ella, es vegana y naturista. Yo estaba en Rumanía y me demoré en responder hasta que volví a Neuvy, y desde entonces no he vuelto a recibir ningún mensaje. Es rencorosa, se enfada con facilidad y se queda enfurruñada mucho tiempo.

No le hablé a Sultana sobre nuestro intercambio de mensajes y tampoco ahora encuentro valor para contárselo. Le daría otro motivo de preocupación si se entera de que no tiene un buen seguro médico. ¡Y tampoco voy a meter la mano en la reserva de mi vejez para financiar el revoloteo de su hija de beca en beca!

—¿Por qué os quedáis aquí, verano tras verano? El aire fresco en la montaña, en una pensión, un hotel con tratamiento para vuestras artrosis. O bien os venís a Francia—digo, en un intento por cambiar de tema, pero mi voz se atenúa de golpe, cuando veo su mirada cortante—. Os lo merecéis, de todas formas, vosotros… después de toda una vida—consigo farfullar.

—Nos lo merezcamos o no, ¿acaso es ése el problema? En serio, Letiția, ¿en qué mundo vives? ¿Te has planteado con qué dinero? Todo es caro, los precios aumentan.

¿Por qué se habrá mosqueado así? Ya lo hablamos en otra ocasión y sólo se mostró evasiva: que si Aurelian ha envejecido, que si le gusta quedarse en casa, «¿tú por qué no vas a ningún sitio con Petru?». «¿Lo ves?». Pero hoy me mira con acritud:

—Eso es lo que haces desde que te conozco: ¡no te pones en el lugar del otro! Que vayamos de aquí para allá, pero ¿con qué dinero?, ¿acaso te lo has preguntado?

¡Ahorran hasta el último céntimo para poder enviarle algo a Claudia, pero no lo reconocerían ni locos! Al comienzo de los años noventa, cuando Aurelian era el presidente del Foro, vivieron con más desahogo de lo que habían vivido antes y

de lo que vivirían después. Pero la imagen de Claudiu se vio salpicada por las inmundicias arrojadas en la prensa comunista y, como unos insensatos educados en el comunismo, no habían invertido ni ahorrado nada.

Los pilló desprevenidos la beca de Claudia para hacer la tesis doctoral en Estados Unidos, pero necesitaba dinero para instalarse, para libros, etcétera. Frau Poldi, que habría vendido el alma por ella, había muerto, nosotros nos habíamos trasladado a Francia, habíamos comprado la casita en Neuvy y no andábamos muy sobrados. El tacaño de Petru se superó a sí mismo y me hizo enviarles dinero para el billete y para los primeros gastos, ¿acaso podía oponerme? Les di también la dirección de unos amigos de Queens para que esperaran a Claudia al llegar, en el Kennedy. Ella no cabía en sí de gozo cuando supo que había sido admitida, ¡habría abandonado a diez prometidos, no sólo a uno! Les aseguró a los abrumados Morar que se las apañaría, que no se preocuparan. Llamó a Oskar desde Bucarest, parloteó sólo ella, él no dijo ni pío. Y se marchó… ¡Y, desde entonces, compara y requetecompara la sintaxis de las lenguas romances!

—¡No seas mala, Letiția!—me suelta Petru cuando me oye—. Claudia está en un programa de doctorado y no le faltan temas de estudio allí! ¡Desde que llegó a Estados Unidos, el español se ha convertido en la segunda lengua, la población latina crece sin parar, y un día de éstos tendrán un presidente salido de su comunidad, para desgracia de los *WASP*!

En cuanto a Oskar, Sultana se muestra categórica:

—¡No encajaban! Además, ¿qué vida la esperaba junto a él? ¿Ir de aquí para allá, por los países de alrededor de Rumanía? ¡Para eso, mejor se quedaba en Bucarest!

Petru, sin embargo, habla bien de él, algo que no sucede a menudo:

—Los periodistas occidentales vienen habitualmente a Europa del Este como a *Barbaria*, con el artículo ya escrito en su cabeza, y nada les hace cambiar de opinión, pescada en otros artículos en internet. ¡Pero él siente curiosidad por escuchar a la gente y, cuando se apega a alguien, incluso a un país, permanece unido para siempre! Ha mantenido el contacto conmigo después de jubilarme, tal vez esperaba todavía que lo reconciliara con Claudia, pero no lo he animado. Me quedó claro que su proyecto de vida no encajaba con el de Oskar. Estuvo varios años en Pristina, luego en Zagreb, durante la crisis griega se instaló en Atenas. Te habría hablado de Oskar, pero sé que no das importancia a nada que tenga que ver con Claudia.

Se la habría dado, pero no soltó una palabra, tal vez se temía que me chivara a Sultana de que mantenía contacto con el prometido repudiado. Me sentó mal descubrir que se había sentido más unido a ellas que a mí, me recordó las mentiras por omisión de Sorin, ¿acaso no existe una persona en este mundo en la que yo pueda confiar?

—¿Y a qué se dedica ahora?—le pregunté con acritud.

—¿Oskar? Ha cumplido los cuarenta, se ha asentado. Cuando declinó la prensa escrita y su periódico dejó de enviar corresponsales, regresó a Gotemburgo. Y creó en internet una página sobre los Balcanes, con financiación europea, luego la

extendió a Moldavia, Georgia, Ucrania, la isla de Lesbos, el sur de Italia, las zonas asaltadas por la inmigración, ha alcanzado una cierta popularidad, parece que le va bien. No he podido convencerle para que haga el doctorado, pero ha publicado un libro de reportajes y, hace poco, me comentó que tiene un hijo, ¡para colmo, está casado con una rumana! No le he preguntado dónde la conoció, ahora te encuentras con rumanos en todas las partes del globo. Tal vez me lo haya escrito para que se lo cuente a Claudia, pero yo no le he comentado nada. ¡Ella eligió entre él y Nueva York, lo decidió sola, no la influí yo!

—¿Que no la influiste tú? ¿Quién le dijo que estudiara lingüística? ¿Qué hiciera el máster en Budapest? ¿El doctorado en Nueva York? ¡Por una parte, consolabas a Oskar, por otra, la animabas a ella a que se realizara en Estados Unidos! ¡Un verdadero Mefistófeles!

No soporta que le grite. Pero entonces, fue el colmo, ¡eh, eh, más bajo!, dijo y sonrió como si lo estuviera adulando. Y farfulló algo así como:

—Ella se habría marchado incluso sin mí, ¿no ves en qué desierto se ha convertido Rumanía? En cuanto a Oskar, créeme, no supe hasta el último momento qué iba a hacer. ¡Lo sentí por él, pero lo habría sentido más por el talento de ella!

¡Siempre ha dirigido el coro de los que cantan sus alabanzas!

Busqué a Oskar Per Carlbom en Facebook: un rostro aniñado de trazos angulosos. No había colgado fotos con Claudia, cuando estaban juntos no había aparecido todavía la locura esta. Sólo edificios con las paredes agujereadas por las balas, artículos en sueco y fotos con un bebé en brazos.

Sultana ha apagado el televisor y busca algo en los diccionarios de la mesa. Se esfuerza por sacar dinero como sea, con sus traducciones alimenticias o recorriendo la ciudad con las extraescolares, unas horas de francés, una lengua cada vez menos interesante para los padres de los niños de hoy en día. Hace unos años, una editorial no le pagó, aunque había publicado el libro y, cuando se hartó de mendigar, los denunció. Declarado insolvente, el editor le paga gota a gota un dinero devaluado por la inflación.

—¡Antes que perder el tiempo con los derechos de las mujeres, era mejor que hubiera hecho, a través del Foro, una ley con tarifas comparables a las de Francia! —le dije a Petru, pero él se mostró escéptico:

—¿Quién le habría ofrecido trabajo entonces? ¿Y de dónde sacaría dinero para Claudia? ¿Cómo que para qué, Letiția? Los estudios, la habitación en el campus y las comidas están cubiertas a medias, pero ¿y el transporte?, ¿y el seguro médico? La pobre chica seguramente vivirá al día, incluso aunque dé clases, conduzca el autobús del campus y trabaje como camarera. ¡Algunos se mueren de hambre, pero no cuentan cómo les va para que en casa no piensen que no les ha merecido la pena marcharse! ¡No hablo de los que tienen padres pudientes! Hablo de gente de la categoría de tus Morar, que no tenían ni idea de que la libertad es difícil, ¡y el capitalismo todavía más! ¡También nosotros somos culpables de la nostalgia por el comunismo! ¿Quién les ofreció a los del Este información sobre los pecados de la sociedad de consumo? ¡Para prepararlos para el dominio del dinero que estaba

por llegar! Les pedíamos tan sólo que resistieran, que fueran héroes, mientras que en Occidente funcionaba ya la *Realpolitik*.

¡Petru y sus visiones catastróficas, nacidas del odio por un Occidente que no lo admitió en sus universidades, como sí admitió a Tzvetan Todorov!

Reviso mi bolso Vuitton, tengo todo lo que necesito. Pero el otro bolso, el de los documentos, ¿dónde estará? He rebuscado en la habitación de Claudia, en el *living*, ¿dónde lo habré puesto, que no consigo encontrarlo?

Hace algunos años, Sultana vaciaba de vez en cuando este pobre apartamento, lleno de trastos de tres generaciones, donaba la ropa a las residencias de ancianos, vendía libros, se desprendía de muebles viejos. Pero, de un tiempo a esta parte, las habitaciones están abarrotadas. Cuando nos mudamos a Francia, dejamos en la acera, en Múnich, un mobiliario entero, el transporte nos habría costado mucho más que los objetos heredados de Frau Poldi.

—Es la vejez, ¡qué quieres!—me soltó Sultana cuando le dije que hiciera lo mismo—. ¡No te pongas como ejemplo, que nunca has podido parar quieta!

Eso mismo piensa Petru, que se lamenta porque lo dejo solo demasiado tiempo:

—¡Me rehúyes, Letiția! Cuando vuelves de la clínica, te encierras en tu habitación y escribes como una posesa, las vacaciones las pasas en Bucarest, no soy una compañía demasiado agradable, de acuerdo, ¡tal vez no lo fui ni cuando podría haberlo sido! Pero ¿cuántos años crees que nos quedan para estar juntos? ¿O juntos significa también en la *maison de repos*, cuando no sepamos ya quiénes somos?

Antes de mi partida se muestra agitado, pero, a pesar de refunfuñar, también él quiere que recupere mi herencia, la vejez lo aterra. Yo no me pongo nerviosa ni en esos momentos, cuando doy vueltas buscando el maletín de los documentos, también de joven tenía la cabeza en las nubes. Pero, cuando me dijo «me rehúyes, Letiția», me dio un vuelco el corazón.

—¡Estaré de vuelta dentro de una semana!—le acaricié la coronilla brillante, con unos pocos cabellos lisos, blancos.

¡Qué pelo negro y rizado tenía aquella mañana cuando vino a buscarme a la residencia y me fui con él para el resto de mi vida! Cuando volví a encontrarme con él en Múnich, no era ya *sel et poivre*, como en su partida, sino casi blanco: en los tres años en que no nos vimos, pasaron por él diez. Un hombre desconocido al que mi piel reconoció, sin embargo. No estaba preparada para encontrarlo tan cambiado, lo poco que sabía de él me lo contó Frau Poldi demasiado tarde.

—Sigue siendo vigilante en un garaje, pero ha empezado a colaborar con Europa Libre. Lo van a contratar y tendrá la vida que se merece.

¿Vigilante en un garaje? Al ver mi rostro sombrío, Poldi intentó consolarme con su optimismo formal, que me resultaba irritante.

—¡También tú tendrás la vida que te mereces cuando llegues allí! Podrás escribir lo que quieras.

—¿Escribir? ¡Ni se me pasa por la cabeza algo semejante!—farfullé.

Pero la imagen confusa de una vida que compensara la del semisótano del Depósito, la del mundo que podría ver, por fin, libre, me hizo empezar a considerar la idea de marcharme. La entreveía como un fogonazo desde el taxi que tomaba tan sólo cuando Poldi me traía el dinero de Petru, nunca sabré cuánto dinero añadía ella… Contemplaba la carretera blanqueada por el polvo, las chabolas a medio derruir, las grúas que clavaban sus plumas en el azul engañoso del cielo, un jugo ácido me destruía la pared viscosa del estómago. Me

sentía culpable por el lujo inmerecido del taxi, Petru me había enviado el dinero, fruto de su trabajo, sin tener ni idea de mi historia, de años y años, con Sorin. La risa ciega de mi marido, su indiferencia, su brutalidad, me parecían, de repente, inocentes.

Sultana y Aurelian decían que debía decidirme yo sola, pero percibía lo que pensaban: que había llegado a un callejón sin salida y que sólo podía salir de él marchándome con Petru.

Pero ¿dónde demontres estará la cartera de los documentos…?

—¡Olvídate de nuestras vacaciones! En cuanto recuperes la herencia de tus tíos, nos vamos a Estados Unidos. ¡Visitamos el Gran Cañón y la Costa Oeste con Claudia!

Volvió a encender la televisión, la repetición de una especie de tertulia.

—¿No habías comentado que vendrá pronto? ¡Claudia!—Grito otra vez la pregunta para tapar la discusión de la pantalla—: Cuando te ha llamado esta mañana, Claudia te ha dicho que vendrá dentro de poco…

Pero ella sortea la respuesta de nuevo.

—¡No he dicho que vayamos mañana! ¿Es que has ganado ya los juicios? ¿Has recuperado las herencias?

¿Desde cuándo hace planes con mi dinero? ¡No me he dejado el pellejo pagando abogados para financiar las vacaciones de Claudia, que cualquier día de éstos cumple los treinta y cinco y sigue buscando becas! ¡Cuando emigré, no me quedaba nadie en Rumanía! Mi padre había rehecho su vida con su Floricica antes incluso de la muerte de mi madre. En cuanto a Junior, no puedo considerarlo mi hermano, ni siquiera hemos crecido juntos. ¡Pero Claudia, la niña reina, no sólo abandonó a los pobres Morar, sino que, para colmo del cinismo, les aconsejó que se buscaran un «sustituto de hija»! ¡Qué distintas somos esta muchacha y yo! ¡Los momentos más desagradables sucedieron cuando tuve que tomar una decisión, y todos están relacionados con Petru! Librarme de él, para quedarme sólo con Sorin o, por el contrario, volver con él, aunque últimamente habíamos vivido muy mal juntos. Como no me había apresurado a renunciar a mi «marido tránsfuga», como insistía Bîclişeanu, me confinaron en el Depósito. ¡No había sido capaz de divorciarme cuando estaba enamorada de otro, como para hacerlo en el estado penoso en que me encontraba!

El *talk show* se interrumpió para la publicidad, que también en Francia es estúpida, pero al menos no muestra tantas diarreas, menstruaciones, estreñimientos y menopausias sólo por envenenar a la gente con medicamentos. Las voces de los actores, tan estridentes como las de los políticos, entraron en competición con el taladro, pero, gracias a Dios, Sultana decidió cambiar a Mezzo. ¡La *Heroica* de Beethoven! ¡Cuántas veces la escuché en mi apartamento!

Después de partirme la espalda acarreando paquetes de libros y de torturarme verificándolos en los registros del Depósito, me arrastraba en varios autobuses hasta llegar a mi madriguera, entraba rápidamente del rellano al estudio, aguantando la respiración porque el vertedero de basura estaba siempre atascado y correteaban las ratas. Para ahogar los gritos y la música popular que aullaba en

la casa de los vecinos, ponía, en el Grundig traído de Uranus, las cintas de Beethoven, Bruckner, Wagner.

Me daba miedo el silencio silbante, pero también Frank Sinatra, Dalida o los Beatles, a los que escuchaba en otra época con Sorin: cualquier recuerdo relacionado con él me golpeaba, afilado, en el pecho. El peor era Gilbert Bécaud:

Et maintenant, que vais-je faire
vers quel néant glissera ma vie
tu m'as laissé la terre entière
mais la terre sans toi c'est petit…

Sólo que a mí me había dejado únicamente un apartamento de segunda en el que deambulaba horas y horas de una pared a otra. O me quedaba plantada ante la ventana, contemplando, con la mirada perdida, los campos de colza y maíz que se perdían en la distancia, más allá de los autobuses alineados en el final de la línea. Me preguntaba, una y otra vez, cómo había sido capaz de echarme de su vida, como cuando tiras un objeto viejo, para instalarse en casa de Dorina, con coche y una casa en el pueblo y, seguramente, unos hijos. Puesto que me había apresurado a deshacerme del nuestro y no podría tener otro, odiaba de nuevo a la doctora que me había entregado una vida sin valor, ¿cuántos años me quedaban para recuperar los que había perdido junto a él? Conservaba el sabor de su cuerpo en mi paladar, en mi lengua, en mi piel, sin embargo, ¿cómo había podido él olvidar el mío, como si se hubiera duchado y cepillado los dientes? Si Sorin no quería separarme del otro, debería haberme dejado en paz, ¿qué había obtenido de él? Sexo, alcohol, dudas y dolores de cabeza. «Los hombres son cínicos», me susurró la última vez, mientras una lágrima se deslizaba deprisa a lo largo de la nariz y se perdía en las hebras de su barba sin afeitar. Me advertía, demasiado tarde, de que se había vuelto cínico o se había vuelto hipócrita, era cínico y también sentimental. Había observado últimamente que no se parecía nada al del principio, pero me esforzaba por recordar su deseo apasionado que me había contagiado, ¡era tan frágil, tan torpe, cuando me subía, intimidado, a sus pies, sólo un poco más grande que los míos, para hacer el amor! El amor del otro despierta en nosotros mucha más emoción que el nuestro.

Qué espacio tan amplio había ocupado en mi vida, aunque no hubiera deseado que formáramos una familia. ¿Inmadurez? ¿O seguía más unida a Petru de lo que yo creía? Examinaba mis recuerdos con la esperanza de descubrir qué había vivido de verdad, no lo que había creído vivir, y de que acabara también la humillación que me corroía sin cesar.

Cuando, raras veces, tenía hambre, comía, igual que de niña, macarrones con pan. No disfrutaba en absoluto de la tan añorada libertad, pero no lo reconocía para no añadir un motivo de sufrimiento más.

Me despertaba por la noche y, tras espantar las cucarachas rojas que pululaban alrededor del hornillo, abría la ventana de la habitación helada, inspiraba, contando, luego espiraba y empezaba otra vez. Pero el sueño no se presentaba. Los bloques lejanos, con ventanas negras, proyectados sobre el cielo oscuro, con las estrellas difuminadas por las luces de la ciudad, me transmitían una curiosa sensación de espera, como si acechara una amenaza inminente, escondida en las

formas geométricas que me rodeaban. Mis manos se aferraban a la chapa ondulada de la balaustrada, si no me hubiera dado miedo la oscuridad, me habría inclinado y habría saltado, y el vacío me habría absorbido al instante. Habría caído como caigo siempre en mis sueños y me despierto, aterrada, ¿qué antepasado desconocido hizo el gesto de trasmitirme el gen del pánico de sus últimos instantes? Estaba sola, sola, rodeada por bloques silenciosos y vigilada: desde una ventana iluminada, las instalaciones especiales captaban no sólo el silencio de mi pobre apartamento, sino también el zumbido de los mosquitos que llenaban el hueco de la escalera y que subían desde el sótano inundado. La idea de que me vigilaban me asaltaba siempre de noche, sobre todo después de que Poldi me dijera que iban a contratar a Petru en Europa Libre.

¡Lo hice mal desde el principio, desde que fui a la revista del Instituto con los manuscritos de mi tío Ion en busca de Petru, no tanto por compensar su fracaso, cuanto por introducirme yo en el mundo del estudio y del éxito! ¡Un fracaso nuestro matrimonio, un fracaso la vida mundana entre amigos que me evitaban después de su partida! ¡Y con cuánta facilidad me entregué a la falsa amistad de Dorina! Había cometido un error tras otro para acabar, finalmente, como prisionera del dormitorio marital de Sorin, que hacía el amor sin parar con una muñeca de plástico, de rostro marrón y dientes feroces. Partidas de sexo, no de manera hogareña, repetitiva, como las nuestras, sino como en las películas porno que habían devorado, excitados, los dos, en sus viajes «fuera».

No soportaba verlos y golpeaba, con los ojos cerrados, las paredes, buscando en vano la puerta, pero, cuando escapaba milagrosamente del dormitorio, volvía a encontrármelos, insoportablemente tiernos, en las otras habitaciones.

Desde que Aurelian me dijo que Florin Ciubotaru era una persona de confianza, lo miraba con otros ojos, incluso intercambié con él algunas palabras debajo del nogal, el sitio para fumar. Pero no teníamos temas en común, la vida de los animales, su pasión, con información recogida en la Teleenciclopedia, me aburría. Una vez, cuando husmeé en el taco de revistas del Instituto de Psicología, preparadas para ser destruidas, descubrí sus artículos. Ésta era la oportunidad de preguntarle cómo librarme del cansancio y la tristeza que me destrozaban el sueño. Todos los autores se sienten lisonjeados cuando te refieres a sus textos, lo sabía por mí misma.

—¡He visto tus artículos!—le dije con complicidad.

—*Tempi passati!*—me contestó por encima del hombro y no volvió a mirarme en todo el día.

Congestionado y sudoroso con su jersey grueso, de lana de oveja, con la cabeza descubierta y las hebras de cabello fino pegadas a la coronilla, bajaba por las escaleras los pesados paquetes de *Homenajes*, unos volúmenes en pasta dura. En el patio, el hielo hacía brillar el sendero, después de que pasáramos todos la pala para limpiar la nieve. Se acercaba el 26 de enero, el cumpleaños de Ceauşescu, una fiesta cada vez más humillante en ese país que nunca había sentido como mío.

—¿No te has planteado que las publicaciones destinadas a ser destruidas fueron

colocadas ahí adrede, para ver a quién le interesaban?—me amonestó Aurelian cuando volvíamos a casa.

Bajé la cabeza, mi madre y mi tío Ion me habían enseñado desde niña que vivía junto a un tigre al que no debía provocar si no quería que me atacara.

Al final, sin embargo, acabé haciendo amistad con Ciubotaru, fumando debajo del nogal, en la nieve, en medio de un frío que hacía que se te pegaran las narices. Le conté mi historia con Sorin, de la que no había soltado prenda ni con Sultana. Es más fácil confesarte con desconocidos. Me convencí de ello después de emigrar, cuando comencé a abrirme un poco… aunque adornaba siempre mis relatos.

Ciubotaru no comentó nada, un silencio inesperado en alguien tan parlanchín; no sabía que era la norma de la profesión. Finalmente me dijo que era víctima de un amor tóxico. Aunque lo detesto, Sorin sigue siendo, en mi subconsciente, la referencia principal, porque me concedió toda su atención y me hizo sentir tal como me gusta creer que soy. Que no me culpabilizara por no haber podido elegir entre dos hombres y por haber querido conservar lo que me daba cada uno: la protección de la estabilidad con Petru y el gusto por la aventura con Sorin, el orden y el desorden que cohabitan en mí. Partir me ofrecería la oportunidad de vivir algo diferente, aquí, con mis traumas y mi dosier, no ve qué futuro tendría por delante. Y si no me entiendo con Petru, podemos separarnos allí, muchas parejas siguen juntas sólo por facilitar su salida del país. O se separan porque uno se adapta más rápido y no tiene paciencia para esperar al otro.

Me arrepentí de haberle confesado mis secretos, ya sabía, sin que me lo dijera él, que tenía que quitarme a Sorin de la cabeza, pero nadie me enseñaba a salir de la vida a tres con mis antiguos amigos.

¡Mira, ahí viene Tincuța con mi cartera entre los dientes! Se justifica en tono de reproche: la había dejado yo junto a la puerta, por eso la había metido en el armario. Sultana conoce su costumbre de apretujar las cosas donde puede, ¡si no le hubiera preguntado ella, mis papeles no habrían aparecido hasta el día del Juicio final!

El apartamento se ha iluminado de repente, ya no me molesta siquiera el taladro, farfullo las gracias a Sultana y ella asiente con la cabeza, ¡esto es lo que hay! Al fin y al cabo, pienso yo, ¿por qué no podríamos ir nosotras dos y Claudia de vacaciones por Estados Unidos, como me propuso ella? Le cuenta a todo el mundo con un aire seguro que su hija es ayudante en la universidad de Stony Brook, pero Petru me ha explicado que se trata de una obligación didáctica hasta que termine su doctorado, no un puesto estable.

¡El espíritu práctico de Sultana es tan *pitoyable*! Aunque cuenta con el certificado de cualificación docente, intentó, después de jubilarse, volver a la enseñanza como sustituta. Pero eso depende de las directoras de las escuelas que, a través de un intermediario, le pidieron un sueldo de adelanto, ¡y naturalmente, mis Morar, con su lucha contra la corrupción, no quisieron saber nada!

¡Y eso que en los años noventa Petru les había aconsejado que no dejaran su trabajo de toda la vida, que no abandonaran la enseñanza como, por otra parte,

había hecho él! ¡Pero era imposible entenderte con ellos, parecían drogados con la plaza de la Universidad y los gritos de «Fuera Iliescu»! La directora de Sultana estaba en sus antípodas políticas, le hacía la vida imposible, así que Sultana, con altivez, se jubiló anticipadamente y se pasó al Foro, cuyo presidente era Aurelian; durante varios años, ¿quién estaba a su altura? Ahora se arrepiente. Ayer me contaba que se ha apuntado al curso para las «escuelas de apoyo»—niños con discapacidades—, y que ahí podría encontrar trabajo.

—¿Por qué no? ¿Es que tú no has hecho fisioterapia, rehabilitación, con todos esos aparatos de nave espacial de tu clínica?—dijo enfurruñada cuando observó mi mirada escéptica.

—¡Pero entonces yo tenía veinticinco años menos! ¡Y no necesito una botella de whisky o un sobre con dinero para que la inspectora me ofrezca una escuela a la que llegar con tres metros y un autobús!

Tal vez me haya equivocado al desanimarla, ella es, de todas formas, mucho más realista que Aurelian, que, a medida que envejece, es cada vez más estricto y vive en la luna. Sigue garabateando unas memorias con las que quiere rehabilitar a Claudiu.

Me temo, sin embargo, que por lo que a él respecta, el escéptico de Petru tiene razón:

—No veo a quién podrían interesarle. En ese país, donde la ley de la tierra es la manipulación, los disidentes son carne de cañón para ajustes de cuentas y desinformación. ¡Vidas malgastadas! Y no estoy seguro de que lo que escribe Aurelian resulte legible, conozco su estilo burocrático. ¡Le costará publicar más que a ti! Tu libro fue bien recibido, se han olvidado de ti, pero dices que te incluyeron en el índex, tienes la ventaja de vivir en Francia, pero, se te hace el culo gaseosa por ir a Bucarest…

—¡No seas vulgar, Petru!

A él sí que se le hace el culo gaseosa cuando salimos al frío, y tengo que limpiarle los ojos y la nariz, como a los niños.

—¡No soy vulgar, Letiția, así es la lengua rumana, y así eres tú cuando se te mete algo entre ceja y ceja! ¡Eso es lo que hiciste también conmigo, no me soltaste ni después de publicar el artículo de tu tío!

Estaba de buen humor, había bebido un culín de Sancerre y seguía lamentándose:

—¡Soñaba con estos vinos cuando me emborrachaba con garrafón y ahora que los tengo delante, tengo que tomarlos con cuentagotas! Café, no, cigarrillos, no, sal, no, la época del Viagra ya ha pasado…

Y, para reafirmar la alusión a la época en que andaba detrás de él, se estiró para darme un azote en el trasero, pero fue sólo una caricia.

—¿Has vuelto a entrar en esas páginas porno? ¡Déjate de tonterías y sal mejor a jugar al bridge con los amigos de Georgel!—lo reprendí, comprimiendo en el equipaje de mano el manuscrito de la novela.

Sultana sospecha que envidio a los escritores que se han quedado aquí, que han llenado estanterías con libros que no lee nadie y que, si no les dedicas algún

comentario laudatorio, te miran como a través del cristal. Cuando le digo que prefiero mi condición de diletante que escribe sólo por placer, siento que no me cree.

Pero ¿he escrito de verdad por placer? ¿Habría escrito si no hubiera existido mi historia con Sorin? Es algo en lo que prefiero no pensar. Lo único seguro es que he escrito pensando en Sultana, que me había prometido ayudarme a encontrar una editorial. Sólo que, cuando llegué aquí, me ofreció una lista con nombres y direcciones:

—Las he visitado todas, Letiția, pero no puedo contar con la palabra de nadie, ¡para qué voy a mentirte! Pregúntale también a Daniel, que tiene contactos en todas partes.

Pero con él sólo he podido hablar por teléfono y me soltó de pasada:

—¿Buscas un editor? ¡Eso está hecho!

—¿Tú no sabrás, Sultănica, a qué editorial quiere llevarme Daniel?

—Comentó algo, pero no le presté atención… Tal vez sea la de Bîclişeanu.

Su voz titubeante y el hecho de que rehúya mi mirada me hacen gritar:

—¿Nuestro Bîclişeanu? ¿Ese que nos perseguía a Aurelian y a mí en el Depósito del Libro?

Me perseguía para preguntarme por Petru y a Aurelian para preguntarle por Claudiu: nos acosaba a ambos. Podría ser unos años más joven que yo, en su rostro inmóvil no se leía nada, ¿qué técnicas utilizan las instituciones secretas para hacerlos parecer tan impasibles como las paredes? Me tuteó desde el primer momento en que me vi, bruscamente, ante su rostro inexpresivo y su silueta militar, escondida bajo el impermeable estándar y el maletín. Con una voz amistosa y una sonrisa insinuante, me aconsejó que me divorciara cuanto antes.

—Te hemos dejado trabajar entre libros, como a ti te gusta, pero podrías pedir el traslado a una editorial, incluso podríamos dejarte elegirla, ¿qué opinas? ¿Por qué vas a destruir tu vida por un hombre que te ha abandonado sin avisarte siquiera?

¿Por qué sabía cómo se había marchado Petru? Si hubiera estado conmigo, yo habría tenido una voz más firme, pero, a falta de su protección, me había convertido de nuevo en la tímida Letiția Branea, que llevaba a cuestas, resignada, una vida desconocida.

Era evidente que sólo tenía dos alternativas: me divorciaba y me quedaba en Rumanía o empezaba el proceso para marcharme.

Estaba casi decidida a divorciarme cuando Poldi me trajo una carta de Petru, que acababa de abandonar el segundo campo, el de Zirndorf, y había obtenido el permiso para instalarse en Alemania. Me aconsejaba que acelerara la solicitud de reagrupamiento familiar porque, conociéndome, sabía que me costaría arreglármelas con las trampas burocráticas de la emigración. Me torturé mucho tiempo antes de decidirme, recordaba cómo demoraba por la noche el momento de acostarme con él, y la noche previa a su partida, cuando peleé para zafarme de él, hasta que, finalmente, como despierto de golpe, me preguntó: «¿No te gusto? ¿Te doy asco?». Incluso aunque consiguiera reunirme con él, ¿qué podría haber

entre nosotros?

El asco por su cuerpo se había convertido en asco por mi cuerpo desnudo, que seguía siendo atractivo, lo notaba en las miradas que me lanzaban, al igual que antes, por la calle. No me imaginaba volver a mostrarme desnuda ante un hombre, en mí se había instalado una acritud precoz. Había perdido el placer de cuidarme, en el frío del apartamento me cubría la cabeza con un gorro viejo y, para que no se viera el pelo grasiento, me lo sujetaba con una goma. No me importaba que hubieran aparecido unas canas en las sienes y no necesitaba consuelo alguno: por muy bien que empezara algo, siempre se llegaba a la mentira. En el Depósito, me movía como un robot entre paquetes apilados, con el olor sofocante a pegamento y a polvo, y mi mente vagaba por el apartamento de Dorina, que olía a sexo, a *sarmale* y a pañales sucios de bebé.

Había tenido el mundo delante como un tablero de ajedrez, había hecho un movimiento equivocado y estaba cerca del mate.

Pero, inesperadamente, una mañana cayó sobre mí, en la cama, una luz dorada que se colaba por una abertura de las cortinas. Las corrí y vi el cielo azul que se decoloraba hasta volverse, poco a poco, cegador. Delante del bloque los árboles habían adquirido unas copas blancas-rosadas, espumosas, y el bosque lejano había enrojecido con los brotes de la nueva primavera. Junto a él, con un extremo atrapado por el borde del cielo descolorido, giraba el campo húmedo, recién roturado. El sol volvía la niebla cada vez más delicada y más leve, y desde la ventana de mi apartamento dejé de ver las hojas feas y muertas, y los papeles sucios arrojados al azar. Permanecí unos minutos así, con los ojos cerrados, escuchando el rumor lejano, rotundo, de la ciudad y de repente apareció en mi mente mi tío Ion anudándose la corbata sobre una camisa recién planchada. Era la misma luz primaveral, a través de la puerta abierta entraba un frescor húmedo, en el aire zumbaban las abejas, y yo era joven y sentía curiosidad por lo que me iba a suceder.

Cuando bajé, bruscamente sosegada, junto al portal del bloque había explotado, amarillo-dorado, un arbusto de forsitia y me ensordecieron las vocalizaciones atronadoras de los mirlos. Contemplé sorprendida, desde el asiento desvencijado del autobús, los árboles repentinamente misteriosos, florecidos de la noche al día. Atenuaban la fealdad de Bucarest, al igual que el encaje verde de los sauces ondulados sobre las casas antiguas, amarilleadas, que esperaban, resignadas, a ser demolidas.

Y yo, sin darme cuenta de cómo ni cuándo, había dejado de ser el robot que acompañaba continuamente a Sorin y a Dorina en su eterna luna de miel. Antes de quedarme dormida, me los imaginaba pequeños, cada vez más pequeños, una pareja de juguete, y cuando alcanzaron el tamaño de unas cucarachas, los barrí de la pantalla de los sueños. Había encontrado, a tientas, la puerta de su apartamento y había salido al exterior, a mi vida real. Ya no compartíamos la misma dirección, y su vida, de repente banal, no me concernía ya. Era la vida de otros, de unos desconocidos junto a los que había pasado deprisa, sin importarme qué clase de personas eran. Cuando me encontraba con algún antiguo compañero

de trabajo y empezaba a hablarme de ellos, le escuchaba sin ganas y arrojaba el aburrido relato al *trash* de la memoria.

¡Qué poca importancia tiene una relación cuando dejamos de estar en ella! Las imágenes que había recordado, espantada por el deseo, incluso en la cama, junto a Petru, se habían convertido en los planos desvaídos de una película con personajes desconocidos. ¿Por qué había perdido tantos años pensando en ellos? Me había metido sola en un sótano oscuro, tal como había sido mi dependencia de Sorin: se me había pegado a la piel, se había colado en mis nervios, en mis vísceras. Y, de repente, un terremoto me había lanzado afuera y descubría, asombrada, qué peso había acarreado a la espalda. Saboreaba, sólo ahora, la alegría de haberme librado de un embarazo no deseado, de la humillación de la vida a tres. ¡Por muy duros que fueran los meses siguientes, no volverían a fallarme las rodillas al oír unos pasos en el pasillo mientras estaba en la cama con Sorin! No volvería a ponerme triste al distinguir, detrás de sus hombros, las bandas de luz contenidas por las persianas de la habitación prestada. Al perder a quien me había atormentado con su amor y al que, tal vez, había atormentado también yo, aprendía en mi propia piel que toda separación significa un comienzo. Durante una temporada me alegraba por ello cada mañana; luego me acostumbré y lo olvidé.

No sé si me habían curado los medicamentos o el tiempo o las conversaciones con Ciubotaru sobre el amor tóxico. O todo a la vez, junto con la inesperada visita de Claudiu una tarde. Nos habíamos encontrado tiempo atrás, en la Alameda de los Tilos. Le había contado que pasaba mucho frío en el apartamento y él hizo uno de sus habituales gestos generosos: me trajo un radiador eléctrico… o lo utilizó como pretexto para venir a visitarme.

—He pensado que esta noche te encontraría en casa—se justificó por llegar tan tarde—. Y, puesto que ya estoy aquí, ¿no quieres que nos acerquemos a la iglesia? ¡Hace mucho que no he ido a la misa de resurrección!

¡Tania se crio en una familia de comunistas convencidos y sientes nostalgia de las fiestas tradicionales de la familia Morar, sobre todo ahora, después de que haya muerto también tu madre!, pensé para mí. Era consciente de mi condición de sustituta. Sólo que yo tampoco había pisado una iglesia desde hacía mucho tiempo.

Fuimos a pie hasta la única, por aquel entonces, del barrio de bloques. Los trolebuses pasaban hacia el centro abarrotados de chavales encaramados hasta el techo en la parte trasera. La muchedumbre que rodeaba la iglesia se había extendido hasta las aceras, parejas de mediana edad, pendientes de sus hijos, chicos melenudos abrazados a chicas que parloteaban sin cesar, hombres cuyo aliento apestaba a vino. Las mujeres habían clavado en casa, cuidadosamente, los cirios en unos vasos de plástico, los de los helados que se vendían en la calle. Después de tanto tiempo de reclusión, los árboles con el follaje enrojecido por la luz de las bombillas mortecinas me parecían irreales.

Los sacerdotes no habían salido a oficiar la misa en el patio, una parte de los que habían encendido sus cirios se marchaban ya, abriéndose camino hacia los

coches, los demás esperaban, plácidos y nerviosos, como en las colas, con la misma impaciencia contenida. El patio seguía abarrotado, ellos seguían esperando a los curas, no podían creer que eso hubiera sido todo, y se encendían, unos a otros, las velas que apagaba el viento. Dentro se oían las voces que cantaban *¡Cristo ha resucitado!* y de camino a casa Claudiu me dijo que cada vez que los escuchaba pensaba en los años de cárcel de su abuelo.

Un taco de fotografías desgastadas por el tiempo… eso me ha quedado de mis primeros encuentros con Claudiu. La más clara es la del día en que fue demolida la casa de los Morar, que reaparecía en sus historias familiares y les recordaba el estatus social perdido. Aunque habían vivido en ella sólo de niños, Claudiu y Aurelian habían conservado un vínculo sentimental.

La construyó su abuelo, Costică Morar, un hombre espabilado llegado de un pueblo de Oltenia, cuyos padres, unos campesinos pobres con muchos hijos, se dejaron convencer por un maestro entusiasta para que lo matricularan en una escuela militar: sin tasas, con alojamiento y uniforme gratuitos. Herido en Oituz, el joven fue condecorado, ascendió de graduación y, más adelante, fue destinado, a petición propia, a la reserva, con el grado de mayor. No era un militar típico, afirmaba la leyenda familiar: amaba los libros y le gustaba dibujar. Invirtió en una imprenta comprada en Alemania y sacó también dos libros suyos, recuerdos de los años de guerra ahogados en un lirismo patriótico.

—Son muy elegantes, muy buen papel. —Eso es todo lo que pude decirle a Claudiu cuando se presentó una vez con ellos en mi casa.

Me había quedado con una sola escena, del verano de 1916, cuando se anunció la entrada en la guerra: Ferdinand era aclamado en Calea Victoriei, los trenes de soldados estaban decorados con flores e inscripciones a tiza, la gente lloraba por la emoción. «¡Deberían haber guardado las lágrimas para todo lo que les quedaba por llorar!», concluyó el autor, recordando también los negocios realizados, en los años de neutralidad, a cuenta del ejército miserablemente equipado.

Él también se había ocupado de la venta de armamento en los años locos de después de la Primera Guerra, cuando se amasaron fortunas y se disfrutó con desenfreno: un verdadero *self-made man*, había percibido que el mundo se preparaba para otra guerra. Ganó asimismo dinero con la imprenta, publicando prospectos médicos, folletos y material militar, etcétera. No le afectó la crisis, se había introducido en los círculos de comerciantes que frecuentaban el café Riegler, lleno de espejos y abierto hasta medianoche. Su inteligencia y su saber disfrutar de la vida llegaron hasta mí a través de Claudiu. Sus desgracias surgieron a raíz de los materiales de propaganda para la guerra en el Este, que tenían como emblema a un soldado soviético colocado en la diana. ¿Por qué, cuando la guerra se trasladó al Oeste, no lo cambió por el soldado nazi? Tal vez no quiso perder dinero imprimiendo unos nuevos, o tal vez no gestionaba bien sus negocios.

Fue arrestado delante de sus hijos, Aurelian no se acordaba ya, pero Claudiu, su favorito, que tenía nueve años, le susurró a su madre que al abuelo iban a llevarlo a la *maison*: había oído hablar entre ellos a los señores vestidos de cuero que lo detuvieron. Ciertamente, en el antiguo cuartel de Malmaison, Costică Morar fue

interrogado con una ferocidad que evocaría tan sólo con interjecciones. Lo condenaron a muerte, pero sus relaciones con la Prefectura Militar cambiaron el veredicto por veinte años de prisión. No los cumplió todos, regresó de Aiud mermado y sólo vivía para contarle historias a Claudiu, al que consideraba genial.

Inconsolable con el momento en que el hada malvada había derruido, con su varita mágica, lo que el viejo había construido a lo largo de la vida, Claudiu afirmaba que éste había mantenido a propósito al soldado soviético en la diana:

—¡Al fin y al cabo sabía que se estaba preparando un golpe de Estado! Unos meses antes, un ingeniero de telecomunicaciones le había dicho que habían intervenido las transmisiones alemanas. La Gestapo no los pilló, porque les avisaba Evolceanu.

—¿Quién era Evolceanu?—preguntó Sultana, aturdida.

—¡El jefe de Información del ejército! Después de la guerra, los aliados lo sacaron del país, había trabajado para ellos.

—¡Me sorprende que tú, Claudiu, vengas con esas ingenuidades!—soltó Aurelian—. ¡Incluso sin la historia del emblema, habrían encontrado cualquier cosa para imputarlo! Lo torturaron para poder acusar a los generales, ¡había que decapitar el ejército rumano y ponerlo bajo el mando soviético!

No sé cuál de los dos tenía razón. Nuestros hechos llegan a nuestros descendientes, pero no así la madeja enredada de nuestras motivaciones.

Con la dote y la mano de la señorita Lucrecia entregadas por sus suegros, comerciantes de telas de Ardeal instalados en Bucarest, el comandante Morar se construyó, cerca del parque Carol, en los años treinta, cuando se modernizaron los barrios alrededor del Dealul Mitropoliei, una villa de dos pisos y una buhardilla elevada. Intimidado por sus historias sobre Viena, por sus recetas de pasteles austriacos y las vitrinas con figuritas, ante los cuales su orgullo gorjeano[17] se fundía en una humillación secreta, se dejó cautivar de tal manera por la familia de su esposa, que aceptó poner nombres de emperadores romanos a su hijo (Septimiu) y a sus nietos (Claudiu y Aurelian). Una costumbre destinada a proteger a Transilvania de la magiarización que resultaba inútil en el Antiguo Reino, convertido después de la guerra en la Gran Rumanía.

—¡Mi suegro se refinó, sólo en la mesa lo traicionaban sus orígenes! ¡Si le gustaba algo, se le oía masticar y le encantaban la col guisada en manteca o las judías con codillo!—me dijo su nuera, doña Felicia Amélie, que procedía de una familia mejor que aquella en la que se había integrado.

También en la época previa al comunismo los dosieres familiares influían en los matrimonios, y el dinero prevalecía, igual que hoy en día. El comandante Titi (como le llamaba en la cama Lucreția) Morar se convirtió en alguien completamente distinto a Tică Morar, el campesinito con las botas rellenas de trapos, heredadas de sus hermanos mayores. Por lo demás, estaba acostumbrado a los cambios: el primer día de escuela, al ver que en clase tenía dos Constantin Moraru, el maestro le quitó la última letra del apellido.

Pero ¿por qué asistí yo, medio siglo después, a la demolición de su villa? Había salido del Depósito en compañía de Aurelian y, en la Calea Rahovei, destrozada

como después de un terremoto, nos topamos con Claudiu, al que no había visto nunca sin Tania. Sultana me había chivado que, últimamente, su matrimonio era sólo formal y que él se había mudado.

Los trabajadores ataban la casa a los buldóceres con unas maromas, como si fuera un reo preparado para la ejecución. Las ventanas y el maderamen arrancados habían dejado en las paredes unos agujeros negros, como unas órbitas vacías. Tuvieron que tirar mucho de ella, era sólida y resistió hasta que se hundió con un estruendo terrible, en una nube de polvo que cubrió la calle. Tosí largo rato y cuando miré a mi alrededor, sólo encontré a Claudiu, que me abrazó por los hombros, ¡ya es suficiente, Letiția, vámonos! Me habría gustado hablar con él, pero, cuando llegamos a Piața Unirii, se excusó porque tenía una cita urgente y desapareció en la boca del metro.

Más o menos al cabo de un mes, Aurelian me confesó que en Europa Libre habían retransmitido su carta sobre las demoliciones de Bucarest. Yo no sintonizaba esa emisora con mi transistor, pero tampoco me interesaba.
Recordé el asesinato de la casa de Rahova cuando encontré, en un periódico en el avión, otro artículo con otras revelaciones sobre Claudiu: que su suegro, un hombre de los rusos, le había animado a enviar la carta a Europa Libre, que los securistas lo habían matado por incumplir el acuerdo con ellos, que no existía disidencia en Rumanía. Se cumplía una cifra redonda desde su muerte.

—¡Y el tonto ese de Aurelian me sigue preguntando si no echo de menos Bucarest!—rio Petru cuando le mostré el periódico—. ¡Mira lo que queda del brillante esnob Claudiu Morar! ¡Varios artículos científicos desfasados y un chaparrón de artículos miserables en la prensa supuestamente independiente para la cual la libertad significa *character assassination*! Sí, los escriben periodistas a los que sólo interesa la noticia sensacionalista. Sí, los dirigen en la sombra securistas antiguos y nuevos, entre las bambalinas de unos juegos políticos. Pero ¿puedes decirme qué hacía Claudiu con ellos? ¡Luchar tú solo contra el molino de acero que tritura a la gente! ¡Lo destrozaron! Y todo porque desde que era un niño, cuando vivían todos amontonados en la casa nacionalizada de Rahova, escuchó que era un genio y eso se le subió a la cabeza.

Cuando empezamos a frecuentar a los Morar, Petru declaró a Claudiu el «brillante esnob». ¡Competición masculina por destacar! A él le había costado abrirse camino en la vida, mientras que a Claudiu le salió, al principio, todo a la primera: estudios de postgrado en Inglaterra, el director más joven, colaboraciones en revistas especializadas, invitaciones en todas partes… durante aquellos años apenas lo veíamos en la Alameda de los Tilos.

En Petru no habla sólo la envidia, que ni la muerte de Claudiu sofocó, sino también la amargura de la vejez. A la velocidad a la que se oxidan las personas y las obras, se da cuenta él solo de que tampoco a su paso quedará gran cosa. ¿Qué valor tiene su curso, con ideas pescadas en Jakobson y Hjemslev, cuando sus libros están al alcance de cualquiera? ¿Qué valor tiene ahora su análisis sobre las *Estructuras sintácticas* de Noam Chomsky? ¡Sólo lo tuvo entre sus manos un par de semanas, gracias a un investigador estadounidense, llegado con una beca

Fullbright y despachado enseguida por la Securitate por meter las narices donde no debía! ¿Qué importa que fuera el primero en presentar el Círculo Lingüístico de Praga y la Escuela de Copenhague y en colocarlos bajo el paraguas de Marx para poder sortear la censura?

¡Ahora, en plena moda marxista, ni siquiera puede recurrir al oportunismo de entonces! Claudia le ha contado a Petru a través de WhatsApp que en su universidad *El capital* forma parte de los cursos obligatorios. Mis pobres Morar echaban chispas cuando vieron a Jean-Claude Juncker descubriendo la estatua de bronce enviada por los comunistas chinos, cuando se cumplieron doscientos años del nacimiento de ése cuya obra figuraba en nuestra bibliografía obligatoria, pero sólo leímos algunos párrafos, aprendidos de memoria…

—Oye, Letiția, ¿en qué estabas pensando al pedirle a mi ayudante con tanta insistencia que me sacara del *meeting* para esa tontería? En tu casa, en Saint-Pierre-des-Corps, eres una persona cabal, pero aquí te permites cualquier cosa porque estás en Rumanía. Ya sabía que salías de casa, ¿y qué? ¿Para qué están los teléfonos móviles? Prometí que te llamaría, pero ¿crees que he tenido un segundo libre? ¡Te perdono, te perdono, no es ése el problema, vamos, no te enfurruñes! Cuando esté libre, después del *meeting*, después del *lunch*, hago un *research* y te busco la editorial adecuada, ¡te lo he prometido! Bueno y si no puede ser hoy, será mañana, ¿cuál es el problema? ¡Al fin y al cabo has venido para quedarte una temporada, no para tener un sitio del que marcharte!

¡Incluso el mocoso de Daniel me da lecciones ahora! Antiguamente telefoneaba a su empresa cuando tenía tiempo y charlábamos durante horas, pero ahora, a medida que crecen sus acciones, se da unos aires… ¡Entretanto, se ha plantado en la habitación Tincuța, que justamente entonces, ¡entonces!, tenía que limpiar el polvo de la habitación de Claudia! Le he dado con la puerta en las narices, ¡se acabó lo de ser amigas! Si les das mano, te cogen hasta el codo, decía mi pobre madre.

Había salido al jardín para poder hablar conmigo, se oía el zureo de las tórtolas, el graznido lánguido de alguna gaviota e incluso un ladrido tímido. En ese barrio esnob donde había instalado su empresa han desaparecido los perros callejeros, circulan con correa perros de todas las razas, silenciosos como gatos. Al igual que éstos, duermen en la cama no sólo con los que no tienen pareja, sino también con *mami* y *papi*: parejas agotadas que vuelcan en el animal el exceso de ternura no consumida, el devorador instinto de la maternidad, de la devoción por una criatura indefensa. ¿No me parece incluso a mí, algunas veces, que Petru se ha convertido en mi hijo?

Daniel no ha dicho ni pío sobre el embarazo de Alina, pero tampoco yo me he delatado. Si estuviera obsesionado con una criatura, como afirma Sultana, estaría dando saltos de alegría, pero su hijo es su empresa, ¡el *business*! Tal vez se sienta en competición profesional con Diana, que asciende sin cesar en la jerarquía del fondo de inversiones de Londres. El único vínculo que les queda es el de seguir midiendo cuál de los dos llega más lejos. El Proyecto del hijo es el proyecto de Alina y de su concilio de madres y suegras, inquietas porque cualquier día aparece una jovencita con barriga y le levanta a Daniel la casa, el BMW y la mitad de la empresa. ¡Es lo que sucede una y otra vez en su mundo de *upper middle class*, en un país emergente donde queda bien mostrar que tienes el coche más caro y la amante más joven y sexy, con la que viajas a los lugares más exóticos!

Petru y yo hemos superado peleas, traiciones y fronteras sin complicarnos la vida con pañales, ¡y seguimos todavía juntos! Su rostro se ha transferido al mío y los vecinos Georgel, de Neuvy, me preguntan si no somos primos lejanos, que nos parecemos demasiado…

Me he mordido la lengua para no ponerlo en su sitio cuando me grita así, no

importa, ya encontraré el momento de decírselo, ahora no cuento con nadie más que me pueda presentar a un editor. Y me ha prometido que no va a llevarme a ver a Bîclişeanu, nuestro terror de otra época, sobre todo el de Aurelian: ¡cuando lo veía en la puerta del Depósito, se echaba a temblar!

—Te voy a *updatear*, Lety—se pavoneó Daniel-Sabelotodo—. Si lo buscas en internet, pon Bâclişanu, y en las páginas extranjeras pon Baclisan, ¡es uno de los principales inversores inmobiliarios! Tiene empresas de construcción incluso en las islas griegas y en Dinamarca, lleva trabajadores rumanos, los aloja en cualquier tugurio y les paga en dinero negro, ellos no conocen el idioma y hacen lo que él manda. En Rumanía tiene franquicias de comida rápida, hoteles internacionales, apartamentos en Viena, en Nueva York, una villa en Mónaco, además de la revista *Casas del presente, casas del futuro. Novedades, decoración, mobiliario de lujo*, con un programa de publicidad y todo. Pero no lo encontrarás en las revistas del corazón, y ha pagado a *Forbes* para que lo pongan al final de la lista, algunos cotizan para figurar en *Forbes*, otros cotizan para no figurar, ¡vuestro hombre ha elegido un lugar protegido para que no lo descubran los tabloides! ¿De dónde ha sacado tanto dinero? Tal vez haya sido una «hucha», la Institución le cedió fondos, información, adónde dirigirse, dónde ingresar, dónde invertir, tiene buenos contactos con los suyos, repartidos como setas en los partidos. Pilló jefaturas de comisiones en el Parlamento, consejos de administración y contratos con el estado, cuando renunció a ser candidato, dejó de oírse hablar de él, le aconsejaron que se eclipsara. La DNA[18] empezó a investigar a los políticos, al principio a los de la oposición, cuando cambió el gobierno, amplió su campo, ¡si insistes, le encuentras algo a todo el mundo! Vuestro hombre tiene también una editorial, pero no es lo que tú necesitas, publica sobre todo arte, libros caros, así que lo borro de la lista. Estás *crazy*, Lety, ¿cómo cargas con semejante manuscrito? Ponlo en un *stick* en el bolso junto a la barra de labios y los polvos, tu editor te lee *on screen*, que así se hace también aquí ahora.

—¿Aurelian no ha aparecido todavía? ¿Dónde andará?

Cuando aprieta la boca, disgustada, su cara, cuidada con las cremas que yo le traigo, envejece de golpe. Así, enfurruñada, me pasa revista, de pies a cabeza, pero no puede encontrar nada, me he analizado yo misma ante el espejo. Aunque todo lo que veo me disgusta, pierdo mucho más tiempo mirándome que cuando era joven, cuando tenía motivos para sentirme satisfecha con lo que veía, pero no lo estaba.

—¿… ha encontrado un trabajo por ahí?—intento sonsacarle, pero ni siquiera yo creo en lo que le pregunto.

Ella arruga el morro todavía más y se encoge de hombros como ante una idea absurda, ¿quién va a contratar de ahora en adelante a Aurelian? ¿Qué van a hacer con él? ¡Aunque sería capaz de llevar a cabo cualquier cosa que se le ofreciera, con su escrupulosidad maniática! Sin embargo, le costó encontrar trabajo cuando se vio expulsado de la presidencia del Foro… un puesto que le venía grande, afirma Petru. Animado por Sultana, que se esforzaba por hacerle salir de casa, fue a un encuentro de antiguos compañeros de facultad. En el banquete celebrado en un

famoso restaurante del período de entreguerras, donde incluso el servicio, con demasiados camareros, y la comida, con mayonesa y guarniciones de lata, tenían un aire comunista, se sentó junto a su compañero de pupitre de otra época, entonces delgadito y moreno, barrigón y canoso ahora, ¿qué tal te va, Aurelian? ¿Y tú qué tal, Emil?

A Emil Petculescu le iba bien, dirigía un instituto técnico, grande en otros tiempos, más reducido ahora, donde había trabajado más de veinte años. Se quejó a Aurelian de que, por culpa de la política populista, se quedaba sin los mejores y no podía echar a los incompetentes:

—… mira, tengo una vacante de documentalista, he puesto un anuncio en *România liberă*, pero sólo se han presentado unos fracasados.

Acuciado por la necesidad, Aurelian cogió la pelota.

—¡Pero, Emil, ésa es precisamente mi especialidad! Fui jefe del departamento de Documentación durante años hasta que me echaron por motivos políticos. ¡Mi hermano, Claudiu, el disidente, ya conoces la historia!

—¡Cómo no! ¡Claudiu Morar! Qué pena que se hiciera disidente, era un hombre brillante. ¡Bueno, yo ya he encontrado a mi hombre!

Habían sido compañeros de facultad, pero ahora eran, de hecho, dos desconocidos. Emil Petculescu no se parecía ya al alumno brillante que estudiaba sólo las asignaturas que le gustaban y que dejaba para el otoño la de «socialismo científico». Tampoco al adolescente delgadito y tímido. Era un hombre corpulento, entregado en cuerpo y alma al instituto, incluso cuando lo relegaban por problemas en su dosier, pero ¿quién no los tenía antes del 89? Su revancha llegó en enero de 1990, cuando echaron a los dictadores, los activistas, los securistas y se vio como director ejecutivo, elogiado, al igual que Obama, antes de ponerse manos a la obra, porque había sido elegido por sus méritos profesionales, algo que no había sucedido antes de 1990 y que tampoco volvería a suceder. El pensamiento liberal, el apoyo al capitalismo, etcétera, no eran para él opciones oportunistas, sino convicciones tempranas, consolidadas durante su estancia en Alemania; habría podido quedarse allí cuando realizó algunos viajes de trabajo, pero, devoto de su familia y su trabajo, no lo había hecho.

Después de 1990, cuando la industria ceauşista se hundía y la Politécnica seguía produciendo ingenieros candidatos al paro, el entusiasta Petculescu peleó para reestructurar el instituto y contrató, a través de un concurso, a los mejores licenciados; sin embargo, no pudo retenerlos—ni a éstos ni a los antiguos especialistas—con los salarios impuestos por el Consejo de Administración, elegido políticamente.

—Sus suculentas indemnizaciones dependían del número de trabajadores, así que el que trabajaba ganaba tan poco como el que zanganeaba. A los sinvergüenzas del CA les convenía la destrucción del instituto porque habían comprado, a través de intermediarios, parcelas del inmenso terreno disponible a medida que se iban cerrando las diferentes secciones—me contó Daniel, que también había trabajado allí.

Los jóvenes acabaron en el ámbito privado, algunos incluso más lejos, en

Canadá, y a Petculescu le quedaron tan sólo sus felicitaciones a principios de año.

Yo también lo vi una vez en la Alameda de los Tilos, invitado con su esposa a un banquete de Pascua en el que Sultana se había dejado la piel. Aurelian estaba en plena luna de miel con el instituto, encargaba revistas extranjeras, preparaba resúmenes para los jefes de cada sección, ponía al día la información sobre las nuevas tecnologías.

El cargo de director ha sacado a la superficie la naturaleza autoritaria latente en él durante décadas, pensé al contemplar a Emil Petculescu. Era imponente, con una barriga marcada bajo una camisa impecable, con un rostro infantil, redondo, rodeado de cabello blanco, sorprendentemente denso para su edad. Gran admirador de la terapia de choque de Polonia, se quejaba de que el organigrama del instituto estuviera lleno de despojos.

—¡El setenta por ciento de la población de este país no está cualificada y no tiene ganas de trabajar! Vienen al trabajo para tomar café, chismorrear y robar. ¡Y, si no encuentran otra cosa, al menos roban el tiempo en el que deberían trabajar!

Sus labios carnosos dibujaron una mueca de desprecio. Sólo le brillaron los ojos cuando contó cómo habían eliminado la vieja industria de Alemania Oriental para sustituirla por otra, competitiva, fabricada por los del Oeste. Tal vez le brillaron también por las copas de vino, demasiadas, que Clara, su esposa, una mujer estirada, contaba con la mirada, sin atreverse a decir nada.

Sultana pensaba que había conseguido atraerlos poniéndome como anzuelo: la esposa de Petru Arcan, el de Europa Libre. Por lo que a mí respecta, la curiosidad se apagó enseguida: a Petculescu no le gustaba la literatura. Estaba, como siempre, desbordado, trabajaba día y noche, sin fines de semana, sin vacaciones, odiaba la vida mundana. Ahora vivía más estresado aún, se quejó su mujer, cuando los hombres salieron al balcón para fumar y hablar de asuntos de trabajo. Las empresas para las que habían trabajado antes apenas sobrevivían, las fábricas recibían pocos pedidos, el gobierno de Stolojan había confiscado las divisas. Petculescu empezó a retirarle los fondos al departamento de Documentación, y Aurelian enfrió su amistad con él tras su enfrentamiento en las reuniones por las suscripciones a las revistas extranjeras, última de las preocupaciones del director, cada vez más inquieto porque su barco tenía una vía de agua. Cuando pregunté la vez siguiente por Petculescu, Aurelian me respondió con acritud que no lo veía demasiado.

En cambio, Sultana sólo parloteaba sobre él. Después de que contratara a Aurelian, sólo le dedicaba alabanzas, ahora había descubierto sus defectos: no acepta que lo contradigan, es implacable con la gente de la que quiere librarse, se deja arrastrar como un perro por el presidente impuesto por los políticos, éste es el que dirige el juego, grandes sobornos para conseguir contratos, secciones clausuradas para poder alquilar plantas enteras, ¡los sueldos son una miseria, sólo los que no tienen dónde caerse muertos trabajan ahí!

—Este instituto se hunde—me repetía con voz lacrimosa.

Sólo unos pocos años antes, durante su etapa de activismo cívico, habrían corrido, a toda pastilla, a vomitar todas esas irregularidades en la prensa, habrían

puesto en marcha una reunión de protesta en el Foro, pero ahora tenían miedo a que Aurelian fuera despedido antes de alcanzar la edad de jubilarse. Era el único empleado en la sección de Documentación y, en cuanto cumplió la edad, fue sustituido por la hija o la nuera de uno del Consejo de Administración, que hacía también las veces de secretaria.

Los Morar se convirtieron en la gente temerosa y obediente que yo conocía antes del 89. A los de mi generación les ha costado adaptarse al mundo nuevo. Eso mismo me habría sucedido también a mí si no hubiera tenido que abrirme camino después de partir.

Sultana está convencida de que Petculescu «habría jubilado» a Aurelian igualmente rápido aunque su relación no se hubiera enfriado, porque, cuando se trataba del instituto, no tenía padre ni madre. Pero, en mi opinión, también Aurelian era más o menos el mismo tipo de hombre de principios abstractos, sólo que más soñador todavía que su antiguo compañero.

—Tal vez las cosas hubieran sido distintas si no hubiera discutido con Petculescu—le dije a Petru.

—Para Aurelian, como para Petculescu, los principios están por encima de las relaciones humanas, pero en Rumanía sucede lo contrario, importan tan sólo la familia y el interés propio. Eso es lo que dicta la memoria de la tierra. Y así se ha destruido ese país. ¡El pobre Aurelian, allá donde hubiera ido, habría metido la pata igual!—decretó él.

—¿Emil Petculescu? ¡Un *workaholic* pura sangre! ¡Sin *skills* de comunicación! ¡Sin empatía, sin *feeling* de mánager! ¡Un pequeño dictador! ¡Todos los que han salido del comunismo son iguales cuando alcanzan el poder!

Eso decreta Daniel Izvoranu, pero ¿no será también él un dictador más *soft*? Mientras formaba parte del equipo de campaña de Emil, luchó para que salieran los nuestros y, a continuación, cuando se vio como consejero en Cotroceni, el último de la fila, nadie le preguntaba nada. O eso es lo que él pensaba. Aguantó hasta el día en que se dejó de tonterías, como dice él mismo, y creó su propia empresa, como muchos otros de su edad.

Cuando Aurelian se jubiló, el instituto se convirtió en un tema tabú en casa de los Morar. En un determinado momento trabajaban unas sesenta personas, en los talleres sólo quedaba un montón de chatarra y en los terrenos vendidos se habían construido varios bloques.

—¡Tiene que venir a verlos, señora Letiția, que están todos vacíos, dicen que por la crisis!—me invitó Tincuța.

Mientras trabajaron en el instituto, Aurelian y Tincuța no supieron que eran compañeros. Había muchas mujeres de la limpieza, pero también las jubilaron. Tincuța, una de las últimas «trabajadoras ecológicas», como se las llama ahora, llegó adonde los Morar recomendada por la mujer de Petculescu, en la breve etapa en que mantuvieron buenas relaciones.

—¡Ha ido al centro a quedar con un viejo amigo, pero estará al caer de un momento a otro! ¡Tú ocúpate de tu agenda, que está bastante cargadita!—me responde, con retraso, Sultana.

Hace de la marcha intempestiva de Aurelian un motivo de misterio, como hizo también con la llegada de Claudia, ¡y no consigo entender por qué! ¿Para que me quede claro que no tengo acceso a los misterios de la familia? Pero si hubiera sabido de mi historia con Claudiu, tal vez hubiera pensado de otra manera. O tal vez no.

Creo que Aurelian se olió algo ya por aquel entonces. Nosotros dos y Florin Ciubotaru éramos los únicos que no hacíamos negocios con los libros *à clef* políticos sustraídos del inventario: un soborno menos valioso que un cartucho de Kent, pero útil para los médicos, los directores de escuela, etcétera. Teníamos siempre miedo de pagar por los jefes que, conchabados con los «chicos», vendían bajo cuerda tiradas paralelas de las novelas de Marin Preda, Augustin Buzura, Mario Vargas Llosa, Mircea Eliade y otros *best sellers*. Éramos sus cómplices, siervos pegados a la tierra.

Aurelian había observado que cuando me dictaba títulos y cifras (ejemplares a distribuir, devoluciones) para que los verificara, me mostraba menos malhumorada, pero estaba más ausente, y tardaba en responderle, algo que lo enervaba.

—Tengo la impresión de que tienes problemas de oído—me dijo un día.

Tragué saliva con aire culpable. Como hermano de Claudiu, había alcanzado ante mis ojos un cierto ascendiente: era el depositario de los recuerdos de él.
«Los encuentros con nuestras parejas, en un momento u otro de nuestra vida, son encuentros con nosotros mismos, pruebas iniciáticas».

Con esta cita de las memorias de Mircea Eliade que Claudiu me trajo junto con el radiador eléctrico, acabé el antiguo diario, y no he tenido otro. Por eso no sé ya cuándo intimamos.

Antes de despertarnos juntos, en el sofá traído de Uranus, yo había mantenido una relación complicada con mi cuerpo, pero con Claudiu todo fue, desde el principio, sorprendentemente natural, prolongado e intenso. Comprobé de nuevo que mi cuerpo no dependía de los sentimientos inducidos por mi mente, sino de la habilidad de mi compañero, de mi confianza en él. Y preferí alegrarme por ser perfectamente funcional, como me había prometido la doctora, antes que seguir numerando los años desperdiciados con Sorin.

Comprendí enseguida que no tenía que enamorarme de Claudiu, para quien amor significaba sexo y el sexo era tan sólo una manera de conocer al otro o una terapia para el sufrimiento o una forma de relajarse; muy diferente a como había concebido yo la relación con un hombre. Me dijo que siempre se había «sentido interesado» por mí, pero que había percibido que no estábamos disponibles el uno para el otro. Me gustaba pensar en Claudiu sin sentir su ausencia. Le contaba, al igual que a Sorin, lo que pasaba y, en las semanas en que no aparecía, me ocupaba de mi vida y lo guardaba, cómodamente, en mis pensamientos. Me imaginaba de nuevo con él, en el sofá de Uranus, desabrochándole los botones de la camisa, ayudándole a desnudarse, pegándome, desnuda, a su cuerpo de piel suave, atrapando entre mis piernas su sexo endurecido. Cuando salía a fumar un cigarrillo, al patio, debajo del nogal, dejaba que Ciubotaru perorara y yo me

deslizaba en una especie de languidez, con los ojos abiertos. Claudiu era una presencia imaginaria que no encontraría jamás. Cada vez que atravesaba la puerta, me sentía casi decepcionaba, resultaba menos atractivo que en mi cabeza. Duraba sólo unos segundos, luego el sosia y el original se fundían y yo lo reconocía.

Desde entonces he sospechado que siempre he amado más ese estado y menos, seguramente menos, al que me tenía entre sus brazos.

De Petru se decía, incluso después del atentado, que era un hombre atractivo, pero Claudiu, enjuto, no demasiado alto, con un rostro en el que sólo destacaban los colmillos, podía pasar desapercibido. Sin embargo, cuando te encontrabas a su lado, no podías evitar admirar su modo inteligente de observar el mundo opresor en que vivíamos, como si estuviera hecho de una carne y una sangre distinta a la nuestra, a la de los demás. No parecía preocupado porque lo espiaran, aunque seguramente lo hacían, y su indiferencia se me contagió, poco a poco, haciendo que disminuyera el estrés que me había hecho fumar, durante meses, un cigarrillo tras otro, acurrucada en la cabecera de la cama, debajo de tres mantas, en el estudio helado; no me movía de allí hasta que el cenicero estaba tan lleno de colillas que tenía que vaciarlo.

Puesto que me parecía rodeado de un misterio que ni siquiera el paso del tiempo ha aclarado, siempre había sentido curiosidad por escuchar historias sobre él.

Después del arresto del abuelo, los terrenos, la imprenta y la casa de dos pisos de la Calea Rahovei, junto al parque Carol, fueron nacionalizados. A la familia Morar, compuesta por seis personas—los padres, los hijos, la abuela y la entregada Frau Poldi, la joven institutriz de los niños—se le permitió vivir de alquiler en dos habitaciones. Las mujeres cocinaban por turnos, en la cocina común, y ante el único baño del primer piso hacían cola por la mañana quince personas apuradas. Cuando la crisis de viviendas se relajó, se trasladaron a Witing, no demasiado lejos de Malmaison, el antiguo cuartel de Cuza, convertida en presidio. Cocinaban en el pasillo entre las dos habitaciones, al principio con una lámpara de gas, luego en un hornillo alimentado con butano, me contó la señora Felicia, la madre de los Morar, en la boda de Aurelian con Sultana.

No nos había sentado demasiado bien ser sus padrinos, nuestro matrimonio crujía, ni Petru ni yo éramos un modelo para los novios, pero no pudimos rechazarlos. Los viejos Morar insistieron en traer un cura y un diácono antes de la fiesta celebrada con los muebles arrimados a las paredes, con vino a granel y pasteles caseros. Petru farfullaba que era ateo, que por qué iba a asumir el riesgo de una «mascarada religiosa». A mí, sin embargo, me gustó: ya que no había sido una novia vestida de blanco, en la iglesia, al menos era madrina, aunque fuera en un apartamento. Claudiu estaba con una beca en Inglaterra, y Tania había encontrado una excusa para no asistir.

Entonces le confesé a la señora Felicia que también yo había vivido, durante años, con mi madre y mi tío Ion, en una habitación, acosados por el propietario. Pero aquellos tiempos me parecían entonces muy lejanos. Ahora me parece cercano todo lo que ha sucedido en los últimos veinte años.

Claudiu creció a la sombra de las cárceles mucho más que Aurelian. Me contó

cómo, en la adolescencia, oía a los detenidos de la cárcel de Malmaison, entre los que podía encontrarse también su abuelo, cantando la noche del sábado de Gloria. Cuando llegaban a lo de «venciendo a la muerte con la muerte», seguían los golpes y los gritos de los vigilantes. Me confesó que cuando era estudiante se sentía culpable por jugar al tenis, ir a fiestas y hacer el amor, mientras que algunos compañeros suyos habían acabado en la cárcel por manifestarse a raíz de la revolución en Hungría, en 1956. Sin embargo, unos años después pude leer en los tabloides que también él había formado parte del grupo de los conspiradores, pero que su futuro suegro, un alto dignatario de los años cincuenta, le había advertido que no asistiera al encuentro programado. Hice de tripas corazón y le pregunté a Aurelian si era verdad.

—¡Así es! ¿Es que te dedicas a leer lo que dicen estos *comemierda*? El viejo del *komintern* no podía tragar a mi hermano y le puso en las ruedas todos los palos que pudo. Menos mal que Claudiu llegó tarde al encuentro, porque todos los que se presentaron fueron arrestados. ¡Y, de todas formas, fue sometido a un interrogatorio! Intentaron convertirlo en testigo de la acusación, pero no lo consiguieron, al fin y al cabo, también tú sabes cómo era, ¿no, Letiția?

Sí, conocía a Claudiu, pero no sé cuánto puede resistir alguien el miedo, la tortura, tampoco yo; y no me gustaría averiguarlo. Siempre me ha gustado imaginar qué habría hecho si hubiera pasado por lo que pasaron mis tíos, Caius y Traian Branea.

Criado en la encrucijada de dos regímenes opuestos, Claudiu no tenía prejuicios y podía pensar una cosa y su contraria: era idealista y también pragmático. No se enervaba como Aurelian, que, como me dijeron, a semejanza de su padre, Septimiu Morar, agotaba su furia en gritos y palabrería.

Me fascina observar cómo reaparecen rítmicamente en sus descendientes, como las olas del mar, los que vivieron en el pasado. La calma de Claudiu transmitía la impresión de una fuerza interior, real o no, heredada tal vez de su abuelo. Morenos y enjutos, parecen, en el álbum de la familia, el mismo hombre con trajes diferentes. Ambos disimularon la distancia, demasiado grande, entre la nariz y la boca: Costică Morar bajo un bigote interbélico, Claudiu, bajo la barba de los años *flower power*, de moda otra vez. El abuelo fue el modelo de Claudiu no sólo porque había sido un preso político, sino porque había conseguido dar un salto social gracias a su inteligencia. Claudiu se refería a veces a Julien Sorel y, en unas Navidades, le ofreció a su sobrina Claudia un elegante ejemplar de *Le Rouge et le Noir*, en francés: un regalo prestigioso entonces, banal hoy en día. Incluso su trayectoria se parecía a la de su abuelo favorito: la partida desde los márgenes sociales, un ascenso rápido y sencillo y la caída inesperada, como si, una vez alcanzado el objetivo, no le hubiera importado lo que había acumulado.

—Cuando Claudiu Morar envió la primera carta a Europa Libre sobre las brutales demoliciones para construir la Casa del Pueblo, finalizó su carrera de tecnócrata y comenzó la de disidente. —Así lo presentó Petru, haciendo de tripas corazón, en el programa que le dedicó en Europa Libre, después de 1990. Pero lo que pensaba verdaderamente sobre él lo escuchaba sólo yo: que lo había hecho

por su inconmensurable orgullo, porque no se le permitía asistir a las conferencias en el extranjero, etcétera. Claudiu, sin embargo, no dio explicaciones jamás, al menos yo no lo escuché.

Había en la familia Morar un culto por el hijo mayor y las historias sobre él empujaron a Claudia a llegar adonde ha llegado. Nuestras vidas no están guiadas tan sólo por el ADN, por la mezcla de los genes, sino también por la proyección, ilusoria y secreta, de otras existencias cuya sangre compartimos o no.

Pero, relajado y alegre, arrastrado por una energía suave, Claudiu no se parecía a Claudia, crispada desde que era pequeña. Sorbiendo lentamente su copa de Sancerre en la terraza de nuestra casita, Petru está de acuerdo tan sólo cuando le digo que Claudiu no fue un buen modelo para Claudia.

La admiración por el abuelo preso político no le impidió a Claudiu casarse, todavía en la facultad, con la hija de un pez gordo, un estalinista puro y duro. Al parecer estaba locamente enamorado de Tania… una situación en la que, una década más tarde, no lo podía imaginar. Me lo imaginaba, sin embargo, luchando contra su apocamiento cuando, todavía adolescente, entró en la villa del bulevar Aviatorilor, con su traje barato, impregnado del olor a comida de las dos habitaciones promiscuas, para enfrentarse a *la jeunesse dorée* de los años sesenta: los hijos de la nomenclatura de Dej. Ropa de marca y cosméticos franceses, pistas de tenis y piscina, un *ring* dedicado al rock y al twist en el inmenso *living*, las novedades musicales de la época—Nat King Cole, Elvis Presley, Jacques Brel—y whisky, Cinzano, Courvoisier, cigarrillos estadounidenses. Un Claudiu distinto al marido de Tania que conocería yo en los años setenta en la Alameda de los Tilos: relajado y seguro de sí mismo, con una nota de elegancia occidental en el vestir, adquirida en sus salidas al exterior. Lo reconstituía, recordando cómo había estado también yo, a esa misma edad, fascinada por Petru.

En la adolescencia, una de las soluciones para escapar del mundo en desventaja en el que habíamos nacido parecía ser la de entrar en el mundo idealizado de la persona amada. Marcharse de casa: la monedita arrojada a la Fontana di Trevi.

Claudiu terminó la facultad al principio de una breve liberalización, en los años en los que los dosieres no contaban tanto, de tal manera que pudo comenzar su carrera profesional muy joven. Tal vez le ayudaron también su matrimonio con Tania y los contactos de su suegro, un antiguo ministro de Economía en los años cincuenta. Incluso jubilados, los *ex* seguían viviendo *dans les beaux quartiers*, en villas con muebles antiguos y cuadros, verdaderas pinacotecas, requisadas a los antiguos ricachones y pagando por ellas unos alquileres minúsculos. Disfrutaban de las tiendas de acceso restringido, de pensiones especiales y conservaban su peso social y sus contactos, el *network*, como dice Daniel.

Tal vez el viejo comunista ayudó a su yerno después de que los dosieres políticos se retomaran en la época ceauşista. Tal vez no. Tal vez tragó el sapo del matrimonio de su hija. Pero al final su yerno lo conquistó, tal como, durante una temporada, conquistó todo lo que quiso. A Cladiu lo que más debió de gustarle fue el momento en que se hizo disidente: la vieja guardia del Partido odiaba a Ceauşescu porque les había retirado el cargo y había traído a su gente, más joven,

que no se había formado en Moscú. Pero nunca, nadie, puso en tela de juicio la competencia de Claudiu, que trabajó con Tania en la *Investigación*, él porque había sido un estudiante excepcional, ella porque tenía enchufe.

Al menos eso es lo que afirmaba Sultana, intimidada siempre por la elegancia picante, un poco bohemia, de Tania, por sus vacaciones nudistas en 2 Mai, por sus lecturas favoritas, *thrillers* ingleses y San Antonio, por su *shopping* en el extranjero.

Claudiu ascendió, rodeado del aura de ser un excelente tecnócrata: disfrutó de becas en el exterior, impartió cursos, asistió a conferencias, en el país y en el extranjero. Se mudó a vivir con Tania sólo después de que su suegro, como «todos los dinosaurios llegados de Moscú en los tanques soviéticos», una vez jubilado, fuera obligado a abandonar su suntuosa villa en el bulevar Aviatorilor, pero recibiera otra en la calle de Londra. Los jóvenes vivieron en el primer piso, y los suegros en la planta baja: habían llegado a la vejez y les costaba moverse.

Nunca estuve en su interior, contemplaba curiosa, a través de la cerca, el patio desierto cada vez que Petru me llevaba a uno de los restaurantes de la Avenida, al Doina o al Triumf.

Los viejos Morar no estaban satisfechos con la nuera que les había traído su alabado hijo: entre el mundo de las víctimas y el mundo de los privilegiados del nuevo régimen no había ni comunicación ni perdón. Tal vez se hubieran ablandado si su sangre se hubiera mezclado, pero la nuera no quiso o no pudo tener hijos, un motivo por el cual los cuatro padres, drásticos e inconsolables, mantuvieron los puentes rotos entre ellos. Cuando me habló del matrimonio de Claudiu, la señora Felicia lo calificó de «mala boda».

—¡Si lo planteamos de esa manera, también su suegra tuvo una «mala boda»!— le repliqué.

—¡Pero no era lo mismo, Letiția! ¡Antes un oficial era alguien! No tenía que llevar su equipaje por la calle, para eso tenía un ordenanza, y la mujer venía con su dote. Mi suegro llegó a ser comandante gracias a sus sacrificios en el frente, mientras que mis consuegros hablan ruso en casa y su hija no tiene nombre rumano. ¡También Aurelian ama a Sultana! ¡También tú amas a Petru! Pero el amor tiene sus límites. Lo de Claudiu fue exagerado, siento tener que decir algo así. ¡No sabía qué más hacer para agradar a esa caprichosa! ¡Ya no reconocía a mi hijo!

La ingenuidad de la señora Felicia Amélie Morar, una señorita de internado envejecida, vestida siempre en casa con una bata vaporosa, limándose las uñas y recogiendo su escaso pelo con rulos, ajena a los asuntos prácticos—desde las clases y las enfermedades de los niños hasta el complicado aprovisionamiento, que recaían de pleno sobre Frau Poldi—, me sacaba de mis casillas. ¡Qué sabrá ella de las relaciones de hoy en día! ¡Y con qué argumentos viene!, pensaba yo.

Sólo cuando describía la legendaria boda de Claudiu, celebrada en el Athénée Palace, la voz de la señora Morar se llenaba de orgullo. Vestidos de forma *casual*, los novios habían ido al restaurante más esnob sólo con sus compañeros de la oficina. Las dos parejas de padres, Montesco y Capuleto, fueron informados *post*

festum, así que no llegaron a sacar las espadas en el decorado clásico de un banquete de bodas, con los cinco platos, el baile de la Periniţa[19] y la tarta blanca de la novia. Al escucharla, volvía a ver, en una explosión de luces y espejos, el bar en el que me invitó Petru cuando me cortejaba: un lugar intimidante que no volvería a pisar después.

En el extranjero me di cuenta de que sólo nuestra imaginación crea los apetitos sociales: sin ella, *Les Deux Magots* no es sino un café en absoluto distinto a otros cafés parisinos, situados en una zona turística. Al tomar en la terraza un *café crème*, sientes cómo desaparece, como el humo, el milagro legendario que te ha llevado hasta allí.

—¡El taxi llegará dentro de media hora, Letiţia, pero puedes bajar y esperarlo en la calle, en la Avenida de los Tilos! ¡Ya sabes que el aire acondicionado te agudiza la rinitis!

Me quedó claro que quería que me marchara. Mientras hablaba, evitó mi mirada y se volvió hacia Tincuţa:

—¡Si has terminado ya con las habitaciones, el balcón y el baño, también puedes marcharte tú! Te quedarás más tiempo el próximo día.

De costumbre, cuando hurgaba en el bolso buscando dinero para pagarle, controlaba el reloj y, si no era la hora, le encontraba alguna otra tarea. Pero hoy no paraba de mirar la pantalla del móvil, como si estuviera pendiente de un SMS o de una llamada. Yo ya estaba preparada para salir, pero con Tincuţa no funcionó, ¿por qué iba a arriesgarse a que le pagara menos?

—¡Que no, que no, señora Sultana! Me queda la despensa, ¡vaya desorden tienen montado ahí dentro! Y las camisas del señor Marido y las sábanas, ¡menudo montón de ropa hay que planchar!

Cedió, evidentemente contrariada, y con los ojos clavados en la ventana, en su árbol, me señaló, entre las hojas que las lluvias habían hecho crecer, las sombras de los pollitos de corneja: se agitaban en una rama, abrían y cerraban las alas, como si se dispusieran a echar a volar y en el último momento les diera miedo caer al vacío.

—¿Ves lo que les cuesta también a ellos apañárselas solos?

Siguió, bruscamente animada, con una historia estúpida con una corneja y un gato. La corneja se abalanzó como un bólido desde el árbol sobre el gato hecho un ovillo, con la cabeza entre las patas, realizó un vuelo rasante sobre él, graznando con fuerza, y regresó de nuevo a su nido.

—Había visto que estaba al acecho y le advirtió que no se subiera al árbol, adonde sus pollos—me explicó con un aire tan serio que a duras penas aguanté la risa.

Tuve la sensación de que la atormentaba algo relacionado con Claudia, ¿pero el qué?

15
LA VILLA DE LA CALLE DOMNIȚA RALU

A los Morar les digo que no subo en ascensor para mantener las articulaciones en forma, pero, de hecho, evito los que tienen más de medio siglo, que dan bandazos hasta que aterrizan en el portal con un crujido metálico. Sin embargo, tampoco me gusta bajar entre el olor a comida y el ladrido de los perros.

No hay nadie en el portal, bajo el ojo de la cámara está tan sólo el cubo lleno de publicidad de pizzerías y empresas de pompas fúnebres que toman al asalto los bloques comunistas, donde no hay porteros. Cuando empujo la puerta de metal que cierra el paso a los vagabundos por la noche, me siento arrojada a la luz cegadora del verano bucarestino y al aroma dulce-cargante de los tilos. Vivificada por la lluvia nocturna, la copa de los árboles cruje y las hojas tienen el brillo ceroso de los árboles de cítricos. Se oxidarán enseguida, por desgracia, y las cubrirá, como un maquillaje, el polvo de la llanura.

No me apetece quedarme plantada, hasta que aparezca el taxi, junto a la vecina de la planta baja que se esfuerza por atraer a los gatos, bis-bis, dice, con humildad, los ojos de la anciana lagrimean y el cuenco con un resto de asado se balancea en sus manos temblorosas. Pero los felinos se escabullen, indiferentes, hacia la sombra de los coches.

—¿Se ha enterado de que ha muerto mi hermano? Cuando enfermó de cáncer, se vino a vivir conmigo para que pudiera atenderlo, pero no vivió demasiado…

Unas manchas marrones dibujan los contornos de unos países desconocidos en su rostro, atravesado por arrugas finas. Está arrebujada en la bata de algodón de este invierno y arrastra el cinto tras unas zapatillas con unos pompones de un rosa sucio desvaído. No merece la pena preguntarle por sus hijos, debieron de arrojar también ellos una moneda en la Fontana di Trevi y están en algún lugar de este planeta.

Tiene más éxito con una niñera corpulenta que empuja, resoplando, congestionada, un carrito Twin… el triunfo de otra inseminación artificial. Está deseosa de hablar, no ha vaciado el saco de cotilleos en el club de niñeras y abuelas del parque. El aire del parque ha espabilado a los gemelos: bajo el gorrito rosa y el azul asoman sus caritas idénticas, con unos ojos cerrados que parecen pegados, como los de los gatitos.

El bloque cambió de estatus después de 1990, cuando los inquilinos compraron los apartamentos a un módico precio, beneficiándose de la ley dedicada por el presidente Iliescu a los del régimen anterior para que no se quedaran en la calle cuando se restituyeran las propiedades nacionalizadas. Ésa es la versión de Aurelian. Desde su Foro, Aurelian luchó contra esa ley de la que, más adelante, se beneficiarían muchos, incluido él. Y compró, en 1990, a un precio ventajoso, el apartamento de cuatro habitaciones y dos baños de la Alameda de los Tilos, pero no parece haber reparado en el hecho de que debe su condición de propietario a sus enemigos ideológicos. Mis Morar son tan firmes en su anticomunismo como los comunistas idealistas, una especie que me he encontrado muchas más veces en

Francia que en Rumanía.

Cuando, por fin, se legisló la restitución de las propiedades, muchas viviendas se encontraron con dos propietarios, juicios y más juicios, ¡un maná caído del cielo para los abogados! Los más desafortunados dieron tumbos de aquí para allá cuando se vieron obligados a mudarse. Petru se compadecía de Maurer, poderoso ex primer ministro, que llegó a la vejez en un bloque de pisos, en el apartamento de un nieto, y de Gogu Rădulescu, que falleció en un asilo de la comunidad judía, preguntando una y otra vez cuándo podría regresar a su casa.

—¡Podrías guardar tu compasión para mis tíos Branea, que murieron como murieron, y para mí, que peleo desde hace años para conseguir su herencia!—le suelto.

En mi juventud a mí tampoco me importaban. Ahora les enciendo de vez en cuando una vela en la iglesia: mi vejez será más llevadera gracias a su herencia.
Me ajusto las gafas Ray-Ban y me adentro, con pasos rápidos, en la sombra cálida de la Alameda de los Tilos. Tras cada ráfaga de viento, caen las moras blancas que revientan, con un chasquido pegajoso, contra el asfalto. Desde que los perros callejeros han sido más o menos castrados, se ha instalado aquí el reino de los gatos: molestos por el taconeo de mis sandalias en el asfalto, salen de todas partes para esconderse debajo de los coches. Sólo uno, negro, me desafía inmóvil, como una esfinge, sobre el Volkswagen Passat al que se ha encaramado, sin mover sus ojos líquidos.

Cuanto más te acercas al final de la Alameda de los Tilos, hacia la zona de casas, más se llena el aire de polvo y del rugido de los buldóceres. Ahí los tienes, mordiendo un montón de ladrillos que eran la pared de una vivienda, quedan todavía dos muros en pie, y gente con buzos amarillos y negros se atarea alrededor del camión cargado de escombros.

Por un instante tengo la sensación de que el pasado ha vuelto y de que asisto, con Claudiu, a la demolición de la villa de los Morar y de que nuestra breve historia de amor está a punto de comenzar. Falta sólo él, pero no volveré a encontrarlo en ningún sitio, jamás.

Un buen día, Aurelian no apareció por el Depósito y se presentó Sultana al final de la jornada. Temblaba levemente, tenía los ojos enrojecidos por el llanto y unos churretes de rímel en las mejillas, que si puedo ir a quedarme con la pequeña para que se ocupen ellos de Claudiu. «¿Qué es lo que no entiendes, Letiția? ¡Claudiu está muerto! ¡Lo han matado!», susurró irritada por mi asombro.

En mi mente bruscamente límpida, como bajo una luz seca y blanca, nació un solo pensamiento claro: rellenar, al día siguiente, la solicitud para emigrar y reunirme con Petru. Reagrupamiento familiar, formularios largos, meses y meses de fatigas burocráticas y amenazas, formularios breves… fui capaz de aguantarlo todo, empujada por el pánico indescriptible que me atenazó, en la puerta del Depósito, cuando Sultana me dijo que Claudiu estaba muerto.

Pero puesto que no fui yo, sino Tania, la que lo encontró desnudo debajo de las sábanas, tal y como acostumbraba a dormir en verano—e incluso parecía dormido—y, puesto que no quise ir al cementerio por mucho que insistió

Sultana, su muerte sigue siendo para mí tan abstracta como la del personaje de una película.

Unos días después del entierro, sin embargo, Sultana me ofreció la versión del infarto, con la vida que llevaba últimamente, ¿acaso te cabía alguna duda, Letiția, de que acabaría así? Pensé que la había convencido Tania, que lo conocía mejor que nadie, o tal vez habían sido presionados para que propagaran la versión de una muerte natural. Tania había rechazado la autopsia, pero seguía preguntándose quién había sido su último o última visitante: en la mesa había un cenicero repleto de colillas, aunque Claudiu no fumaba.

Si le preguntara ahora, Sultana se encogería de hombros, ¿cómo va a saber ella, después de tantas décadas, de qué murió su cuñado? Ni siquiera yo me había molestado por averiguarlo, si al fin y al cabo no podía resucitarlo, ¿para qué me habría servido?

La vida de Claudiu quedó, para mí, llena de espacios huecos, incluso aunque la muerte saque a la luz algunos secretos de la vida. Su relación con Tania no estaba rota, como había pensado yo, cuando se mudó a un céntrico estudio: lo habían hecho de común acuerdo para protegerla a ella cuando empezó a enviar cartas, él sabrá por qué, a Europa Libre. Al parecer habían decidido juntos, desde el principio, que tendrían un matrimonio abierto, en el espíritu de la generación *flower power*, una fórmula que no me entusiasmó demasiado cuando me enteré. Para no dar a los policías más motivos de acoso, Claudiu se había afeitado la barba, algo que lo afeaba. Se mostraba más descuidado desde que andaba solo, sus antiguos amigos lo evitaban, les daba miedo que fuera un provocador o bien pasar por ser sus cómplices.

En Europa Libre, Claudiu Morar fue contabilizado siempre entre las víctimas de la Securitate, pero esto tampoco puedo tomármelo en serio, dada la línea política de la emisora.

A Aurelian, deprimido como estaba desde que lo enviaron al Depósito y lo acosaba el lugarteniente Bâclişeanu, no quise agobiarlo todavía más con preguntas sobre la muerte de su hermano. No sé si a los Morar les hacía gracia que Claudiu, en la última época, fuera de visita a su casa, a la Alameda de los Tilos, pero después de su muerte ambos, tanto Aurelian como Sultana, cambiaban rápidamente de tema si, por casualidad, lo mencionaba yo.

Claudiu había hecho siempre únicamente lo que le interesaba a él, como si estuviera solo en este planeta; noté, cuando estábamos juntos, su indiferencia educada respecto a los demás que comenzaba, por supuesto, conmigo. Y Aurelian había aguantado, desde pequeño, las comparaciones con él: «¡Es un niño listo y agradable, pero nada que ver con su hermano mayor!», debió de oír siempre. Fue durante toda su vida prisionero de Claudiu, ascendió con él y cayó cuando éste fue eliminado. El éxito social de su hermano debió de contar en el nombramiento de Aurelian como jefe del departamento de Documentación; tras el envío de cartas a la emisora estadounidense, fue desterrado al Depósito del Libro y empezó a sufrir frecuentes crisis de pánico. Cuando, con el billete a Múnich en la mano, me despedí de los Morar, Aurelian me pareció sereno.

Tal vez sea una malpensada, pero se me pasó por la cabeza que mi marcha lo aliviaba, como lo había aliviado, por dolorosa que fuera, la muerte de Claudiu. Sin la sombra de su hermano mayor sobre él, Aurelian Morar podía, por fin, ser él mismo y, durante un tiempo, después de 1990, lo intentó. Pero incluso su etapa anticomunista parece haber dependido de la estrella de su hermano: fue elegido presidente del Foro cuando se publicaban elogiosos artículos sobre el disidente Claudiu Morar y fue vergonzosamente despedido después de que en los tabloides securistas le dedicaran unos injuriosos comentarios. Si hubieras conocido a Claudiu, te habría parecido un disparate lo que allí se contaba sobre él. A las nuevas generaciones, sin embargo, su nombre no les decía nada, así que podían creérselo.

Espié a Aurelian durante mucho tiempo para comprobar si no le guardaba rencor a su hermano, pero no observé nada: o bien se controlaba para no mostrarlo, o bien no lo sentía. Tanto él como Sultana vivieron los artículos contra Claudiu como unos ataques personales, pero ellos no tuvieron relevancia alguna en los juegos políticos de altos vuelos, dice Petru.

Salgo de la sombra de la Alameda de los Tilos y aprieto el paso para escapar del polvo sofocante.

—Es un barrio semicentral, tomado al asalto por los inversores inmobiliarios desde que acabó la crisis. Habrá un centro financiero, bancos, oficinas, restaurantes, un centro comercial—me dijo Daniel cuando me trajo del aeropuerto entre callejuelas para evitar el tráfico del bulevar Costache Negri.

Me mostró un edificio de cristal verde, hormigón y acero, elevado ya hasta el décimo piso, pero con los andamios preparados para elevarlo todavía más.

—¿Ves? Va rápido, éste es sólo el primero, ya he visto cómo será la zona residencial.

A diferencia de casi todas mis antiguas amistades, que ven siempre panoramas pesimistas, él me muestra las cosas que se llevan a buen término aquí: sospecho que quiere demostrarme que eligió bien cuando no fue a Londres tras Diana.

Por lo que a este barrio respecta, parece tener razón. Ya nadie renueva las casas amarilleadas de los comerciantes del período de entreguerras, instalados aquí hace cien años, procedentes de sus pueblos embarrados, y que albergaron a sus familias en viviendas sólidas, con frontón, una escalera de tres peldaños hasta el pesado portón de entrada y vallas metálicas de puntas afiladas, para que no pudieran saltar los ladrones. O que construyeron casas-vagón, con un pequeño negocio hacia la calle, listo para ser alquilado. Los edificios se pudren lentamente y desaparecerán en unos pocos años, junto con las ancianas que arrastran a su paso los carritos cargados en el Mega Image. Su recuerdo perdurará, brumoso, sólo en las cabezas morenas de los críos que se persiguen gritando por las aceras abrasadoras. Los chacales inmobiliarios construirán sobre los nuevos cimientos, mejor preparados para resistir el futuro terremoto, el nuevo centro de *business*, sólo acero y cristal, del que habla Daniel. Y sus herederos, tan poco interesados por la vida de sus abuelos que colonizaron el barrio como lo estoy yo por la existencia de mis tíos Branea, se esforzarán por llevar en *cash*, al país occidental al

que los ha enviado la divinidad tutelar de la Fontana di Trevi, el dinero ganado en las transacciones de aquí.

Así evitaré también yo la comisión del giro bancario cuando venda, con Junior, la villa de la calle Domniţa Ralu donde empezó mi historia con Sorin. Ahí tengo la intención de hacer que se detenga el taxi que me acaba de enviar un SMS diciendo que viene hacia acá. Me queda una hora hasta mi cita con Junior.

Giro hacia la Alameda de los Tilos y camino con cuidado, por el asfalto roto, con mis delicadas sandalias. El aire resulta sofocante, huele a moho reseco y a orina de los vagabundos refugiados en las casas de fachadas desconchadas, sin habitantes ni muebles, con las ventanas rotas o cubiertas con periódicos. En una de ellas se adivinan todavía las letras del bar Club del Peccato y la silueta negra de la joven con la pierna levantada, junto a la barra.

Unas mujeres de faldas largas, coloridas, están sentadas delante de las puertas en sillas de madera y miran a los niños que juegan haciendo ruido: cuando hablan, en sus rostros cobrizos brilla un diente de oro. Una ráfaga de viento trae el dulce aroma de la madreselva en el aire atravesado por el graznido leñoso de las gaviotas.

Me encuentro cerca del edificio de los Morar cuando me sale al camino el curioso niño anciano al que evito temerosa. Su cuerpo hinchado está acurrucado junto a la verja de la guardería por la que trepan unos tallos frágiles, con flores perfumadas, blancas, en forma de mano: cuando era niña, las llamábamos «mano de la Virgen». Tiene una botella medio vacía de Coca-Cola. La cabeza rizada, el rostro sucio de polvo, la boca balbuceante, babas en la comisura de los labios.

—¿Quieres cerezas?—le pregunté una vez, cuando me bajé del coche de Daniel con las bolsas colmadas.

Pero él gesticuló furioso y farfulló a mi paso:

—¡Dinero! ¡Dinero!

Desde entonces no he intentado darle nada y evito la acera donde se encuentra. Se mueve con dificultad con sus piernas cortas y torcidas, tal vez haya estado atado en una cama húmeda y sucia de caca, en un dormitorio abarrotado, irrespirable, con unas enfermeras hostiles, obsesionadas tan sólo con llevarse una parte de la comida a su casa. Siempre que lo veo, me acuerdo del primer hijo de Sultana, ¿pensará todavía en él o habrá conseguido quitárselo de la cabeza? El hermano desconocido de Claudia debería tener más de cuarenta años. ¡No me puedo creer que Sultana le haya hablado a Aurelian sobre él cuando, durante todas estas décadas, no me ha contado a mí nada sobre su padre biológico!

Cuando compartíamos la habitación, nos contó que, de pequeña, quería ser tan guapa como su madre. Por eso, cuando la vi en la boda civil, me sentí decepcionada: una rubia arrugada, con anillos de oro en los dedos, un abrigo de piel de nutria que le llegaba hasta el suelo y un gorro de la misma piel. Asistió a toda la ceremonia sin quitarse el gorro rígido y alto, como el de un voivoda, y con los labios apretados, pintados con un carmín rojo demasiado claro. ¿Se sentía disgustada por la diferencia de edad—demasiados años—entre Sultana y Aurelian o la acomplejaban la familia pretenciosa de su yerno y el ambiente de la capital?

Tal vez ambas. De toda la familia estaban tan sólo ella, Tudoriţa Chirilă, y su hijo pequeño, Eugen, todavía estudiante de Obras Públicas. No se quedaron al banquete en el restaurante, se excusaron y se marcharon los dos. Por eso no me sorprendió que, en la ceremonia religiosa, celebrada al cabo de medio año, en casa de los Morar, no apareciera nadie de parte de Sultana. Cuando le pregunté si vendrían también sus padres, sus hermanos, me respondió secamente: ¿para qué? Petru cree que *Pueblos pacificados a cañonazos*, una colección de documentos sobre la colectivización forzosa en la década de los cincuenta, publicada por su Foro Cívico, debió de ser la chispa que avivó el fuego que ardía latente en la familia de Sultana. Antes de una de mis partidas, en un momento en que estábamos los dos solos en la habitación, Aurelian la metió en mi equipaje:

—¡A ti no te va a interesar, Letiţia, pero creo que a Petru sí! Los compañeros de la editorial del Foro acudieron a mí para una lectura de control, habría podido rehusar, no entraba en mis atribuciones otorgar permisos de publicación. Pero la historia, como sabes, es mi afición…

Se llevó las pruebas para leerlas y las sorpresas comenzaron desde el propio sumario: en Cerbu, uno de los pueblos adonde habían enviado el ejército contra los campesinos que se negaban a entrar en la cooperativa, había nacido Sultana. Sufrieron una represión salvaje: hombres y mujeres arrastrados hasta la sede de la policía, interrogados salvajemente, golpeados, mutilados, unos diez fueron enviados a Jilava para ser juzgados. El denunciado como instigador de la revuelta, un tal Dumitru Cireaşa, fue condenado a veinte años de cárcel, donde también falleció.

Cuando vio que el policía del pueblo que había llevado a cabo los arrestos junto a los oficiales de la Securitate se llamaba Gheorghe Chirilă, Aurelian abandonó la lectura y se dirigió a los Archivos, allí encontró suficientes datos como para confirmar sus sospechas: Gheorghe Chirilă había sido, efectivamente, el padrastro de Sultana, la había adoptado a los nueve años. Unos dos años antes se había casado con su madre, Tudoriţa, con la que vivía desde hacía varios años y con la que tenía otros dos hijos más pequeños, Grigore y Eugen, reconocidos. Tudoriţa se había divorciado de su primer marido después de que éste fuera condenado, y el año de adopción de la pequeña Sultana coincidía con el año de la muerte de Dumitru Cireaşa, cuyo apellido había llevado la niña hasta los ocho años.

En su relato, Aurelian se había perdido, como siempre, en detalles inútiles, se detuvo bruscamente cuando Sultana entró en la habitación y siguió sólo cuando ella salió. Esperaba el momento adecuado para hablarle de los documentos que mostraban que su madre se había casado con el hombre que había metido a su primer marido en la cárcel.

—Si yo hubiera sido Aurelian, habría perdido ese documento. Solicitaría que repaginaran el texto, ¡no es para tanto! Así sólo va a conseguir que Sultana odie a su madre, a sus hermanastros, ¡es una locura! ¡Pero a Aurelian, que es tan estricto y tan correcto, ni siquiera se le pasó por la cabeza! O, si se le pasó, debió de parecerle un verdadero crimen ocultar los papeles—le dije a Petru.

—¡No habría sido un crimen, habría sido una tontería! La información está

guardada de todas formas. ¿O es que crees que le han entregado las pruebas a Aurelian sólo por casualidad? ¿Cuándo le han solicitado al presidente del Foro que lea un libro antes de su aparición? Aurelian llevaba años gritando que se tenían que abrir los archivos, los dosieres del personal, de la Securitate, ¡todos! Estoy convencido de que el redactor-jefe de la editorial, un antiguo nomenclaturista reciclado, se frotaba las manos a la espera de lanzar por todos los canales la noticia de que el presidente del Foro Cívico, hermano del disidente Claudiu Morar, había censurado un libro en el que se demostraba que su esposa era hija de un torturador. Con su santa ingenuidad, Aurelian ha pisado el callo a mucha gente, muchos y muy poderosos, que están dispuestos a implicarlo en un escándalo mediático. ¡Y él no es capaz de ver las trampas que le tienden! ¡El país de las diversiones! ¡No puedes confiar ni en ti mismo, cuando ves tu jeta en el espejo!

Entonces lo tomé por unas simples exageraciones, los delirios de alguien enfadado con el mundo, como acostumbraba a soltar Petru. Cuando apareció la colección de documentos, en su emisión de la revista de prensa, presentó *Pueblos pacificados a cañonazos* sin hacer ninguna referencia al pueblo de Cerbu.

La siguiente vez que volví a Bucarest, Aurelian tenía problemas en el Foro, llegaba a casa por la noche, cansado, nervioso, y no estuvimos en ningún momento solos. Cuando hablaba con Sultana, lo hacía como si pisara huevos, no fuera a pensar que estaba husmeando en los trapos sucios de su familia, ¡tampoco los de mi familia estaban muy limpios, pero los de ella echaban para atrás! Se había vuelto más principista, más ufana, al fin y al cabo, había recibido un blasón, al fin y al cabo, era la hija de un mártir anticomunista.

—Si Sultana te saca el tema a colación, aconséjale que sea más tolerante con su madre—me dijo Petru, el abogado del diablo, cuando me fui—. ¿Acaso sabe qué habría hecho ella si hubiera estado en su lugar, golpeada, violada, con el espectro de la cárcel ante sus ojos? Tal vez le gustara el policía. Tal vez no, pero quizá pensó que sólo tenía una vida. ¡Y pensaría también en ella, en la pequeña Nana: a los hijos de los enemigos del pueblo los metían en los orfanatos con otro apellido! Hoy será un héroe su primer marido, Dumitru Cireaşa, ¿pero acaso pensó él en su esposa joven y su niña pequeña cuando atacó con un palo a los que vinieron a llevarse los caballos del establo y quitarle sus tierras? ¡Ya te digo yo que no, de lo contrario habría comprendido que la tierra estaba perdida de todas formas y que a él le romperían los dedos en el quicio de la puerta y que le golpearían las plantas de los pies y le meterían la cabeza en un saco, que su mujer sería violada y la niña abandonada a la compasión ajena! Y el policía Chirilă debía de tener una fijación con Tudoriţa para arriesgarse a librarla de un interrogatorio. Por lo que me has contado, Sultana tendría motivos suficientes para no tragar a su padrastro, que se le insinuó cuando ella se hizo mayor, pero él debió de perder la cabeza de nuevo cuando tuvo al alcance de la mano la copia de la joven Tudoriţa. Si la violó de verdad, es algo imperdonable, ¡en caso contrario, Sultana no sabe qué significa arrastrar un dosier manchado como el que arrastrabas tú! Creo incluso que el de ella habría sido peor…

—¿Qué estás diciendo? ¡Su padrastro era un animal, ya te conté cómo la golpeó en el locutorio de la residencia de estudiantes!—le dije.

Preferí evitar la conversación con Sultana antes que meterme donde no me llama nadie y ofrecerle los consejos cínicos de Petru. De todas formas, dudo que Sultana, que fue a la escuela y a la universidad, que fue refinada por la familia Morar, en la que se integró de joven, que ha viajado hasta Estados Unidos, pueda ponerse en el pellejo de una campesina de diecinueve años, con una niña pequeña colgada del cuello. Vivió muchos más años en casa de los viejos Morar que en casa de Gheorghe Chirilă, no pudieron convencerla para que llamara «mamá» y «papá» a los abuelos Morar, pero les regaló la tan esperada nieta y los cuidó correctamente en la vejez. La vi llorando en sus entierros, que la hicieron propietaria del apartamento de la Alameda de los Tilos, situado en una zona ideal incluso en el futuro. A medida que pasa el tiempo, se parece cada vez más a la mujer mustia, con el rostro cubierto por una telaraña de arrugas y el gorro de vaivoda de piel de nutria en la cabeza, a la que conocí en la boda civil de su hija y a la que me resultó imposible asignar el papel de mujer fatal de un western comunista, entre dos hombres duros: el primero, un rico propietario, el segundo, un hombre con poder en el pueblo. Sultana ha heredado de ella la facilidad para el coqueteo, que recuerdo desde la época de estudiantes; quien nace gato, come ratones. Y, al igual que su madre, guarda todavía secretos conmigo, aunque nos conozcamos desde hace tanto tiempo.

Después de que Aurelian fuera expulsado del Foro, recordé el guion de Petru sobre el hecho de que le habían tendido una trampa con las galeradas de la colección de documentos y no me pareció ya una conspiración, sino algo incluso realista.

El chofer del taxi ha sacado su imponente estatura del Volkswagen Passat y me ha abierto, cortés, la puerta. Veo sólo su cogote robusto sobre un cuello impecable y sus hombros rectos, viste un traje de color oscuro y algo me sugiere que ha estado en el ejército. Sí, me responde, he trabajado en «estructuras», ¡y también «fuera»! Debe de haber sobrepasado los cuarenta, pero se conserva bien y tiene una cierta formación, ¡para poder trabajar en una empresa de taxis de elite tuvo que pasar un examen de inglés!

Después de esquivar por los pelos una ambulancia que se precipita por la Alameda de los Tilos con un estrépito aterrador, como una alarma de bombardeo, se me hiela la sangre en las venas y renuncio a darle conversación. Avanzamos por la orilla del Dâmboviţa, en medio del rumor del tráfico y el grito, como el llanto de un bebé, de las gaviotas, los pájaros que aletean con sus largas alas encima del coche. En la derecha distingo, sobre los árboles del parque Izvor, blanca, a lo lejos, la Casa del Pueblo, con sus incontables ventanitas y columnas, tal como la soñó también Ceauşescu cuando demolía mi barrio.

A través de la ventanilla tintada del coche, a la izquierda, desfilan los inmuebles polvorientos que se construyeron antes del Centenario, tienen dos pisos y unas cariátides con los brazos devorados por las lluvias. En la planta baja, los letreros desconchados de los negocios: una casa de apuestas, Stanley Bet, una tienda de

ropa *second-hand* que anuncia que ha llegado la «colección de verano» y un *fast-food* delante del cual unos hombres en chancletas, con barrigas prominentes bajo unas camisetas baratas, engullen *shawarma* con apetito. Cada vez que vuelvo, encuentro a la gente más gorda, caminan balanceándose, sin fiarse de sus articulaciones, con las pantorrillas deformes embutidas en pantalones comprados en la «tienda para gordos y gorditas», XXXL. Una barriga redondita se adivina también entre los vestidos de muchas mujeres jóvenes: llevan en una mano la mochila de colores y con la otra tiran del niño que acaba de salir de clase y que les grita todavía algo a los compañeros de los que acaba de separarse. Chicas delgadas y muy altas de cabello largo que cae descuidadamente sobre los hombros, desfilan con pantalones cortos y pantalones rotos por las rodillas o por los muslos: verdaderos uniformes, al igual que el calzado deportivo de todos los colores, del que salen, desnudos, los tobillos jóvenes. Cuando me apeo del coche, pasa precisamente un rebaño de chicos y chicas a los que la libertad y la alimentación consistente—llena de conservantes—de las últimas décadas han elevado muy por encima de la media de mi generación, y yo, que era la más alta de mi clase, me siento una enana a su lado.

—¡Espéreme unos minutos, por favor, que no tardaré mucho!—le grito al chofer; se ha detenido en Domniţa Ralu, justo delante de la villa que esperaba que iba a ser mía—. ¡Pero qué pinta tiene!

Me detengo, asombrada, ante el edificio ennegrecido, ¿por qué he perdido el tiempo en los archivos y con una novela que quizá no se publique jamás, en vez de ocuparme de la villa de mi tío Caius? Junto a los agujeros negros de las ventanas arrancadas sólo quedan enteros los marcos de metal, oxidados al igual que la forja de los balcones. Los bastidores desmoronados por las nevadas y las lluvias están hechos pedazos entre las hierbas voraces. Sólo quedan en pie el porche y la pared de la entrada, cubierta de arriba abajo con el pesado encaje de la hiedra, un verdadero manto verde. Han desaparecido la puerta de cristal *art-deco* y las incrustaciones de lirios en las que me fijaba mientras Sorin intentaba convencerme para que nos viéramos a escondidas.

La vegetación de Bucarest, oprimida por los edificios que crecen más rápido que el beneficio esperado, se ha cobrado aquí su revancha. Un auténtico bosquecillo brotado a su alrededor compite en altura con el edificio y el tiempo jugará a su favor, si el nuevo abogado contratado por Junior no saca al primo Rafael de la chistera. Las semillas de las acacias, los aligustres, las moreras y los tilos se han colado por la cerca derrumbada, los retoños se han convertido en arbustos endebles de raíces tenaces que se clavan entre las fisuras del viejo hormigón del patio. Los cardos, unos espinos más altos que yo, coronados por sus flores moradas, las bardanas y las ortigas esconden el rumor de unas criaturas invisibles.

Iza Mihalcea, mi compañera de despacho antes de que me enviaran al Depósito del Libro, me llama a gritos varias veces desde el patio de enfrente hasta que la oigo. Ha conservado su manera graciosa de pronunciar las palabras, como una actriz de provincias en el papel de una marquesa, sobre un escenario polvoriento.

Su cabello, corto en otra época, es ahora largo, cuidadosamente recogido en un moño en la nunca, y en las orejas luce, al igual que entonces, unos pendientes de clip grandes, redondos. El pañuelo transparente que rodea su cuello esconde la piel arrugada. Ha salido del edificio cuyo primer piso está habitado, como prueban las cortinas blancas, bordadas, de las ventanas. En la planta baja quedan unos papeles azules en los cristales y el letrero del restaurante Yn-Yn o Cin-Cin, *club privat non-stop*: no hay ni rastro de lo que haya podido suceder en su interior.

—No, ¿cómo iba a vivir en Domniţa Ralu?—ríe cuando le pregunto—. Fue una calle preciosa en otra época, al fin y al cabo, está en la zona de la antigua corte señorial, pero la han invadido los herederos, gente mayor, pobre, algunos se marcharon hace tiempo y están muy bien situados en el extranjero, otros son la tercera generación o son falsos, ¡cuántas historias me habrán contado! Todos los que tenían las escrituras, vendieron sus propiedades, otros han emprendido procesos judiciales de varios miles de euros. Los tiburones inmobiliarios estaban preparados para levantar un rascacielos con salida a dos calles, oficinas, aparcamientos, centros comerciales, tiendas, pero se toparon con las casas del patrimonio histórico: no tienen permiso para demolerlas y esperan a que se caigan solas.

El vestido negro, de vuelo irregular, resalta su figura; ha atravesado la menopausia sin las lorzas habituales. Su marido murió hace unos meses, en el patio del que ha salido se encontraba su taller, gracias a Dios ha conseguido venderlo, es la última vez que viene por aquí. Iza cotorrea también sobre la historia de la villa de Caius Branea, no se le pasa por la cabeza que podría ser de mi propiedad.

—¡Aquí estuvo la sede del Partido, por eso, después de la Revolución, se instalaron en ella toda clase de asociaciones aparecidas después de 1990!—sonríe irónicamente. Algunos dicen que la construyó Cuza para su amante, pero no puedo creérmelo cuando veo cómo ha acabado. Después de los primeros en reclamarla, aparecieron unos arqueólogos, decían que debajo estaba el muro de un monasterio o un cementerio, metieron las excavadoras, pero no encontraron ni esqueletos ni muros, y tuvieron que conceder el permiso de demolición. Sin embargo, antes de comenzar, se paralizó todo, al parecer, los certificados de los herederos eran falsos. Dicen que van a venir otros, pero no han aparecido todavía, por el momento, de noche, es un hotel para vagabundos, lleno de porquería…

Le digo al taxi que se vaya, caminamos juntas hacia la plaza Romana y nos quedamos charlando un rato, apoyadas en el quiosco entre el KFC y el McDonald's que vende libros de fenómenos paranormales y revelaciones sobre Ceauşescu.

Iza está al día sobre la vida de nuestros compañeros, pero también sobre la mía: sólo se ha equivocado en el año de mi partida, pero no en el país donde vivo. Me entero de que Sorin ha conseguido recuperar algunas casas en la provincia, la herencia por parte de su madre, pero que ha tenido que pelear mucho por ellas en los juzgados, de hecho, no él, sino Dorina, ¡que es todavía más tenaz que

entonces, Lety! Vivieron una temporada en el extranjero, consiguió un puesto de cónsul, ¡no él, ella! Luego crearon una empresa de importación y exportación, o tal vez fuera algo estatal, ¡pero no la verás trabajando en la enseñanza, como yo!

—¿Que por qué me hice profesora? ¿Qué otra cosa podía hacer si, inmediatamente después de 1990, nos privatizaron? ¡El jefe nos llevó a un apartamento en Drumul Taberei y en un año todo estaba acabado! Entonces me dediqué a la enseñanza, ¿que por qué la abandoné? ¡Porque no aguantaba más! ¡No te puedes imaginar, Lety, cómo es la enseñanza hoy en día! Los alumnos vienen a clase en coches caros, tú, en autobús, ellos tienen teléfonos de última generación, tú tienes un cachivache, ellos llevan ropa de marca, tú revuelves en las tiendas de *second-hand*. En clase no consigues nada si no tiras de ellos. Lo cual, siendo como soy yo…

Sobre todo porque no tiene problemas de dinero, aunque se haya jubilado antes de cumplir la edad correspondiente. La salvación le ha llegado de los cuadros de su marido, la cotización del pintor Mihalcea se ha disparado y ahora busca un buen galerista en París, su hija ha ido al colegio francés y van a trasladarse allí…

El calor me había dejado agotada, no había sido una buena idea cruzar Cişmigiu, incluso aunque el lago y los viejos árboles ofrecieran un agradable frescor, con aroma a jazmín y a tilos. De Iza me separé por el camino. Tuve que pasar junto a Adam, la antigua tienda de los hombres elegantes de la época comunista, junto a la Sala del Palacio, cada vez más desconchada, y junto al Palacio Real, reconstruido después de que le dieran fuego en la mascarada de la revolución, hasta encontrar un taxi en el Athénée Palace. Me detuve a una cierta distancia del *Downtown*, para que no me viera el abogado llegar en un vehículo penoso, sin aire acondicionado, después de haber pedido, especialmente para la ocasión, un Black Cab. ¡Así me salen a mí las cosas!

El camarero me señaló la mesa reservada, pero Junior estaba en otra, rodeado por Manuela y dos amigas. Había llegado al restaurante demasiado pronto y había aprovechado la «generosa invitación de las señoras para hacer un intercambio de información», me explicó mi hermano. Me senté también yo a su mesa, *à contre cœur*. Cuando ellas pidieron un *mousse au chocolat* y *lava cake* y Junior un *espresso*, yo pedí un *caffè latte*.

Ellas habían retomado su aria favorita: «Una Rumanía corrupta y gobernada por *securistas*, en la UE, junto a unos estados civilizados, ¡qué escándalo!». Habían votado en contra, en nombre de Francia, donde vivían desde hacía más de treinta años. ¿Y yo qué?

—Muy sencillo, no voté porque no tengo todavía la nacionalidad francesa, las condiciones se han endurecido. ¡Y necesito la rumana para arreglar lo de la herencia, como vosotras!—les respondí en tono provocador.

La conversación no me interesaba ni cuando llegaron a las restituciones, ¡ay, el tocador de la abuela! ¡Ay, la biblioteca del abuelo! ¿Qué recuerdos de familia podríamos tener Junior y yo? ¡A duras penas reconocemos nuestras pertenencias! Cuando llegaron a los sobornos y los intermediarios, Junior, que era ahora el centro de atención—un hombre joven, asaltado por tres mujeres de mediana edad—, intentó formular las preguntas, pero ellas siguieron con el bombardeo:

—¿Quién cree que tiene más influencia en la Comisión, señor diputado?

—Aconséjenos usted, que los conoce.

—¡No renuncies a la ciudadanía rumana ni siquiera cuando consigas la francesa! No sabes cuándo la vas a necesitar—me aconsejó Manuela.

Puesto que el consejo venía de la primera esposa de Petru, me apresuré a contradecirla:

—¿Después de convertirme en propietaria? ¡Sinceramente, no veo para qué!

—¡Precisamente entonces comienzan los problemas!—rio, mostrando los implantes colocados en el país corrupto, donde los tratamientos estomatológicos son más accesibles—. Tasas, formalidades, las propiedades están deterioradas, ¡hay que invertir para ponerlas a la venta! Al fin y al cabo, vais a vender lo que recuperéis, ¿no?—dijo volviéndose hacia Junior.

Los separaban tres décadas, pero, desde la madame de Berny de Balzac hasta

nuestra Brigitte Macron, una gran diferencia de edad resulta picante y Manuela no aparenta los sesenta, ¿cuántos tendrá, de hecho? Las manos con las que gesticulaba, cargadas de anillos antiguos de plata, temblaban levemente: ¿un comienzo de Parkinson?

Junior no estaba atento, como yo, a los posibles síntomas médicos y, atrapado entre la complicidad de las miradas y el esfuerzo por ser discreto en la materia, les sonrió con ambigüedad.

Manuela me recordó que habíamos coincidido los allí presentes en los Archivos Nacionales.

A una de sus amigas, Anca Scarlat, la reconocí por sus inevitables zapatos Chanel, estaba en *demi-deuil* y había adelgazado mucho; su esposo había fallecido unos meses atrás.

Con la timidez de los obesos, que querrían mermar cuando se exponen en público, la otra, Smaralda Todoran, embutida en un traje de Dior expandido sobre sus redondeces, me invitó a que me sentara a su lado: no le gusta estar junto a la ventana, porque te ven desde la calle. A mí, por el contrario, me encanta mirar los árboles, las casas, la gente, le aseguré.

—¡Cuando nos encontramos por primera vez, la barba no estaba de moda y Caius parecía más joven!—bromeó Manuela, señalándome el adorno facial de Junior.

—Un poco más y va a parecerse a Moş Crăciun—reí maliciosamente.

Su barbita de chivo tiene canas, el pelo de la cabeza sigue oscuro, sólo tiene unas hebras de cabello blanco en las sienes, en cambio ha perdido pelo, ¡la sorpresa de los hombres cuando se acercan a los cincuenta y les baja la testosterona! El comentario me lo guardé para mí, mi hermano había puesto ya una cara larga.

Antes de que llegara el café, bostecé abriendo la boca de par en par, me disculpé apelando al cambio de cama, el clima y ellas me apoyaron con sus ejemplos de insomnio. Ninguna decía la verdad, que a nuestra edad el cerebro ha perdido la melatonina, por la noche duermes mal y de día te sientes somnolienta. Había trascurrido el cuarto de hora de cortesía y el tan alabado abogado nuevo, «un hombre muy curtido», no había aparecido. ¿Por qué me había dejado arrastrar hasta aquí? ¿Para pagar una cuenta subidita?

Junior marca en un mapa los locales pretenciosos donde mantener sus contactos con la gente importante de aquí, menciona a ministros, a embajadores, etcétera, por su nombre, aunque no se vea demasiado con ellos: el síndrome de legitimación del niño con una mala imagen de sí mismo, educado por un marginado, como fue su padre, le expliqué, hace mucho, a Petru.

—¡Eres mala, Letiția! ¡Tú has sabido siempre que procedes de una familia, incluso aunque sólo te haya provocado disgustos! No sabes lo que significa soñar con una casa llena de libros, con alguien que te enseñe cómo comportarte en la mesa, cómo ir por el mundo.

—En cambio, tú estás hablando sobre tus complejos, no sobre él, que ha crecido casi en el mismo ambiente que yo.

—¡Casi! Ésa es la palabra. Era pequeño cuando murió vuestro padre, Floricica tenía sus cualidades, pero está muy lejos de tu madre, una verdadera señora.

—¡Cuando estaba viva, no te mostrabas tan generoso con tus elogios!—salté yo.

Vemos la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el nuestro, me repetía, cuando era una niña, mi tío Ion. El reproche era más adecuado para él que para mí. ¿Qué diría mi madre si viera que ando detrás de la herencia de sus cuñados, a los que odiaba? Tenía un carácter vengativo la pobre Margareta Silişteanu y no olvidó jamás cómo la menospreció la familia Branea. Mi padre la conoció cuando trabajaba como economista en la Cultura Națională, la sociedad fundada por el extraño banquero Aristide Blank, un idealista megalómano que financió la mayoría de los periódicos y, con créditos a fondo perdido, a bastantes políticos, entre los que se encontraba también el diplomático Titulescu. Pero sobre todo a la Casa Real, a Carlos y su Lupeasca.[20] Sin embargo, cuando llegó la crisis, los esfuerzos del rey no salvaron el Marmorosch Blank de la bancarrota. Perseguido por los legionarios por ser judío, Aristide Blank huyó a Estados Unidos. Tenía contactos de alto nivel con los banqueros del mundo, pero ninguna intuición política: después de 1944 regresó a la Rumanía ocupada por los soviéticos. Biță decía que lo había llamado Ana Pauker, la todopoderosa ministra de Exteriores, y que cayó con ella en 1952. Arrastrado por el «juicio a los banqueros», fue condenado a veinte años de cárcel y cumplió una buena parte hasta que lo compraron «los de fuera». Vivió unos años más en París, adonde llevó también a su familia, pero ahora era un hombre pobre.

Mi residencia de estudiantes se encontraba a dos pasos de la antigua sede del banco, en la calle Doamnei, pero su recuerdo y el de Aristide Blank habían desaparecido. Yo conocía su nombre por mi madre, que se lamentaba de que por culpa de su locura se viera ella en el paro, precisamente cuando acababa de prometerse con mi padre. Era más alta que él y de su adolescencia hambrienta había heredado sólo piel y huesos: hoy ganaría un *casting* de *top model*. De ella he recibido los ojos azules en la sombra y verde oscuros en la luz, bajo unas cejas espesas y alargadas. Pero incluso en la fotografía de la licenciatura de la facultad de Economía tiene el ceño fruncido, y los ojos transparentes y el cabello prendido en una trenza gruesa, enroscada, como una corona, en torno a la cabeza, no consiguen iluminar su rostro. El vestido cerrado, monacal, con un cuellito blanco, de angora, llega hasta su cuello fino y encaja con sus inclinaciones puritanas, ¡creo que a mi padre le llevó un tiempo convencerla para que separara sus rodillas pequeñas y huesudas!

Por aquel entonces se llevaban las mujeres de cintura y formas marcadas, con escotes profundos y vestidos cortos, el cabello cortado a lo *garçonne*, tres onditas pegadas a la sien, las cejas depiladas o afeitadas y redibujadas a lápiz y el arco perfecto de los labios pintado de rojo oscuro. *Tout à l'inverse* que el aspecto de mi madre. ¡Pero más grave aún era que había llegado a la familia Branea sin genealogía y sin dote!

Los abuelos confiaban en que su hijo pequeño, Victor, con el diploma de médico en el bolsillo y especializado en París, en el Hospital Cochin, encontrara

una prometida como la de sus hermanos. ¡Y de repente él se presenta con Margareta Silişteanu! Tenía una cierta inclinación hacia las malas compañías y unas simpatías de izquierdas que no le sirvieron para nada, ¡con los comunistas sufrió domicilio forzoso y cárcel!

Licenciado en Derecho en París, mucho más ambicioso que inteligente, Caius practicaba el esquí, el tenis, era piloto, era un gran bailarín, y la ropa le sentaba como un guante. Se había casado con la hija del abogado Focşa, primo carnal del viceprimer ministro Mihai Antonescu.

Ortansa, la esposa del hermano mediano, Traian, había aportado una dote considerable y alianzas familiares en el mundo aristocrático, con las que, a finales de la guerra, se marchó a Inglaterra, acompañada del diplomático Barnaby y el pequeño Rafael.

Por lo que me contó su hermano Biţă, el resentimiento de mi madre hacia sus cuñados debió de surgir en su boda. Mientras en el salón de la hacienda de Leordeni y bajo la carpa instalada en el jardín se comía, se bebía, se bailaba, Margareta subió al dormitorio nupcial para cambiarse de zapatos. ¡Tenía unos pies grandes y anchos, menos mal que no los he heredado! Para los zapatos de novia, su cuñada Ortansa le había recomendado al zapatero más elegante de Bucarest. «¡Una descarada!», se quejó a Biţă, su confidente. Como todos los acomplejados, se sentía, sin motivo, corregida o ignorada. Había elegido un zapatero artesano de Calea Moşilor que fabricaba unos zapatos espectaculares y relativamente baratos. La ceremonia religiosa se había alargado, los sacerdotes insistían en darle las gracias al viejo Branea, el nuevo terrateniente local; en la mesa siguieron los discursos, el baile de los novios y, cuando Margareta se vio, por fin, sola en el tocador, las medias plateadas se habían roto y tenía los talones en carne viva. Tiró por ahí los zapatos rígidos y el tocado y, mientras se ponía unas tiritas, oyó voces en la terraza. Se acercó, cojeando, caminando como un gato y aguzando el oído: un piso más arriba, Caius y Traian, apoyados en la balaustrada, de espaldas a ella y con las copas llenas en la mano, comentaban el bullicio del jardín.

—¿Por qué se habrá casado Victor con el espantajo este de Margareta?—preguntó Caius—. ¡He intentado hablar con ella y es incapaz de juntar dos palabras! Es estirada, no sabe qué hacer con las manos, tampoco es guapa, y no parece muy lista; en cuanto a la elegancia, ¡qué vamos a decir!

—Para ser elegante, debes tener con qué—respondió indiferente Traian.

—Y entonces, ¿por qué se ha liado Victor la manta a la cabeza con ella?

El otro soltó, seguramente, alguna porquería, tapada por sus gruesas carcajadas.

—¡Por no hablar también de sus hermanos!—continuó Caius—. El mayor, Ion Silişteanu, es un erudito, pero no tiene contactos, ¡un profesor sin plaza fija! El pequeño, Biţă, un estudiante amargado, corrector de noche, ¿dónde? ¿En *Adevărul*? ¿En *Dimineaţa*? ¿Por qué se ha empeñado Victor en entrar en una familia así?

—*Fait accompli*. Deberías haberle preguntado cuando se podía todavía hacer algo. Como hermano mayor, tenías todo el derecho. Pero el amor tiene los ojos

más tapados que la Justicia—masculló, enfurruñado, Traian—. Venga, termina el puro y bajamos, que estoy mirando y no veo a Ortansa. En su estado…

Unas cuantas décadas después, Biță rio satisfecho. Traian daba vueltas en torno a Ortansa sin que ésta le hiciera caso y le echó la culpa al embarazo. Pero al cabo de unos días ella le confesaría que no era hijo suyo, sino de James Barnaby: un tipo enjuto, no demasiado alto, funcionario en la Legación Británica, que acababa de ser convocado de nuevo por el Foreign Office. Ortansa le suplicó que le concediera un divorcio rápido, para que pudiera marchar también ella a Londres con los dos niños, uno en su vientre, el otro de la mano. Para indignación de los abuelos Branea, Traian aceptó y la dejó partir con su único nieto, Rafael.

Alguien había elevado el volumen de las melodías del gramófono, que llegaron hasta la terraza de la hacienda de paredes gruesas como las de una fortaleza: los viejos Branea se la habían comprado a un descendiente empobrecido de los Goleşti. Margareta no escuchó el final de la conversación de sus cuñados y, cojeando, bajó a la carpa del jardín, con su rostro de novia lloroso.

Cuando Biță me contó todo eso, habían transcurrido ya varios años desde la muerte de mi madre y los remordimientos no me torturaban tanto. Había disminuido también la furia contra mi padre, que se había casado rápidamente para legitimar a Caius Jr. Bebiendo y hablando sin parar—whisky, por supuesto —, Biță y yo estábamos bastante achispados.

Coincidíamos en que, al margen de los remilgos de la familia, mi madre debería haber saltado de alegría por la suerte que había tenido. Victor Branea, un médico con su propio consultorio, perteneciente a una familia rica, era un partido inesperado para una huérfana criada en internados, con muy poca confianza en su *sex-appeal*: era un erizo, llena de complejos. En la fiesta de su boda estuvo «de morros», reía Biță, y algo de ese enfurruñamiento le duró toda la vida. Cuando cumplió su deseo de casarse, no supo disfrutar de él. Formaba parte de esa categoría de personas que carecen de la vocación de la felicidad, que tienen, sin saberlo, una herida producida en la primera infancia. Sentía celos incluso de los hermanos de mi padre, cuando se lo llevaban con ellos a las fiestas y a las partidas de póker, que se prolongaban toda la noche, durante los bombardeos estadounidenses. ¡Un pusilánime que se ha esforzado siempre por imitar a los mayores!, decía, rencorosa. Ella, en cambio, era uno de esos raros ejemplares de criatura monógama: bajo su carácter sombrío escondía la desesperada necesidad de afecto de una huérfana. ¡Es una pena que me dé cuenta de ello ahora, en la vejez! Le llevó paquetes a mi padre a la cárcel, atosigó a Biță para que escribiera memorias y más memorias, confió con tenacidad en recuperarlo cuando fuera liberado.

Esperándolo, encaneció, una corona de cardos grises, los ricitos de su permanente, rodeaba su rostro nervioso y taciturno que se arrugó rápidamente con los destrozos de una menopausia mal gestionada. Su propia sexualidad debió de atormentarla toda la vida, y los tres hermanos Branea fueron para ella unos desgraciados mujeriegos.

¡Has vivido hasta ahora sin nada suyo, no vas a hacerte rica en la vejez! Eso es más bien lo que me diría ella si viera cómo peleo por echar mano a su herencia. El orgullo le impediría mencionar a mi hermanastro, con el que debo repartir la herencia, así como con el misterioso Rafael.

Miro ostentosamente el reloj, pero Junior ríe, halagado por una broma de Manuela. Si hubiera concertado una cita con el editor, me levantaría arrogante:

—¡Yo tengo otros *rendez-vous*, éste no es un abogado serio, *au revoir à tous*!

¿No tendrá Petru razón cuando dice que lo único que voy a sacar en limpio son tiempo y dinero malgastados? También lo que me ha reprochado Sultana es verdad: estamos solos en Neuvy, tenemos pocos conocidos, ¡para qué hablar de amigos! Un pueblo pequeño y un mundo herméticamente cerrado. Tampoco los esposos Georgel, Solange y André, nuestros vecinos, que llevan treinta y cinco años en Neuvy, antiguos trabajadores votantes de izquierda, aunque el distrito sea de derechas, han podido superar las barreras sociales.

Estuve de acuerdo con Petru en comprar una casa en Touraine, pero no pensaba que nos quedaríamos toda la vida en Neuvy. Me sentía satisfecha porque podía apoyarme en un hombre que llevaba muchos más años que yo en Occidente. Pero poco a poco me di cuenta de que había vivido en la redacción rumana de la emisora de radio, es decir, también en una especie de Rumanía; jamás había organizado bien su vida y, ahora, menos que nunca. Peleo por la herencia para poder escapar de Neuvy, donde nos hemos enterrado. No me han interesado jamás los hermanos Branea, pero merezco ser su heredera: he acarreado sus pecados en el espinazo.

Cuando me marché de Rumanía, lo hice sin lamentarlo: en la situación a la que había llegado, las ventajas de marchar pesaban más que las desventajas. Lo mismo que cuando renuncié a escribir: ¿a quién podía interesarle lo que escribiera yo? ¡Y todo lo que me rodeaba era tan nuevo! No sabía hablar bien, ni sacar dinero del cajero automático, ni tenía un trabajo para disponer del dinero en mi cuenta. Cuando volví a empezar, me prometí que no me afectaría no encontrar un editor. Por eso iré muy tranquila con Daniel, ¡si le gusta la novela, bien, si no, esperaré a cobrar el dinero de los juicios y la publicaré yo!

Puse el teléfono sobre la mesa y le envié un SMS a Daniel: «¿A qué hora es la cita con mi editor? LETY».

A diferencia de mí, que tengo prisa aunque no tenga adónde ir, ellas no están agobiadas: su abogado, más educado que el nuestro, les ha telefoneado para decirles que, por desgracia, va a retrasarse, que no lo esperen para almorzar, que llegará al café. La conversación da un giro:

—¿Sabes quién es el campeón de las restituciones? ¡Georg Dan Iliescu! ¡Nuestro antiguo compañero, el mío y el de Petru, en la época en que se llamaba todavía Dănuț Iliescu!—dice Manuela, guiñándome un ojo con complicidad—. Hicimos juntos varios viajes a la playa, celebramos Nocheviejas, fuimos de vacaciones a Retezat y a Parâng, ¡era un gran montañero! Me imagino que lo seguiría siendo también en tu época, ¿no?

Demoro la respuesta en un intento por detectar algún retintín y Anca Scarlat

me toma la delantera:

—¿No es profesor en Alemania?

—En Bochum—me apresuro a responder, recordando la ciudad que Petru ambicionaba.

¡Qué vida habríamos tenido si nos hubiéramos marchado entonces en lugar de él! Pero yo me habría desesperado al separarme de Sorin, tonta de mí…

—Me suena que se ha jubilado en Hannover—dice, más escéptica, Manuela.

Habríamos hecho una buena pareja, debe de haber pensado muchas veces, reprochándose haber elegido a Petru: ¡el favorito del profesor, un origen impecable, aunque no fuera una relación de largo recorrido! ¡Seguramente se felicitó cuando se desembarazó de él para que lo recogiera yo!

—No habría recibido el pasaporte ni para ir a Bulgaria si no se hubiera casado con Dana. Y ya sabes quién era la madre de Dana, ¿no? La secretaria del rector, coronel de la Securitate, según se rumoreaba entonces. Y lo que se rumoreaba antes resultó ser cierto después de 1990, ¿no, Letiția? Espero que podamos llamarnos por el nombre…

Antes de que pudiera abrir la boca, Anca volvió a adelantarse:

—¡Me fijé en él en una conferencia en el Casino de Sinaia, estuvo bastante rato hablando con Tudor! Distinguido, con sentido del humor.

—¡Tudor Scarlat, el esposo de Anca, era una autoridad científica! Al igual que su abuelo, el profesor Mironescu, las primeras investigaciones en fonología, Petru lo conoce—me aseguró Manuela.

—Mironescu… ¿Ștefan Mironescu?, pregunto y Anca me honra con una mirada brillante, ¡mira en qué familia entró ella!

Me abstengo de decirle, en cambio, que Dănuț Iliescu no me pareció distinguido en absoluto durante mis primeras vacaciones con Petru en Mamaia. Un hombre menudo y moreno, que lanzaba unas miradas a veces lánguidas, a veces lúbricas, por debajo de sus pestañas largas, femeninas. Exageraba con el tema del sexo, tal vez para agotar sus frustraciones sociales, y me bombardeó durante todo el viaje con chistes porno que me humillaban. Estaba convencida de que se los permitía porque yo era tan sólo una pobre estudiante, fácil de seducir.

Y Petru, ocupado como de costumbre con su propia persona, no me defendió, probablemente no sabía hasta dónde iba a llegar su relación conmigo, como no lo sabía tampoco diez años después, cuando se marchó. Se creyó todo el tiempo más fuerte de lo que era, tanto respecto a su carrera profesional, como respecto a las mujeres.

Un vehículo grande, rojo, del servicio de urgencias, perturbó la paz del barrio de árboles viejos, de la época de los generales Kutúzov y Kiseleff, y de casas señoriales de esa misma época, que contemplo mientras me pregunto quién las habrá recuperado. ¿Quién las ha comprado y con qué dinero?

¿Le complicaría las cosas con el pasaporte la secretaria de Dănuț Iliescu cuando Manuela intentaba llevarse a la niña para que la operaran fuera? De lo contrario, ¿por qué una *femme accomplie* como ella recuerda aún a una secretaria, incluso aunque se tratara de la del rector comunista?

—¡No te imaginas, querida Letiția, lo arrogante que podía llegar a ser! El rector lo era sólo de fachada, ella lo tenía bien pillado por algo ocurrido en su juventud. Cuando Dănuț no regresó, la jubilaron, pero aun así le concedían el pasaporte, ¡y qué comercio se traía entonces en el mercado negro: videos, cintas de películas, vaqueros, cosméticos…!

No soy la única que, de toda una vida, ha guardado sobre todo los resentimientos. ¡Mira también a Manuela, a la que parecía haberle salido todo bien, excepto la criatura que tuvo con Petru! La única que la anima con alguna interjección es la gordita de Smaranda, ¿era Shakespeare el que decía que los gordos tienen buen corazón?

—He oído algunos rumores sobre esa mujer—susurra.

Anca Scarlat la interrumpe con aire disgustado:

—¡Pero ya sabes lo infiltrada que estaba la emigración y cómo recelaban unos de otros! Nosotros hemos evitado los círculos rumanos. Nuestros amigos son franceses, estadounidenses.

¿Sólo los emigrantes recelaban unos de otros? En cuanto te veías con el pasaporte en la mano, tenías que guardarlo en secreto por miedo a las denuncias. A mí, sin embargo, de la marcha de Dănuț me había avisado Sorin, un as de los rumores:

—El colega del señor Arcan, Dan Iliescu, ha firmado el pacto con el diablo para compensar los pecados de su padre y ha recibido, a cambio, una beca en Alemania.

Ahora empiezo a dudar que Dănuț tuviera que firmar el pacto: tenía al diablo en casa. Los securistas presionaban a aquellos cuyas familias tenían tachones en el dosier y eran incapaces de proteger a sus hijos, pero no presionaban a los suyos.

No le conté entonces a Petru que se le había escapado Bochum, ¿cómo iba a explicarle por qué lo sabía? Pero se enteró en la fiesta y se emborrachó como una cuba. A duras penas conseguí meterlo en un taxi.

También se habla sobre Dănuț, el más exitoso de los huidos:

—Las universidades extranjeras lo promocionaron, al igual que a Tudor, mientras que la universidad rumana lo había relegado a la sombra. Y realizó un brillante segundo doctorado en Alemania…

¡Eso tendría que haber hecho también Petru cuando llegó allí! Sólo que había sobrepasado ya los cincuenta. Demasiado viejo para Europa. Sultana afirma que Estados Unidos le habría dado más oportunidades, pero él piensa que sin un doctorado reconocido habría sido lo mismo.

—¿Por qué lo sabes? ¿Lo has buscado en Facebook? Venga, Anca, ¡confiesa!—ríe afiladamente Manuela.

¿Coquetearían inocentemente en Sinaia ante de los ojos de la comunidad científica de la diáspora? Dănuț debe de ser tan mujeriego como en su juventud, pero seguro que en las universidades alemanas se ha abstenido de acosar a las estudiantes.

—¡Vi una entrevista en la televisión, un programa en el que la presentadora invita a *la crème de la crème* y les hace decir incluso lo que no querrían! Cuando

estaba aquí por las obras de la casa, ¿qué otra cosa podía hacer? ¡La política rumana, *c'est pas mon truc*!

—Tudor heredó la villa de la Avenida construida por su bisabuelo. ¡Invirtieron un montón de dinero para renovarla y es una joya! ¡Anca no quiso alquilársela a cualquiera, que al fin y al cabo es una residencia digna de un embajador, y lo consiguió!—me informa Manuela.

La demora de nuestro abogado ha acabado también con la paciencia de Junior. Saca su iPhone X del bolsillo una y otra vez, verifica algo, lo guarda de nuevo y, con una sonrisa falsa, intenta integrarse en la conversación.

—¿No vamos a tomar un aperitivo?

No me he dado cuenta de cuándo le ha hecho una señal y el camarero ya está a nuestro lado. Un servicio así no lo encuentras en los restaurantes esnobs, ¡por no hablar de la arrogancia de los camareros parisinos! Pido una copa de vino tinto y un *foie gras*, Junior, un tartar de atún y una copa de vino blanco. Insiste en que esté frío, trata al camarero con arrogancia y está cada vez de peor humor.

Manuela sigue ajustando cuentas con la suegra de Dănuț:

—Salió del comunismo con una suma en efectivo muy sustanciosa y la invirtió en el negocio inmobiliario, ¿recuerdas, Caius, que entonces podías comprar una casa por cuatro mil o cinco mil dólares? Además de comprar, se lanzó también a recuperar.

Cuando Manuela pronunció la palabra *recuperar*, a Junior le brillaron los ojos, que se apagaron al momento, porque ella continuó con más historias políticas, que si Dănuț Iliescu había coqueteado con el presidente Ion Iliescu, ¡el mismo apellido, pero otra biografía, ja, ja!

—… pero cuando llegó al poder el Partido Campesino, se acordó de los sufrimientos y las propiedades de su padre: casas en Piteşti, Câmpulung, además de terrenos, bosques. Con ayuda de los políticos, los recuperó y los vendió, lo único que no ha conseguido vender es el apartamento de Maria Rosetti, porque no resistiría en caso de terremoto. Viene a Rumanía una vez al año, ofrece unos cursos en las universidades de verano y el asunto de las propiedades se lo ha pasado a su mujer, ¿conoces a Dana, Letiția?

Me he cansado de las historias de Dănuț, ¿por qué seguimos despedazándolo? Se vio de pequeño condenado al ostracismo, pobre, sin comprender por qué, igual que yo. Tenía, también como yo, a su padre en la cárcel, mientras que el de Manuela, director en un Ministerio, la educaba con clases de lenguas extranjeras y de piano, en una casa confiscada a los antiguos terratenientes. El resentimiento social, el motor de la lucha de clases, expuesta por el eterno Marx, crecía en mi fuero interno…

—Dana es una persona civilizada—empiezo.

Pero soy cobarde y reculo inmediatamente.

—Al menos eso me pareció entonces…

—¡Es civilizada, de acuerdo!—concede—. Cada vez que nos hemos visto estaba obsesionada por el hecho de que su madre tuviera Alzheimer, es nerviosa y agresiva, algo que no me sorprende… Naturalmente, la ingresaron en una

residencia cara, ¡claro que en una de aquí! ¡En Alemania costaría una fortuna! Viene muy a menudo a visitarla.

El camarero transpira y sirve la comida con gestos elegantes. Mi *foie gras* está delicioso, ¡pero es minúsculo! Mientras clavo en él el cuchillo y el tenedor, Manuela muestra de nuevo su coquetería:

—¡No sé por qué te estamos aburriendo con esta conversación, Caius! ¡Mejor que nos cuentes en qué situación os encontráis vosotros!

Él sigue masticando el atún y la lechuga, toma un sorbo de vino y entonces interrumpo yo ese silencio embarazoso.

—Nos estamos volviendo locos por encontrar a nuestro primo Rafael. El hijo de mi tío Traian. Los hermanos Branea fueron tres, Victor, el pequeño, es mi padre y el de Caius Jr., hijo de su segundo matrimonio. Ah, ¿pensabais que era mi sobrino? ¡No, no, Caius Jr. es mi hermano, pero de otra madre! Nosotros somos herederos junto con Rafael Branea, al que no hemos llegado a conocer. Era un niño cuando su madre, Ortansa, se lo llevó a Inglaterra, nosotros nacimos después, sobre todo Caius Jr., ja, ja. Tienes razón, Manuela, durante la guerra no se viajaba, ¡pero Ortansa se marchó con un diplomático inglés! Ja, ja, no es tan complicado. Ortansa fue la esposa de Traian Barnea y luego la de James Barnaby, que tal vez adoptara también a Rafael. Así pues, estamos buscando a Rafael Branea o a Rafael Barnaby, pero no hemos conseguido dar con ninguno.

Sus sonrisas me animan, no me importa la cara cada vez más contrariada de Junior.

—Lo que no consigo entender es por qué sacó mi tío Traian a su hijo de Rumanía cuando los aviones alemanes machacaban Londres. ¡Sólo si estaba informado de que Rumanía había sido ya entregada a los rusos! Tal vez planeara marcharse también él a Inglaterra, pero no lo consiguió porque fue arrestado con los funcionarios de las embajadas extranjeras. Ya conoceréis, seguramente, los juicios por espionaje que les abrieron…

Son todo ojos y oídos y mi éxito me hace ignorar a Junior, que mueve, cada vez más rápido, los dedos en el teclado del teléfono:

—… Murió en el interrogatorio, ¡os podéis imaginar lo que le hicieron si no consiguió sobrevivir hasta el juicio! Las propiedades de esos dos tíos nos corresponden a nosotros y a Rafael, sin él no podemos avanzar…

La furia de Junior ha alcanzado el punto de ebullición y explota:

—Vamos, Letiția, ¿por qué las aturullas con tus novelas?

Sus ojos saltan deprisa de Junior a mí y viceversa, curiosas por saber qué va a suceder a continuación. ¡Que me humille delante de Manuela, no, eso no se lo voy a perdonar! ¡Me he metido a opinar porque él había hundido la cabeza entre los hombros y no despegaba los labios! ¡Si no estaba de acuerdo con lo que yo decía, podría interrumpirme de manera decente, no así! ¡Además de ser un maleducado, es un tipo colérico! El hijo de un anciano, mi pobre padre no pudo enseñarle las cosas elementales, ¿y qué te vas a esperar de Floricica? Me callo, crispada, para no ofrecer también yo un espectáculo.

—¡Así son las escritoras, cuando tienen un momento de inspiración, se les olvida

dónde están y con quién están hablando! Creo que ya sabíais que Letiția publicó una novela hace mucho, ¿no? No, yo no he llegado a leerla, ¡llevaba pañales, ja, ja!

¿Cómo se permite hablar de mí en ese tono condescendiente? ¡No sólo no se ha disculpado por su grosería anterior, sino que sigue ofendiéndome!

—Con estos abogados nuestros tan tardones, somos los últimos clientes— intenta arreglarlo Junior, tal vez se haya dado cuenta, viendo sus caras, de que ha estado fuera de lugar—. ¿Habíais estado antes en este restaurante? Yo vengo bastante a menudo, ¡no hay nada comparable cerca del Parlamento! ¡Sólo el Marriott! Pero ¿os habéis fijado en que también el dueño de esto es árabe? ¡Tal vez libanés, pero seguro que es musulmán! ¿Queréis una prueba? Echad un vistazo al menú y veréis que el cerdo brilla por su ausencia, ¡en nuestro país, donde el consumo de esa carne ocupa el primer puesto! ¡Vayas donde vayas, con el pretexto de que preparan comida saludable, encuentras comida religiosa, ja, ja! Os quedaríais asombradas si os leyera la lista de los mercados y los restaurantes que gestionan. Estamos hablando de árabes, ¿no? Tras el arresto de Hayssam, han desaparecido algunos de los sospechosos de haber financiado a terroristas, ¡pero quedan todavía bastantes!

¡A qué asunto ha recurrido para poder cambiar de tema! ¡Menos mal que la hora de *business lunch* ya ha terminado, el restaurante se ha vaciado y no hay camareros cerca!

—¿Cómo iba a comenzar el capitalismo rumano sino con los árabes del campus de Regie? Negocios con whisky, Kent, vaqueros, allí compré incluso yo, ¡fui su cliente, ja, ja!

¿Y qué hizo con los vaqueros que le envié yo? Cuando abandoné el país, mi padre se había recuperado tras el primer ataque, había tenido suerte de que fuera el lado derecho, pero le había quedado la boca un poco torcida y le costaba hablar. «Haces bien en marchar… también Petru… su programa…», balbuceó. Su ojo inmóvil lagrimeaba y, en un arrebato de sentimentalismo poco habitual en mí, apunté su dirección y le enviaba paquetes por Navidad y por Pascuas, al igual que a los Morar. Después del segundo ataque se quedó paralizado y no vivió mucho más.

—¿Quieres que te haga yo la lista de los restaurantes y los hoteles franceses que han caído en manos de los rusos?—le hace Manuela los coros—. Y ahora se cuelan, de puntillas, los chinos; han empezado con pequeñas panaderías-pastelerías, bistrots en la periferia y avanzan hacia el centro. Para cuando los franceses se den cuenta de que los han invadido, será ya demasiado tarde.

La conversación deriva hacia las «invasiones de los migrantes» y cómo será Europa cuando no estemos nosotros: un dueto femenino que alterna con la voz masculina.

Smaranda Todoran se vuelve hacia mí, ella ha escuchado en diversas ocasiones el apellido Branea, ¿no habría sido por casualidad ministro uno de mis tíos?

—¡Claro, Caius! El hermano mayor. No exactamente ministro, secretario de Estado del ministerio de Asuntos Exteriores—respondo, con un aire modesto.

Pero, de hecho, soy consciente de que su estatus me confiere otro aplomo

respecto a Manuela; como sucesora suya en la cama de Petru, siempre me he sentido como una Cenicienta. Sin embargo, mira, me ha tocado la varita mágica de Smaranda y me he transformado en princesa. Por eso continúo, relajada:

—Cuando era pequeña, confundía a los hermanos de mi padre, pero, de hecho, no se parecían nada. Para nosotros, sin embargo, las más interesantes son las propiedades de Caius.

Ella muestra una sonrisa forzada, tal vez haya visto el gesto exasperado de Junior.

—¿Fue detenido?—pregunta en tono cauto.

—Claro, como todos sus compañeros… como todos los miembros del gobierno—respondo orgullosa.

Los años de cárcel de algún familiar, que antes se ocultaban, se han convertido ahora en una ventaja. Los mundos al revés de los que habla Petru: lo que estaba mal está ahora bien y al revés.

—El gobierno de Antonescu, ¿no? ¿El juicio a los criminales de guerra?

De repente, la conversación se torna incómoda y miro desorientada los ojos azules, empequeñecidos por las bolsas de los ojos, de Smaranda, que me observan… ¿compasivos? ¿Inquisitivos? ¿Habré metido la pata por segunda vez? ¡Me imagino lo que saldrá por la boca de Junior cuando nos quedemos los dos solos! ¡Con su paranoia, me echará un rapapolvo por servir en bandeja las historias secretas de nuestra familia a un club de cotillas!

—Yo no lo conocí—reculo—. Y mi hermano todavía menos—intento disculparlo.

—No querría desilusionaros, pero tal vez estaría bien que analizarais el informe del juicio…

Qué más voy a analizar, me conozco el veredicto de memoria. Arrestado en septiembre del 44, Caius Branea fue condenado por «participar en la decisión de la guerra criminal contra la Unión Soviética, en el gobierno de traición nacional del mariscal Antonescu, a veinticinco años de cárcel, con la pérdida de sus derechos civiles e incautación de todos sus bienes».

Lo vi fotografiado, en su condición oficial de secretario de Estado, en la Biblioteca de la Academia, en el periódico *Adevărul* del año 1942. En el papel amarilleado costaba darse cuenta de lo guapo que había sido. El cabello ondulado, disciplinado por la brillantina, y la boca sensual se aprecian con más claridad en la fotografía del diploma de licenciatura: había estudiado Derecho en Bucarest y en París, en la Sorbona III. En su ficha de presidiario, los ojos se habían hundido en las órbitas, estaba calvo por el estrés, eso si es que no le habían arrancado el pelo en los interrogatorios, como solían hacer los inquisidores. Su esposa, Lizica, murió de tuberculosis en la prisión de Târgu Ocna, el 2 de abril de 1951, poco después de ser arrestada. Él, un antiguo deportista, consiguió salir vivo en 1964, cuando se abrieron las cárceles. El dosier de la CNSAS demuestra que lo vigilaban continuamente: incluía también una carta de mi padre en la que me invitaba al bautizo de su hijo y me anunciaba que le había llamado Caius Jr, en recuerdo de su hermano mayor. La fecha registrada de la muerte de mi tío

Caius era el 16 de enero de 1969, cuando lo encontraron muerto, solo, en su casa, no está claro después de cuántos días.

—Siento tener que ser yo la que os dé la mala noticia, pero, por lo que yo sé, los bienes de los criminales de guerra no se pueden recuperar. ¿No os lo ha dicho vuestro abogado?—susurra Smaranda.

Evito la mirada furiosa de Junior y procuro parecer segura de mí misma cuando abro la boca.

—Nuestro único problema es la villa de la calle Domniţa Ralu, no hemos encontrado sus escrituras a nombre de Caius Branea.

—Tal vez me meta donde no debo, pero me ha parecido adecuado avisaros, porque también nosotros pasamos por ello—continúa Smaranda, como si no me hubiera oído—. El abuelo de mi marido estaba en el mismo lote, Todoran, secretario de Estado del ministerio del Interior. Albergábamos la esperanza de recuperar su herencia, porque había sido verdaderamente rico. Pedimos reabrir el juicio de 1946, sólo para su caso, pero lo rechazaron. Quién sabe, tal vez en el caso de vuestro tío, que estaba en el ministerio de Exteriores, las cosas sean diferentes, pero no creo. Tal vez os lo pueda confirmar nuestro abogado, el señor Macovei, ¿habéis oído hablar de él?

—Sí, por supuesto… hemos trabajado con él…—balbuceo, mientras los gritos alegres de las señoras tapan mi voz:

—¡Mirad, hablando del rey de Roma, por la puerta asoma! ¡El señor abogado Macovei!

Y Junior, tan atónito como yo, se levanta para estrecharle la mano.

Envueltas en un aura de perfumes franceses mezclada con los aromas del restaurante, las tres se mostraban exultantes porque había llegado, por fin, su abogado. En cambio, el sudor que perlaba la frente de Junior y mi nariz brillante, que yo secaba abriendo y cerrando la polvera Lancôme, traicionaban nuestro estrés. Me atormentaba como un remordimiento imparable el recuerdo de mi parloteo penoso, pero incisivo. Por lo apurado que parecía Junior cuando se incorporó para estrechar la mano de Macovei, deduje que no le había anunciado que estaba *dismissed*. ¡De un momento a otro íbamos a encontrarnos en plena bigamia, con dos abogados, el antiguo y el nuevo, atacándose con los cuernos! Aunque estaba muy enfadada, me dio la risa al imaginarme la escena. ¡Que se las apañara con ellos mi hermano, que se daba aires de espabilado, pero no había sido capaz de darse cuenta, después de una hora de charla con Manuela y sus amigas, de que el abogado al que ellas estaban esperando era Macovei y de que su proceso judicial era parecido al nuestro! Si Smaranda Todoran hubiera conseguido reabrir el juicio en el caso del abuelo de su marido, habríamos contado con un precedente favorable; así, teníamos lo contrario.

Pero ¡tampoco Macovei, que besaba manos a diestra y siniestra, inclinándose ceremoniosamente, con su traje de lino *greige*, debía de sentirse cómodo! ¡Yo, a pesar de que había pedido que nos quedáramos con él, tenía bastantes cosas que reprocharle! Hice acopio de fuerzas, en un tono meloso, para no llegar a una discusión abierta en un espacio público:

—¡Cuánto me alegro de verlo, señor abogado! ¡Qué feliz coincidencia! ¡Pero menos feliz es el hecho de que acabemos de enterarnos de que no tiene sentido seguir peleando por la herencia del tío Caius, porque los bienes de los antiguos criminales no se pueden recuperar! Al parecer ya planteó ese asunto en los tribunales y fue rechazado. Así pues, ¿por qué no nos informó también a nosotros? ¡Llevo años viajando de París a Bucarest, he buscado en archivos, he recopilado documentos, he pagado notarios para nada!

Me enardecía a medida que hablaba, ¿por qué no le habría hecho caso a Petru? ¡Siempre que me decía que de Caius Branea no sacaríamos nada, me reía delante de sus narices!

Por el rabillo del ojo vi cómo entraba solemnemente el camarero con la cuenta y cómo desaparecía al instante, había comprendido de un solo vistazo lo que estaba sucediendo y cómo debía comportarse: algo que no había aprendido yo a lo largo de una vida mucho más larga.

Me esperaba que a Macovei no le gustara mi pregunta, pero me sorprendió la velocidad con que la sangre se le subió a los rasgos ya endurecidos, y así permaneció hasta que acabó su perorata, como en una sala de vistas. Y lamenté al instante la agresividad que me había llevado a invitar al escenario a este robot que se remontó a Adán y Eva para hablarnos de la legislación modificada en función de intereses y compensaciones ilegales de cada nuevo gobierno y nuevo alcalde, de una provisionalidad política que no permite ninguna certeza; en esa situación,

¿qué sentido habría tenido que él acabara con nuestra esperanza de heredar? Unos echan de menos a Ceauşescu, otros, a Antonescu, otros, a los dos, ¡si llega al poder el partido de los nostálgicos de la dictadura, es seguro que esos juicios se van a reabrir!

—¿Un dictador en una Rumanía miembro de la UE?—me eché a reír.

Pero él fingió no oír y siguió pasando revista a los miembros del gobierno de Antonescu, los que tenían descendientes y los que no, los que habían solicitado la repetición del juicio y los que se habían mantenido a la expectativa, como nosotros. Hablaba despacio, se volvía unas veces hacia Junior, otras hacia Smaranda, para ponerlos como testigos, yo sentía sueño de nuevo y bostezaba disimuladamente. Recordé que en el juicio por la herencia de mi padre fui directamente del aeropuerto a la sala del tribunal y, después de esperar largo rato nuestro turno ante la puerta, me quedé dormida y me desperté con la sentencia.

Cuando se calló un segundo, lo asaltaron las tres, ¡tome asiento, señor abogado, ya ve que la conversación se alarga, pida algo, siquiera algo de beber, un vino, un café!

—¡He almorzado en otro sitio, pero, si insisten, tomaré una Carlsberg!—concedió.

El camarero salió de debajo de la tierra, había visto y oído todo en una cámara de grabación de imágenes, de lo contrario no puedo explicarme su prontitud. Macovei retomó su *speech* y me di cuenta de que hasta entonces había planteado la introducción, ahora iba al grano.

—Cuando ustedes me abordaron con la herencia de su tío, yo ya había elevado la solicitud para volver a juzgar el proceso de Florin Todoran, secretario de Estado en el ministerio del Interior de ese mismo gobierno, el abuelo del marido de la señora Smaranda, aquí presente. Por eso consideré pertinente ver cómo transcurría el asunto antes de avanzar con nuestra demanda en un caso similar. Yo ya le había advertido de que había pocas posibilidades y lo mismo les habría dicho a ustedes en el caso de que decidiéramos llevar adelante la demanda. Aunque el proceso de la Gran Traición Nacional, en el que fueron condenados ambos secretarios de Estado, se desarrolló bajo la ocupación soviética—y de aquí partió mi alegato—, la sentencia en el caso Todoran fue, tal como había previsto, de rechazo a un nuevo juicio. Se nos comunicó hace unos pocos días y acordamos no presentar un recurso. Yo ya se lo había advertido, la familia Todoran asumió el riesgo, se hizo todo lo que se podía, ¡al menos ahora sabemos cuáles son los pasos del baile!

—¡Así que usted ya no baila!

Pero mi broma no tuvo eco, Smaranda sonreía levemente, las dos asentían con la mirada, aburridas, Junior buscaba, concentrado, algo en su iPhone X, y Macovei se dirigió directamente a mí:

—Usted viene de Francia, doña Letiţia, ¿ha oído que vayan a reabrir allí el juicio a Robert Brasillach? ¿O el de otros inculpados similares? La situación histórica es, ciertamente, distinta, pero desde el punto jurídico se trata de la misma causa. La atmósfera del final de la guerra, así veían las cosas los

vencedores, si hubieran ganado los otros, estará de acuerdo conmigo en que habría sido mucho peor.

Sonrió al ver la botella empañada de Carlsberg que el camarero servía con cuidado. Tomó unos sorbos silenciosos y se acomodó en la silla, había recuperado los gestos del antiguo procurador de provincias, convertido en líder sindical después de la supuesta revolución. Entretanto había echado mofletes, cogote, barriga y su buen vivir brillaba en su piel tersa. El trío de damas pidió un capuccino *decaf*, yo un *espresso* largo, Junior una segunda copa de vino blanco. Daniel no había respondido a mi SMS, había pasado una hora desde que debería haber aparecido el nuevo abogado, ni siquiera estaba al corriente de cómo se llamaba.

Sospechaba que Junior sabía muchas más cosas, pero, como de costumbre, a mí no me había dicho nada.

—Observé que, de toda la herencia de su tío, insistían en la villa de Domniţa Ralu y yo no quería desanimarlos antes de que fuera necesario—continuó, más relajado—. Ahora, sin embargo, puedo decirles que ni siquiera en el caso de que se reabriera su juicio, separado del de Alta Traición, y se obtuviera la casación de la primera sentencia a favor de otra sin confiscación de los bienes, recuperarían ustedes esa villa.

Su sonrisa satisfecha no se debía a su cerveza favorita, como había pensado yo, sino al hecho de que se disponía a comunicarme otro asunto desagradable: era su revancha por haberlo colocado en una situación embarazosa delante de sus clientas.

—Se va usted a convencer, doña Letiţia, de que acostumbro a hacer mis deberes, ¡aprobé todos mis exámenes, incluido el de licenciatura, con un diez! El último propietario legal del inmueble de la calle Domniţa Ralu sigue siendo Samuel Fischer, muerto en condiciones no esclarecidas, durante la rebelión legionaria de enero de 1941. He dicho no esclarecidas porque los que lo asesinaron no comparecieron ante la justicia. En los años en que su tío vivió en la villa en cuestión, estaba vigente la llamada ley de la «romanización», gracias a la cual se confiscaban los bienes de los judíos. ¡No existe ninguna escritura a nombre de Caius Branea, la están buscando en vano, se le ofreció esa villa oficial para su mandato de secretario de Estado, tal como se les alquilan a nuestros dignatarios villas oficiales a través del RAPSS! Pero incluso aunque la hubiera adquirido, ustedes no pueden heredarla, pues fue confiscada en conformidad con la sentencia del Proceso de Alta Traición y entregada al Estado. Por eso han pasado por ella un sinfín de instituciones.

No tenía fuerzas para preguntarle nada más. El palacio en ruinas de Domniţa Ralu se había disipado, en un instante, como el humo, junto con toda la herencia de Caius. ¡Un verdadero desastre, cuantificable en tiempo, ilusiones y dinero!

—Letiţia y Caius no pueden reivindicarla, porque no disponen de las escrituras correspondientes. Pero ¿los descendientes de Samuel Fischer?—intervino Manuela, una señora de mundo que sabe mantener una conversación elegante.

—¡Claro que los descendientes de Fischer pueden hacerlo! Ha habido incluso

varias tentativas en este sentido, es una larga historia.

Macovei había apurado la botella de Carslberg y, tras un gesto discreto de Smaranda, el camarero apareció con otra. Debía de tener otros bienes además de los del abuelo, porque asumió el pago de todas las consumiciones, incluida la mía y la de Junior. Protestamos con la boca pequeña.

—Tras el episodio de la rebelión legionaria, una parte de la familia Fischer emigró a Francia…

—¿Seguía Francia aceptando judíos incluso durante la ocupación alemana?

¡Otra vez Manuela, que no pierde la ocasión de destacar! Por eso Petru no ha superado sus complejos respecto a ella. ¿O su antiguo amor? A veces me pregunto si no se marchó de Rumanía por ese motivo y si por eso quiso que nos mudáramos a Francia, aunque no la veamos. Tal vez existan personas que quedan grabadas en tu mente y amores cuyo recuerdo no desaparece, tal como fue el mío por Sorin. Otras veces esas ideas me parecen simples tonterías.

—Es posible que emigraran antes—acepta, irritado, el abogado—. Por desgracia, los denunciaron sus vecinos y fueron deportados a Auschwitz. Sobrevivió tan sólo la rama de la familia de Rumanía, que, en un determinado momento, marchó a Israel, donde murieron todos, eran gente mayor. El único que se quedó aquí, Harry Fischer, era director-de-no-sé-qué, se lo puedo decir si consulto mis papeles. Había todavía disputas políticas en la legislación de las propiedades nacionalizadas cuando él falleció en circunstancias poco claras: un altercado en un transporte público, afirma el informe de la policía, caso cerrado. Queda todavía un sobrino, por parte de un primo, nacido en Israel, con estudios en Estados Unidos, en el MIT, no sé quién me recomendó ante él, tal vez vio en internet que yo trabajaba directamente con los herederos, no con los chacales que compran derechos litigiosos. Nos escribimos durante una temporada, tenía la intención de visitar Rumanía para conocer las raíces de su familia y los bienes de su bisabuelo, de los cuales la villa es una pequeña parte. El último mensaje que recibí de él es de abril del 2001, desde entonces, nada. Como trabajaba en el World Trade Center, deduje que tal vez falleció el 11 de septiembre.

—¡La historia de esa villa es fabulosa! Una verdadera novela, ¿qué opinas, Letiția? —gorjeó Manuela, mirándome con complicidad.

Luego se excusó por ausentarse unos minutos y, por cómo se incorporó, intentando disimular, sonriente, su agarrotamiento, detecté, con una leve satisfacción, su dolor lumbar. Junior apagó su iPhone y fue tras ella. No tuve tiempo de hacer el chiste fácil de que habían quedado en el baño, Macovei retomó su larga historia, verdaderamente larga:

—Sabrá probablemente, doña Letiția, que Alexandru Ioan Cuza construyó para Maria Obrenovich el palacio que les interesa. Entretanto apareció otro aspirante, Dimitrie Ionaş, que afirma ser su descendiente, ¡ja, ja! Insistió en que asumiera yo su causa, pero lo rechacé porque no me convenció. Los dos hijos de Cuza con Maria Obrenovich, adoptados por la generosa señora Elena, que no podía tener hijos, no vivieron demasiado. El señor Ionaş afirma ser bisnieto de Dimitrie, el que se suicidó porque la señora Elena despidió a la criada con la que él mantenía

una relación. Al parecer la criada estaba embarazada y murió al dar a luz a una niña, su bisabuela. El señor Ionaş fue profesor de Historia en un instituto de Berceni. Cuando se jubiló, tenía tiempo para investigar los periódicos de esa época, reivindicó su ilustre genealogía y, en consecuencia, su herencia por la línea materna. Sólo que los documentos no confirman la paternidad de Dimitrie Cuza. ¿Quién va a exhumarlo en el complejo de Ruginoasa para comparar su ADN con el del señor Ionaş? ¡Podría demostrar su sangre azul, por decirlo así, sólo si los de Ruginoasa consiguen trasladar allí los restos de Cuza desde la iglesia Trei Ierarhi de Iaşi y, aprovechando la ocasión, comparan sus ADN! Como les he dicho, la provisionalidad de este país no permite ninguna certidumbre—rio el abogado Macovei.

Sentí un leve escalofrío, será el aire acondicionado, pensé. Al comprender mi mirada, el camarero ubicuo pulsó el mando a distancia y abrió varias ventanas, me aseguró que llegaría brisa suficiente de los viejos árboles de la calle y del parque cercano. ¿Quién habría restaurado en plena Sécession el palacio de Maria Obrenovich? Veía de nuevo la villa ennegrecida, habitada por arañas y murciélagos, los balcones, en otra época arqueados, devorados por las lluvias y las nieves, las serpientes de hierro y otros adornos, oxidados, las guirnaldas de rosas estaban melladas y crecían hojas alrededor de las ventanas de órbitas vacías, unos pétalos ondulados rodeaban, como girasoles, los bajorrelieves de rostros humanos, los añicos azules de las vidrieras brillaban junto a unos cardos tan altos como yo, las bolsas de plástico, los cadáveres y las basuras arrojadas desde la calle. Unas horas antes, cuando examinaba el palacio en ruinas, no conocía aún las historias de la gente que había vivido allí y había acabado mal. Su pasado era tan sombrío como los muros oscuros, agujereados por las hierbas silvestres, como si una maldición flotara sobre él. Y, como un pájaro de mal agüero, oía la voz de Petru:

—¡Incluso aunque no saques un céntimo de esas herencias, encontrarás otros pretextos para volver! Una editorial para un libro que no le interesa a nadie, un niño adoptado que no podemos criar por falta de tiempo, ridículas acciones caritativas en fundaciones de tres al cuarto, ¡tonterías y más tonterías! ¡Insistes en llevarme a mí también, pero no conseguirás arrastrarme ni en silla de ruedas!

No ha creído nunca que me esfuerzo por desprenderme de Rumanía, tal como hizo él.

El silbido de un SMS me hace hurgar, desesperada, en el bolso de Louis Vuitton, para buscar mi viejo Samsung: tropiezo con la polvera, el *portefeuille*, las llaves, ¡rápido, que Daniel me ha encontrado un editor! ¡He perdido la maldita villa, pero al menos publicaré mi novela y recuperaré mi historia de amor con Sorin! «Sorry, lety, ed grandes en la bookfest, ed pequeñas interesadas en jóvenes & poesía, mañana un research más amplio, *keep in touch*, DANIEL».

Yo estaba rabiosa, arrugaba una servilleta en el regazo para calmar mis nervios: ¡mientras pactaba con nosotros, el robot de Macovei había hecho dobles y triples juegos, negociando con otros «pretendientes» nuestra presunta herencia! La penetrante sirena de un vehículo del SMURD se coló por las ventanas abiertas y tuve que esperar a que se alejara para abrir la boca. Siempre que la escucho, me

parece no tanto una señal para los coches, cuanto un violento *memento mori* para la gente indiferente, atrapada en sus alegrías y tristezas cotidianas: ¡alguien está agonizando dentro de la ambulancia, pero pronto os llegará el turno!

—Vuelvo a mi pregunta, señor abogado. ¿No habría sido más lógico, cuando tuvo conocimiento de la sentencia del proceso del señor Todoran, que disipara usted nuestras ilusiones respecto a la herencia del tío Caius?

La voz aguda traicionaba mi irritación, en la que, de todas formas, no sabía cuánto contaba la deslealtad de Macovei y cuánto el sofoco de un día lleno de fiascos.

—¡Por supuesto, y eso es lo que hice! Hablé largo y tendido anteayer con el señor Caius el Joven, como le llamo yo. Deduzco que no ha tenido tiempo de informarla. ¡Tal vez haya preferido concederle un poco más de tiempo para que siga soñando con el palacio del señor Ionaş!—se rio delante de mis narices.

¡Su descaro no conocía límites y yo, de hecho, no pude replicar! Saltó en mi ayuda Smaranda, con su sonrisa inteligente y su voz arrastrada:

—¡Errores de comunicación… *Malentendu*! Sucede en todas las familias…

Me dieron ganas de lanzarme a sus brazos rollizos, maternales, con aroma de *J'adore*, para huir de las malas noticias y de la venganza del abogado. ¡«*Overreaction*», habría dicho Daniel, otro arrogante!

—¡Lo conseguiremos, Lety! ¡Lo solventaremos!—Y sólo en el último momento se da cuenta de que he venido durante la Feria del Libro, ¡el peor momento para encontrar un editor!

Pero lo que me había sacado verdaderamente de mis casillas era la felonía de Junior, que actuaba a mis espaldas. De lo contrario, ¿por qué me habría ocultado que había hablado con el megalómano de Macovei? ¿O había dejado caer algo? Tal vez, tal vez, en la llamada de la tarde anterior:

—Déjalo, Letiția, ya hablaremos del juicio cuando nos veamos en el restaurante. ¡Es el sitio del *lunch* de la gente del mundo de la política, del *business*, tienes que ponerte al día! No, es imposible que los conozcas, al comienzo de los años noventa, cuando solías ir tú, no había locales de ésos.

Sí, había dejado caer una alusión, pero ¿qué podría haber entendido yo? Cuando llegué al restaurante, lo encontré plantado en la mesa de las tres *seniors* y no pude intercambiar dos palabras con él. ¿Por qué había concertado que nos encontráramos con el nuevo abogado en un restaurante pretencioso, y no en la oficina del bufete, como hacía Macovei? ¿Tenía que pagar yo la consumición? ¡Me exaspera el «tributo» que satisfago en cada visita, detalles pagados a diestra y siniestra con mi dinero ganado en la clínica! Se me pasó por la cabeza que, después de pagar la cuenta, Junior me pediría mil o dos mil euros por los rastreos en los archivos. Es natural sentirme recelosa si no me encuentro *face à face* con la gente con la que trabajo, tal vez él no se rasque el bolsillo y sólo apechugue yo. Aquí nunca sabes quién mueve tus hilos, ¡tiene razón Petru!

Siempre que vuelvo a casa y repaso los gastos, me reprocho no ser capaz de resolver de una vez por todas lo de las herencias para no tener que volver a pisar Rumanía. ¿Por qué pierdo tiempo y dinero viniendo aquí, cuando me quedan

tantos sitios en el mundo por visitar? ¡Y tan pocos años en los que estaré todavía lozana! ¿Por qué no habla Junior por teléfono sin tapujos? ¡Punto y final a la herencia de Caius, Letiția, veamos qué más podemos hacer! ¿Teme que quién-sabe-quién lo escuche y piense que es el sobrino de un miembro del gobierno de Antonescu? ¡Si quiere la herencia, tiene que asumir también a Caius, tienen el mismo ADN! ¡Si es que lo tienen!

Sultana, que no lo traga porque ha migrado de un partido a otro, como es habitual aquí, empezó otra vez ayer:

—¡Caius Jr. no puede parecerse a ti, Letiția, porque es menos hermano tuyo que mis hermanastros!

Me recordó el artículo de los años noventa, de *România liberă*, en el que se revelaban varios asuntos: junto a la corrupción o la Securitate, o ambas, se mencionaba también un juicio por paternidad relacionado con un hijo nacido fuera del matrimonio, ni más ni menos que Caius Branea Jr. No me podía creer entonces que la viuda de mi padre se hubiera ocupado de algo así, sobre todo porque Junior estaba ya en la universidad, un mocetón hecho y derecho.

La casualidad hizo que yo conociera a ese ministro: antes de 1990 había sido director de hospital, un hombre macizo, con un perfil de senador romano y cabello gris, yo esperaba que operara a mi madre, pero analizó la radiografía y se negó. Veo todavía su rostro carnoso y sus manos grandes que nos arrojaron, despectivas, el sobre de dinero, la pancreatitis estaba muy avanzada, ¿por qué la hemos traído tan tarde? ¡Él no opera casos perdidos! En el pasillo, con la cabeza gacha, mi padre me había susurrado que era un cirujano muy bueno, con respaldo político y un gran mujeriego, no habríamos conseguido llegar hasta él sin la ayuda de la asistente de la ambulancia. ¡Que no era otra que Floarea Moț, su futura esposa! No sé si le pidió una prueba de paternidad, tampoco si concibió a Junior con mi padre o con el director del hospital donde trabajaba. Era todavía ministro cuando un infarto se lo llevó por delante. Llegaron las elecciones, cambió el gobierno, se aprobaron las leyes de la propiedad, tal vez Floricica se olió que incluía también lo de las herencias y prefirió que Junior se quedara en la familia Branea. A menos que todo fuera una manipulación de la prensa.

Petru me reprendió cuando le conté la versión de Sultana:

—¡En cuanto llegas a Bucarest, te contaminas con los cotilleos que circulan por allí! ¡Y de nuevo los enredos de tu familia, de la que no nos libramos! Un hombre de sesenta años, destrozado por la cárcel, como era mi pobre suegro, pudo haber asumido la paternidad de un niño y asegurarse así un hogar nuevo junto a una mujer joven, llena de vida y atractiva. ¡Así era Floricica, no como la veías tú! Tampoco excluyo que Junior sea su hijo, pero ¿qué os importa eso a ti y a Sultana? ¡Tiene los mismos derechos a la herencia tanto si es un hijo biológico como si es adoptado!

Se había enfadado, como siempre que cruzamos la línea roja y llegamos a nuestro tema sensible: los niños nacidos después del *Decreto*.

—Siento haberles comunicado la mala noticia de la villa precisamente cuando han conseguido eliminar el obstáculo principal…

Macovei había cambiado el tono: ya no sonaba irónico, tampoco agresivo.

—¿El obstáculo principal…?

No me atreví a preguntar nada más, no fuera a aflorar de nuevo que Junior jugaba sus bazas y que yo no estaba al corriente.

—¡Me refería al primo Rafael! ¡Sin él, vivo o muerto, no podíamos dar ningún paso, ya se lo había advertido! Y por ese motivo, como bien saben, hemos aplazado iniciar el proceso. Pero ahora, gracias a Dios, lo hemos encontrado, si es que podemos decir algo así…

—¡Podemos, podemos decirlo!—corroboró Junior.

Estaba de pie, a mis espaldas. Atrapada en el intercambio de réplicas envenenadas con el abogado, no me había dado cuenta de que había regresado del baño o de llamar por teléfono. Macovei había cambiado de tono porque lo consideraba a él su cliente principal. ¡A sus ojos soy «la vieja de la diáspora» que no entiende nada de lo que sucede en este país! ¡La misoginia rumana! Y su desprecio por los viejos, que ocultan ahora bajo otras palabras, ¡ya no les llaman «viejos» o «vejestorios», sino «seniors», y a las viejas igual! ¡Pero también las nuevas palabras las pronuncian con una sonrisa irónica, como si ellos no fueran a llegar a esa edad antes incluso de lo que creen!

—¡Sea como sea, han resuelto el problema del primo inglés! ¡Por lo demás, tampoco me sorprendió cuando me lo comunicó su hermano! Con la edad que debería tener Rafael Branea, había pocas probabilidades de que estuviera vivo—repitió Macovei.

—¿Has encontrado a Rafael? ¿Muerto? ¿Vivo?—le pregunto en susurros a Junior y él sólo asiente, sonriéndole a Macovei, y a mí me aprieta la mano con fuerza, ¡cállate de una puta vez, Letiția!

Su rostro pálido parece estar formado por dos piezas que no encajan, la boca se extiende, amplia, en una sonrisa, pero en sus ojos se refleja una mirada intranquila. A través del cristal veo que el cielo se ha vuelto blanco, unas nubes inyectadas con un gris desvaído han engullido el azul de antes.

—¡Pero para ustedes no se ha cerrado el capítulo de las herencias, al contrario, acaba de empezar! ¡Mejor dicho, continúa!—sigue también Macovei, cada vez más amable—. Con el padre ya hemos acabado, hemos recuperado el terreno y el bosque de Izvoarele, ¡que lo disfruten con salud! Respecto a Caius, la situación ya está aclarada, ¡que descanse en paz allá donde esté! Pero recuerden que ya les comenté que deberíamos echar un vistazo a los bienes del hermano mediano, Traian. Aquí nadie podrá ponerles ninguna objeción, él estuvo de parte de los Aliados, trabajó con los ingleses, los comunistas lo mataron en un interrogatorio, ¡podemos calificarlo de héroe! A él le corresponde, como les dije, la finca de Leordeni, pero hay que abrir un proceso para sacarlo del indiviso del hermano mayor, no es algo complicado, sólo que llevará su tiempo. Quedaría también la casa de Câmpina, si es que está todavía en pie. Decían que tenía una valiosa colección de cuadros, habrá que ver dónde han acabado. Si no encuentran el inventario realizado en el momento de la incautación, no tendrá valor lo que presenten en la instancia. Y tienen que asegurarse de que no llegó a casarse con la

señora de la Legación Estadounidense, porque entonces comenzaría la misma historia que con Rafael…

También a mí se me había pasado por la cabeza que investigáramos dónde podía estar la colección de Traian, ¡no había esperado a que Macovei me diera la idea! Cuando me pimplé con Biță, en Freiburg, me habló en un determinado momento de los amigos pintores de Traian:

—Victor Brauner, Segal y otros de su nivel—me guiñó el ojo—, ¡naturalmente, se hicieron famosos después de emigrar! Sobre todo, en Estados Unidos. ¡En esos cuadros gastó su dinero Traian, pero a saber en qué manos habrán acabado!

El desprecio y la envidia brillaban por turnos en sus ojos congestionados. Habría debido preguntarle por ellos, pero no pensaba que volvería a pisar Rumanía, y en las herencias pensaba todavía menos. Parece, ciertamente, más provechosa la herencia del tío Traian.

¡Si la villa de Domnița Ralu hubiera acabado en nuestras manos, habríamos tenido que gastar mucho dinero para renovarla, como hizo Anca Scarlat con la casa Mironescu! Pero Junior es un tacaño y tampoco yo habría invertido en ella los ahorros para mi vejez. La habríamos puesto a la venta y Junior habría negociado a muerte el terreno ultra central con algún chacal inmobiliario.

La parte de Câmpina y Leordeni que le corresponde a Traian no es moco de pavo, pero los cuadros podrían reportarnos mucho más. Han salido hace demasiado poco de las casas de los antiguos dignatarios comunistas como para haber llegado a los grandes coleccionistas de «fuera». Debemos buscarlos en las licitaciones de Artmark, en museos o en las galerías que se abren *pour les nouveaux riches*. ¡Después de comprar coches de doscientos mil euros, propiedades en la Costa Azul y en las estaciones de esquí suizas y de inflar sus cuentas en los paraísos fiscales, descubren las ventajas de invertir en arte!

Pero antes deberíamos saber qué contenía la colección de mi tío Traian, y eso sólo Anny Trout, su prometida, podría decírnoslo. Si está todavía en esa residencia de Saint-Malo, donde la encontró Petru, debe de ser ya un vegetal. Casualmente, el último programa de Petru en la emisora estadounidense estuvo dedicado al año 1946 y por eso fue en busca de testigos de esa época, entre los cuales estaba también Anny Trout. Sobre sus años de presidio no quiso contar nada, o bien no se acordaba. Petru volvió a casa impresionado, decía que lo miraba con sus enormes ojos azules, tiernos, y que aprobaba todo lo que él decía, así que no se dio cuenta de que el Alzheimer se había instalado ya en su mente hasta que ella le susurró que le comprase dos billetes de tren para ir a Bucarest.

Seguramente habrá partido entretanto a encontrarse con Traian en un mundo mejor. Habían planeado casarse y huir de Rumanía, pero no lo consiguieron. Fueron arrestados tras el discurso de Churchill en la Universidad de Westminster, en Missouri, que anunciaba al mundo que «un telón de acero» había caído sobre las famosas capitales de Europa Central y Oriental, entre ellas Bucarest, como si no hubiera sido él, junto con Stalin y Roosevelt, el que había fijado en Teherán y Yalta, sobre unas servilletas, los porcentajes de las zonas de influencia.

Nosotros apenas habíamos empezado a hablar de las herencias, pero Petru tuvo

la precaución de interesarse por el estado civil de Anny: en su documentación figuraba como *single*, no *widow*. Quedaba claro que no tenía derecho a la herencia de Branea, pero no estaba claro si se acordaba de su prometido rumano.

Traian falleció antes del proceso a los funcionarios de las embajadas occidentales, fue seguramente torturado para convertirlo en testigo de la acusación; pero incluso sin su testimonio, las condenas a los espías angloamericanos estaban ya decididas.

Protegida por su pasaporte británico, Anny Trout fue liberada, tras unos años de cárcel, seguramente a raíz de unas negociaciones secretas con los rusos. Llevaba muchos años instalada en Francia, precisamente en Saint-Malo, en una residencia cara para ancianos solos, por la que había cotizado con anterioridad.

Sean las que sean, las propiedades de Traian Branea nos corresponden a nosotros y a ese primo desconocido, Rafael, con el que hemos tropezado una y otra vez: menos mal que Junior lo ha encontrado.

—¡Ciertamente, ha hecho usted los deberes con la familia Branea! Este juicio será mucho más sencillo—comenta apaciguadora Smaranda.

Y, para mi sorpresa, Junior se apresura a apoyarla:

—Sí, con el señor abogado Macovei vamos sobre seguro, como fuimos con la herencia de nuestro padre, quién podría dominar mejor que él el plano de las propiedades de la familia Branea y conocer todas las soluciones legales, bla, bla, bla.

Pero con el nuevo abogado, ese «curtido en todas las batallas», ¿cómo queda la cosa?, tenía yo en la punta de la lengua. ¿Ha decidido renunciar a él sólo porque en el primer encuentro conmigo le ha dado plantón? ¿Se ha dado cuenta de que es mejor seguir con Macovei, porque al menos sabemos a qué atenernos?

Pero Macovei nos guarda otra sorpresa, espero que sea la última. De pie, pronuncia un brindis de verdad, con el vaso en la mano, como debió de ver en los seriales estadounidenses *Dallas* y *Hombre rico, hombre pobre*, en los últimos años del comunismo: sólo que toma cerveza, no champán. Es verdaderamente un acontecimiento feliz que nos veamos todos, sonríe con su deslumbrante dentadura de porcelana, él tenía planeado este encuentro, no exactamente con este formato ampliado, pero nos ha reunido la causalidad y entonces le gustaría, de hecho, debería, anunciarnos un cambio fundamental en su vida: ¡va a tener que dejar, quién sabe por cuánto tiempo, el ejercicio de la abogacía!

Espera a que se ahoguen nuestras protestas, las de las señoras, más vehementes, las nuestras, más balbuceadas, para explicarnos radiante que le han propuesto un puesto que no puede rechazar: ¡Defensor del Pueblo! Ahora, cuando Europa nos presiona para que reabramos el proceso a la Revolución y la mineriada…

—¿En serio que se van a reabrir los procesos? ¿Por enésima vez?—me apresuro a decir.

¡Soy absolutamente incrédula respecto a que se llegue a dictar sentencia algún día! ¡Pero, incluso aunque se abran por enésima vez y convoquen a los testigos y se cierren de nuevo para que los reabran los nietos de Daniel y de Alina, ya sería algo! Significaría que por la tarde no regresaré a la Alameda de los Tilos con las

manos vacías, sino con la noticia que mis pobres Morar esperan desde hacen treinta años. Esta esperanza los animará en los años que les quedan todavía por delante.

El hablante intenta esconder su irritación por haberlo interrumpido de nuevo, ¡si yo hubiera seguido con atención los acontecimientos de Rumanía, habría visto que los dosieres, aunque estén incompletos, han llegado al Tribunal Europeo de Derechos Humanos, donde las cosas se solucionan, no como aquí! Él no se arrogaba mérito alguno, sin embargo, echó una mano para que los sacaran de donde se encontraban cerrados bajo llave y los enviaran, ¡menuda pelea! Entretanto han muerto algunos de los culpables, otros se han jubilado, ¡al cabo de treinta años, sin embargo, podemos hablar de una victoria! ¡Y en este contexto le ofrecen ahora el merecidísimo puesto de Defensor del Pueblo!

Aplausos, gritos, Junior se apresura a felicitarlo, las señoras siguen su ejemplo, a Macovei se le llenan los ojos de lágrimas; ha deseado tanto ese puesto que ignora mis maldades, nos damos tres besos, a la francesa, ¡le habría gustado seguir ayudándonos con los juicios, pero estos años han sido difíciles y el contexto político, como siempre en Rumanía, en todo caso ha sido un placer trabajar juntos, bla, bla, bla!

Mientras sigue observándolo con envidia, Junior me arrastra hasta nuestra mesa, que lleva dos horas vacía, en el restaurante desierto, y me susurra en un aparte:

—Ha cambiado de chaqueta política, ¡pero con qué salario, qué limusina, qué estatuto especial! ¡Merece la pena!

Y a continuación, con su increíble descaro, me ataca:

—¿Cómo se te ha ocurrido acaparar la discusión con nuestras historias de familia? ¡Nadie más podía meter baza! ¡Vosotros, los que estáis en el extranjero, vivís sin hablar, pero cuando pasáis de una determinada edad y venís aquí, no podéis parar! ¿Cómo que no? Si trabajas en una clínica, tal vez no estaría de más que te hicieras unas pruebas, ¿no tendrás un comienzo de Alzheimer?

Me ahoga la rabia, ¿cuántos disparates me quedan todavía por tragar hoy? ¿Y qué pasa con estos misterios de tres al cuarto?

—¿Sabes qué? ¡Hasta aquí hemos llegado! ¿Es que no tienes una pizca de vergüenza?

Él intenta hacerlo pasar por una broma, como cuando ha estirado la pierna debajo de la mesa para indicarme que me callara, pero se ha topado con la pierna de Manuela que, después de eso, no paraba de mirarlo, ¿cuántos años tiene? ¡Muchos más que tú, Letiția, por Dios! No ha respondido a mis preguntas, pero se ha tranquilizado, nunca he podido tomármelo en serio, unas veces te amenaza, otras, se convierte en un corderito. Ha retomado su tema preferido, ¡lo ligón que es! En sus historias abundan las mujeres, deja caer nombres y más nombres y, a continuación, su grito de victoria, ¡me la he tirado!, que a mí me parece que suena raro con esa voz rota, de gallo afónico. Ha adelgazado, su traje de Armani le viene grande, no lo ha llevado a estrechar y tampoco ha renunciado a ponérselo. Yo también me he arrepentido en un determinado momento por no haber cerrado la boca, ¡pero no pienso reconocerlo delante de él!

—¡Si no hubiera dicho lo que he dicho no me habría enterado de lo del juicio del abuelo del marido de Smaranda y de que no hay nada que hacer con la herencia de Caius! ¿Tú por qué te has acercado a esa mesa y te has quedado clavado a ella?

No tiene sentido contar sus desplantes, tampoco levantarme y marcharme orgullosa. Albergo esperanzas en sus relaciones políticas, porque he comprendido lo de las leyes de la propiedad y las restituciones, quien se planta el primero se lleva el dinero, las acciones, lo que sea, quien espera obediente su turno se queda a dos velas. Y ahora, cuando Macovei ha mostrado lo obsesionado que estaba por llegar a ser el Defensor del Pueblo, entiendo también por qué se muestra tan atento con Junior: necesita su voto en el parlamento y se hace ilusiones, en mi opinión infundadas, de que formará un lobby a su favor entre sus colegas.

Susurramos los dos, Junior ha sacado su iPhone y habla con los ojos clavados en él, pierde el hilo, lo recupera, evidentemente su atención se encuentra en otra parte:

—… quería, Letiția, estar al corriente de las novedades referidas a las filiales de las devoluciones… es cierto que no he descubierto…

Miro por la ventana, un cielo como el humo, la mitad es un ceniciento espumoso, la otra mitad, un gris lleno de luz. Brotes nudosos de árboles viejos con las hojas orladas de óxido dorado. Unos chavales con patines vuelan delante de la ventana, una pareja de adolescentes, ella con unos pantalones cortos minúsculos, él con bermudas, una abuela de cabello corto, con grandes gafas de sol, empuja, llena de orgullo, el cochecito. Este barrio privilegiado, en otra época cerrado y con unos soldados malcarados en cada esquina de la calle, es de quien ha sabido hacerse rápidamente con un trozo del mismo.

—¡Dime de una vez por todas qué pasa con Rafael!—pierdo la paciencia mientras él busca malhumorado algo en el iPhone—. ¿Lo has encontrado de verdad?

—¡Lo encontró el abogado! ¡Macovei no, el otro! ¡Está en contacto con el ayuntamiento de Londres, Rafael falleció hace dos años!

—¡Ésa sí que es una buena noticia, que Dios me perdone! Pero ¿con el otro abogado qué pasa? ¿Te ha dado siquiera alguna señal de vida?

—Me ha enviado un SMS—dice, sin levantar los ojos—. Espera librarse cuanto antes, pero la cosa se ha prolongado… Está en la DNA, como testigo. ¡Testigo, sólo eso!—grita, furioso de repente, y le hace una señal al camarero para que traiga de nuevo los menús.

—¿Qué hora de almorzar es ésta? ¡Yo no puedo comer nada más, sólo un helado!—protesto.

Pero, cuando me dice que tiene la glucosa alta y debe almorzar a una hora determinada, lo miro con atención, tiene una palidez extraña y unas pesadas bolsas bajo los ojos.

Mira sin apetito el bol de ensalada.

—Hace tiempo que me olía que Macovei quería entrar en la política. ¡Husmeaba por todas partes y me tiraba de la lengua para que le dijera con quién había que hablar y a quién había que pagar para conseguir un puesto…!

La mímica despectiva de un hombre cínico, omnisciente. Pero el menú de diabético revela a una persona estresada. Por primera vez se me pasa por la cabeza que no le ha resultado fácil apañárselas con sus colegas de la Casa de Ceauşescu, convertida en Parlamento: antiguos secretarios de partido y securistas regionales que, después de 1990, por arte de birlibirloque, se transformaron en todopoderosos barones de provincia, en conformidad con el feudalismo instalado en la memoria de la tierra.

—¿Acaso no husmeaste tú después de la caída de los del Partido Campesino? ¡Y eso que, a diferencia de Macovei, no tenías gran cosa que ofrecer!

Era el estilo de Dorina, no el mío, soltar «verdades» a la cara de la gente. Pero hago un esfuerzo por pagarle con la misma moneda sus impertinencias de hoy.

—¡Ésa sí que es buena! ¿Y qué crees que ofrece él? ¡Caen del cielo jurisconsultos de tres al cuarto, doctores en Derecho de universidades privadas que pasan por delante de sus narices porque tienen padrinos entre los jefazos! ¿A quién le impresionan sus notas y el hecho de que después de la revolución se reciclara en el Foro Cívico? Si es listo, olvidará ese episodio, porque nadie traga hoy a tus amigos, a los Morar, que se apresuraron en los noventa a dar lecciones de democracia, hoy viven de unas pensiones miserables, ¡y los listillos a los que señalaban con el dedo en otra época han echado el guante a millones de euros!

Toquetea de nuevo el teléfono. Es un manojo de nervios, ha vomitado todo lo que tenía en el buche, como diría Tincuța. En otros tiempos era servil con los Morar, ellos lo pusieron en contacto conmigo y, cuando venía yo, le caía alguna cena, un regalo, un dinerillo para que se tomara un café en una terraza. Aurelian intentó meterlo en el Foro, pero se notaba a distancia que no era lo suyo, ni comparar con Daniel, que organizaba pegadas de carteles, enviaba comunicados de prensa, se llevaba de maravilla con «nuestros periodistas» e ideaba estrategias de campaña. Después de que Petru lo presentara con toda la pompa como descendiente de los hermanos Branea y los del Partido Campesino lo metieran en el parlamento—a punto estuvo de conseguir un ministerio—, la relación de mi Junior con los Morar se enfrió. Ya no le sirven: son unos testigos incómodos que le recuerdan la época de cuando era un larguirucho inexperto.

Pero también ellos saben lo que puede dar de sí.

—Tu hermano no destaca precisamente por su buena educación, si es que es tu hermano de verdad—farfulla Sultana.

No se soportan, aunque procedan de la oposición de los años noventa, o precisamente por eso. Ella lo ve sólo como un oportunista, él los califica de «talibanes», el término de un periodista agresivo y popular reservado a los de la oposición pura y dura.

No me he metido en su disputa.

Sultana cambió de repente cuando descubrió los suplicios que sufrió su verdadero padre, cómo lo perseguían los guardias por los pasillos de la cárcel, golpeándolo con palos hasta que caía al suelo y lo arrojaban desmayado, lleno de sangre, a la celda. Yo habría debido tener mucho más tacto, estar más atenta a sus obsesiones políticas, sabía que Claudia había decretado que yo estaba a favor de Iliescu.

Por desgracia, la traición de Sorin y las mezquindades de la *devota* Dorina no me habían enseñado nada: la vida de los demás se deslizaba a mi lado sin que yo reparara en ella y, sobre mis conocidos, conservaba siempre la misma imagen fija y simplificada. Aurélie tiene razón cuando afirma que mi relación con Petru ha resistido tantas pruebas porque cada uno de nosotros tiene su propia dosis de autismo.

Cuando Sultana cumplió cincuenta años, nuestra amistad de más de tres décadas estuvo a punto de romperse por una tontería ridícula. Vine expresamente la víspera de su aniversario y en la *duty free* de Múnich le compré, de oferta, un *L'Air du Temps*. Ese perfume me llena siempre de una melancolía infinita, era el regalo de Sorin en cada uno de mis cumpleaños. Estaba pasado de moda, pero confiaba en que a Sultana le recordara nuestra juventud. Sabía desde los años de la residencia de estudiantes que le gustaban las flores y recorrí la zona de la plaza Amzei y la plaza Romana hasta encontrar unas rosas rojas como Dios manda. Las flores de Holanda, que han expulsado del mercado a las pobres flores rumanas, eran caras y poco habituales entonces. Al principio no me alarmé cuando vi que lanzaba mis rosas, con *L'Air du Temps* y todo, sobre la mesa de la cocina, llena de bandejas de bocadillos, rabos de pimientos y trapos de cocina; deduje que estaba furiosa por cumplir medio siglo. Pero, antes de sentarnos a la mesa, acalorada por los sofocos, me susurró que podría haber intentado, siquiera en una ocasión semejante, no provocarla. O no desafiarla. O no reabrir sus heridas. O alguna otra frase de ésas, patética y estúpida.

—¡Las rosas rojas son el símbolo electoral del partido de Iliescu! ¡Para nosotros significan la revolución robada! ¡La mineriada de 1990!—me explicó Daniel después de que Sultana se disculpara, ofendida, y saliera de la cocina—. ¡Vamos, Letiția, procura entender también tú cómo se movilizaron entonces! ¡Abogados voluntarios, apoyo de Amnistía Internacional, Claudia, ilesa de milagro! ¡Por ese motivo, hazme caso, ella jamás regresará a este país! ¡Se acabó!

—Puedo entender que tengáis aquí vuestros propios problemas—le respondí —, pero ¿qué culpa tienen mis rosas?

Me enjuagué los ojos, sorprendida porque de un tiempo a esa parte se me llenaban de lágrimas mucho más rápido que antes. Me habría ido a Lufthansa a pagar la penalización de cincuenta dólares para poder marcharme al día siguiente, pero en la Alameda de los Hermanos Buzescu me había mordido un perro callejero y estaba poniéndome, de manera preventiva, unas inyecciones antirrábicas.

—Así es Rumanía—me dijo Petru cuando regresé.

Había oscurecido, sólo una lámpara estaba encendida. Se fue, renqueando, a su

butaca y yo no distinguía bien si en su rostro había una sonrisa de satisfacción o una mueca de esfuerzo. Pensé, con toda la seriedad del mundo, olvidarme de las herencias y no volver a pisar Rumanía. Ahora, cuando por fin hemos aclarado lo del primo Rafael—me atrevo a decir que nos conviene más que esté muerto a que esté vivo—, me doy cuenta de que habría sido una estupidez renunciar a las restituciones. Y seguir enfadada con Sultana el resto de mi vida.

Sólo intercambiaba entonces con los Morar las felicitaciones de Navidad y de Pascua cuando vino Daniel a Múnich a resolver unos asuntos y nos visitó también a nosotros.

Y por ahorrar, pero también por estar más tranquilos después del atentado, Petru había alquilado un apartamento en Erding, camino del aeropuerto, en la planta baja de una casita verde, de dos alturas. Teníamos también un gato, rayado como un tigre y más grande que los gatos de Rumanía, tal vez fuera una variedad asiática. Lo compré en un refugio, antes de mudarnos, para darle una sorpresa a Petru; éste se había encariñado con él y lo había bautizado *Lenin*. A Petru lo llevaban y lo traían en el coche blindado de la radio, yo iba a Múnich en autobús y tranvía hasta la sede de la escuela, los cursos de terapeuta tienen una duración de cuatro años en Alemania. Dejábamos suelto a *Lenin*, salía y entraba por la ventana de la cocina, hasta el día en que el policía municipal nos anunció que tendríamos que sacrificarlo si seguía cazando pájaros en el solar trasero de la casa: lo había denunciado una vecina.

—Así es Alemania—le reproché a Petru.

Desde entonces tuvimos que mantener a *Lenin* encerrado en casa, tenía todo lo que necesitaba, pero cuando se aburría o se angustiaba, empezaba a maullar y los vecinos se enfadaban. Por la tarde, cuando íbamos al café cercano, rodeado por campos de maíz entreverados de campos de girasoles, lo llevábamos con nosotros atado con la correa y se portaba bastante bien.

Fuimos también con Daniel, que se burló de nosotros durante todo el camino porque salíamos a tomar algo con el gato. Quiso llevar a *Lenin* en brazos, pero éste, que no estaba acostumbrado, no se dejó coger, se ha olido que eres anticomunista, le dijo Petru.

Ante los vasos de cerveza rubia Erdinger, contemplamos desde la terraza los Alpes y el lago Chiemsee, lleno de barquitos de velas blancas, entre las dos islas—Herrenchiemsee y Frauenchiemsee—, y ellos hablaron de política. En un determinado momento, Daniel me dijo:

—¡No sabes, Lety, lo que sufre Sultana por vuestro distanciamiento! ¡Y encima tiene problemas con el Foro! El contable les ha robado, el gobierno quiere echarlos de la sede, Claudia lleva tres años sin volver a casa, Sultana tiene los nervios destrozados. No merece la pena, Lety, que por una bobada como ésa de las rosas renuncies a una amistad de la época del comunismo, cuando os prestabais la ropa y compartíais el paquete de comida de casa, enviado en una caja de zapatos. Y tampoco merece la pena que renuncies a la herencia de tus tíos. Emil devolverá las propiedades, ¡y no como lo han hecho los húngaros, sólo hasta los ochenta mil dólares! Nosotros las restituiremos *in integrum*, ¡ya verás cuando

lleguemos al poder! ¡Venga, vamos a llamar a Sultana!

Ella rio y lloró al teléfono al recordar cómo se había portado con mis rosas.

Una parte de las promesas de Daniel se cumplió, ganaron las elecciones; yo no entiendo muy bien cómo, pero, con sus leyes de restitución, se enriquecieron los sinvergüenzas de los futuros presidentes. Y yo he pateado tantas veces ese camino para nada.

La temporada que vivimos en Erding fue buena, yo iba con menos frecuencia a Rumanía. Cuando nos trasladamos a Francia, dejamos a *Lenin* con el nuevo inquilino. Entretanto la vecina que lo había denunciado en la policía había muerto y él era libre para acechar a los pájaros en el solar. Su nuevo dueño, un antiguo solterón del 68, con una perilla *à la Lenin*, canosa, un poeta famoso al que visitaban frecuentemente sus admiradoras, quería cambiarle de nombre a toda costa, pero hasta que nos fuimos no lo consiguió.

Me acordé del gato ayer por la noche, cuando me fui a hacer las compras y dejé a Sultana ocupada con sus traducciones. Había anochecido, hombres solitarios o parejas jóvenes entraban y salían del Mega Image *non-stop*, ¡con qué rapidez lo clausurarían los sindicatos de Alemania o de Francia al ver semejante horario!

Delante de mí, en la caja, un anciano jorobado, con la gorra torcida y balbuceando como si se estuviera recuperando de un ictus, le dijo a la vendedora, una mujer joven, con los ojos fijos en los precios de los productos: «¡Ja, vivimos en un país excelente! Los extranjeros se dan cuenta, pero los rumanos, no».

Por el bulevar Costache Negri caminaba delante de mí una mujer morena que acarreaba a la espalda una bolsa inmensa de plástico llena de botellas. ¿Cuánto podría cobrar por ellas para tomarse tantas molestias?, me pregunté. A veces se agachaba para recoger del suelo colillas que no estaban apuradas hasta el filtro. La adelanté, como si fuera una rara aparición encorvada bajo la bolsa gigantesca, y me adentré en la Alameda de los Tilos.

Había un gato encaramado a un árbol alto, una mancha blanca, parecía una seta parásita crecida en el tronco gris-verde. Me observaba atentamente, con sus ojos aumentados por dos manchas negras, como unas gafas de sol dibujadas en su cabeza redonda. ¿Qué buscaba sino pájaros adormilados, casi a medianoche, subido tan arriba en un árbol? Se aferraba con las garras, inmóvil, pegado a la corteza como si quisiera absorber la energía vegetal del árbol. De vez en cuando se oía un bufido suave: otro gato intentaba trepar por la verja del cercado para llegar hasta él. No podía sujetarse al metal, caía una y otra vez y, perseverante, lo intentaba de nuevo.

Estuve un rato espiando la vida secreta de esas criaturas que mutilamos para que se transformen en sustitutas de los niños. Oía el crujido de las hojas con cada ráfaga de viento. Una luna redonda, como una inmensa moneda de estaño, se había pegado al cielo oscuro y el aire estaba entretejido, como una red invisible, por el canto mecánico de los grillos.

—¿Y a mí por qué no me habías contado que se iba a abrir un juicio penal a la Revolución? ¿A la mineriada? ¿O es una fanfarronada lanzada por Macovei para darse importancia?

—Verás el comunicado de prensa mañana—farfulla Junior con la boca llena y sigue masticando su ensalada de zanahoria, apio y limón, sin mayonesa; ha echado pestes de ella en cuanto la ha probado.

Pero ¿qué tienen que ver esos procesos conmigo, qué relación tienen con nuestra herencia? Entendería que le interesen a mi marido, que ha sido periodista y ha gastado saliva en balde con ellos, pero tampoco él se encuentra ya en activo. ¡Lleva mucho tiempo jubilado! Junior ríe como si fuera una victoria personal. Me siento tentada a sacarle los ojos, a recordarle que Petru le abrió las puertas a su carrera política, tal vez el único gesto altruista—y bastante poco inspirado—que ha hecho en toda la vida, porque, él sabrá por qué, creyó reconocerse en Junior, el antiguo niño desfavorecido, ¡en fin!

Sin embargo, me abstengo y le digo tranquilamente que a mí no me interesa nada lo que suceda en Rumanía, pero que nuestros amigos, los Morar, esperan esa noticia desde hace tres décadas.

—¡Eso no quiere decir que lleguen a ver las condenas! ¡Y eso en el caso, poco probable, de que lleguen a celebrarse alguna vez!

De repente me acuerdo de que, migrando de partido en partido, ha llegado al final al de Iliescu. Aquí, la disciplina le impone que le molesten los procesos, aunque la sede de su otro partido fuera en otra época destruida por los mineros y los que se encontraban en ella fueran vapuleados y arrastrados hasta Jilava. Temió entonces por su pellejo y se refugió en casa de su madre, en nuestra pequeña ciudad, hasta que las cosas se calmaron. Requerido por dos lealtades, ahora elige permanecer indiferente.

—Es demasiado tarde, ¿por qué vas a implicarte después de tantos años? Entretanto se han destruido las pruebas, han muerto los testigos…—dice torciendo el gesto.

Para Sultana, en cambio, es un regalo inesperado, ¡tengo que entregárselo cuanto antes, ahora, ahora! Busco el móvil con las manos temblorosas por las prisas, ¡para mis pobres Morar va a ser una bomba!

Me encontraba en su casa un verano cuando el teléfono sonó tantas veces como hoy y me asusté con el chillido de Sultana.

—¡No! ¡No, no me lo puedo creer!—gritó.

¿Le habría sucedido algo a Claudia?, fue mi primer pensamiento. Pero me tranquilicé al instante al escucharla:

—¡No me puedo creer que carguemos otra vez con Iliescu!

Había llamado Daniel: era todavía consejero *part-time* en Cotroceni, pero buscaba un trabajo en el ámbito privado, se había olido lo que iba a suceder antes que otros, que se vieron de la noche a la mañana en el paro.

En la puerta llamaba con insistencia el instalador, enviado también por él para que les montara a los Morar el aire acondicionado. Llevaba un tiempo intentando convencerles, y ahora había aprovechado mi visita para conseguirlo.

—¡Lo que me ha costado que se modernicen! ¡A ti ya se te ha olvidado, Lety, nuestro horno de Bucarest! Boqueas como un pez fuera del agua—me había soltado la víspera, jugando con su *palm*.

—¿Y cuándo dices que vendrá? ¿Ahora, justo ahora? Pero Dani ¿por qué me plantas delante de unos hechos consumados? ¡Sabes que lo odio!—protestó Sultana.

Miró largo rato por la mirilla, retiró con prudencia la cadena de la puerta, desconectó la alarma y, mientras el instalador se ponía manos a la obra, me susurró:

—¿Quién será el impresentable este que fuma sin pedir permiso y que ha apagado la colilla en la taza de café? ¡Si Daniel lo ha enviado desde Cotroceni, tal vez sea uno de los securistas de Iliescu, dispuesto a instalarnos unos micrófonos! ¡Sé que no me crees, Letiția, jamás has creído lo que te cuento, pero incluso Emil declaró en una entrevista la semana pasada que lo ha derrotado la Securitate!

Con una mejilla más maquillada que la otra, Sultana salió al aire ardiente de Bucarest para pedirle consejo a Aurelian en el Foro. Acababa de llegar cuando las emisoras de radio anunciaban ya las declaraciones de Emil Constantinescu desde la Vila Lac: no iba a presentar su candidatura e iba a abandonar la política. Y todos los chicos de los antiguos periódicos de las juventudes comunistas, convertidos en grandes magnates de prensa, engullían sándwiches húmedos y ensaladas lacias y, entre una cerveza y otra, le soltaban algún comentario insolente al que se había convertido ya en expresidente. Eso me lo contó Daniel después.

En aquel momento mi única preocupación era: ¿le doy al instalador una propina o no? No había seguido en la televisión el curso del dólar y había aplazado ir a una casa de cambio. Por lo demás, cuantas menos divisas cambiara en aquellos miserables *lei*, mejor. Al final le tendí a aquel individuo un billete arrugado de cinco marcos, lo dejó tirado en una esquina de la mesa, encogiéndose de hombros con un gesto despectivo. ¿Sabría que Alemania había adoptado ya el euro, pero no que los marcos estarían vigentes todavía un año? Parecía mejor informado y más descarado que un trabajador corriente y las sospechas de Sultana no me parecieron tan disparatadas.

—Para cualquier suceso de Rumanía tienes siempre dos o tres explicaciones que acaban en agua de borrajas—rio Petru.

La decisión de Constantinescu de abandonar la política ratificó la mala opinión que Petru tenía acerca de él. Relacionada tal vez con su esperanza secreta de alcanzar un puesto de consejero presidencial en política exterior, algo que Daniel había intentado conseguirle, pero no pudo. Mucho mejor, con lo belicoso que se había vuelto en la vejez, no se habría ajustado a ese trabajo en absoluto. Ve egoísmo y vanidad en cada gesto de generosidad, y a Daniel lo considera un «arribista».

—¡Imponerles por la fuerza una instalación de aire acondicionado, por lo demás insana, a unas personas con ingresos modestos y honradas hasta la obsesión, sin preguntarles si están dispuestos a pagar mucho más por la luz, es egoísmo, no generosidad, como pretendes tú! ¡Daniel lo hace para sentirse bien cuando los visita, como si lo hubiera parido Clementina con la nariz metida en el aire acondicionado, un puro en la boca y al volante de un Mercedes, no en el apartamento de un bloque asqueroso, al final de Militari!

—En primer lugar, no fuma, ni puros ni nada de nada. ¡Y, arribista o no, Daniel tiene buen corazón! ¡Muéstrame aquí, en Alemania, a alguien de su edad que gaste su tiempo y su dinero con un par de viejos suspicaces! Porque, seamos serios, ¿qué otra cosa son Sultana y Aurelian? ¡A tu adorada Claudia, que es precisamente su hija, no se le ha pasado algo así por la cabeza!

—¿Cómo iba a hacerlo, si a duras penas se las apaña? Veremos de lo que es capaz cuando termine su doctorado y encuentre un trabajo adecuado—replicó.

Claudia no había llegado por entonces ni a la mitad de su período de doctorado, que, si yo lo había entendido bien, en Estados Unidos no debe durar más de siete años y sin el cual ella perdía la beca, dotada de un buen seguro de salud.

Cuando contradigo las maldades de Petru, mitigo también mi malestar respecto a Daniel. La gente con demasiado espíritu crítico se queda sola en el mundo, me digo, ¿no tengo suficiente con la antipatía que me corroe respecto a la segunda familia de mi padre? ¿He empezado a sentir rencor también hacia Daniel Izvoreanu sólo porque no se parece en absoluto al chaval que a los quince años escribía poemas bajo la influencia de Ginsberg y se lamentaba de que el Cenáculo del Lunes se hubiera cerrado antes de que pudiera entrar él? ¿Me irrita no encontrar, en el *manager* de hoy en día, con contactos en todas partes, ni rastro del pobre Daniel, que sufrió una depresión después de ser expulsado de la facultad a raíz de una fiesta en la residencia de estudiantes en la que murió un compañero suyo?

Llamo al fijo, cuelgo, vuelvo a llamar, la señal larga resuena en lo que Sultana llama *living*, pero no contesta nadie, ¿dónde se habrán metido estos dos un día tan caluroso como éste? A Sultana le molesta, cuando está en la calle o en una tienda, que alguien la llame por teléfono, y el de Aurelian no me lo sé de memoria. Les llamaré más adelante, tomo un sorbo de mi *smoothie* de fresa y, con los ojos clavados en los elevados precios del menú, elijo, obediente, un *risotto* de hongos.

Una pareja joven, él en bermudas, con las sienes rapadas y un mechón en la coronilla, ella con unos pantalones de tirantes muy cortos, con unas melenas hasta las nalgas, ambos con zapatillas de deporte blancas y sin calcetines, pasan hablando en voz alta debajo de la ventana abierta del restaurante.

—Hay que buscar unos *workshops*, para ver si tienen puestos de *designer* y, sobre todo, si tienen dinero para pagarlos…

Sus voces enérgicas me motivan y le organizo a Junior un «plan de acción»:

—¡Tenemos que ir a Leordeni, a la finca de los abuelos, y luego a Câmpina, para verificar si sigue en pie la casa de Traian! Para seguir la pista de los cuadros necesitamos el inventario del registro, así que busca rápidamente un contacto, uno sólido. En la policía, en las oficinas, en la fiscalía… Si encontramos los cuadros, pueden ser restituidos incluso por parte de los museos…

—¡No podrás sacarlos al extranjero! ¡Tampoco podrás venderlos, porque el Estado rumano tiene derecho de preferencia! Necesitarás también permisos para los cuadros de Traian, que seguramente no presentan demasiado valor—corta mi

entusiasmo con su acritud de hoy.

De toda mi familia, Traian es el único al que me habría gustado conocer. Biţa, su cuñado, un estudiante andrajoso por aquel entonces, me dijo que fue Traian, a quien había conocido en la hacienda de mis abuelos en Leordeni, el que le había enseñado a vestir. Tenía una discreta elegancia inglesa, no el estilo bohemio que me había imaginado cuando descubrí que había frecuentado los círculos artísticos. Había crecido en la zona petrolera de Prahova, donde el abuelo Branea, un banateano[21] acaudalado, había hecho fortuna al comprar después de la guerra unos terrenos en los que, por suerte, se habían encontrado yacimientos de petróleo. Durante su adolescencia, Traian fue compañero de liceo de Geo Bogza,[22] cuyos futuros textos conformes con la línea oficial me vería obligada a estudiar más adelante. Llevado por el entusiasmo de la edad y por unas inclinaciones artísticas confusas, Traian se lanzó a escribir sobre las exposiciones de los pintores del grupo de Bogza: Victor Brauner, Arthur Segal, Miliţa Petraşcu.

Mi buen amigo Harry Fischer me enseñó, cuando nos vimos en la sede del instituto que dirigió tan poco tiempo, el artículo publicado en el periódico local *Viaţa Prahovei*, de enero de 1925. Lo firmaba Traian Branea y lo había seleccionado para incluirlo en la bibliografía del libro en el que se encontraba trabajando, *Tinereţea lui Victor Brauner*.[23] Me mostró en su despacho la versión impresa, estaba muy orgulloso por trabajar con el primer ordenador: en una nota al pie incluía una cita del artículo de Traian, un estilo un tanto diletante, pero que me emocionó, ahí tienes, por fin, a un familiar en el que reconocía algo de mí.

—Supongo que, en calidad de lacayo de Geo Bogza, tu tío conoció también a Ilarie Voronca y a Ion Vinea, he visto sus nombres mencionados en sus cartas. ¿Has leído *Lunatecii* de Vinea? ¿No? Merece la pena que busques ese libro.

Nadie, a excepción del maniaco erudito de Harry Fischer, habría retenido el nombre de mi tío en una relación de nombres célebres. Como pintor, no fue capaz de ir más allá de unas modestas tentativas cubistas y constructivistas, pero su tendencia natural lo habría llevado más bien al pasado, hacia los impresionistas. Biţa me dijo que en las paredes de la hacienda de Leordeni colgaban muchas marinas de Traian pintadas en Balcic y en Mangalia, al estilo de las de Marius Bunescu. Imagino que, al igual que yo, no estaba seguro de su vocación y prefirió seguir siendo un diletante, un coleccionista. Su pasión por la política y la guerra lo desviaron por completo del arte, tal y como a mí me desviaron mis separaciones: de los hombres de mi vida, de la casa de Uranus, donde había conseguido una estabilidad precaria, del Edificio, donde me aburría, pero estaba protegida, del país del que quise escapar. Y cuando una ola inmensa te arrastra al fondo del agua y peleas por salir a la superficie para poder respirar, debes tener la obsesión de los arribistas para continuar pintando, escribiendo.

Le recuerdo a Junior que anoche, en uno de los canales de noticias, le preguntaban a Macovei si, después de las elecciones, estaría dispuesto a asumir el Ministerio de Justicia:

—¡Eso demuestra que nuestro antiguo abogado está en la cresta de la ola,

Caius! Sólo que no recuerdo qué partido se lo ha propuesto. Siempre que vuelvo aquí, los que conozco han cambiado de partido o el partido ha pasado de la izquierda a la derecha. O viceversa.

El golpe acierta de pleno. Sus ojos de color incierto, verde-castaños, de pestañas cortas, están protegidos por unas gafas Ray-Ban: como vio las mías, se ha comprado la misma marca. No se las ha quitado ni siquiera en el restaurante, con la excusa de que le molesta la luz. Pero la piel pálida del rostro se ha coloreado levemente por el enfado.

—¡Tú, Letiția, exageras con tu desprecio por nuestra vida política! ¡No tienes paciencia para comprenderla y te influye también la amargura de Petru! ¡Todo mi respeto por su inteligencia, pero sólo ve lo malo de este país!

¡Otro en el papel de defensor de la patria! Como Sultana, que me repite una y otra vez que Petru ve tan sólo el vaso medio vacío y que, desde que nos enterramos en ese pueblo francés, yo me he convertido en su portavoz. El corazón no me deja decirle que el problema es otro: ¿cómo es posible que Macovei y otros, que empezaron a la vez que ellos—algunos incluso los trataban con reverencia—, hayan echado mano al saco de dinero y ocupen el escenario público, mientras ellos se hunden en la pobreza y el olvido? ¡Cómo los cortejaba Macovei después de la supuesta revolución, y ahora, si quieren pedirle algo—sólo favores insignificantes para otros, jamás para ellos mismos—, tienen que pedirle audiencia a través de su secretaria! Los ha encasillado incluso en la categoría de ingenuos aburridos y los hace esperar en la antecámara, porque él está superocupado, es profesor de Derecho y uno de los cuatro vicepresidentes de la asociación Universitas.

—¿Crees que ese nuevo abogado tuyo va a venir? Y si no aparece, ¿qué hacemos con Rafael? ¿Te ha entregado su acta de defunción? ¿Tienes al menos una copia?

No me responde, toquetea de nuevo el móvil. Comemos en silencio, masticando con detenimiento, despacio, sin decir una palabra, tal y como recomiendan los nutricionistas.

—¿Postre?—me tienta el camarero que, con su rostro impenetrable, seguro que es el diablo en persona y lleva escondido el rabo bajo su traje negro.

Negocio conmigo misma si tomar un *sorbet* o un *mousse au chocolat*, ¡es la venganza más vil delante de un diabético! No, mejor un *cheesecake* con frutas del bosque, anuncio, y saco de nuevo el móvil para darle a Sultana la noticia del proceso a la Revolución, pero en su casa no responde nadie. ¿Se les habrá estropeado el teléfono?

—Tú que conoces Francia, porque vives allí, ¿qué me aconsejas?, ¿adónde puedo ir con Andreea? ¿A Cannes? ¿A Mónaco? ¿Niza?—me pregunta Junior, como si no me hubiera oído.

Está subyugado por su última novia, casi veinte años más joven que él: una escuchimizada de la especie de las supuestas asistentes que, de hecho, son *escorts*. No da un palo al agua por los pasillos del Parlamento y le ha metido en la cabeza que quiere hacer *modelling* y cine.

—En mi opinión, Villefranche-sur-Mer y toda esa zona, hasta Italia—le digo,

sofocando la pena por todos los años que han pasado ya—¿cuántos?—sin poner el pie por allí.

De repente, tengo un impulso de solidaridad con Manuela, ¡cómo empeoras ante los ojos de los demás cuando envejeces! A mi hermano no le interesan ni los terroristas, ni la política europea, ni el antiguo gran amor de Petru, que intenta ligar con él. Un *goujat*, habría podido ser siquiera educado.

—¡No podemos perdernos las noticias de la hora en punto, cuando las repiten en Euronews!—le sonrío a Manuela, y él se echa a reír:

—¡El televisor, el juguete de los viejos! ¿Para qué lo queréis si podemos ver cualquier cosa en un montón de páginas web?

Y buscamos los tres con ojos ávidos en la pantalla de su iPhone.

Irritada porque no aparta la mirada de la pantalla del teléfono, enciendo también yo el mío y pongo Hotnews, el *site* rumano recomendado por Sultana: «Accidente en el metro. Una persona ha sido arrollada por el tren, el ISU anuncia su deceso. El metro no circula entre las paradas de Piaţa Unirii y Apărătorii Patriei. Los empleados confirman que la víctima es un varón de cuarenta y dos años, el abogado del millonario Ştefanescu. Acababa de abandonar la DNA, donde había prestado declaración en calidad de testigo, estaba casado y tenía dos hijos, trabajaba en el bufete de abogados Happy Lawyers…».

Leo y releo la noticia con la frustración que te provoca una *breaking news*, querría conocer más detalles, pero ya han pasado a la epidemia de rubeola y al debate con los padres que no vacunan a sus hijos.

Las tres *seniors*, acompañadas de Macovei, han llegado ya a la puerta y se despiden con la mano. Manuela se lo piensa en el último momento y vuelve a nuestra mesa.

—Habéis visto la noticia del accidente de metro, ¿no? ¡El señor Macovei cree que se trata de un suicidio, pero a mí me parece que alguien lo ha empujado a las vías! ¿No? ¿Qué opinas tú, Caius? ¡Prefieres no pronunciarte, ya veo! Pero, Letiţia, ¿sabes quién es el millonario? Ése del terreno que el rey Carlos I regaló a la facultad y que el rector le vendió de manera ilegal; ¡él construyó allí el centro comercial grande y un espléndido barrio residencial! La DNA estaba investigando al abogado que se ocupó de la transacción, porque el millonario se encuentra en Londres y no creo que le echen el guante enseguida.

Cotorrea, rápido, rápido. Al igual que Daniel, ella sabe de todo. Está en Rumanía cada dos por tres porque su marido, desde que se jubiló, comercializa aquí productos electrónicos.

Junior la ignora, así que se ve obligada a conformarse conmigo. Se despide cálidamente, tengo que ir sin falta a visitarla con Petru, a París, cuando regrese, me enviará ella un SMS con su dirección de Neuilly, de hecho, Petru ya la tiene. Me pregunto si habrá ido ya de visita, porque a mí no me ha comentado nada. Besitos desde la distancia, muac-muac, y se marcha envuelta en su aroma de Obsession.

Junior está hundido en su silla, su rostro está todavía más pálido y su frente está perlada de gotas de sudor. Tengo una de esas intuiciones que hacen que Petru me

mire asombrado; por desgracia, no son frecuentes.

—¿No será ése tu abogado?—le pregunto—. ¿No será ése al que llevamos todo el día esperando? ¡Vamos, suéltalo!

¿Cuándo se ha llenado el cielo de estas nubes negras y bajas? Unos zigzags rojo-dorados se dibujan sobre ellas y al cabo de un rato se oye un trueno sordo, el rayo ha caído bastante lejos. Llenando la acera con las primeras hojas caídas, los árboles se agitan, en la calle, precisamente donde han partido el taxi de las tres distinguidas damas y el Mercedes del abogado. Ni siquiera el demonio del camarero ha previsto los truenos de hoy, corre para cerrar las ventanas en las que se oye enseguida el repiqueteo rotundo de las grandes gotas de lluvia.

Junior no dice nada, asiente, y una furia mezclada con desasosiego me invade lentamente.

—¿Y el certificado de defunción de Rafael? ¿Has llegado a verlo con tus propios ojos? ¿Lo tienes tú? ¿Lo tiene él?

Ni siquiera yo reconozco mi voz cortante. Y él responde, al principio con una inesperada humildad, que lo ha visto, sí, pero que no tiene una copia, que se lo quedó el abogado, que guardó en el dosier la declaración en la que se anuncia la muerte de Rafael, supone que estaba acompañada del certificado de defunción original, «¡y déjame en paz de una vez, Letiția! ¡Llevas todo el día agobiándome! ¡No tenemos abogado y estamos en un aprieto, eso es lo que hay!», grita con su voz de gallo afónico.

—¡Espero que no hayas firmado la declaración también en mi nombre! ¡Espero que no hayas hecho semejante disparate! ¿Lo has hecho? ¡Si lo has hecho, dímelo! ¿Y Rafael? ¿Qué pasa con él? ¿Está vivo? ¿Muerto?—grito también yo.

—¡Quién cojones sabe!—aúlla.

Previendo la tormenta, el camarero se presenta con la cuenta. Cuando Junior saca la tarjeta para pagar y recoge, malhumorado, la carpeta, el maletín, sus *affaires*, comprendo que el misterioso Rafael ha resucitado y que Junior ha metido la pata hasta el fondo, allá él, que se las apañe solo, ¡yo no pienso cubrirle la espalda! ¡Qué idiota encontró Petru para meter en política, después de torturarme toda la vida a cuenta de mi familia!

Pero yo debo conservar la calma, ¡calma!, me ordeno, he pasado por momentos más difíciles que éste. Y pido un BlackCab para volver a la Alameda de los Tilos. Mientras lo espero, junto a Junior, al que no me digno a mirar, oigo el silbido del SMS. Al menos recibo una buena noticia, Daniel ha encontrado un editor y vamos a verlo el próximo lunes:

—No sé si tú deberás pagar el libro, ni cuánto, no tiene sentido negociar ahora, Lety, hay que ver lo que opina después de que lo lea…

«ALLÉE DES TILLEULS»

19
LA VIDA BICOLOR

Hastiada de todo lo que había sucedido, deseaba, como nunca, durante aquellos pocos días que me quedé en Bucarest, volver a casa, a la Allée des Tilleuls, bajo el cielo «que lleva a la calma y la paz» de Touraine en el que se refugiaba Balzac para recuperar «el placer de vivir y la salud». Petru citaba una y otra vez esa frase cuando insistía en que nos mudáramos aquí, pero ahora parecía aguantar peor que de costumbre mis viajes y me preocupaba que siempre que hablábamos me preguntara: ¿cuándo vuelves?, aunque él mismo me hubiera comprado el billete en internet.

También yo añoraba los tejados triangulares, cubiertos de pizarra gris, las cercas inmemoriales, con piedras sujetas con cemento secular, de las casas antiguas de paredes gruesas y ventanas pequeñas, custodiadas por enebros impenetrables, de la altura de una persona, para que no pudiera penetrar una mirada ajena en los jardines cuidados, con parterres alineados de malvarrosas rojas y blancas, petunias moradas, sin olor, y crisantemos amarillos.

—No te dejes engañar por la tranquilidad de los jardines y que no se te ocurra entrar, ¡busca la plaquita que dice *attention chien*! ¡El perro sin castrar sale de inmediato y te ataca!—me aconsejó mi vecina Bernardette desde el primer día que llegamos a Neuvy.

«Aquí estuvo la corte de Francia, la región cuenta con más monumentos que el Valle de los Reyes», dicen los folletos turísticos de la región Indre-et-Loire.

Cuando vives ahí una temporada, los castillos pierden interés. Pero el de Neuvy, difícil de vender y caro de mantener, incluso aunque en él se hayan filmado escenas de una serie de televisión que ve también Petru, sigue pareciéndome misterioso. Lo visitamos los dos siempre que Marie-Louise, la presidenta de nuestra asociación cultural de Neuvy, organiza algún concierto en su terraza o alguna pequeña exposición y luego nos quedamos a tomar la copa de vino que se ofrece en el inmenso césped del marqués de Ronquerolles, el último propietario de la finca.

En Saché, otro castillo parecido, con la misma hiedra antigua que trepa hasta arriba por las paredes de piedra, se retiraba Balzac, el otro monumento de la región de Indre-et-Loire, para escribir, me ha contado Petru. Trabajaba con tanta premura que olvidó cambiar el nombre de la gente cuyas historias le habían inspirado, ¡menos mal que no se topó con nadie que lo denunciara, como les sucedió a otros autores de Alemania y Francia! Al pobre Balzac lo perseguían tan sólo los acreedores, mientras soñaba con comprarse *un petit château à deux tourelles*, incluso lo encontró a la venta, en Moncontour, pero el precio de ochenta mil francos le pareció demasiado elevado a la condesa Hanska, ¿sería suyo el dinero y no de él? La casita de la rue Fortunée, en París, que Petru me llevó a ver, no le trajo suerte, murió allí enseguida, creo que solo.

Pero, por mucho que adorara esa región («*Je ne suis certes pas intolérant, mais je donne cordialement au diable ceux qui n'ont pas vu Azay!… Ce merveilleux château dont les fondations son merveilleusement plantées dans L'Indre*»), reconoció que la

gente no suspiraba por vivir allí y que los vecinos se odiaban unos a otros y preferían permanecer encerrados en sus castillos y sus casas.
Siguen siendo tan conservadores como en su época y votan a la derecha.

—Te considerarán uno de los suyos cuando tengas seis generaciones en el cementerio—me advirtió el primer día, riendo, Bernardette.

Solange fue más indulgente y me dijo que al cabo de cinco. Ella y André se sienten todavía forasteros en Neuvy, aunque se instalaron allí hace treinta y cinco años. Es cierto que son votantes de izquierdas. Bajito, de rostro colorado y bondadoso, André me repite siempre que él y Solange son gente sencilla, *en toute simplicité*; tengo la impresión de que en la Francia de las revoluciones eso es un título aristocrático. Sus tres hijos están desperdigados por *la douce France*: uno está en París, otro en Niza, la hija vive más cerca, es profesora en un liceo de Tours. En las fiestas se ven por turnos, en verano vienen a Neuvy los nietos pequeños, pero tampoco se quedan mucho tiempo. Los ancianos franceses colaboran en asociaciones y practican el voluntariado, no como los nuestros, que sólo ven la televisión. Solange va tres veces por semana a la asociación de niños con minusvalías. André es presidente de la asociación de pescadores y se queja porque tiene que llenar demasiado papeleo, va a aguantar sólo hasta el final de su mandato y luego dedicará a otra cosa. Después de cada concurso de pesca, completa los diplomas de los vencedores y los deja en Viveco, la pequeña *épicerie* de una familia de afganos. Algunos le piden que se los deje en las *épiceries* de otros pueblos, gestionadas por autóctonos de verdad; prefieren ir más lejos antes que pisar la tienda de los afganos.

Para los campos arados con esmero, el alcalde y los grandes terratenientes traen trabajadores de otros lugares; por el momento no he visto rumanos.

Cuesta vender las casas, aunque los precios son la mitad que en la Provenza; los anuncios de venta cuelgan durante años en las ventanas. Deberíamos haberlo tenido en cuenta también nosotros cuando decidimos instalarnos aquí, pero éramos todavía gente del comunismo, no es fácil entender el capitalismo.
Los primeros días, muchos se apresuraron a alabar a la familia afgana y la tienda modesta que habían alquilado. Al cabo de un tiempo nos dimos cuenta de que querían ponernos de su parte en la discreta polémica de la comunidad: son, por el momento, los únicos inmigrantes árabes instalados en el pueblo.

Petru prefiere adquirir el vino de Chinon y comprar sus quesos favoritos en el *marché*, ahí tiene dónde elegir, y a mí me gustan las frutas y verduras biológicas, más frescas que las de Viveco, adonde vamos el resto de la semana.

Al marido lo vemos poco, se ocupa de aprovisionarse en los pueblos de alrededor. La mujer atiende la caja, cubierta con un velo, y si no tiene clientes, lee un cuaderno escrito a mano, en letras árabes, oraciones por su madre y su hermana. No recibe ya noticias suyas, tal vez se hayan ahogado en el mar, o se hayan quedado en su país; me ha ofrecido ambas versiones en dos días distintos, pero no me lo he tomado mal, el emigrante «edita» su biografía, convencido de que nadie puede verificarla. Un día, ella sonreía mientras leía un libro, también en caracteres árabes, es una novela, nos dijo, no la habían impreso en Francia,

entonces ¿dónde? Se habían marchado porque su país estaba en guerra y no le desea a nadie pasar por lo que pasaron ellos antes de llegar aquí, me contó sin que yo le preguntara: es probablemente su presentación estándar para cada nuevo cliente. Llevan quince años en Neuvy, recibieron enseguida la ciudadanía, entonces la concedían rápido, sí, están a salvo, pero no se sienten en casa, me ha dicho, con un reproche marcado en su rostro todavía joven.

Su hermano, un hombre guapo con un título de ingeniero, ha llegado recientemente a través de Irán y asiste a clases de francés en nuestra asociación cultural. Cuando me lo encuentro en Viveco, hablamos en inglés, se me ha quejado de que, puesto que no conoce el idioma, no encuentra trabajo, pero él, de hecho, quiere llegar a Inglaterra.

En cambio, aunque no tengo claro dónde serán enterrados, los encargados de Viveco, cuyo negocio funciona bien y cuya casa nueva, con dos coches aparcados en el patio bien cuidado, junto a la parroquia, no se diferencia en absoluto de las otras de esa calle, se quedarán, seguramente, en este país.

Como yo. Aquí echo de menos a los muertos del cementerio, pero tengo una casita, en Rumanía tengo listas enteras de muertos, conocidos y desconocidos, pero no tengo sino la esperanza de la casa de Traian Branea en Câmpina.

—De hecho, estás siempre viajando entre ellas—se burla Petru.

—Soy lo que dijo tu amigo Fănică—río yo.

Su antiguo compañero del campo de Zirndorf, en cuanto recibió la vivienda social en Erding, puso en el buzón del nombre de Stephan Popa, aunque hasta la víspera todos lo conocían como Fănică[24] Popescu. En Bucarest no nos veíamos, pero cuando te marchas no puedes elegir: si quieres hablar en tu idioma, te ves con personas de otra condición social, incluso aunque te rebajes. Fănică viaja a menudo a Rumanía con las camionetas que gestiona: trae y lleva sin autorización, él sabrá cómo, cuadros, joyas, muebles pequeños y coches viejos. También se saca algo del tráfico de divisas: para el de inmigrantes es ya demasiado viejo. No se ha tomado la molestia de aprender alemán, su traductora para todo es su esposa, Gudrun, sajona; por eso, cuando llegó a Alemania para el reagrupamiento familiar, permaneció muy poco tiempo en el campamento. Habría podido adoptar el apellido alemán de su esposa, pero probablemente quiso conservar su estatus de cabeza de familia.

Nos ayudó con el traslado, con las compras y, después de que nos marcháramos a Francia, ha venido varias veces a vernos y a visitar los castillos del Loira. A cada paso decía «los rumanos no son capaces, los rumanos han hecho esto y lo otro», así que en una ocasión le pregunté:

—Pero ¿tú qué eres, Fănică?

—¡Cuando estoy en Alemania soy alemán y cuando estoy en Rumanía soy rumano!—resumió su situación encogiéndose de hombros con indiferencia.

—¡Pero si es al revés! ¡En Alemania eres rumano y cuando llegas a Rumanía eres alemán!—le grité.

Me miró asombrado, no se esperaba que fuera tan malintencionada, ¡al fin y al cabo, yo era la agradable esposa del profesor Arcan! Me sentí, de repente,

abochornada, ¿por qué había intentado destrozar las ilusiones de alguien que ya había sufrido tanto sólo por cambiar de vida? ¿En qué era yo mejor que él?
Al fondo de nuestra calle, en el jardín de otro *manoir*, un ciprés de una especie poco habitual, con un grueso tronco de varios cientos de años, alto como la torre de una iglesia gótica y con una inmensa copa llena de hojas afiladas y piñas enormes, en el que se ha enredado una hiedra perversa, me recuerda, siempre que lo veo, la historia desconocida de la Francia colonial.

Anochece. Las madres detienen sus Peugeot, sus Citroën, sus Chevrolet, sus Ford y sus Polo delante de las puertas y se apean los niños que vuelven de los *programmes après-école*: clases de español o inglés, cursos de karate. En estas localidades con muchas cabezas canosas y rostros arrugados sobre el volante, es el Peugeot el coche que mejor se vende, y por él me decidí también yo. Tengo, sin embargo, un curioso sentimiento de familiaridad siempre que veo en el aparcamiento junto a la catedral algún Dacia Duster con matrícula francesa.

Me he comprado en Viveco una *tapette* y cazo en la Alameda de los Tilos las moscas a las que me había desacostumbrado y que le ponen nervioso a Petru, tú querías vivir en el campo, así que aguántate, me río.

El rechinar de los cubos de basura ofrecidos por el ayuntamiento, por el empedrado o por el asfalto de los patios, me hace daño en los oídos: el camión de la basura viene por la noche para retirarlos de delante de las puertas, no por la mañana, como en Bucarest. A él no le molestan demasiado, en su oído se atenúan los ruidos, ¡pero yo preferiría no llegar a una solución así!

Los que, como nosotros, no han recibido un cubo llevan hasta la puerta una bolsa negra, anudada. Dejo que la acarree Petru, cualquier intento de ahorrarle un esfuerzo físico le molesta, sobre todo porque se da cuenta de que su fuerza disminuye. No toma ningún somnífero, pero duerme mal y durante el día está cada vez más somnoliento.
Mañana por la mañana, antes de que suene mi despertador, nos despertará el zureo de las palomas reunidas en el tejado de pizarra del antiguo edificio del cura y en el de la catedral contigua.

El edificio le fue regalado al cura en torno al año 1500, y en el 1700 éste se lo vendió al pueblo junto con la casa y el jardín. En cuanto lo renueve el pueblo, así como están renovando la catedral cubierta de andamios, se trasladarán a él las asociaciones de Neuvy, que de esa manera se librarán del pago de los alquileres. He oído que los propietarios de los actuales locales se muestran ya preocupados, ¿a quién podrán alquilárselos? Cuando crecen sus hijos, las parejas jóvenes se mudan a las ciudades grandes, en busca de escuelas y de mejores trabajos. La mayoría de los recién llegados a los pueblos pequeños son jubilados, al igual que nosotros, atraídos por el coste más accesibles de la vida en provincias.

Y a la catedral sólo viene el sacerdote con motivo de las celebraciones importantes, porque él oficia en varias localidades; entonces la catedral se abarrota y los coches, más lujosos que los que estamos acostumbrados a ver por aquí, aparcan en la plazoleta central, junto al bistrot *Bon Accueil*, y en las calles aledañas.

La fachada de piedra antigua de la catedral pertenece, de hecho, a la capilla de Saint-André, instalada en el recinto del castillo. Desde el año 550, cuando fue construida, se han celebrado en ella misas y procesiones con las reliquias del santo. La desacralizó, sin embargo, en 1793, la revolución que decapitó incluso las estatuas colocadas sobre las tumbas de los fundadores. En las localidades donde la furia contra los *seigneurs* era más acerba, los huesos fueron extraídos y profanados. Unos diez años después, cuando las aguas se calmaron, un devoto trasladó la fachada de la capilla de Saint-André a la catedral de Saint-Vincent, que seguía abierta al culto, y, de esa manera, la dotó de más antigüedad de la que tiene en realidad.

Siempre que da su paseo vespertino hasta la catedral, Petru se detiene a leer los nombres de los «hijos de Francia» que sacrificaron su vida por ella en las dos guerras: están grabados en la piedra del monumento coronado con un gallo galo, la conmemoración se celebra el 11 de noviembre, *jour férié*. Ese día procuramos quedarnos en casa, las autopistas, las carreteras y los trenes están abarrotados y las tiendas sólo abren por la mañana.

Los huérfanos de guerra, así como los que perdieron a su padre en una situación semejante—los policías, por ejemplo—son nombrados «hijos de Francia», pero no de forma automática. Existe un tribunal civil, un juez que lleva a cabo una investigación para ver si eres digno de convertirte en *pupille de la nation*. El certificado que confirma que te ha adoptado la nación es más importante que la pensión de descendiente que incluye. Bernardette, que es *pupille de la nation*, me contó que tenía derecho a un abrigo nuevo, dos faldas plisadas y dos pares de zapatos y calcetines.

Un mundo con su complicada historia, *su* historia, en la que no puedes penetrar lo suficiente ni aunque llegues aquí a la edad de Claudia.

Estamos en la terraza sumidos en un silencio abrumador, sé que Petru está pensando en ella, pero no quiero plantear la cuestión, ya nos hemos peleado lo suficiente desde que Sultana me envió por WhatsApp la ecografía del pecho y la RMN de su hija con el diagnóstico de los médicos del hospital de Fundeni: estadio 3-4.

Un sol inmenso desciende tras los campos verdes con su brillo de estaño dorado, ahogando en un rosa diluido el cielo sobre el que se proyecta la silueta de la catedral atrapada entre andamios.

Aunque entonces no me dijo nada, tuve un mal presentimiento cuando regresé del *Downtown*, nerviosa por haber sufrido tantas afrentas, pero convencida de estar llevándoles a los Morar la noticia esperada durante décadas, la de los juicios. Me habría podido esperar cualquier cosa, pero no que no tomaran en consideración la noticia de los juicios.

Aurelian asintió, indeciso, bueno, ya veremos qué sale esta vez, pero no me hago demasiadas esperanzas, y se escabulló en su habitación, de donde no salió ni siquiera para cenar. Tal vez porque oía a Sultana gritar hasta que, al final, rompió a llorar.

Aunque el taxi me había dejado muy cerca de la entrada, caían unas gotas

enormes y las agujas heladas me habían empapado por completo el *chemisier de soie*. Mientras me secaba el pelo, que se me había rizado como en otra época, y me ponía un vestido de andar por casa de Sultana, la escuchaba sin comprender. Bucarest se inundaba con cada chaparrón, en treinta años no habían sido capaces de renovar la red de alcantarillado, pero ¿es eso un motivo para llorar? ¿Se habrá roto el árbol de enfrente, el que ella contempla cuando trabaja en el ordenador? Pero ¿por qué vas a ver necesariamente en ello una señal de mal agüero, cuando en la ciudad se han derrumbado no sé cuántos árboles viejos? El nido de las cornejas habrá caído al suelo, pero seguro que los polluelos se las han apañado, cuando se encuentran en peligro, la naturaleza les da fuerzas para volar, y los gatos no podían atraparlos, son los primeros en esconderse cuando hay tormenta, bla, bla, bla…

Intentaba tranquilizarla como a los niños, pero no estoy segura de que me oyera, ella decía *n'importe quoi*, seguía con lo de los descerebrados de esta ciudad que eligen a unos desgraciados por alcalde, y la más descerebrada es ella, que se dejó los pies en la campaña electoral de un viejo libidinoso que sólo ha sabido robar…

—… enciendo la tele y me lo encuentro sonriendo junto a un espantajo desnudo hasta el ombligo, ¿para eso estuvimos noches enteras desgañitándonos en los mítines? ¿Dónde están todos aquellos jóvenes que corrían para pegar los carteles de sus mítines? ¡Desperdigados por todo el mundo, como mi pobre Claudia! ¿Para eso se quedaron solos los desgraciados de los padres de Şerban?

De todo ese embrollo deduje que había un problema con Claudia, iba a venir dentro de diez días, le había enviado un SMS con el número del vuelo y la compañía, pero pasaba algo raro, porque en esos días debería participar en los cursos de una universidad de verano para doctorandos en California, ¡estaba tan contenta por haber sido admitida! Había pagado la matrícula con meses de antelación, tenía la confirmación de que se había realizado el pago, entonces, ¿por qué volvía a Bucarest?

De repente comprendí que la llamada de la mañana era de Claudia, es a ella a la que preguntaba ¿pero tú estás bien? Dime, ¿tú estás bien? ¿Y qué le había respondido ella?

Dejé que me contara lo que quisiera, cuando quisiera, la conozco de toda la vida y sé que le gusta guardar secretos. Me apresuré a darle un calmante, los llevo siempre en el bolso junto con los medicamentos para la tensión. Me pidió más, de vez en cuando, a lo largo de los días siguientes, y al marchar le dejé toda la caja.

Estuve nerviosa también hasta que concluyó la investigación que determinó que el abogado de Junior, el que se las sabía todas, se había suicidado, efectivamente, en el metro, tal como había afirmado desde el primer momento Macovei. Había también un testigo que aseguraba haber visto cómo aparecía alguien corriendo y empujaba a la víctima a las vías precisamente cuando el tren entraba en la estación, pero había retirado su declaración.

Tampoco Manuela se las sabe todas. El millonario con el que había trabajado el

abogado suicida se llamaba Ştefănescu, pero no era el del terreno de la facultad, que se encontraba en Inglaterra o en Estados Unidos, sino otro, ya encarcelado. Fue liberado, por falta de pruebas, cuando finalizó la investigación, los documentos comprometedores no pudieron ser reconstruidos, estaban en el maletín del suicida, que resultó destrozado o bien desapareció.

Junior estuvo a mi lado como un cachorro asustado hasta que supo que los documentos que certificaban la muerte de Rafael, incluida la declaración con su firma y la mía—falsificada—, no habían sido incluidos en el dosier y no aparecieron tampoco en el registro realizado en el despacho del abogado. Probablemente estaban en el maletín destrozado.

Nos encontramos en el aeropuerto, estuve a un tris de tomar por hija suya a la adolescente de labios hinchados por el bótox, con unas sandalias peludas y una minifalda llena de brillos: era su joven amante, Andreea, que deseaba hacer un poco de *shopping* en París antes de las vacaciones en la Costa Azul. Me retiré con Junior a un aparte y le dije que no me volviera loca con el proceso para sacar del indiviso a Caius hasta que no encontráramos un abogado serio. De Rafael me ocuparé yo, cuando nos tranquilicemos, escribiré al Foreign Office, en Londres, no sé cómo no se me ha ocurrido la idea hasta ahora.

El único editor que encontró Daniel y al que convenció para que le echara un vistazo, aunque fuera por encima, a mi novela le dijo que el libro no está mal, pero que no está nada seguro de que se pueda vender: es demasiado grueso, un tanto lento, y las historias del comunismo no le interesan ya a nadie. Daniel le sugirió que utilizara a Petru en Europa Libre para promocionar el libro, pero al editor no le pareció buena idea, la emisora estadounidense de la Guerra Fría tiene una imagen ambigua entre los que la conocen, y éstos son muy pocos.

Quedamos en que la redujera algo, al menos sesenta páginas, que él se la pasaría a un redactor de otra época: los acostumbrados a la censura saben recortar mejor que los jóvenes de hoy en día. Daniel y él son amigos de toda la vida, ya pensarán ellos dos cómo hacer publicidad, si es que decide publicarla. No tuvo tiempo de encontrarse conmigo, acababa de librarse de la Bookfest y se preparaba para marchar a las Maldivas, probablemente tendrá otro *business* que funciona bien, de lo contrario no veo cómo saca de los libros dinero para semejantes vacaciones.

Desde que regresé a Neuvy no he abierto el fichero de la novela y no he decidido aún si acortarla o no. No quiero volver de nuevo a la historia de los años perdidos en vano y no creo ya que el futuro pueda traerme más sorpresas que el pasado; ya me ha traído bastantes. Si al editor le gusta el libro tal y como es, perfecto, si no, tal vez pueda Daniel encontrarme otro.

La primera tarde en que llegué a Bucarest, Aurelian bajó, no sé por qué, al trastero del apartamento y volvió con un aparato grande y pesado, que en un primer momento Sultana y yo contemplamos asombradas. Era la gran adquisición de los años ochenta, un magnetofón ruso comprado en Bucur Obor un día gélido. Apenas pasaban autobuses, los taxis no existían. El Trabant no tenía gasolina o tenía matrícula impar y sólo los de matrícula par circulaban aquella semana. Pero la expedición del valiente Aurelian terminó bien, el

magnetofón ruso reinaba sobre la mesa del comedor, ¡y nos pusimos tan contentos cuando apareció con él! Achispados con la *țuica* regalada por la madre de una alumna de Sultana, nos grabamos por turnos: en primer lugar, se ofreció Frau Poldi con *Oh, Tannembaum*. Acababa de aterrizar de Alemania, como de costumbre, para Navidad y Año Nuevo.

Se nos saltaron las lágrimas al escuchar las voces de entonces: la voz anciana de Frau Poldi, la infantil de Claudia, la carcajada de barítono de Claudiu, que había venido por verme a mí, pero los demás no sabían nada sobre nuestra relación.

Bendije la tecnología y lloré, quería estar en la cocina de entonces, caldeada con nuestro aliento y con la luz azul, minúscula, del hornillo… Las voces no se pueden describir, tampoco la emoción que te atraviesa cuando escuchas la voz de un ser querido que ha partido al país del que nadie regresa, te parece que se encuentra a tu lado, y tus párpados se agitan para retener las lágrimas calientes.

De repente, vi a Frau Poldi, con sus vestidos claros, y con sus blusas ligeras de seda, y sus uñas ovaladas en una mano de piel blanca muy seca. Ella me ayudó a volver con Petru, a ir a un Occidente que me describía colorido, lleno de luces, y me dio todo lo que pudo sin reprocharme nada jamás. Cuando Aurelian la enviaba en taxi al aeropuerto de Băneasa, nosotros nos quedábamos en un Bucarest más helado y más desconocido aún.

Hasta que me marché también yo, tras la muerte de Claudiu, tal como se marchaban entonces los rumanos, para no quedarse solos aquí. Al principio se iba un conocido, luego dos, luego, de todo el grupo, quedabas únicamente tú. La ciudad se había vaciado: en vano está habitada por millones de personas, vivimos tan sólo junto a unas pocas.

Pero un buen día Frau Poldi se marchó también de Alemania. Se fue para siempre. Y he envejecido sin haber llegado a ser adulta, sigo añorando a una madre, aunque, a mi edad, podría ser ya abuela. Nadie ni nada podrá llenar mi vacío interior hasta el día en que yo misma le grite a mi cuerpo, al que no supe amar cuando era bello y joven, «¡levántate, animal!».

He comprendido la distancia entre Frau Poldi y su cuerpo, yo también la sentía respecto al mío hasta que me acosté con Claudiu en mi estudio en las afueras de la ciudad o hasta que hice de la manipulación de otros cuerpos mi profesión.

Ahora me dirijo deprisa hacia su edad, la vejez es una enfermedad que, una vez contraída, no se cura, ¡qué lejos estoy de la manera como la veía cuando admiraba a Dürrenmatt! Es increíble que esta decadencia vergonzosa vaya a sucederte incluso a ti y nadie pueda ayudarte cuando tu cuerpo, ese incómodo compañero, se niegue a escucharte.

¡Pero no quiero pensar en cómo será la última etapa de nuestra vejez, ni reprocharme no haberle enviado a Claudia, para su seguro médico, mi dinero reservado para los días negros! No olvido la lección recibida indirectamente de Frau Poldi: si no hubiera estado tan apegada a Aurelian, a Claudiu y, sobre todo, a la pequeña Claudia, habría partido mucho antes a la RFA y habría recibido otros cuidados cuando se volvió una anciana dependiente. Sin saber por qué, perdía el equilibrio, caía al suelo y no podía levantarse; y entonces gritaba; «¡Levántate!

¡Levántate de una vez, animal!», susurraba, entre dientes, a su cuerpo anciano que no le hacía caso.

El chico que la cuidaba a cambio de unos cientos de marcos, uno de los huidos que se encontraba en paro, la escuchó reprendiéndose así, sola, con severidad.

¿Por qué tuvo que aguantar la humillación de que le limpiara los excrementos alguien a quien había intentado enseñar alemán y no lo había conseguido? Era un muchacho honrado y un buen nadador, pues había podido atravesar el Danubio, una noche de septiembre, hasta Serbia, sin que lo fusilaran los guardias de frontera, tal como le había sucedido al compañero con el que había preparado la fuga. Al final consiguió llegar a Múnich, pero en la lengua alemana nadaba peor el pobrecillo.

—Es duro de mollera—decía Frau Poldi cuando podía moverse todavía por su estudio proporcionado por el Estado alemán como ayuda social.

Allí me alojó también a mí desde el primer día que llegué.

Ay, ¿por qué no pasé yo, a la que ella había considerado, durante aquellos años, su propia hija, más tiempo a su lado? ¿Por qué no consigo ayudar a los que me necesitan? ¿Por qué, aunque sabía que no se encontraba bien, le dejé su *cheesecake* favorito, unos plátanos y kiwis y me fui a mi clase de fisioterapia?

—¡No, yo no he hecho esto! ¡Yo no lo he hecho! ¡Yo no!—gritó.

A pesar de su extrema delgadez, su cuerpo estaba fofo y la piel se pegaba, en pliegues secos, a los huesos mermados por la osteoporosis. En los cinco años transcurridos desde que me había trasladado de su casa a vivir con Petru, la fibra de sus músculos se había fundido, el cabello, mitad blanco, mitad teñido, estaba encrespado y unas hebras blancas cruzaban su rostro y se enredaban en la comisura de la boca.

¿Por qué no la cogí en brazos yo misma, para tranquilizarla, y me conformé con tocar el botón para que viniera la enfermera a lavarla? Y ella repitiéndolo en vano, porque la enfermera retiraba las sábanas manchadas de heces y levantaba el colchón con una mueca de disgusto.

—¡No, yo no he hecho esto! Yo no, yo no, yo no—gemía, desnuda, acurrucada, con los muslos delgados salpicados de varices azules y la mano temblorosa sobre el vello ralo que revelaba el sexo húmedo y una línea marrón en las nalgas arrugadas.

Sólo yo sabía que tenía razón. No ella, sino el cuerpo distrófico, encogido pero insumiso, su enemigo, lo había hecho. A él, al cuerpo que no le pertenecía ya, porque no respondía a ninguna de sus órdenes, le gritaba, mientras que sus manos, temblorosas, resbalaban impotentes por el suelo: «¡Levántate de una vez, animal!».

Y yo, esa a la que había cobijado, deprimida y asustada, a la que había enseñado a reír de nuevo, a esperar, la dejé sola, humillada por su cuerpo, tan hostil con ella como la eficiente enfermera de sus últimos días en el hospital. Corría para llegar a clase o volver a casa con Petru, que me había telefoneado ya varias veces, la dejaba acostada sola, con los ojos opacos clavados en la pantalla estridente del televisor, con el mando a distancia en la mano fría, sin fuerzas para zapear, con un dolor

insoportable de cabeza y de las articulaciones devoradas por el tiempo, en las que la sangre densa apenas corría por los capilares estrangulados.

Me marchaba cuanto antes para que mi mente espantada no me identificara con esa muñeca desarticulada que producía continuamente deyecciones y gemidos, esa muñeca en la que se había metamorfoseado la adorable Frau Poldi. Me despertaba de repente, convertida, al igual que ella, en la obligación laboral de la enfermera que me odiaba mientras contaba los días en los que tendría que limpiarles todavía el trasero a unos viejos como yo. Hasta que en su cuenta bancaria hubiera suficiente dinero alemán como para poder regresar a su pueblo del sur de Italia, con vestidos de Max Mara para sus hijas siempre en paro, siempre solteras. Yo también odiaba a la enfermera Concetta porque ella me quitaba los pañales sucios, ella metía la cucharita en una boca que se había desacostumbrado a la dentadura postiza, ella me ofrecía los medicamentos que me arrojaban a un sueño pesado del que saldría apesadumbrada, con los ojos abiertos de par en par y las pocas hebras de cabello restantes alborotadas en la coronilla.

—¡Levántate!—gritó, rechinando los dientes.

Balbuceando para llamar a alguien que la ayudara a mover su cuerpo traidor, un animal que le desagradaba, tal vez incluso más de lo que les desagradaba a los demás.

—Venga, levántate, ¿es que no ves que a los mosquitos les importa un pimiento tu Autan? Ven a ayudarme a preparar la cena, pon siquiera la mesa—le digo a Petru y le tiro de la manga para que se levante de una vez.

He cometido un error al no guardar silencio cuando ha llegado el mensaje con el diagnóstico de Claudia y le he dicho que tenía sólo una beca modesta, sin seguro médico, y que yo lo sabía, pero Sultana no.

Pero, aunque los Morar lo hubieran sabido mucho tiempo antes, ¿qué habrían podido hacer? ¿De dónde habrían sacado dinero para enviárselo, cuando la pobre Sultana no se mueve del ordenador por acabar unas traducciones pagadas a tres *lei*? Al fin y al cabo, muchos estudiantes viven como su hija, sin seguro, cuando tienes menos de treinta y cinco años, no visitas al médico porque no tienes motivos. Los jóvenes asumen el riesgo, quien tenga mala suerte, tendrá problemas, esta vez, la desafortunada ha sido Claudia.

Sin embargo, ¿cómo es posible que no haya observado que a su cuerpo le pasaba algo? Los síntomas de la enfermedad están en internet, con descripciones y fotografías, el primer consejo es que busques rápidamente un médico, ¿por qué ha esperado tanto? ¿Para presentar esos dos miserables trabajos de investigación que, perfeccionista como es, entregó casi en la fecha límite? Los médicos le han dicho a Sultana que tal vez haya enfermado debido al estrés de los últimos años, pero nadie sabe por qué, sometidos al mismo estrés, unos tienen cáncer y otros no.

O tal vez Claudia se había dado cuenta, pero se había resignado a no luchar contra la enfermedad. Por eso le dijo a su madre que se buscara una hija sustituta, y la pobre Sultana se alegró, creía que había encontrado un trabajo estable. Sólo

Petru parecía sospechar algo, pero también él había guardado silencio.

Entonces, ¿por qué me lo reprocha a mí?

¡Nadie tiene la culpa de que ella no se haya apresurado a entregar la tesis antes del plazo para el que había recibido la beca! Podría haber publicado siquiera una parte y, en lugar de asistir al campamento de verano para doctorandos, podría haberse inscrito en el gran congreso anual de diciembre, organizado por la Modern Language Association, donde te presentas con tus trabajos y tu *curriculum* y, si pasas las entrevistas, te ofrecen un puesto vacante, por un año o dos, en alguna universidad del inmenso continente americano. Ella lo sabía gracias al profesor que dirigía su tesis, gracias a los compañeros que la habían defendido ya, había hablado de ello, por Skype, con Petru, ¿por qué no lo hizo? Prefirió seguir siendo una estudiante, se agotó viajando en tren para asistir cada semana al curso de otro profesor de la New York University, con el que, sin embargo, no tenía ningún compromiso, ¿estaría enamorada de él?

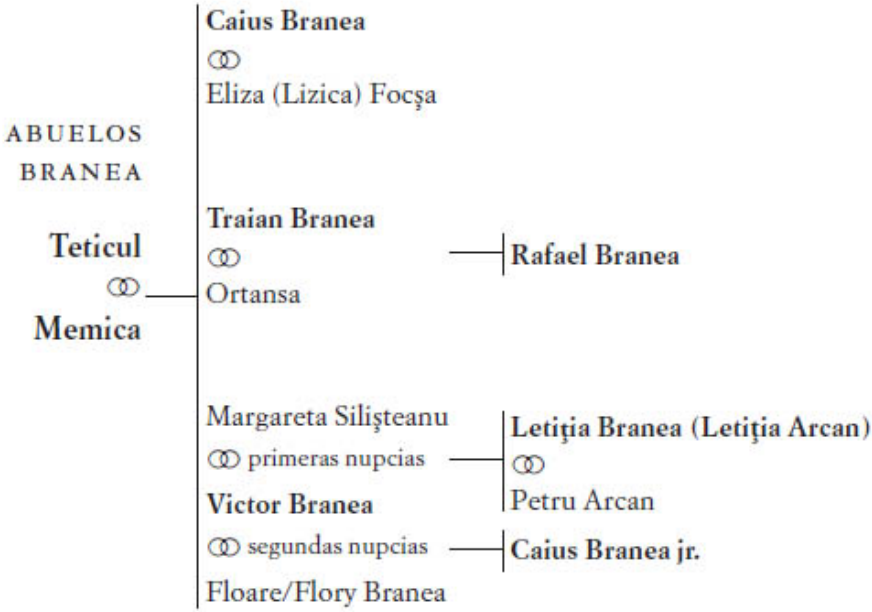
Pero ¿echar mano yo a mis ahorros para la vejez, para que ella viviera sin pensar en que el tiempo apremia, como viví yo con Sorin? ¡Ah, no! Eso ya lo hice una vez, pagué por ello y fue suficiente, ahora sé que la vida es corta, ¡punto final!

—Trae, por favor, la bandeja de quesos y abre el vino—le digo a Petru y hago como que no reparo en su rostro sombrío.

PERSONAJES

FAMILIA ARCAN
Letiția Arcan, Branea de nacimiento.
Manuela Arcan, primera esposa de Petru Arcan.
Petru Arcan.
FAMILIA BRANEA
Ortansa Branea, esposa de Traian Branea.
Caius Branea, tío de Letiția, el mayor de los hermanos Branea.
Margareta Branea, Silişteanu de nacimiento, madre de Letiția.
Rafael Branea, hijo de Traian Branea y de Ortansa, primo de Letiția.
Traian Branea, tío de Letiția. Hermano mediano.
Victor Branea, padre de Letiția, el menor de los hermanos Branea.
Ion Silişteanu, tío de Letiția por parte de madre, fue el que la crio.
Barbu (Bița) Silişteanu, hermano de Margareta y Ion, tío de Letiția por parte de madre.
Lizica/Eliza Focşa, esposa de Caius Branea.
FAMILIA MORAR
Aurelian Morar, compañero y amigo de Letiția.
Sultana Morar (antigua Nana Chirilă), amiga de Letiția.
Claudia Felicia Morar, hija de Aurelian y Sultana.
Claudiu Morar, hermano de Aurelian.
Tania Morar, esposa de Claudiu.
Felicia Morar, madre de Aurelian y de Claudiu.
Constantin Morar, abuelo de Aurelian y de Claudiu.
Daniel Izvoranu, sobrino de los Morar.
Alina Izvoranu, esposa de Daniel.
Frau Poldi, pariente lejana de Felicia Morar, institutriz de los chicos.
Diana, primer amor de Daniel.
Tudorița Chirilă, madre de Sultana.
Dumitru Cireaşă, padre de Sultana.
Gheorghe Chirilă, padrastro de Sultana.
OTROS
Adrian Bîclişeanu, teniente de la Securitate.
Harry Daniel Fischer, compañero de Letiția y de Sorin.
Dorina Gabor, amiga y compañera de Letiția y de Sorin.
Florinel Gheorghe, amigo de Sorin Olaru.
Dănuț Iliescu, compañero de Petru Arcan.
Sorin Olaru, compañero y amante de Letiția.
Eleonora Oprea, directora de la institución.
Şerban Dumitriu, primer amor de Claudia.
Oskar Carlbom, segundo amor de Claudia.
Sandu Macovei, abogado.
Tincuța, señora de la limpieza de los Morar.
Profesor Stan, protector de Petru Arcan.
Dănuț Iliescu, compañero de cátedra de Petru Arcan.
Petculescu, director de instituto.
Samuel Fischer, propietario de la villa de la calle Domnița Ralu.
Florin Ciubotaru, psicólogo, compañero de Letiția en el Depósito del Libro.
Anca Scarlat, amiga de Manuela, nuera de Ivone Scarlat (*Una mañana perdida*).
Smaranda Todoran, amiga de Manuela.
Fănică Popescu, compañero de Petru Arcan en el campo de refugiados.

ÁRBOL GENEALÓGICO
DE LA FAMILIA BRANEA



TÍTULO ORIGINAL
Fontana di Trevi
Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es
© by Gabriela Adameşteanu
© de la edición original, 2018 by Editura Polirom
© de la traducción, 2024 by Marian Ochoa de Eribe
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S.A.
Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.
ISBN: 978-84-19958-35-8
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
noviembre de 2024

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

[1] Se refiere al decreto promulgado por Ceauşescu que prohibía terminantemente el aborto legal y que dio lugar a un aumento de la natalidad y de los abortos ilegales. (*Todas las notas son de la traductora*).

[2] Tienda estatal en la que se vendían frutas y verduras en la época comunista.

[3] Violenta represión de los estudiantes que tuvo lugar en junio de 1990 en Bucarest a manos de mineros convocados y dirigidos por el gobierno.

[4] FSN, Frente de Salvación Nacional.

5 Partidul Naţional Ţaranesc, 'Partido Nacional Campesino', un partido de carácter tradicionalista y conservador.

[6] Alusión a los paquetes de ropa u otros bienes materiales que se enviaban desde el extranjero y que se podían adquirir luego en el mercado negro.

7 Obsequio que se entrega el primero de marzo para celebrar el comienzo de la primavera.

[8] El premio de la Unión de Jóvenes Comunistas.

9 Cooperativa de crédito de la época comunista.

[10] Siglas que corresponden al Serviciul Mobil de Urgență, Reanimare și Descarcerare, 'Servicio Móvil de Urgencia, Reanimación y Descarcelación'.

[11] Miembros del Partido Nacional de los Campesinos (PNȚ).

[12] Ambos fueron dos famosos disidentes que lucharon contra el régimen de Ceauşescu desde París.

[13] Los «muchachos de ojos azules» era la alusión velada a los miembros de la Securitate.

[14] La *manea* es una canción gitana, muy popular en los barrios más humildes.

[15] Queso parecido al feta griego.

[16] Así es como Claudia entiende la palabra *highjacker*.

[17] Oriundo de la región de Gorj.

[18] Dirección Nacional Anticorrupción.

[19] Baile tradicional en las bodas rumanas.

[20] Alusión a Elena Lupescu, la amante de Carlos II, conocida vulgarmente como Lupeasca.

[21] Originario de la zona de Banat.

[22] Geo Bogza (1909-1993) pasó de ser un escritor rebelde y vanguardista a asumir los principios del realismo socialista.

[23] *La juventud de Victor Brauner*.

[24] Diminutivo de Ştefan.